

El club de los ex

Una comedia romántica fresca, ácida y adictiva

J. DE LA ROSA

EL CLUB DE LOS EX

Una comedia romántica fresca, ácida y adictiva

J. De la Rosa

colección milamores

El Club de los Ex
Una comedia romántica fresca, ácida y adictiva

ISBN: 9788419941435
ISBN ebook: 9788419941930

Derechos reservados © 2025, por:

© del texto: J. De la Rosa
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Capítulo 1

Verás, una vez que atraviese esta cortina no habrá marcha atrás. Sesenta pares de ojos se enfocarán en mí, uno de esos elegantes camareros me ofrecerá una copa de Krug a la temperatura perfecta, nueve grados exactos; mi hermano Hugo me tomará de la mano e insistirá en que diga unas palabras para todos y...

¿Los ves allí? Sobre cada mesa de cóctel, en los floreros de las consolas y adornando todas las ventanas. Es posible que a ti te parezcan simples ramos de rosas, pero créeme, no lo son. Pertenecen a la variedad Juliet, que está considerada la más cara del mundo, y no los he elegido yo.

Tampoco he elegido el color de los manteles, que por supuesto son de *Summerill & Bishop*, ni el menú que están pasando los camareros sobre las bandejas de plata. Ni siquiera...

¡Vaya! Disculpa la descortesía. Empiezo a hablar y me desaparecen los modales.

Soy Clara. ¿Te dice algo ese nombre? Seguro que no, pero... ¿y si te digo que soy Clara Volterra? Te adelanto que no te voy a caer bien ni voy a ser ese tipo de protagonista con la que puedas sentirte identificada. Egoísta, insensible, vanidosa, perra sin sentimientos, cabrona... son algunas de las perlas que han dicho de mí y te aseguro que se quedan cortos.

Si en algún momento de esta novela me tienes simpatía o incluso cierto afecto... háztelo mirar, porque sería una señal de que eres igual de zorra que yo.

—Cielo, todos te están esperando —*gruñidito* complaciente—. Deja de cuchichear con las lectoras.

El chico que acaba de decirlo y que me ha recolocado la tiranta del vestido al pasar por mi lado camino del salón es Mario, mi mejor amigo. No te cuento mucho de él porque en breve lo vas a saber todo, también de mí misma y del universo Volterra.

Ahora te tengo que hablar de Raúl...

—¡Santo Dios! ¿Qué te han hecho en el pelo?

Esta es mi madre. Me ha visto agazapada tras el cortinaje y se ha sentido en la obligación de venir a dar su parecer. Más tarde te la presento. Ahora voy a intentar quitármela de encima, espera.

—Pedí que me lo dejaran suelto —lo muevo para un lado y para el otro—. ¿No te gusta?

—Para servir pastel de sésamo en una cafetería barata de Usera está bien. Para una ceremonia en el Ritz, no.

Su respuesta puede darte una impresión equivocada sobre ella, aunque creo que no, que ha clavado su carácter, así que me recojo el pelo y me hago un nudo que asemeja un moño.

Mi madre alza las cejas. Sería campeona olímpica de alzamiento de cejas si se hubiera presentado a las pruebas porque no le pueden llegar más alto.

—Está bien, está bien —levanta ambas manos de manicura perfecta—. Déjatelo suelto. Ya se me ocurrirá una excusa que poner sobre por qué llevas esas pintas. Y date prisa, Raúl solo hace preguntar por ti.

«Esas pintas» son un vestido exclusivo de *Charles de Vilmorin*, una promesa de la moda parisina que cuesta más que el menú completo para sesenta.

¿Por dónde íbamos?... ¡Ah! Hotel Ritz. Ahí es donde estamos, pero no en el de Madrid, sino en el de la Place Vendôme de la ciudad del Sena. ¿Y qué hacemos aquí?

—Amor, me follaba al de la pajarita blanca.

Aquí debes escuchar como si derrapara una aguja sobre un vinilo de *Marvin Gaye* a toda revolución. Pero no, no es Raúl, esta es Inés,

que también parece haberme descubierto tras la cortina y ha venido a ver qué pasa, o más bien a decirme a quién se va a tirar esta noche. Es mi segunda mejor amiga después de Mario y de... ¡Ah! Aquí llega.

—El segundo violín desafina.

Lucía es la tercera y ya verás que cuando una anda suelta aparece la otra. Es un poquito especial, de esas para las que todo tiene que salir perfecto, pero te hablaré más de ellas en un rato, que tendrás muchas dudas en estos momentos y no quiero desviar tu atención.

Tomo aire, me llevo una mano al pecho y cierro los ojos antes de expulsarlo. Solo entonces las miro a ambas y les cojo las puntas de los dedos a cada una.

—¿Cómo estoy?

—Divina, como siempre —dice Inés.

—Te hubieran quedado mejor unas mechitas —sentencia Lucía.

Eso significa que todo está bien, que una vez que pase al salón no existe posibilidad alguna de que esto no sea un éxito y que, con el paso de los años, les contaré a mis nietos cada detalle de esta noche perfecta para que se duerman, porque los cuentos de hadas tienen poco glamour y casi siempre hay lobos.

Al fin, segura de mí misma, aparto la cortina, triunfadora, y doy un paso hacia el salón.

Tal y como esperaba, sesenta pares de ojos me diseccionan con una sonrisa en los labios que lo significa todo y no significa nada. Ahí está la heredera de esa famosa cadena internacional de ropa, los nietos del anterior Jefe del Estado, la presidenta del banco de todos los españoles, dos ministros y todos los apellidos del Ibex 35.

La orquestina continúa tocando, aunque han pasado de Vivaldi a Gluck porque es menos ordinario. Yo al fin sonrío y miro alrededor. Mario, desde la primera fila, me guiña un ojo. Su marido, Jorge, no ha podido venir, pero no me he enterado de por qué. Las chicas corretean y se colocan a su lado. Lucía mueve los dedos con

disimulo para que me aparte el mechón que se me está metiendo en la boca mientras Inés le lanza una mirada tipo «espero que tengas resistencia» al de la pajarita.

Un poco menos nerviosa, alzo una mano y, como por arte de magia, un camarero me coloca entre los dedos una copa de champán a modo de coreografía perfecta. ¡Todo va sobre ruedas! ¡Va a ser un éxito!

El brillo de los vestidos de cóctel hace resaltar el de mi anillo de tres quilates que luzco en el anular y que, siguiendo las indicaciones de mamá, he tenido cuidado de que se vea al tomar la copa. En esta ocasión la miro a ella que solo alza la ceja derecha, que en su código personal significa que debería llevar el *brillantón* en la otra mano, pero no pasa nada.

Siento que la respiración empieza a acompasarse. Las pesadillas de ayer noche ya casi están olvidadas y las ideas extrañas que llevan atormentándome todos estos días son solo recuerdos del pasado. Estoy en un lugar mágico, en el Ritz, rodeada por la mejor sociedad de Madrid y las más fragantes rosas que ha podido cultivar el ser humano. ¿Te he dicho que las de la variedad Juliet huelen como si estuviéramos en el Paraíso y San Pedro les hubiera encargado a los ángeles que ventosearan? Pues así de bien.

—Imposible estar más hermosa.

Quien se ha acercado a mí y me ha tomado la mano para besarla es mi hermano Hugo. En sociedad suele hacer estas cosas. En la vida privada es menos... pero eso ya lo verás.

Es el mayor de los dos, el heredero de los Volterra por decirlo de alguna manera, aunque eso está lleno de matices. Es alto, guapo, y tiene una de esas presencias que consiguen imponerse. Inés dice que siempre ha tenido un *polvazo* y que si no la tratara como a una niña ya se habría comido sus bragas.

¿Ves? Me lío y se me va la cabeza. Quédate en que... «se ha acercado a mí y me ha tomado la mano». Todos me miran para

después desplazar los ojos acariciadores por la sala hasta el otro extremo, donde está Raúl.

Raúl es el hombre de mi vida.

Podría listarte aquí todas sus cualidades, pero no quiero ponerte los dientes largos. Quedémonos con que es guapo, listo y rico, ¿te sirve? Y el hecho de que no sea un diez como amante solo le preocuparía a Inés, no a mí.

Vamos a ser felices, la pareja de novios más felices del Universo, no me quedan dudas de ello.

Sus bonitos ojos melados me sonríen en cuanto me ven y me recorren de arriba abajo para después esbozar una sonrisa deliciosa. Su abuelo era el dueño de esos grandes almacenes que, ya sabes, vuelven loca a Julianne Moore, por lo que mamá no ha puesto ni un impedimento a lo nuestro.

Raúl y yo nos casaremos en otoño. En los Jerónimos, por supuesto, y lo celebraremos donde Tamara, que está reformándolo todo para nosotros.

—Aún recuerdo el día en que la niñera la trajo a casa —dice Hugo, dirigiéndose a todos los presentes—. Era la cosa más pequeña y bonita que había visto en mi vida y, mientras mamá se reponía del parto en la Buchinger, yo me convertí en su valedor.

Hay aplausos emocionados y los ojos de mi hermano brillan, como si de verdad se acordara de aquello, porque él estaba en el internado de Suiza cuando yo nací y no me conoció hasta los siete meses de vida.

—Hoy es la fiesta de compromiso de mi hermana, Clara Volterra —continúa y suelta el apellido porque un Volterra siempre lo deja ver —. Y estoy seguro de que querrá dirigiros algunas palabras, a vosotros, nuestros mejores amigos.

Mi madre sonríe a los que tiene alrededor. Hugo hincha el pecho. Mario y las chicas contienen la respiración. Raúl se humedece los labios.

—Yo... yo —ahora es cuando los tengo que hacer a todos felices, ahora—. No quiero casarme. Lo siento.

Tras soltar la bomba, salgo disparada hacia la puerta, con la mala suerte de que el *Charles de Vilmorin* se me engancha en el asa de un jarrón de porcelana y se desgarra de arriba abajo. Yo tropiezo, el de Sèvres se rompe, pero antes choca con otros dos que dejan caer las rosas antes de hacerse trizas en el suelo y el agua corre como las lágrimas.

A mi espalda escucho el corazón de Raúl al romperse por la mitad y la voz de Hugo que intenta convencer a la audiencia de que es un malentendido. El taconeo que me persigue sé que es el de mis amigos, así que no me preocupo, no me van a detener.

Justo antes de salir del hotel a grandes zancadas, me cruzo con mi sorprendida cuñada, que lleva a Nieves de la mano, mi preciosa sobrina de seis años, la única que tengo y por la que mataría si fuera necesario.

Y cuando veo en sus ojos la decepción, me doy cuenta de que acabo de ganar el premio a la peor tía del año, entre otros.

Capítulo 2

La azafata pasa de nuevo y nos tiende otras cuatro copas de burbujeante champán. Yo tomo la mía por desidia y sintiéndome culpable, porque lo único que quiero es hundirme en el asiento y dormir hasta que todo pase.

—¿Desean algo de comer? —nos pregunta—. Nuestra gastronomía de alta cocina está disponible durante todo el vuelo para los viajeros de Clase La Première.

—Ve llenando cuatro copas más, cielo —la alienta Mario—, vamos a necesitar muchas burbujas en este vuelo.

Te estarás preguntando muchas cosas, pero te ruego paciencia, querida lectora, porque yo aún tengo que recuperarme de la impresión.

¿Por qué he dejado a Raúl? ¿Por qué no lo hice antes de llegar a la fiesta de nuestro compromiso delante de todos nuestros amigos? Me temo que tú y yo nos vamos a enterar a la vez.

Lo único que sé en este instante es que quiero dormir, dormir mucho hasta que todo se olvide, dormir hasta que pueda regresar a mi vida normal y nadie me mire como si fuera a robarle la piruleta a un niño. Eso siempre y cuando mis mejores amigos dejen de hablar y de pasarme copas de champán.

Después de abandonar el hotel Ritz hice lo que mejor se me da: seguir corriendo. Mario, Inés y Lucía me alcanzaron cerca del Palais-Royal y tuvieron la delicadeza de no pedirme explicaciones, solo de intentar consolarme.

Lucía se ha encargado de todo. Ha llamado a mi asistente para que haga mis maletas y las mande de vuelta a mi casa de Madrid, se ha puesto en contacto con Hugo para asegurarle que en este momento

no puedo atender llamadas, ha intentado hablar con mi madre, pero esta le ha colgado las cuatro veces seguidas, y nos ha reservado un vuelo de Air France especificando que tiene que ser en primera clase.

Quedan tres grandes tareas por hacer, pero solo las puedo llevar a cabo yo misma: escribir una nota de disculpa personalizada a cada invitado, intentar mirarle a los ojos a mi sobrina sin sentirme fatal y darle una explicación a Raúl. Estas dos últimas las aparto al rincón más oscuro y misterioso de mi mente porque en este momento me siento incapaz. Dormir, solo quiero dormir.

—Hay muchas novias a las que les ha pasado lo mismo —está diciendo Mario, cuya nariz se le está poniendo roja como cada vez que se toma «esta es la última copa, lo prometo»—, muchas novias que en el último momento han sentido dudas y se han dejado llevar por los nervios.

—¿Te acuerdas de Vicky, la hija del ganadero? —añade Lucía, como si yo no me estuviera dando cuenta de que intentan normalizar lo imposible—. Lo de ella fue aún peor. Lo dejó plantado en la iglesia.

—¿*Aún peor*? —resalta él—. Gracias por la ayuda.

—Quiero decir —se corrige— que todo Madrid se ha olvidado ya de eso. ¿Alguien se acuerda del nombre del torero? Nadie. ¿Alguien detesta a Vicky? Nadie.

—A mí Vicky no me cae bien —la que faltaba, Inés.

—Tampoco te caía bien el de Huelva y me abrió la puerta de tu casa con la pinga colgando.

¿Te ha pasado alguna vez? Que has hecho algo horrible, de lo que te arrepientes, y tienes el corazón dividido entre deshacerlo y saber que esa ha sido la decisión adecuada. Pues así me siento yo mientras ellos continúan con su deserción, pero multiplicado por mil.

Me doy la vuelta para intentar acomodarme del otro lado, tapándome la cabeza con la almohada.

—¿Sería posible dormir? —les ruego—. De lo único que no tengo ganas es de hablar.

—Por supuesto —Lucía coge una manta y me la echa por encima —, y nosotros estamos aquí para respetar tus deseos y que te sientas bien, ¿verdad?

—Cierto —se apresura a decir Mario.

Se lo agradezco con un gruñido. Son tres personas maravillosas, lo que pasa es que a veces...

—¿Quién va a pagarlo todo? —rompe Inés los tres segundos de silencio. Al parecer no me merezco ni el minuto entero de un difunto —. Dudo que Raúl se quiera hacer cargo de los gastos.

Ni siquiera he pensado en ello, pero los pagaré yo misma. Si algo tenemos los Volterra es dinero, dinero e influencia salpicados con escándalos y un poco de malas pulgas.

—Seguro que se hace cargo Hugo —contesta con acierto Mario—. Lo meterá en la contabilidad de la empresa como... «gastos de marketing para acallar un escándalo familiar».

La carcajada de las otras dos, acompañadas por él mismo, es atronadora.

—O como entradas para... «Novia a la fuga 3».

Alzo la cabeza. Mataría por un antifaz, unos tapones y una cámara de despresurización infranqueable.

—¿De verdad que sois mis mejores amigos? —lo dudo, abriendo solo un ojo.

Inés me da un golpe en la rodilla.

—Amor, las penas se van con risas.

—Pero os estáis riendo de mí —contesto, muy seria y con dolor de cabeza.

Por toda respuesta, Mario me pone otra copa de champán en la mano.

—Qué susceptible estás: reírnos de mí, de ti... qué más da.

Cierro otra vez los ojos. Hace solo una semana estaba tan segura, tan absolutamente segura de que Raúl y yo seríamos la pareja perfecta. Es comprensivo, amable, educado, ocurrente... ¡Disculpa! Te prometí en el capítulo anterior que no te pondría los dientes largos con la lista de sus cualidades. Folla mal, por si eso te alivia.

—Seguro que cuando hables con Raúl todo se aclara —oigo la voz de Lucía.

Misteriosamente se hace el silencio durante dos, tres, cuatro segundos, y es tan extraño en ellos que de nuevo abro un ojo y alzo la cabeza.

—Porque... —me dice Mario con tiento—, esto es solo un ataque de pánico, ¿verdad?

Mientras veníamos al aeropuerto en un lujoso *Blacklane* pensé precisamente en eso. Pero muy dentro de mí sé que no hay marcha atrás. Por mi parte no, desde luego, y dudo que Raúl, en caso de proponérselo, me diera una segunda oportunidad. ¿O es la tercera? Porque creo recordar que lo dejé la misma noche que me pidió salir formalmente, aunque volvimos a los dos meses. Chasqueo los labios. El champán está consiguiendo adormecerme, al menos se lo tengo que agradecer.

—Ni yo misma sé si es un ataque de pánico o no —contesto con la voz de una cupletista de los años treinta a las seis de la mañana—. Había ensayado el discurso. En él hablaba de la casa que aún no hemos estrenado, de nuestros futuros nietos y de que nos sentaríamos juntos en la cubierta del yate a ver pasar las gaviotas cuando fuéramos viejos. ¿Es normal que lo haya dejado sin más?

Veo cómo se miran unos a otros. La señora del asiento de atrás, que se está empapando de todo, alza una mano para preguntar, pero yo no le doy permiso.

—¿Y qué cable se te cruzó? —pregunta Lucía.

¿Qué cable? ¿Hay un cable para eso o son todos y cada uno de los nervios de tu cuerpo?

—Lo miré, lo vi tan guapo, tan feliz... —consigo organizar mis ideas — que llegué a la conclusión de que no podía casarme con él.

—Otras cuatro —grita Mario, lo que no queda muy a tono con la sentimental confesión que acabo de hacer—, y un poco más llenas, por favor.

Intento acurrucarme una vez más, pero no me dejan.

—¿Has pensado en la posibilidad de volver a terapia? —Lucía siempre con las soluciones prácticas.

—Ahora mismo solo quiero dormir —insisto—. Justo lo que vosotros no me dejáis hacer.

—Tu psicóloga es de lo mejorcito —no se da por enterada—. ¿Desde cuándo no vas?

—No lo sé. Hace tiempo.

—¿Un mes? ¿Dos?

Noto que se me suben los colores.

—Más de un año.

De nuevo ese silencio que solo ellos pueden mantener y que resulta tan recriminatorio. Se me escapa un gruñido. ¿Por qué he dejado que vuelen conmigo hasta Madrid? Debía de haberlos despistado también.

—¿Y no sería interesante que tu asistente te coja una cita? —propone de nuevo Lucía, la más cabal del grupo—. Se lo puedo decir yo misma. Verás, es posible que todo esto te pase una factura emocional.

—¿*Factura emocional*? —una de las cejas de Inés se alza como si fuera mi madre—. ¿De dónde has sacado esa palabra?

—Inés —insiste la otra—, que esto es muy serio.

Conociéndolos sé que esto se nos va a ir de las manos.

—Un buen polvo se lo quita todo, amor —se hace la doctora en lenguas mi otra amiga—. Sal conmigo esta noche cuando nos saquen del avión y mañana te levantarás como nueva en la cama de un desconocido bien dotado.

La señora de detrás acaba de abrir una revista con tal movimiento de muñecas que no puede dejar de quedarnos claro que se ha indignado. No le falta razón. Inés a veces es demasiado explícita. Mario vuelve a subirme la mantita hasta los hombros, cuando yo tengo un calor asfixiante.

—Gracias por tu consejo —le dice a Inés—, pero Clara no va a hacer eso.

En ciertas ocasiones Mario toma el papel de padre protector de todas nosotras. Hoy me toca a mí, no me puedo quejar, pero la otra no se va a quedar callada.

—Habló el marido perfecto.

Hay un tenso cruce de miradas que lo único que tiene de bueno es que por otro par de segundos se hace el silencio. Mario la señala con un dedo y cierta expresión de «qué me vas a contar si vengo de vuelta, cariño».

—Yo he estado en la calle, como tú —le dice, como si ligar fuera equivalente a meterse heroína—, tirándome hasta los cargadores de móviles, y con eso no se siente uno satisfecho.

—Serás tú —replica Inés—, que el matrimonio te ha vuelto frígido.

Esta vez soy yo la que pone el grito en el cielo.

—¡Quiero dormir!

—Pues hazlo —salta Lucía—, ¿quién te lo impide?

Tengo dos opciones, o los asfixio con la almohada o cojo la mía y busco otro asiento libre. Opto por lo segundo porque dos noticias desastrosas en las revistas de papel cuché serían funestas para la compañía Volterra.

Con la almohada de plumas bajo el brazo atravieso el pasillo y me siento al fondo, en otro sillón donde poder dormir y olvidarme de todo hasta que lleguemos a Madrid. La tarifa Clase La Première tiene su propia ruta de desembarco, por lo que no tendré que enfrentarme a la prensa que seguro ya sabe lo que ha pasado y estarán como lobos en la salida del aeropuerto.

Cuando me acomodo aún oigo a los tres charloteando en lo que creen que es voz baja, pero que llega hasta mí nítidamente: «Ha perdido los nervios», «está peor que nunca», «yo me follaría a Raúl»... Si mis mejores amigos lo ven así, ¿qué no estarán pensando los demás?

Justo antes de cerrar los ojos acomodo la almohada y al mirar al frente veo a una niña de cinco o seis años que me observa con ojos muy abiertos. El corazón me da un vuelco porque se parece a mi sobrina. Nieves es más alta y tiene el cabello más largo, pero su expresión de curiosidad es la misma. Y apenas puedo contener la lágrima que se pone borde en la línea de mis párpados, porque solo entonces soy consciente de cuánto la he cagado... Una vez más.

Capítulo 3

Me encantaría decirte que la semana que ha pasado desde *el incidente* la he llenado con ejercicios de meditación, ayuno y prácticas de yoga, pero lo único que he hecho ha sido comer helado de turrón en bragas y camiseta y ver en cadena tantas series de Netflix que no tengo muy claro en qué día vivo.

Pero, amiga... ¿puedo llamarte ya así, aunque solo estemos en el capítulo tres? Amiga, la sensación de que esta vez la he cagado tanto que ni siquiera arrastrándome me van a perdonar es tan grande que siento que me falta el aire.

Vivir en La Finca tiene sus ventajas. El sistema de vigilancia es de lo más efectivo y he dado órdenes de no dejar pasar a nadie que venga a verme y eso incluye a mis amigos, a mi familia y a mi misma madre, aunque sé que esta última ni siquiera hará el intento. También he desviado mi teléfono a Mauricio, mi asistente personal al que ya te presentaré más adelante con el mantra de que conteste a cada llamada con un «acaba de salir en este momento, qué coraje con lo que le hubiera gustado hablar contigo»... ¿lo ves excesivo? La única llamada que le permito pasarme es la de Raúl.

Raúl.

Intentó ponerse en contacto conmigo. Cuando llegamos al aeropuerto tenía cinco llamadas perdidas. ¿Le contesté? No. ¿Ha vuelto a llamar? Por supuesto que no. ¿Quieres helado de turrón? Porque solo tengo provisiones para esta tarde.

Aunque mi intención ha sido seguir lamiéndome las heridas hasta que todo se olvide, no ha sido posible. Mauricio me ha recordado que hoy está convocado el consejo de administración del Grupo

Volterra, del que soy vocal, y en el orden del día está la votación para otorgarme el cargo de consejera delegada.

¿Sabes cuánto tiempo llevo detrás de eso? Toda mi vida, porque mi difunto padre decía «ella tiene instinto», como si fuera una mezcla entre Steve Jobs y un Yorkshire en versión empresarial, pero a mí se me quedó grabado y por eso llevo luchando desde entonces por esta empresa.

Mi acceso al cargo debería haber estado precedido por deslumbrantes reportajes en todas las revistas y abriendo los noticiarios nocturnos relacionados con mi fiesta de compromiso: «El Ibex 35 se reúne en el hotel Ritz de París en torno a la petición de mano de Clara Volterra», o mejor aún: «Tras su flamante compromiso y rodeada de los más influyentes, ya nadie duda de que Clara Volterra es la adecuada para dirigir el futuro del grupo empresarial».

Sin embargo, lo que veo mientras zapeo buscando una nueva serie de crímenes reales, son a reporteros que se preguntan si Clara Volterra llevaba bragas bajo el vestido roto con el que se la vio correr borracha por París o si soy adicta a los hongos alucinógenos.

Mi chófer, Manolo, me recoge a las once en punto de la mañana y los cristales tintados del vehículo me protegen de los objetivos de los paparazzi que están apostados a la salida de la urbanización.

Un ascensor me lleva directa desde el sótano del edificio Volterra hasta la undécima planta, donde está la sala de juntas. En cuanto las puertas metálicas se abren, Mauricio se coloca a mi lado deslizando el dedo por su tablet con la eficacia que lo caracteriza.

—He avisado de que llegarías diez minutos tarde. El tráfico de Madrid, he puesto como excusa.

Porque el trabajo es el trabajo y Mario lo despellejaría, pero Mauricio, que hasta se parecen en el nombre, podría ser mi mejor amigo en vez de mi secretario. Es eficaz, discreto, fiel y sabe adelantarse a mis pensamientos. Gay, sí, en efecto.

Mis tacones traquetean por el pasillo central mientras noto cómo decenas de pares de ojos se vuelven hacia mí desde las mesas que lo bordean. Lo sucedido en París debe ser el tema de conversación de todas las reuniones de esta empresa.

—¿Hugo ya está dentro? —le pregunto.

—Ha venido dos veces a buscarte. Creo que trama algo.

Se me frunce el lado derecho de la boca. Hoy es un día muy especial, el de mi ascenso y el de su fracaso, o al menos así es cómo él lo va a entender. Mauricio lo sabe, yo también, pero no puedo dejar que lo sospeche.

—¿Qué va a tramar? —le quito importancia—. Lo de hoy es solo un formalismo y él lo sabe.

Dejo que Mauricio se quede con el abrigo a la vez que me pasa la carpeta con la documentación necesaria. Un bedel me abre la puerta y al fin hago acto de presencia delante de los hombres más poderosos de la empresa.

Siento los ojos de Hugo clavados en mí de inmediato, y también los de los otros nueve miembros, que seguramente estarán pensando que este traje chaqueta de *Maison Margiela* me queda divino... ¿Has captado el cinismo, verdad? Porque se estarán preguntando dónde diablos he estado todos estos días desde que estalló el escándalo.

No puedo mostrar debilidad. Un solo gesto y se tirarán a beber mi sangre como felinos hambrientos... quizá la imagen me ha quedado un poco terrorífica, pero tú me entiendes.

Atravieso la amplia sala abierta a la ciudad por grandes ventanales hasta el suelo y me siento en mi sillón, cruzando las piernas y colocándome los dedos índice y anular bajo la barbilla, prueba a hacerlo y verás qué elegante.

—Al fin —dice mi hermano desde su cómoda butaca girada hacia mí.

Lo miro a los ojos. Están enrojecidos, como cuando de pequeño no se salía con la suya. Paseo la vista por el resto de miembros de la

junta. Entre todos ellos suman un milenio porque son los mismos que convocó mi padre cuando se hizo cargo de la empresa. Uno de ellos lleva siempre consigo un concentrador de oxígeno portátil y sé que hay preparada una ambulancia en el aparcamiento por si las moscas. Todos ellos han hecho su fortuna gracias a los Volterra y su fidelidad se debe al apellido, a ninguno de nosotros dos. Repiqueteo con las uñas sobre la encerada superficie de la mesa.

—Si no recuerdo mal, era para hoy la convocatoria.

—Correcto —contesta Hugo—, aunque todos nos hemos preguntado dónde te habías metido y por qué no cogías ni las llamadas ni atendías a los correos mientras la reputación del grupo se hacía trizas por tu culpa.

—¿Estás insinuando algo?

Es más bien una pregunta retórica, como te habrás dado cuenta, pero a Hugo no le hace gracia. Pone esa cara de «qué exasperado estoy» y su mano traza un arco por la sala.

—Que alguien se lo explique, por favor.

Uno de los consejeros se echa con dificultad hacia delante.

—Señorita Volterra, lo que su hermano intenta explicarle es...

—Lo sé perfectamente —lo interrumpo sin intentar parecer borde —. Y debo pedir disculpas, aunque un error lo comete cualquiera.

Los ojos de Hugo se abren como platos.

—¿Delante de nuestros socios e inversores? ¿Qué credibilidad tendremos ahora?

¿Qué harías tú ante una pregunta como esa? Correcto, hacerte la sueca.

—La credibilidad de nuestra empresa no consiste en con quién me case, gracias a Dios —le digo, muy heroica—, sino en cómo gestionemos nuestros activos.

Busco la complicidad en la mirada de los demás porque la frase me ha quedado redonda, pero no la encuentro. Tú deberías estar aquí para apoyarme.

—Pues, bienvenida al siglo XIX —tira Hugo de todo su cinismo—, porque desde entonces se sabe que la reputación de un gerente es la reputación de su empresa.

Se hace el silencio. Es sorprendente la calidad de estos *Climalit* modernos que... ya me estoy yendo por las ramas, disculpa. Pongo la expresión de arrepentimiento que se espera de mí y bajo la cabeza.

—Lo arreglaré.

El sonido de escepticismo que sale de la garganta de mi hermano es difícil de describir.

—Eso es lo que yo, nosotros —se congratula con todos— llevamos haciendo durante la semana en la que no has dado señales de vida.

—He estado pensando —me defiendo.

—¿En cómo comer tarrinas de helado a dos manos?

Hugo a veces puede ser cruel. Lo han criado preceptores, tutores extranjeros y ha pasado la mitad de su vida en internados. A mí, en cambio, papá siempre me quiso tener a su lado. A veces la vida juega sucias pasadas, ¿no crees?

Intento retomar la conversación y dejar a un lado mis asuntos personales que al parecer no solo me conciernen a mí.

—¿Te has desahogado? —le digo, muy madura yo—. Porque deberíamos empezar ya la votación. Tengo una reunión en veinte minutos.

Las cejas de Hugo se alzan. ¿Te he dicho que se parece mucho a mi madre?

—¿De verdad pretendes que este consejo de administración te vote después de lo que ha pasado?

Se hace de nuevo el silencio y noto las miradas esquivas de los consejeros. Empiezo a inquietarme porque esta reunión era solo un trámite, nada más.

—¿Qué tiene que ver lo que haya pasado? —me defiendo—. Este asunto ya está cerrado. Solo queda el formalismo de la votación.

Otro de los miembros, buen amigo de mi padre, se inclina hacia delante.

—Su hermana tiene razón, Hugo —intenta mediar—. Y su padre, antes de dejarnos, dejó claro...

—Mi hermana no está capacitada mentalmente para llevar su vida —dice él, poniendo ambas palmas sobre la mesa—, y mucho menos para dirigir esta empresa.

El que lleva el respirador emite un hipido y el resto abren mucho los ojos, como si su cirujano se hubiera pasado con el *lifting*.

Como no puede ser de otra manera, yo suelto un estornudo. ¿Te he dicho que me pasa cuando me pongo nerviosa? Pues ya sabes algo más de mí. Con la nariz como un boniato y la voz gangosa intento parecer una mujer cabal.

—¿Me estás llamando...?

—Ponle el nombre que quieras —dice él, tan serio que asusta—, pero sabes que tengo razón.

Otro de los consejeros interviene.

—Es una acusación muy grave, Hugo.

La tensión se puede cortar como si fuera una tarta de bodas... ¡Qué imagen tan desafortunada después de lo que le he hecho a Raúl! Tras el bombazo, Hugo intenta ser conciliador.

—Clara, puedes encargarte de la obra social —intenta convencerme—, o supervisar las delegaciones en el extranjero, lo que te permitirá viajar y divertirte, pero esto te queda grande. Lo digo por tu bien.

Aquello me sienta peor que un plato de chile habanero.

—¿Por el mío o por el tuyo? —le recrimino para después pasar la mirada alrededor—. Porque espero que ustedes no opinen lo mismo.

Se hace un revuelo de voces que no dicen nada, como si de verdad fueran actores que tuvieran que crear un murmullo de fondo. El amigo de mi padre se impone.

—Creo que nos estamos exaltando. Es necesario que un Volterra esté al frente del grupo y la señorita Clara siempre fue la favorita de su padre, sin embargo.

—¿Sin embargo? —digo yo, porque no me lo esperaba.

—De cara a posibles conflictos futuros y para zanjar este puntilloso asunto para siempre —busca mi aprobación, pero solo encuentra un estornudo más—, sería aconsejable, señorita Volterra, que presentara una evaluación psicológica que explique que está usted completamente capacitada para el cargo al que opta. Un mero trámite, por supuesto —se ríe, aunque a mí no me hace gracia—, porque todos sabemos que será positiva y nos reiremos de ella en el futuro.

—¿Una evaluación...? —empiezo yo a preguntar.

—...psicológica? —termina Hugo, que se veía ya ganador.

—Con eso todo quedaría resuelto —el consejero parece encantado de conocerse—, usted, Hugo, se quedaría tranquilo sobre la posible... *crisis nerviosa* de su hermana y nosotros cumpliríamos lo prometido a su padre.

Un trámite. Un simple trámite. Mi terapeuta me dará esa dichosa evaluación psicológica en cuanto se la pida y en la próxima reunión de la junta Hugo no tendrá excusa alguna para no votar a mi favor. Me giro hacia él con esa cara de inocente que tú y yo tan bien sabemos interpretar.

—Me parece bien. ¿Y a ti?

Por toda respuesta se pone de pie y abandona la sala de juntas.

Bueno, podía haber salido peor, ¿no crees?

Capítulo 4

Reconozco que salgo de la oficina hecha una leona. ¿Trastornada yo? Sí, quizá de pequeña haya sido hiperactiva y mis tutores no lo detectaron. ¿Nerviosa yo? Es posible que esta vida ajetreada hace que sean muchas las veces que me lleve la taza a los labios antes de que haya caído el café. ¿Desequilibrada yo? Aquí tengo poco que objetar, pero ¿quién está equilibrada hoy en día?

Le digo a mi chófer que no lo necesitaré hasta esta tarde y salgo por la puerta trasera del garaje para evitar a la prensa que, según el conserje, siguen acampados en el parterre delantero.

Unas gafas de sol me dan la seguridad que necesito para atravesar la calle en dirección a la consulta de mi terapeuta, porque no es un asunto para inmiscuir a mi asistente.

Mele, como mi psicóloga me deja que la llame, es de lo mejorcito de Madrid y me ha ayudado a resolver algunos problemillas en el pasado. Insignificancias, ¡Buah! «Tonterías de ajuste», como le gusta llamarlo Mario.

La conocí cuando me dieron a elegir entre hacer terapia durante seis meses o ejecutar trabajos sociales durante un año. Los jueces a veces nos cogen manía, amiga, créeme, porque yo ya le había pagado la cirugía estética de nariz al camarero que le gritó a la viejecita y había repuesto el vaso Duralex al dueño del establecimiento.

Lo que te decía, Mele me ayudó a comprenderme, a controlar mis arranques de ira y a tomar café en vasos de papel cuando estuviera muy nerviosa.

Desde entonces nos vemos a menudo. «Reuniones de amigas», dice ella. Lo cierto es que lo digo yo, porque ella las llama «citas

terapéuticas», así, a secas. Quizá últimamente me haya saltado algunas. Veinticuatro, para ser exacta. Pero entre Mele y yo hay un rollo increíble. Una conexión energética tan potente que en cuanto le cuente la estupidez de la evaluación psicológica nos vamos a reír juntas como locas y me la va a redactar mientras me invita a un chupito de *tequila* rosa.

Cuando llego a la consulta me doy cuenta de que tiene nueva recepcionista y de que ha pintado la pared de un azul muy relajante.

—¿Tenía cita? —me pregunta la chica, que no parece haberme reconocido.

—No —le sonrío—, pero si le dice a Mele que estoy aquí seguro que...

—La doctora Echegaray no recibe sin cita previa —no me deja terminar y mira fijamente la pantalla del ordenador—. Es posible que tengamos algo para octubre.

Se me abre la boca sin pretenderlo.

—Pero si estamos en marzo.

—La doctora Echegaray tiene muchos pacientes.

¿Siete meses? Para entonces Hugo se habrá hecho cargo de la empresa, a mí me habrá puesto de organizadora de eventos y chuflarías y mi vida será un desastre. ¿Me altero? No, sonrío y me apoyo con el codo en el mostrador.

—Pues si le parece —le digo a la recepcionista—, descansaré aquí unos minutos y después me iré. ¿No tendría un vaso de agua con gas? Estoy sedienta.

Ella parpadea.

—Del grifo.

—Supongo que no me matará.

Te habrás pensado que soy una exquisita, pero ni mucho menos. La nevera está en la pequeña cocina, al otro lado del piso que hace de consulta, por lo que me dejará a solas unos minutos. Ahora

estarás pensando que, en su ausencia, voy a manipular el programa informático para adelantar mi cita para los próximos días, ¿verdad?

Pues no, es mucho jaleo, así que voy hasta la puerta de la consulta y la abro de par en par.

—Mele, necesito verte ahora mismo.

Mele alza las cejas. Sé que no he sido muy ortodoxa en mi comportamiento, pero seguro que esta señora que llora a moco tendido tumbada en el diván sabrá comprender que lo mío es importante.

—¿Cómo es que te han dejado entrar? —me dice con voz glacial.

Yo me hago la simple.

—Aquí fuera no hay nadie, pensé que estabas sola.

Ella carraspea mientras la del diván se pasa un pañuelo por los ojos y se deja la cara hecha un mapache por culpa de rímel.

—Espera diez minutos —me indica al fin—. Te atenderé entre paciente y paciente.

Me siento en el sofá mientras la recepcionista, que no se ha coscado de nada, me entrega el vaso de agua y una servilleta. Sobre la mesa del centro hay varias revistas del corazón. En la portada de una de ellas se me ve a mí apoyada en una farola con el vestido de Charles de Vilmorin hecho un desastre y un titular que dice «Clara Volterra. ¿El fin de la dinastía de la moda?». Me pongo las gafas de sol por si alguien entra y me reconoce.

El tiempo pasa deprisa y apenas me ha dado tiempo de mirar mi WhatsApp cuando la puerta se abre y aparece Mele.

—Por aquí, por favor.

No tiene cara de buenos amigos, pero aun así le sonrío y me repantingo en el sillón frente a su mesa de despacho. Mi época de diván ya ha pasado.

—¿Está mejor? —le pregunto.

Ella pone cara de no entenderme.

—¿Quién?

—La de antes. ¿Qué le pasaría a la pobre? Lloraba como una bendita.

Mele se pone muy tiesa en su silla.

—No hablo de mis pacientes, deberías saberlo.

¿Ves? Por eso la elegí, o más bien la eligió el juez de guardia, porque es la discreción personificada.

—Verás, vengo por un formalismo estúpido que te va a hacer reír —la miro. No se ríe—. Necesito un informe, un documento que diga que estoy bien.

Ella junta las puntas de los dedos de ambas manos. Me entran ganas de imitarla, pero no lo hago.

—¿*Bien*? —pregunta con cierto deje.

—Ya sabes, que todo marcha aquí arriba.

Me mantiene la mirada, hincha los carrillos y suelta el aire de golpe.

—¿Desde cuándo no nos vemos?

—¿Tres semanas?

—Dos años.

—Para mí es como si te hubiera visto ayer, fíjate.

Señala hacia la puerta que nos separa de la sala de espera.

—He visto lo de las revistas, también en el telediario.

¿Cómo he podido dudar de que Mele no se haya enterado?

—Ya sabes —me excuso—, cuando la toman con una se inventan cada cosa...

Ella se echa hacia delante, colocando ambos codos en la mesa.

—Clara, necesitas trabajar esa parte de ti a la que no conseguimos llegar en nuestras sesiones.

¡Qué alivio! Creía que me iba a echar a patadas. Se me escapa un suspiro de aliento.

—Me parece una idea excelente. Incluso la semana que viene podemos empezar —cojo un bolígrafo de un vaso de cerámica y se

lo acerco despacio y rodando—. Eso sí, hoy necesito ese documento firmado por ti y con el número de colegiada.

Mele parece muy decepcionada. Me recuerda la cara de mi sobrina Nieves hace una semana en París.

—Creo que no me has entendido —me dice—. Conmigo es difícil que podamos avanzar más allá. Hay que dar un cambio, un cambio drástico.

—Me estás asustando —. ¿A ti no?

—Terapia grupal.

Las dos palabras por separado no me dicen nada, pero, poco a poco, mi mente empieza a atar cabos y se imagina una sala llena de gente con problemas, exponiéndolos allí a viva voz, delante de todos. Un escalofrío me atraviesa la espalda.

—¿Con más pacientes? De ninguna manera —me niego—. Soy un personaje público. En una semana se habrá filtrado a la prensa y en dos mi hermano me habrá echado de la empresa.

—Puedes hacerla bajo un nombre falso —me aconseja—, bajo una identidad secreta. Además, todo esto suele ser muy confidencial.

¿Lo dice de verdad? Cualquier periodista del corazón o de la prensa económica pagaría un riñón por unas fotos mías en *Alcohólicos Anónimos*, que más o menos es lo que me está proponiendo Mele.

—No me van esos rollos —me echo para atrás en la butaca, cruzo las piernas y sonrío, demostrándole que eso no va conmigo—, pero gracias por pensar en mí.

Ella me mantiene la mirada para después chasquear los labios.

—Bien, tú tienes la última palabra.

Vuelvo a empujar el bolígrafo.

—¿Y el papelito?

Ahora es Mele la que se cruza de piernas y se apoya en el respaldar.

—No puedo certificar que estás bien cuando no lo estás. Iría contra mi ética profesional.

Se me cae el mundo a los pies.

—Pero... lo necesito.

Veo un atisbo de piedad en el brillo de sus ojos. Noto que se lo está pensando. Percibo que lo va a hacer.

—Te propongo un trato —me dice—. Accede a hacer terapia y yo te prometo que elaboraré ese informe. ¿Qué me dices?

—Que es un chantaje.

—Es por tu bien, Clara.

Ahí fuera hay cientos, miles de terapeutas sin trabajo que por un precio adecuado harán un informe completísimo donde dirán la verdad: que no hay nadie más preparada que yo para dirigir los designios del grupo Volterra. Me pongo de pie.

—Me lo pensaré.

—Por supuesto —ella hace lo mismo y sale de detrás de la mesa. Yo empiezo a retroceder hacia la puerta—. He pensado en un grupo concreto. Lo lleva Carlos Castaño, un terapeuta de raza y muy actual en sus planteamientos. Ha logrado avances increíbles en personas con las mismas dificultades que tú.

—¿Dificultades? —me detengo en seco.

—Problemas para relacionarse con sus parejas.

—Yo no tengo ese problema.

—Fue de lo único que hablamos durante los seis meses que trabajamos juntas, y los telediarios no dicen que haya habido ningún avance a ese respecto.

—Bien —consigo abrir la puerta y me aliso la falda—. Claro que lo pensaré. Me encanta ese corte de pelo, te sienta. ¿Azul? Cómo no has pensado antes en ese color para la pared. Nos llamamos, ¿vale? Besos.

Salgo e intento cerrar la puerta tras de mí, pero ella se encaja en el hueco como si fuera un fantasma que haya invocado con una *ouija*. Antes de que me diga nada más, consigo cerrarle en las

narices, le sonrío a la recepcionista y me meto en el ascensor con el corazón desbocado.

¡Problemas de pareja! ¿Cuándo he tenido yo eso? Seguro que ha traspapelado sus notas y me ha confundido con otra, seguro. ¿Y cómo se le ha ocurrido lo de una terapia grupal? Creo que a Mele se le ha ido la cabeza. Tanto azul le ha dañado algo ahí arriba.

El problema es que necesito ese informe y Hugo no admitirá ningún otro que no sea de la única terapeuta que me ha tratado. ¡Estoy jodida!

Y justo en ese momento me salta un mensaje de WhatsApp: «Confirmada su cita con el doctor Carlos Castaño para el martes 13 a las 19.30, pulse el enlace para ver la localización».

Sí que es rápida la Mele.

Capítulo 5

Quédate con esto: una pizzería cochambrosa ante la que no sabes si darle una mano de pintura a la fachada o llamar a un exorcista... y ahora vayamos un poco hacia atrás hasta regresar a este punto.

Me he puesto unos vaqueros viejos que no sé por qué están en mi ropero, zapatillas de deporte y una camiseta blanca y lisa de manga corta. Cola de caballo para el pelo y una gorra de béisbol que, junto con las gafas de sol, se convierten en el disfraz perfecto para pasar desapercibida.

Nadie puede ver en este aspecto a Clara Volterra, sino a una chica de treinta y pocos que igual va a misa que a comprar un *vaper* al estanco.

—Ponte delante de ese escaparate que te vea.

Es Mario. Los tengo a los tres conectados a Zoom en el móvil que me cuelga del cuello con una cinta. Ellos lo ven todo a través de la cámara de mi teléfono, nos oímos por los discretos auriculares inalámbricos, pero es tan invisible como si llevara un dispositivo espía para la Interpol y yo fuera el centro de una complicada operación contra el crimen organizado.

Le hago caso y me planto ante el escaparate grasiento de un *sex-shop* que refleja todos los matices de mi imagen.

—Cielo, estás perfecta —me dice—. Un poco JLo, pero creo que no te veo así de informal desde el dos mil tres.

—¿Eso del cuello es una manchita? —amarga Lucía.

—Pregunta a cómo tienen las bolas chinas —¿A que ya sabes quién ha dicho eso?

—Según el mapa, es justo al otro lado de la esquina —no les contesto a ninguno de los tres.

Como habrás supuesto, he decidido a acudir a la terapia grupal. Un par de sesiones y en dos semanas tendré mi evaluación. No quiero pensar más en ello, solo que pase rápido y esta pesadilla se acabe de una vez.

No conozco el barrio ni estoy acostumbrada a moverme por Madrid fuera del centro y sin mi chófer, pero hubiera sido poco discreto bajarme de un Mercedes-Maybach e intentar aparentar que soy una chica de barrio.

Retoma ahora lo de la pizzería del principio porque es justo ahí dónde me lleva el GPS.

—¿Seguro que no te has equivocado en alguna esquina? —me dice Mario, que está viendo lo mismo que yo a través de la cámara—. Mira que una vez buscaba una galería de arte y me llevó a una sauna.

—Porque el GPS te lee la mente —arremete Inés.

No les presto atención y compruebo el recorrido. Sí, es justo aquí, pero esto no es un moderno centro de salud mental, sino la pizzería más cochambrosa y vieja con la que me he topado.

—Si el terapeuta es tan moderno —añade Lucía—, quizá sea uno de esos espacios reformados que aparentan una cosa y por dentro son otra.

Una Volterra no duda, así que me ajusto la gorra, abro la puerta y paso al interior mientras me quito las gafas de sol. En efecto, Lucía se ha equivocado: por dentro es una pizzería igual de inmunda y vieja que por fuera, lo único que la salva es que en lugar de fluorescentes hay un par de lamparitas con luz cálida, lo que aporta un aire...no, acogedor no...inquietante.

Siete pares de ojos se han clavado en mí. El miedo a ser reconocida me asalta, así que me quedo clavada allí, como si me hubieran lanzado un conjuro y con un paso más pudiera caer en un abismo impenetrable... sí, la imagen literaria es deficiente, pero entiende en qué estado me encuentro.

—Qué gente más rara —escucho a través del auricular, porque estos tres siguen ahí.

—El del chándal no sé si es muy moderno o que la moda le ha dado la vuelta —comenta Lucía.

—¡Vaya bombón! —esa es la voz de Mario.

No es necesario que me diga a quién se está refiriendo. Es el único tío guapo que hay en la sala. Me recuerda a una mezcla entre Álex García y Mario Ermito. Sí, es difícil imaginarlo, pero con esos ojazos claros y ese aire campechano es lo que me ha venido a la mente. Lleva vaqueros y camiseta negra, como si fuera el negativo de mi positivo, tú me entiendes.

¡Ay, Dios! Que viene hacia mí. Amiga, ¿qué hago? Estornudo, eso es lo que hago.

—¿Vienes a lo de Carlos? —me pregunta.

Recuerdo el nombre del gurú de los terapeutas: Carlos Castaño. No me he equivocado de lugar.

—Sí, aunque... —con esos ojazos impone mirarlo—, aunque bueno, es más bien un formalismo.

—Pues bienvenida. Todos nos acabamos de conocer.

—Es gay —me dice Mario a través del auricular—. Los tíos tan guapos y con sensibilidad como para querer conocerse a sí mismos no pueden ser heterosexuales.

—Eso es un *topicazo* —le contesto.

—¿Un topicazo? —pregunta el desconocido que cree que le hablo a él—. Sí, quizá —sonríe desconcertado, vaya maravilla de dentadura —, pero alguien tendrá que darte la bienvenida. Por cierto, soy Santi.

Santi. Hacía tiempo que no se me presentaba nadie con un diminutivo.

Creo que por hoy está bien. Lo he intentado. He puesto todo de mi parte, pero esto no va conmigo. Llamaré a Mele, le pediré perdón y

haré la penitencia que me mande, pero una terapia grupal por supuesto que no.

—¿Estamos todos?

Me giro. Otro personaje estrambótico acaba de entrar. Quizá en los sesenta años, pantalones de lino y chaqueta de twist, lo que nunca se debe llevar junto bajo pena de excomunión. Por el faldón se ve el dobladillo de una camisa de bambula con cuello Mao adornado por varios rosarios tibetanos. ¿Lleva sombrero? Lleva sombrero, una mezcla entre la mascota de Humphrey Bogart y el del Zorro. No puede ser otro que Carlos Castaño.

Una de las integrantes del grupo junta las manos como si se le acabara de presentar la Virgen de Fátima. Otro lo mira tan arrobado como si quien acabara de entrar fuera Miley Cyrus. Un tercero traga saliva. Santi y yo somos los únicos que simplemente estamos expectantes.

—Pasad y poneros cómodos —nos dice Carlos como si no estuviéramos ya dentro. Señala las sillas dispersas y los bancos corridos. Cuando se quita la chaqueta es la viva imagen de Sadhguru.

Miro hacia la puerta. ¿Nos vamos? Tú puedes porque estás cómodamente leyendo, pero yo no. Estoy atrapada, encerrada y un poco paralizada.

Carlos me mira y aletea una mano, indicándome que tome asiento. Los demás ya lo han hecho. El hechizo se rompe y al fin puedo moverme.

Busco la más apartada, un banquito cojo que tiene a Piolín pintado en vinilo, por lo que me da un poco de pudor aplastarle la cara con el culo, la verdad.

—Al fin nos conocemos —nos mira uno a uno. Creo que la mujer del fondo tiene los ojos brillantes—. Vamos a transitar un camino de dolor y de sanación.

—Y tiene buen paquete.

El segundo es Mario, porque tengo a Santi justo en frente y lo está diseccionando a través de la cámara. Siseo para callarlo.

—Estupendo —Carlos se está dirigiendo a mí, porque cree que lo he llamado con el dichoso siseo—. Una pregunta. El primer día es difícil romper el hielo, pero tú eres una heroína. Ponte de pie y habla libremente.

—Yo... —miro alrededor y sonrío con más falsedad que una portavocía del gobierno—. Os vais a reír, pero creo que ha habido una confusión.

El guapo tiene los ojos clavados en mí. Qué pena que sea *gay* porque tiene un revolcón, aunque lo último que debe pasar por mi mente en estos momentos es un hombre.

Carlos asiente.

—Claro que hay una confusión —rubrica mis palabras y yo me siento más tranquila—. La de nuestra mente, y eso es precisamente lo que vamos a tratar en este grupo de terapia —los demás me aplauden. Yo estoy un tanto noqueada—. ¿Cómo te llamas?

Miro alrededor. De nuevo todos los ojos me evalúan con cierta expectación. Los de Santi tienen un tono de guasa que no me gusta.

—Clara —está a punto de escapárseme el apellido, pero logro controlarme—, Clara Sánchez. Como Marta Sánchez, pero en Clara.

¡Sí, me estoy liando, lo sé, lo sé, pero es que la situación es muy estresante!

Al guapo se le escapa una risotada, aunque tiene la boca tapada con la mano. Al parecer solo yo me doy cuenta.

—Bravo, Clara —dice el gurú—. Gente como ella, gente como vosotros, sois las que hacéis posibles grupos como este y por eso sois tan especiales.

Mis tres amigos están más callados que en misa, señal de que se lo están pasando bomba. Todos parecen encantados menos yo, que tendría que haberme escapado a tiempo. Voy a protestar de nuevo cuando Carlos alza las manos.

—Quiero daros la bienvenida —nos mira—; este grupo es muy especial y por eso lleva un nombre especial —se masca la expectación—: El club de los ex, donde caben todas aquellas personas a las que alguna vez los han abandonado sus parejas.

Y eso me confirma que me he equivocado tanto que solo me queda una solución: escapar.

Capítulo 6

—Más vale que les digas que tú eres de las malas —me dice Lucía desde el otro lado del teléfono.

La mando a callar, pero tiene razón. Si estas siete almas benditas están aquí porque han sido abandonadas por sus ex... ¿qué pensarán cuando se enteren de que yo...?

—¡Sal de ahí, corre! —me grita Inés a través del auricular.

—Te van a linchar, cielo, te van a linchar —me anima el que faltaba.

Tienen razón y tú estarás de acuerdo. ¿Qué se me ha perdido a mí en un sitio como este? «Una evaluación psicológica para certificar tu estado mental», estás pensando, ¿ves cómo te voy conociendo? Pero...

—Deja de hablar con la lectora y corre.

Qué pesada es Inés a veces. Me pongo discretamente de pie, aunque Piolín se ha adherido a mi culo y no solo suena el chupón cuando me levanto, sino el elástico de mis bragas dándome un latigazo. Los siete pares de ojos se vuelven hacia mí. Las pupilas penetrantes de Carlos Castaño me diseccionan, como si esperaran una respuesta.

—Yo... —intento dar una explicación de por qué me voy a marchar —... yo...

—Luego atiendo tu pregunta, Marta Sánchez.

—Clara —le aclaro.

Santi se lo está pasando bomba conmigo por lo que veo.

—Clara, Marta, como te llames... —me llama nuestro gurú—, vente aquí, más cerca, el calor humano significa mucho.

—Estás jodida —asegura Mario.

Y tiene razón porque no puedo salir corriendo sin más, ¿o sí? Me lo pienso mejor... ¿Y si uno de estos me ha reconocido y cuenta el espectáculo dantesco de Clara Volterra escapando de un club de almas abandonadas? Decido quedarme. Esto terminará antes o después y podré volver a casa sin más complicaciones.

Atravieso la sala despacio, como si los demás pacientes fueran *ovomorfos* que podrían dejar escapar a un *alien* si voy demasiado deprisa, y me siento en una silla vacía lejos de Santi. Trago saliva.

—Confidencialidad —suelta el terapeuta marcando mucho cada sílaba—. Esta será la clave de nuestra relación a partir de este momento. La privacidad de cada uno de nosotros es sagrada y nada de lo que se diga aquí puede ser contado fuera de estas cuatro paredes.

—¿Y si se me escapa? —dice el hombre que está a mi lado y que lleva apretado muy fuerte entre sus puños lo que parece ser un pañuelo de mujer.

Carlos lo mira con simpatía, como si hubiera solicitado ternura.

—Eso no va a suceder —le dice con cierto misterio, como si pudiera leer la mente o algo así—, porque tú, porque todos vamos a firmar un contrato de confidencialidad que meterá en un problema serio a quien se lo salte. ¿Puedes repartirlo? —le dice a Marta Sánchez, o sea, a mí.

—Eso es bueno para ti —suelta Lucía desde el otro lado, el Más Allá, no, su casa.

—Este se cree que tú eres su secretaria —Mario siempre tan protector.

No les presto atención y empiezo a pasar papeles. En la junta del Grupo Volterra esta sería una tarea de Mauricio, pero no puedo traérmelo sin levantar sospechas. Cuando llego hasta Santi este me sonríe.

—¿Estás bien? —pregunta.

¿Desde cuándo no me dice eso un hombre que me gusta?

—Recuerda que es *gay* —suelta la voz de Pepito Grillo de Mario, porque ha supuesto que tengo humedad en las bragas.

No le contesto a ninguno de los dos y vuelvo a mi sitio. Mientras Carlos Castaño cuenta lo que hay en el documento yo me dedico a leerlo. Estoy bragada en Derecho y sé que es mejor leer que escuchar.

Es un contrato tipo bastante curioso. Dice cosas como que no podemos intercambiar nuestros números de teléfono o *emails*, que no podemos saludarnos si nos cruzamos en la calle, que no podemos intercambiar información ni dar a entender que nos conocemos fuera de estas cuatro paredes.

—El punto 7A lo redactaría de otra manera —me suena en el oído la voz de Lucía, que es abogada.

Por toda respuesta aparto el documento y presto atención al gurú. Esto es como un *Fight Club* pero con más lágrimas y menos puñetazos.

—Y hay seis normas inquebrantables —está diciendo.

—Espero que una de ellas sea «no matarás» —se ríe Inés y los demás la acompañan.

Quiero quitarme los auriculares, pero si lo hago todos se darán cuenta y puede haber preguntas. Lo mismo pasa si manipulo el móvil para cortar la llamada de Zoom. Decido quedarme quietecita.

—La primera norma —sigue Carlos— es que está terminantemente prohibido volver con vuestro ex mientras siga la terapia.

Hay murmullos a mi alrededor. Yo estoy a salvo porque dudo que Raúl quiera volver a saber de mí.

—¿Y si la cosa se arregla? —pregunta otra de los miembros, cuya cara me recuerda poderosamente a un perro pachón.

—¿Eras Rosario? —inquiere el terapeuta.

—Lola.

—Es posible que volváis, pero nada estará arreglado —ella mueve la cabeza—. ¿Sabes lo que eso significa?

La mujer suelta un jipido enorme y asiente, aunque estoy segura de que no sabe de qué habla este hombre. Carlos da la pregunta por contestada y pasa a la segunda regla.

—La segunda define a los ex como un recurso compartido.

De nuevo los murmullos. Miro a Santi, que está cómodamente repantigado en la silla con piernas y brazos cruzados.

—¿Y eso qué significa? —pregunta alguien a mi espalda.

Carlos Castaño junta las yemas de los dedos, como si fuera a decir algo trascendental.

—Durante la terapia el ex de cada uno de vosotros será el ex de todos, por lo que cada miembro de este club tiene derecho a decir de él lo que le plazca sin que pueda molestar a nadie.

Asentamiento a babor y estribor.

—Te van a poner verde —me dice Mario.

—Me lo merezco —contesto.

Carlos lo coge al vuelo.

—No, no te lo mereces, Marta. Tienes que aprender a quererte.

No le aclaro ni que me llamo Clara ni que hablaba con otro, y pongo cara de póker. ¿Cuánto le quedará a esto?

—La tercera norma es fundamental —prosigue, muy serio—. Los ex no cambian, cambiamos nosotros. Así que solo hablaremos de nuestra transformación y daremos por hecho que ellos y ellas siguen siendo los mismos.

Hay un asentimiento general, parece que esta les gusta.

—¿Puede haber relaciones entre los miembros del grupo? —lanza nuestro maestro, misterioso—. Seguro que ya os lo habéis preguntado.

Hay algunas risas. ¿Ya se han tirado la caña algunos de estos? Qué cansinos.

—Pues sí —aclara Carlos con una sonrisa de predicador—, se puede. Pero si esa relación se rompe, ambos miembros serán expulsados del club, ¿queda claro?

Veo en sus rostros que les acaban de echar un jarro de agua fría. A ti y a mí nos da igual. A ti porque estás leyendo muy cómodamente y a mí porque en lo último que voy a pensar es empezar con un... ¿pero de qué hablo? Hace una semana que dejé a Raúl casi en el altar y...

—Mira para atrás a ver qué está haciendo el *buenorro* —esta vez es Inés.

Se me escapa un suspiro de cansancio. Qué pesados pueden llegar a ser los amigos. Tú no, ellos.

Vuelvo la cabeza y medio torso para que la cámara de mi teléfono lo enfoque. Él me pilla, por supuesto, y me guiña un ojo. Vuelvo de inmediato a la posición inicial sintiéndome una idiota.

—La quinta tiene que ver con el concepto de grupo —está aclarando Carlos—. Somos una comunidad y debemos comportarnos como tal, ayudando a los demás en aquello que necesiten. ¿Entendido?

Más asentimientos. Me miro el reloj. La imagen de Raúl en el *Hotel Ritz* me inunda la cabeza. Veo sus ojos dolidos, la expresión de su boca, la forma en que sus puños se cierran cuando digo que no quiero casarme con él…

—Y, por último —el gurú de las normas me arranca de ese lugar oscuro—, abstinencia sexual.

La mujer de los ojos lagrimosos se atora, el de mi derecha se remueve inquieto.

—¡Sal de ahí ahora mismo! —me grita Inés.

Giro la cabeza y veo que a Santi no le ha afectado. Para que veas que lo de la promiscuidad *gay* es solo un mito.

—Supongamos que seguimos esa norma a rajatabla —se dirige a Carlos uno de los miembros—. ¿Cómo se enterará ninguno de que decimos la verdad, de que no hemos tenido una noche loca?

Hay una especie de murmullo que suena a «te entendemos, hermano, te entendemos».

El gurú Castaño alza ambas manos como si nos fuera a bendecir. Todos se callan de inmediato menos Inés, que está comentando que prescindir del sexo es una de las siete formas más efectivas de matar a alguien sin que se descubra al autor del crimen. Mi mente hace por no oírla, porque dudo que ese argumento se sostenga sobre bases científicas. Carlos habla.

—Os enteraréis vosotros mismos —dice despacio, mirándonos uno a uno—, y os aseguro, os prometo sobre lo más sagrado que, si no seguís las pautas, no habrá curación, y en eso no podréis engañaros ni a vosotros ni a los demás.

El silencio lo invade todo.

Yo lo miro fijamente mientras mi amiga Inés, al otro lado de la línea, no deja de hablar y entonces... estornudo.

Capítulo 7

Me quedo. No sé exactamente por qué, pero me quedo.

—Lo que te faltaba —me anima Inés, que lo de la abstinencia sexual la tiene loca.

—Yo este sitio no lo veo higiénico —apuntilla Lucía, para la que el desinfectante es tan imprescindible como su hígado o un riñón.

—Pregúntale a Santi si le gusta *Rihanna*. Eso nunca falla —y ahí va Mario.

He conseguido que sus comentarios no me afecten, así que no intento desconectarlos. Ya se aburrirán. Una Volterra sabe cuándo debe permanecer y no marcharse. Lo que no sé es cómo aviármelas para volverme invisible hasta que la sesión termine y yo pueda largarme sin llamar la atención.

Permanezco sentada en mi silla mientras Carlos va pidiendo uno a uno que abran su corazón y su mente. Su manera de hablar es hipnótica, como si fuera una serpiente de cascabel.

—Eso me pidió un novio, que me abriera, y lo que quería era...

—Mario, cállate —lo amonesta Lucía—. ¿No ves que Clarita está pasando un mal momento?

Solo ella me llama así. Que conste que no me gusta, pero he llegado a tenerle cariño al diminutivo. Mis amigos siguen parloteando y, mientras la sesión avanza, ellos van poniéndoles motes a cada uno de los miembros del club que se atreven a hablar.

A Lola, la mujer que se lo toma todo muy a pecho, le ha tocado *la intensa*, porque llora más que habla. Su novio la ha dejado media docena de veces y ella siempre tiene una excusa para echarse la culpa: que si habla demasiado, que si no sabe darle su espacio, que si le cuesta entender que él tiene sus amigos, que si no es lo

suficientemente sexy como para que no se vaya con otra. Me entran ganas de levantarme y darle un abrazo, pero eso me hubiera significado demasiado cuando estoy segura de que no voy a regresar jamás a esta dichosa terapia.

—Estoy de Universo hasta el potorro.

Eso lo acaba de decir Inés, y se refiere a Ramón.

El apodo que le han puesto es *el místico*. Ha terminado de contar una historia donde el mal rollo, la mala energía entre él y su exnovia, no hubo manera de exorcizarla. También dice que es culpa suya, por supuesto, por no haber depurado su energía vital y haber dejado que haya una confrontación de fuerzas.

—A ver si va a sacar una espada láser —se cachondea Mario.

Parece tan convencido de que todo depende de esa materia etérea que le va a costar trabajo entender que su novia lo dejó por otro, y nada más.

Con Estrella intuyo que Carlos Castaño va a tener problemas. Ella es psicóloga y experta en relaciones. Lo ha dicho cinco, no, seis veces. Le ha dado un consejo a cada uno de los que han hablado, pero cuando le ha tocado a ella ha empezado a llorar y yo solo me he enterado de seis palabras: Toledo, casa, caca (creo que ha dicho eso), armario, Maribel y Armagedón. Mi mente intenta armar una historia lógica con ellas, pero no me sale: ¿Su amiga Maribel ha salido del armario en Toledo y se ha armado el Armagedón en su casa hasta el punto de que se ha hecho...? No, no creo que sea eso.

Pablo, otro de ellos, ha recibido el mote de *el conspiranóico*, y no solo porque está abonado al programa de Iker Jiménez, sí, sino porque está convencido de que su ex lo dejó porque la CIA intervenía sus mensajes de *WhatsApp*.

Cuando le toca a Santi me giro sobre la articulación de mi cintura para que mis amigos lo vean. ¿Qué le habrá traído hasta aquí? Un chico guapo como él, buenazo como él, y agradable como él, no

creo que tenga problemas con los hombres... me reprendo a mí misma por ser tan superficial y...

—Qué mono —dice Mario.

—Y *polvazo* que tiene —esa no es Lucía.

Santi ni se inmuta, niega con la cabeza y pasa la vez.

—Te toca a ti, Marta —anuncia Carlos Gurú.

Me quedo tranquila porque me ha pasado por alto, pero Lucía me saca del error.

—Es a ti, monina.

Imito el gesto de Santi para dar a entender que no estoy preparada para hablar, pero Castaño se lo pasa por el arco del triunfo.

—Venga —me anima—. Dos silencios seguidos son demasiados para una primera sesión.

Noto las miradas de los asistentes clavadas en mí. No tengo ni la más remota idea de qué hablar, y comentar lo de Raúl, que está tan fresco, lo considero inaceptable.

—Cuéntales lo de Pablo —me sugiere Mario—, lo de tu primer novio formal.

Pongo los ojos en blanco. Ni me acordaba de él, pero es cierto que tuvimos una relación que terminó fatal. Donde no hay dolor no hay tensión, así que decido que puede ser una buena forma de hacerme la víctima y salir de allí intacta.

—Se llamaba Pablo, y era un cielo —comienzo, un tanto *Britney Spears*.

—Prosigue —me anima mi mentor.

Paseo la mirada por los asistentes. Santi tiene la cabeza ladeada y la mirada llena de curiosidad. ¿De qué mierda les voy a hablar? ¿Les voy a contar una chorrada lacrimógena sobre algo que no estoy segura de que me doliera?

—Diles que lo dejaste porque te ocupaba demasiado tiempo —me aconseja Lucía a través de *Zoom*.

—¿Cómo les va a contar eso? —Inés parece un poco más cabal—. Que cuente que se cansó de él, como de todos los demás.

—¡Eso no es cierto! —se me escapa.

Y Carlos Castaño, que tiene oído de tísico, lo escucha.

—¿No es cierto que se llamara Pablo o que fuera un buen hombre?

—No es cierto que yo deba estar aquí.

Se hace un silencio, pero no de esos que se cortan, más bien de los de «qué irá a contar esta ahora».

Lo sé, amiga. Debía haberme quedado en la puerta, o haberme dado la vuelta en cuanto tuve ocasión, pero ahora estoy delante de toda esta gente, estos desconocidos, a los que los une un corazón destrozado cuando yo...

—Pablo era un buen tipo —digo casi de carretilla—. Me hubiera hecho feliz, siempre he estado segura de eso. Nos llevábamos bien, sabíamos comunicarnos, nos divertíamos juntos... pero se acabó. Quizá las cosas bonitas no pueden durar.

—Nunca nos has dicho si era bueno en la cama —sí, es Inés.

—Ni falta que te hace saberlo —me protege Mario.

Consigo no escucharlos a ninguno de los dos.

—¿Cómo te dejó? —me pregunta Carlos.

—Díselo ahora o no te van a dejar salir de ahí hasta que terminen —me aconseja Mario.

Tiene razón, lo mejor es saltarlo sin más.

—No me dejó él. Lo dejé yo —se escucha un murmullo, como si hubiera dicho que el pelo de Marta Sánchez no es rubio natural—. Los dejé yo a todos.

—¡Brava! Y ahora a casa —resuelve Inés a través del auricular.

Espero el momento en que Carlos me abronque y me diga que no puedo seguir aquí. En cierto modo es perfecto porque me dará una excusa para presentarme mañana en el despacho de Mele y pedirle mi evaluación.

—No sé qué hará aquí —escucho a mi espalda.

—Habrá venido a reírse de nosotros —suelta otra voz que no identifico.

Carlos no hace nada por aplacar la protesta; está ahí, muy quieto, atento a todo lo que sucede.

—Caradura.

—Mala mujer.

—Perversa.

Esto último me deja a cuadros porque no sabía que se usara como insulto. ¿Y tú?

—Clarita, vete de ahí ya.

—Voy a telefonear a tu chófer y que te recoja en la puerta —me urge Mario—. A ver si van a querer lincharte.

—Como se enteren de quién eres...

¡Se me había olvidado por completo! Ya no llevo las gafas de sol. ¿Cómo es posible que ninguno de estos me haya identificado? ¿Tan bueno es mi disfraz? Cierto temor me recorre la espalda mientras nuevas pullas se me clavan como palillos de diente.

—Pues yo creo que Clara hizo bien —suena entre los murmullos una voz profunda y masculina.

La reconozco al instante. Es Santi, y tanto yo como los demás nos volvemos hacia él. Sigue repantigado en su silla, guapo y desenfadado, como si todo aquello no fuera más que una obra que se representa en un escenario.

—Ella ha venido aquí por voluntad propia y ha abierto su corazón —dice a quien quiera escucharlo—. Quizá nos vendría bien a los demás saber qué pasa al otro lado del abismo, ¿no creéis?

Lola va a contestar, pero Carlos *Gurú* Castaño eleva su voz sobre los demás.

—Así es —da una palmada al aire—. Marta, Clara, o como sea, bienvenida —después se dirige a los demás—. Estamos todos. El martes empezaremos de veras.

La sesión se da por concluida, y mientras se ponen de pie y algunos se desperezan, yo aprovecho para escabullirme de allí sin mirar atrás, mientras mi cabeza me dice que cómo es posible que haya alguien aquí que no esté mal de la cabeza y que además sea guapo, porque eso ya es mucho pedir en este grupo.

Capítulo 8

Mis tacones repiquetean sobre el mármol del suelo mientras entrego mi chal y mi chaqueta al encargado del guardarropa, que los coge casi al vuelo.

—Vaya horitas —se toca Lucía la esfera del reloj cuando me ve aparecer más deprisa que si me siguiera un talgo.

—No había manera de entrar en Madrid —les lanzo un beso a cada uno porque no quiero perder el tiempo en arrumacos—. La próxima vez quedamos en mi casa.

The Club es uno de los espacios más exclusivos de la capital. Por supuesto que a ti te dejarán entrar con solo decir mi nombre en la puerta. A los Volterra nos hacen tres cosas al nacer: nos dan un cate en las nalgas, nos pasan por las reliquias de Santa Sofrona y nos apuntan como socios a *The Club*, en ese orden.

Aquí están el mejor chef de Madrid, la mejor vajilla isabelina de Madrid, la mejor bodega de Madrid y otra serie de cosas que se pagan con tres ceros al final de la cuenta.

Los tres mosqueteros y D'Artagnan hemos quedado para comer porque no nos vemos desde que llegamos de París. Cierto, hemos hablado y hace un par de días hicieron conmigo la visita virtual al Club de los ex, nada más. Un camarero me pone la servilleta sobre las rodillas y le pido al maître lo de siempre.

—¿Con salsa béarnaise o perigourdine? —me pregunta.

—Mucha de ambas —porque tengo hambre—, y dos piezas de pan, por favor.

Cuando nos quedamos a solas no puedo evitar darme cuenta de que Mario me mira de manera particular.

—No he desayunado. Debo estar incubando algo —me invento, porque un virus sirve para todo.

—No es eso —responde—, me estaba preguntando si sabes algo de Raúl.

¿Te acuerdas? El novio al que dejé plantado en nuestra fiesta de compromiso en el Hotel Ritz.

Después de mi periodo de reflexión lo he llamado, no una, muchas veces, pero no me ha cogido el teléfono. He tenido la intención de hacerlo desde otro número, de cogerlo desprevenido, pero... ¿Qué le voy a decir? ¿Qué explicación puedo darle? Decido pasar de puntillas sobre la cuestión.

—Ambos necesitamos tiempo.

—Hay algo que nunca te perdonaré —me dice Inés.

La copa de la que intento beber se me queda en el aire.

—¿Qué no te pudiste tirar al de la pajarita? —también puedo ir larga en cinismo.

Me hace una mueca que puede significar de todo.

—Que decidieras casarte —arremete—. Un matrimonio no lleva a ningún sitio y menos hoy en día. Te lo dije, te lo repetí, pero a veces eres demasiado insistente.

Ellos siguen discutiendo sobre lo procedente o no de tener una relación estable. Para Inés es una abominación, para Mario una necesidad. Lucía se mueve entre dos aguas, porque está segura de que existe el hombre perfecto.

Mientras nos sirven los platos y un poco de vino pienso en mi sobrina Nieves, cuya imagen en el vestíbulo del hotel no me abandona la cabeza. Ella y yo siempre hemos tenido un vínculo especial. Recuerdo que se fraguó en el instante mismo en que la vi por primera vez en brazos de mi hermano y me sonrió. Dirás que eso lo hacen todos los niños y que es más bien una mueca instintiva, como un ictus. Puede ser, pero supe en ese preciso momento que

sería una de las personas más importantes de mi vida y, ¿qué he hecho yo por ella? Exacto, decepcionarla.

—¿Volverás a esa terapia grupal? —deja Mario un momento la discusión para interesarse.

Me encojo de hombros.

—¿Qué remedio me queda? Mele no me dará una evaluación positiva si dejo de ir.

Lucía tiende una mano y me toma la muñeca.

—¿Has intentado hablar de nuevo con ella?

—No me coge el teléfono y su secretaria no quiere pasármela. Creerá que voy a montarle un pollo.

Me suelta la muñeca y se aparta su bien peinado pelo de la cara.

—Llévalo como si fuera un club de golf —ella siempre utiliza símiles elegantes, de buena sociedad—. Diviértete, frivoliza y no cuentes nada de ti de lo que tengas que arrepentirte.

Inés interviene.

—Entonces la llamarán *la muda*.

Mario le corea la carcajada. Con dos copas de más, y posiblemente lleven seis, pueden llegar a ser insoportables.

—Muy graciosa —contesto, y sigo comiendo, porque si respondo de otra manera la conversación se volverá infinita.

Tras los últimos jipíos de risa Mario me toma de la otra muñeca.

—Al menos has conocido a Santi —dice casi místico—, un hombre que debemos conservar por si en el futuro me divorcio.

Inés arroja la servilleta sobre la mesa.

—Eso no pasará nunca. Parecéis babosas. Jorge y tú estáis siempre juntos y...

La caricia de Mario sobre mi muñeca se convierte en un apretón feroz.

—¡Baja la cabeza, rápido!

Las otras dos obedecen al instante, lo que resulta un tanto ridículo. Yo miro alrededor, sin saber cuál es el peligro que nos acecha. ¿Hay

leones sueltos en Madrid? Pero comprendo que solo se puede referir a una cosa...

—¿Ha entrado Raúl? —se me quiebra la voz.

Ahora cambia el apretón por un cate en la colorada muñeca.

—No, coño, tu hermano.

—¿Hugo?

—¿Tienes otro?

Miro en dirección a la puerta y, en efecto, ahí está Hugo.

Resalta entre el grupo de hombres que lo acompañan, todos impecablemente vestidos de traje y corbata y con el aspecto de ser ejecutivos bien avenidos. Él también me ve y desde la distancia noto cómo sus cejas se fruncen solo un instante para volver a su actitud de firmeza de inmediato.

Se acerca a mí sin variar el paso. Inés se relame.

—No te esperaba haciendo vida social —me dice cuando llega a nuestra altura, y los tipos que lo acompañan se quedan allí, como haciendo guardia.

A veces su cinismo me saca de quicio, pero hoy no lo conseguirá. Es una lástima cómo se ha destruido nuestra relación. De pequeños llegamos a ser uña y carne. Yo lo admiraba y él decía que me adoraba. Debió ser solo un espejismo, solo eso.

—¿Creías que estaría lamiéndome las heridas en mi casa? —le contesto.

—Sueles infringirlas más que recibirlas —suelta la estocada para de inmediato volverse hacia mis amigos—. Mario, Inés, Lucía.

—Ya ves que estamos el aquelarre completo —intento imitarlo con poco éxito.

Hugo se mira el reloj. Llega el primero a todos sitios, pero siempre tengo la sensación de que va tarde.

—¿Irás luego a la oficina? —me pregunta.

—¿Acaso falto alguna vez?

—Nieves quiere verte y pasará con su madre a recogerme.

Mi sobrina Nieves. Siento calor en el corazón, ¿no te pasa a ti con las personas que adoras con solo escuchar su nombre?

—Gracias —le digo y él asiente.

—Eres su tía.

—Lo sé.

Ahí hubiera terminado nuestra conversación de una manera perfecta, pero Hugo tiene que decir la última palabra.

—Solo espero que no la decepciones de nuevo.

Como siempre, se marcha sin dejarme contestar, seguido de su corte de aduladores que aplaudirán sus ideas y reirán sus gracias.

—Qué culazo ha tenido siempre —en efecto, es Inés. ¿Ves cómo ya los vas conociendo?

Voy a contestar cuando suena mi móvil, pero solo me percato porque proviene de mi bolso, ya que es un timbre totalmente desconocido para mí.

—¿Eso ha sonado a SMS? —me recrimina Mario, como si yo tuviera la culpa—. ¿De verdad?

Inés se hace la tonta.

—¿Qué es eso?

—No te quites años, bonita.

Tomo el teléfono y enciendo el celular. En efecto, la burbuja del mensaje está claramente flotando en mi pantalla.

—Pues sí, me ha llegado un mensaje —lo vuelvo a guardar en el bolso—. Será publicidad.

Mario me urge con un aleteo de las manos que no puedo desatender.

—Léelo, no vaya a ser Raúl.

—Me llamaría o me escribiría un *wasap*.

—¿Qué trabajo te cuesta?

Casi todas las firmas importantes establecidas en Madrid suelen mandarme invitaciones para las ventas exclusivas de principio de temporada, pero no recuerdo que me llegaran por SMS.

Saco otra vez el celular, porque me encanta llamarlo así, desbloqueo la pantalla y despliego la burbuja. Las letras aparecen ante mis ojos, aunque parpadeo un par de veces antes de reaccionar.

—¿Es una mala noticia? —se ilusiona Lucía.

«¿Nos tomamos un café antes de la sesión del martes? A las 6.30 en el bar de enfrente. Santi.»

—Es... es Santi —digo sin más porque ni yo misma me lo creo.

—¿El *buenorro*? —pregunta Inés lo obvio.

—¿Pero no teníais prohibido comunicaros fuera de aquel local cochambroso?

Lucía tiene razón. Se nos entregó un documento donde lo dejaba claro. ¿Me buscaré un problema si acepto? Aunque, mirándolo de otra manera, lo que mejor me puede pasar es que me expulsen, porque Mele no tendrá más remedio...

—¿Pero no era *gay*? —pregunta Inés, insistente como es ella.

—Yo nunca me equivoco —responde Mario—. Si quiere verla es porque es representante de *Mary Kay* y va a venderle maquillaje.

—No digas sandeces —los labios me dibujan una sonrisa.

Lucía me aprieta la muñeca. ¿Qué diantres verán estos hoy en mis muñecas?

—¿Vas a ir?

Suelto un suspirito pícaro.

—Me vendría bien tener amigos nuevos.

—Oye, sin ofender —dice Mario.

Por hoy no quiero hablar más ni de mi ex ni de mi terapia, así que cambio de conversación.

—Ahí viene mi plato. Tengamos la comida en paz.

Y al fin me obedecen y Mario nos cuenta lo que se han hecho Los Javis en la cara.

Capítulo 9

Mauricio, a través de la cámara de la *tablet*, me ha hecho cambiarme seis veces de ropa hasta que me ha dado el visto bueno. El primer *look* según él era «de niñata de polígono», el segundo «de tonadillera arruinada», el tercero «de tener serios problemas con el alcohol», el cuarto «de ligona de supermercado», el quinto «de institutriz inglesa», y este es simplemente «de diosa del Olimpo». Me parece fascinante cómo puedo pasar de «niñata de polígono» a «diosa del Olimpo» con solo cambiarme de camiseta, porque no he hecho otra cosa.

Esta vez me hago un rodete en la nuca de cualquier manera y llego puntual a mi cita con Santi. Empiezo a sentirme cómoda en este personaje, en esta Clara Sánchez que usa *jeans* y camisetas lisas y habla poco de sí misma.

Cafetería quizá sea un nombre excesivo para el local que se abre casi en frente de nuestro centro de terapia, sí, la pizzería cochambrosa. Es una mezcla entre bar cutre y tienda de chucherías donde un par de camareros hacen malabares con las bandejas para pasar entre los veladores apiñados.

¿Que cómo se llama? *Paradisse*, así, con dos eses porque claro, nada dice elegancia como una falta ortográfica.

Veo a Santi nada más llegar. Está sentado justo en medio, entre lo que parece una despedida de soltera y una reunión del sindicato de estudiantes. Está mirando el móvil, lo que me permite acercarme cautelosamente mientras lo analizo.

He de reconocer que está realmente macizo, a su estilo. La camiseta negra con la imagen de un grupo de rock le sienta de maravilla y los vaqueros desgastados le dan un aire de motero

trasnochado que encaja con su pelo crecido y las gafas de aviador que hay sobre la mesa.

Mario me lo ha explicado todo mientras venía para acá y mi chófer me dejaba a tres manzanas. Por su imagen debe ser *activo*, ya me entiendes, y posiblemente aficionado a tercetos y cuartetos, y no hablo de música clásica. Le he recriminado a mi amigo todos esos prejuicios, pero me ha dicho que se apuesta una cena en *DiverXO* si está equivocado. Así de seguro se siente.

Consigo esquivar a la novia, que debe ser la que va disfrazada de avispa, y al secretario del sindicato estudiantil porque tiene una pila de papeles sobre la mesa. Soy toda sigilo y toda observación, y tan bien lo hago que llego a su lado y Santi aún no se ha percatado de que estoy allí.

—¡Hola! —suelto quizá un poco más alto de la cuenta porque hay demasiado murmullo alrededor.

Tan alto que Santi se asusta.

—¡ARG!

Su grito me asusta a mí un poco más.

—¡ARRRG!

Tanto que doy un paso en falso, pero tengo la suerte de agarrarme al camarero que pasa por mi lado. Una suerte aciaga ya que la bandeja se le escapa de entre las manos y los cubatas de *River* se deslizan como a cámara lenta mientras Santi me mira.

El primer *gin-tonic* se estrella contra su hombro derecho. El *White Label* con cola sobre su cabeza y los *Bacardi* con limón por diferentes partes de su anatomía, como un bombardeo de las fuerzas enemigas.

El silencio lo ocupa todo.

Es como si yo tuviera la culpa, cosa que no es así de ninguna de las maneras.

Pero aquella opresión, las miradas que se fijan en mí, me llevan a actuar de inmediato, porque una Volterra no permanece impasible

ante las desgracias.

Así que cojo tantas servilletas como el dispensador me permite, y empiezo a limpiar a Santi para aliviar tantas adversidades.

—No es necesario, no es necesario —grita él.

Y solo entonces me doy cuenta de que quizá esté manipulando una parte de su anatomía que es bastante íntima, y más para hacerlo delante de toda esta gente.

—Vamos a sentarnos —me dice, como si intentara calmar a una demente—. Esto terminará secándose.

Poco a poco la calma vuelve a nuestro alrededor. Los del comité discuten sobre lo conveniente de usar folios reciclados y a la novia le ha dado un perrengue porque dice que está enamorada de Ramón, que no debe ser el hombre con el que se va a casar.

—De verdad que lo lamento —insisto, y acepto amablemente el café que no he pedido y que me acaba de poner el camarero.

Santi me sonríe. Está hecho un cromo con la camiseta y el pelo empapados, aunque he de reconocer que le dan cierto aire de *surfero* de ciudad.

—Olvídate de esto —me dice—. Le pasa a cualquiera.

En este preciso instante me doy cuenta de que no tengo nada de lo que hablar con este hombre. Y no solo eso, sino que puedo levantar sospechas sobre mi verdadera identidad si me paso de la lengua. Así que decido ser esquiva y evitar cualquier asunto que pueda aportar información personal.

—¿Sueles venir por aquí? —le pregunto, algo genérico, lo mismo que preguntarías tú.

—No vivo lejos. ¿Y tú?

¡Vaya! Empezamos mal. Me hago la imprecisa.

—Ahí al lado como quien dice.

—Quizá seamos vecinos.

—Seguro.

Sus dedos tamborilean sobre la mesa. Se le ocurre algo.

—¿Conoces el *Jhony*?

¿Quién diantres es ese? ¿O es un *algo*? Pero no quiero decir ni que sí ni que no así que...

—No... Sí... claaaro, *Jhony*.

Él da una palmada al aire.

—Pues en la calle que cruza. ¿Y tú?

«Piensa rápido, piensa rápido», me digo.

—La segunda más allá.

Él levanta las cejas.

—¿Argumosa? —pregunta, como si fuera algo extraordinario—. Allí vive mi colega Cristian. Seguro que lo conoces.

—Hay tanto Cristian por esa zona —estoy nerviosa, lo reconozco, y tengo la necesidad de salir de aquí. Miro a ambos lados, pero estamos atrapados entre veladores, como si esto fuera una selva y ellos una manada de hienas.

—Por cierto —dice él de repente—, ¿a qué te dedicas?

«¡Información personal no, información personal no!», me grita mi mente.

—Ropa —se me ocurre, porque es una verdad a medias—, trabajo en ropa.

Aquello parece alegrarle.

—Una tiendecita. Eso es chulo —me señala de arriba abajo—. Me gusta tu estilo. Un poco JLo, pero te sienta bien.

Eso mismo dijo Mario, así que un punto para él. Aprovecho el momento para cambiar el foco de la conversación.

—¿Y tú? ¿Qué haces en la vida?

—Camperizo coches y furgonetas.

Debe habérsele metido algo entre los dientes porque no lo entiendo. Pregunto de nuevo.

—¿*Camperizas*?

—Sí, ya sabes —parece que debo saberlo—, las hago habitables.

Yo afino un poco más.

—¿Conviertes un coche como ese —señalo la tartana que renquea en ese momento por la carretera— en una casa, quieres decir?

—Sí, y puedes irte a la sierra o la playa sin gastar en hoteles.

Espero que no esté leyendo mi expresión.

—Interesante —logro decir—. ¿Y qué haces de verdad?

De nuevo frunce las cejas.

—¿De verdad?

—Ya me entiendes, para ganarte la vida.

Se encoge de hombros.

—Eso.

—¿Eso?

—¿Tiene algo de malo?

—¡Nooo! —suelto una risotada que no pega con la conversación—, pero me ha resultado un tanto, no sé...

—Dilo.

«No, no lo digas, Clara».

—Infantil.

Ahí está la sinceridad brutal de los Volterra.

—¿Infantil? —Santi parece muy ofendido—. Vale, porque vender ropa es de gente madura, quieres decir.

Intento reconducir la conversación.

—Creo que te has molestado.

—No, qué va —abre y cierra una mano—. Te había invitado para que nos conociéramos y te sintieras cómoda en el grupo, y tú me llamas infantil porque mi modo de ganarme la vida no es el que te hubiera gustado.

Me siento fatal porque tiene razón. He de limar estas asperezas cuanto antes.

—Creo que se nos está yendo de las manos —le digo, conciliadora.

—Sí, será mejor que lo dejemos —levanta una mano y avisa al de la bandeja—. ¡Camarero!

La cita se ha ido al traste. Será mejor que cerremos nuestra conversación como dos personas maduras que tienen una falta puntual de entendimiento. Cojo mi bolso y voy a sacar el monedero cuando me doy cuenta de que es el de *Loewe*. Lo dejo dentro y busco la tarjeta.

—Pago yo —tengo que compensarlo de alguna manera—. Te he tirado medio bar a la espalda.

Él chasquea la lengua.

—Mis padres me educaron en esto, y sé que es anticuado además de infantil, pero voy a pagar yo.

Me pongo de pie e insisto.

—Eso de ninguna manera.

Él también se levanta.

—De ninguna, de ninguna manera —añade.

Se me escapa un suspiro de exasperación.

—Yo pagaré lo mío y tú lo tuyo —muy salomónica yo—, y no se hable más.

Gruñe por lo bajo, pero no me contradice.

—Me parece bien —deja algunas monedas sobre la mesa y se empieza a escabullir—. Te veo dentro.

Me miro el reloj, uno del chino que me ha comprado Mauricio, por lo de no parecer yo misma.

—Aún hay tiempo hasta que empiece la sesión grupal. Podemos pasear.

Él alza ambas manos, protegiéndose de mí.

—Prefiero hacerlo solo. Mi *carácter infantil* me juega estas malas pasadas.

Y sin más me da la espalda y se larga, dejándome con dos palmos de narices mientras la novia se come los mocos llorando por ese tal Ramón y el secretario de la organización le mete cuello a la estudiante de al lado.

En ese momento me suena un mensaje de *wasap*, y por el sonido sé que es del grupo «To Loca», uno muy exclusivo formado por... ¡exacto!, Inés, Mario, Lucía y yo. Ya te invitaré a unirte más adelante.

Abro la aplicación y leo el texto.

«Cómo ha ido con el *buenorro*». A esto le siguen muchas estrellitas, matasuegras y corazones.

Tecleo en un segundo.

«Un gilipollas, como todos los demás».

Y me tomo mi café cómodamente sentada, mientras me pregunto qué he hecho mal con Santi.

Capítulo 10

Como te habrás imaginado, Santi y yo entramos en la sesión del Club de los Ex por separado, incluso tengo la sensación de que espera a sentarse hasta que yo lo hago para buscar una silla libre justo al otro extremo del salón-pizzería.

Carlos, el terapeuta, parece materializarse de la nada porque apenas he terminado de analizar la expresión huraña de Santi cuando él ya está en medio de la sala diciéndole a Lola que nos cuente su historia.

¿Te acuerdas? Lola la intensa. Ella suspira, gimotea, se seca unas lágrimas que nadie hemos visto y se pone de pie. Yo aprovecho para echarle otra miradita a Santi, a quien han dejado solo en un círculo maldito porque el aroma a borrachera llega hasta mí. ¡El pobre, y él que quería tomarse un cafetito a gusto!

Mientras Lola cuenta la historia de su última relación con más tragedia que una telenovela turca, yo sigo lanzando miradas furtivas hacia Santi con la única intención de descubrir por sus gestos, por la forma fruncida de sus cejas, por qué se ha sentido tan incómodo conmigo cuando apenas le he hecho un par de preguntas inocentes. ¿Tú entiendes a los hombres? Porque yo cada día tengo más claro que no.

A retazos la historia de Lola me atrapa: «... y él me dijo que estaba fría y yo solo pude echarme a llorar». No me ha quedado claro si está hablando de un plato de menestra o de cuando le dieron la noticia de que su madre ya nos había dejado. Porque voy descubriendo que Lola, a base de drama, coloca cada acontecimiento de su vida en un mismo nivel: que su compañera de mesa no la haya saludado hoy es casi tan grave como que su prima

Enriqueta, pero a quien llaman Keta, le haya hecho la cruz y raya para el resto de su vida. ¿Seré yo también así y no me doy cuenta? ¿Es esa la razón por la que me escuecen las relaciones con los demás?

Una nueva ojeadita a Santi y lo pillo con los ojos clavados en mí. Me vuelvo hacia Lola con mucha dignidad, dándole a entender que sea lo que sea que suceda entre los dos... yo más.

Un fuerte aplauso me saca de mi guerra personal con un hombre que únicamente ha intentado ser cortés y con quien jamás tendré nada, ya sea porque Mario tiene razón y no le van las chicas, o porque yo haya madurado y sea capaz de cerrar mi corazón con un candado a dos semanas de haberle destrozado el suyo al hombre que me había dicho que me amaba.

Cuando consigo concentrarme me doy cuenta de que Lola, destrozada, ya ha terminado su historia. Varios compañeros la están consolando, aunque creo que necesita varias decenas para volver a un estado casi normal.

Carlos Castaño alza su potente voz de barítono para llamar la atención de todos.

—Hoy nos llevamos tarea a casa.

De repente me doy cuenta de que me parezco a mi madre porque acabo de alzar las cejas. ¿Nos va a poner deberes como cuando íbamos al colegio?

—En muchas ocasiones el dolor lo provoca el apego a los vínculos del pasado —nos dice nuestro terapeuta, muy convencido—, el apego a las historias que nos contamos, a las que creemos recordar, e incluso a los objetos que guardamos de aquellos que decidieron libremente tomar otro camino.

—¡Pero yo lo sigo queriendo! —grita Lola que parece no haberse enterado de que ya se ha terminado su turno.

Castaño espera a que pase el tumulto y continúa.

—Seguro que casi todos vosotros atesoráis un objeto, algo que perteneció a esa persona del pasado que hemos empezado a trabajar. Una especie de trofeo, o de reliquia. Algo de lo que quizá no nos acordamos, pero cuya energía negativa está imposibilitando vuestra evolución.

—Su jersey de lana —dice alguien.

—Un llavero con un perro —otro.

—Un análisis de orina —ahí me vuelvo, pero no logro adivinar quién lo ha dicho.

Miro a Santi. No parece que las palabras de Carlos le estén impresionando. ¿Qué habrá sucedido con la persona, hombre o mujer, con la que ha terminado y que le ha traído hasta aquí? ¿Menospreció su trabajo, como yo? ¿Se impuso y no le permitió pagar la cuenta del desayuno?

—Casi todos descubriréis que tenéis guardado, quizá olvidado, algo de esa persona con la que estamos trabajando, y lo único que tenéis que hacer esta semana es... —pausa dramática—: destruirlo.

De repente una cosa me viene a la mente: la carta de Pablo.

La recibí un par de semanas después de que lo dejara. Una de esas manuscritas con toda la vil del mundo y donde me decía que conocerme había sido la peor experiencia de su vida. Un clásico del despecho.

¿Cómo terminamos así Pablo y yo? Te prometo que no tengo ni idea. Era un buen tipo y, a diferencia de Raúl, era capaz de hacerme estremecer entre sus brazos, ya me entiendes.

Me pregunto si sigo teniendo esa carta. No soy de tirar cosas y hay una caja en mi vestidor, donde los zapatos, que se ha convertido en un escondite de despechos.

Como casi todo el tiempo se lo ha comido Lola dando gritos, la sesión de hoy termina pronto.

Cuando miro hacia la izquierda Santi ya se ha ido y te prometo que siento cierta tristeza.

Consigo escabullirme sin saludar demasiado, aunque sí le doy el pésame a Lola por si no me hubiera enterado bien de su historia. Las zapatillas deportivas (qué alegría de no tener que llevar tacones) me llevan veloz tres manzanas más allá, donde mi chófer me espera mientras se come un bocadillo de lomo.

—Termínatelo, Manolo, termínatelo —lo animo, porque no quiero que se me engollipe por el camino.

Llego a casa y me voy directa al vestidor. La pared de espejos que se enfrenta a la ventana está entera construida con armarios para zapatos. Abro una doble hoja, pero no la encuentro allí. Abro las del otro extremo y, entre las baldas donde se ordenan militarmente todos mis pares de tacones, debajo justo de la repisa donde colecciono mis *Testoni*, veo la caja de terciopelo rojo que apenas abro a no ser que tenga una reliquia que esconder.

La tomo y me siento en la cama. Sé que esa dichosa carta está aquí, aunque es como la caja de Pandora, y cuando la abra saldrán los primeros patucos de mi sobrina Nieves, para quien soy una decepción, la invitación de comunión de mi hermano Hugo, con quien apenas me hablo, o la foto de bodas de mis padres: al primero lo perdí y... no, los perdí a los dos el día en que él murió.

Al fin alzo la tapa y la dejo a un lado. No quiero rebuscar mucho porque hoy me siento especialmente sensible. ¿Tendrá algo que ver mi confrontación inmadura, sí, lo reconozco, con Santi?

Aparto papeles y objetos: una moneda de cinco pesetas, una muela del juicio, la entrada de un concierto de los Backstreet Boys. Los patucos ni me atrevo a acariciarlos y la foto de mis padres la pongo boca abajo sobre el edredón.

Ahí está la carta, la elegante letra de Pablo traza volutas góticas con mi nombre. Parece mentira que se puedan decir tantas cosas feas con una letra tan bonita.

La tomo sin pensarlo y... otra carta se me resbala de entre los dedos y cae sobre la alfombra.

Se me fruncen solas las cejas porque no sé qué es.

La tomo con cuidado y no tengo que haber hecho el curso del CSI para saber que es la misma letra de Pablo. ¿Cuándo me escribió esta otra carta? No me acuerdo de ella. Y lo que es más importante... ¿por qué está sin abrir?

Los últimos tiempos de la relación entre Pablo y yo fueron complicados, o al menos para mí. El trabajo era asfixiante, mi relación con el consejo de administración de mi empresa más tensa que unos vaqueros después de un *buffet* libre, mi necesidad de demostrarles a todos que valía para algo más que para comprarme modelitos caros... lo reconozco, no estuve a la altura de las circunstancias y lo tiré todo por tierra.

¿Esta carta contendrá más reproches? ¿Un *Volumen II* de injurias y despellejamientos?

Lo cabal es dejarla donde está. Son palabras no pronunciadas porque la carta jamás ha sido leída, así que... ¿para qué remover el pasado?

Pero soy una Volterra y los Volterra no dejamos nada a medias, así que rasgo el sobre, extraigo la carta... Y me encuentro con una nota donde Pablo, una semana antes de que yo lo abandonara, me pedía que me casara con él.

Capítulo 11

—¡Así no vamos a conseguir ese culo poderoso con el que soñáis, vidas mías! —grita la monitora de *spinning* señalándonos a Mario y a mí, pero déjame que te ponga en situación.

La noticia de que Pablo intentaba pedirme matrimonio solo unos días antes de que yo lo dejara ha sido como un jarro de agua fría. Es posible que estés pensando que son cosas del pasado, asuntos olvidados que es mejor no desenterrar. Y seguro que tienes razón porque me fío de tus consejos. Pero la idea que no me deja tranquila es... ¿cómo no me he dado cuenta de esto? ¿Cómo he podido estar cuatro años con un hombre enamorado y que no haya sido capaz de vislumbrar que quería dar un paso más en nuestra relación?

Y justo en ese momento decidí llamar a Mario, porque Lucía me llevaría al pozo más profundo de la depresión, y disculpa la metáfora nauseabunda, e Inés lo resolvería llevándome de copas, cuando lo que necesito es un hombro amigo que no me juzgue y me escuche atentamente en un lugar tranquilo y apacible.

En cuanto me descuelga y le cuento mi situación, Mario no lo duda: «Vente para acá. Tenemos que hablar muy seriamente». Lo que no me dice es que está en clase de *spinning* y que piensa dar tres seguidas para perder cintura.

La monitora da unas palmas al aire y sé que van dirigidas a mí.

—Charloteando no se suda, bonita.

Bajo la cabeza, humillada, mientras la camiseta se me empapa un poco más en sudor.

—¿No podríamos tomarnos un zumo en la cafetería? —le ruego a mi amigo, pero él pone una cara como si le hubiera dicho que si nos comemos viva a Maricarmen la de recepción.

—¡Eso es una bomba de azúcar! —parece que los rones con cola que se tomó el otro día, no—. Olvídate y pedalea que nos van a echar de clase. Pero cuéntame cómo te sientes.

Como comprenderás, amiga, es complicado abrir el corazón al ritmo de Daddy Yankee y dando palmadas cada seis pulsaciones, pero... ya lo sabes, soy una Volterra y los Volterra... ¡Eso!

—Creo que me he tomado demasiado a la ligera cada una de mis relaciones —confieso a la vez que contoneo el torso a derecha e izquierda como exige la clase de hoy. «Sois un bambú, sois un puto bambú», grita ella desde el escenario.

—Para eso no te hubiera hecho falta una terapia de grupo, cielo —me responde mi amigo—. Te lo hubiera gritado yo a la cara.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Hasta que no has empezado en ese grupo tuyo no sabía que te incomodara abandonar a los hombres que te aman —me contesta mientras clava la mirada en el culo imponente del ciclista que nos precede—. Pensaba más bien que era... como un deporte.

Su respuesta llega a ofenderme, pero me ofendo en voz baja porque la monitora no me quita la vista de encima.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —grito en susurros—. Rompimos porque yo estaba segura de que ya no había nada entre los dos.

—¿*Rompimos*? —clava las cursivas como nadie—. ¿Es el nuevo eufemismo de «los dejé abandonados en el arroyo»?

Aunque son palabras duras y aunque en este momento estoy haciendo remolinos con los brazos a la vez que me levanto a pulso de la bicicleta como indica la maestra, he de reconocer que Mario tiene razón. Cuando terminaba una relación estaba tan convencida de que no había marcha atrás que nunca imaginé que tuvieran... una solución.

—Con Raúl hice eso, lo reconozco —confieso cuando volvemos al sillín—, pero con Pablo... creí que lo nuestro se había enfriado. Que

habíamos perdido la magia.

Mario vuelve a mirar descaradamente al compañero de *spinning* para después apretarme la mano en señal de camaradería.

—No te culpes.

—Ya lo haces tú por mí —se me escapa.

—No seas boba. Esta es una oportunidad. A lo mejor lo desastroso de esa relación tuya con Pablo hace años es lo que ha hecho que todas tus parejas futuras hayan sido... bueno, una mierda.

Se me levanta la ceja derecha.

—¿Ahora eres psicólogo en lugar de director de marketing? Porque, sinceramente, de terapeutas ya estoy hasta el moño.

La monitora me jalea con la mano desde la distancia. Creo que si tuviera un arco y una flecha ya me la habría disparado.

—La bonita del fondo —sí, se refiere a mí—. Hablando no se pierden calorías.

Aumento el pedaleo para que vea que puedo, aunque el bajío que me viene me indica que no. Intento recuperar la respiración porque no pienso dejar que Mario tenga la última palabra, cosa que no consigo porque él tiene más que decir.

—Verás —se impone a mi intento de hablar—, desde Pablo has acabado mal con todos los hombres de tu vida y, aunque algunos eran unos auténticos gilipollas, otros podrían haber merecido la pena.

De nuevo tiene razón, cosa que detesto tanto como tengo que agradecérsela. Se me escapa un mohín de disgusto que a mí me parece encantador, pero por la expresión de la monitora, a ella le parece deleznable.

—¿Y qué hago ahora? —consigo preguntar en voz muy baja—. ¿Pedirles perdón?

—Supongo que esa respuesta te la contestará tu gurú.

—Sicólogo —le corrijo.

—Lo que sea. Pero para eso le pagas.

Me doy cuenta de que no me mira ni a mí ni a la *master and commander*.

—¿Por qué no dejas de mirarle el culo a ese tipo?

Se ruboriza de inmediato. Es sorprendente la capacidad que tiene para enarbolar un rubor intenso. Eleva la voz.

—Desde que nos conocemos reaccionas así, ofendiéndote, cuando se te pilla con las manos en la masa.

Me gruñe. Eso también lo hace muy bien.

—Te olvidas de que soy un hombre casado.

—Y un modelo de virtudes —apuntillo.

—Eso dicen.

Lo cierto es que me extraña. Estar casado no es sinónimo de no saber reconocer la belleza de otros y he de decir que el culo del tipo de delante es un espectáculo. Pero Mario y Jorge son... ¿cómo decirlo? La pareja perfecta. La sincronización exacta. Como si todo en el universo estuviera creado para que ellos dos se encontrasen y sus vidas marcharan a las mil maravillas. Me veo obligada a preguntarle mientras aumento el pedaleo a indicaciones de la traficante de esclavos.

—¿Todo bien por casa?

—¡Pues claro! —suelta demasiado deprisa—. Jorge no para de preguntarme por ti y Ainara quería llamarte, pero la convencí para que te dejara un poco de tiempo.

Ainara es su hija. La tuvo Jorge por maternidad subrogada hace siete años, pero Mario la adoptó cuando se casaron. Se adoran y yo la adoro a ella. Es curioso porque, sin tener una sola gota de sangre de mi amigo, es igual que él.

—¿Ves? —le digo, al borde del llanto tonto—. Lo vuestro funciona. Es la prueba de que es posible. ¿Por qué yo no puedo alcanzar una relación como la que tenéis Jorge y tú?

—¿Por qué no eres marica? —me suelta, sabiendo que eso me hará sonreír.

Se lo agradezco. Creo que hoy tengo uno de esos días sensibleros, y será porque estoy a punto de ponerme mala.

—En serio —consigo decir más serena—. Echo de menos llegar a casa y que haya alguien esperándome.

—Tu interna filipina lo hace.

Esta vez me pongo en jarra.

—¿No se puede hablar contigo sin que sueltes chorradas? Y deja de mirarle las nalgas, por favor.

—¡A que voy para allá! —amenaza la monitora desde la distancia porque nos hemos convertido en los díscolos de la clase.

Le hacemos caso al instante y aceleramos el ritmo sin ser necesario. Ella, con que parezcamos a punto de fallecer, está contenta.

Mario baja la voz.

—Todo va a salir bien. Conseguirás tu puesto en la empresa y encontrarás a un hombre que merezca a una tipa tan impresionante como tú.

—¿Me lo prometes? —creo que más que una pregunta es un ruego.

Él me sonríe. Qué poderosa es la sonrisa de los que nos quieren, ¿verdad?

—Te lo prometo.

Y seguimos con la clase, porque la monitora nos ha convertido en su proyecto personal.

Capítulo 12

Quizá, una vez llegadas al capítulo doce, estás pensando que todo en mi vida es champán, rosas y *spinning*, pero te equivocas, amiga mía.

Te voy a describir un día normal en la vida de Clara Volterra, y agárrate que vienen curvas.

El despertador suena a las seis. Soy de biorritmo nocturno, así que me tiro de la cama como una dromedaria somnolienta y la mayoría de las veces tropiezo o con el tocador o con el sofá descalzador. Si tengo la suerte de que sea con el segundo, me acurruco siete u ocho minutos más hasta que suena la segunda alarma, más atronadora, y ahí no me queda más remedio que bajar a la cocina.

Mientras me preparo un café cargado, repaso en el portátil los correos de ayer y las tareas pendientes para hoy, tomo notas y miro la prensa económica por si hoy tenemos algún susto por delante en las cotizaciones de bolsa.

A las seis cuarenta y cinco me meto en la ducha y a las siete y media salgo de mi vestidor preparada para el mundo. Es entonces cuando me acerco a la habitación de Luzviminda y la despierto, porque ella no es de alarmas, que se solivianta y dice que le puede dar una cosa mala.

Luzviminda es la persona interna que trabaja en casa. No tiene buen carácter, lo reconozco, pero la considero parte de mi familia. Su artritis reumatoide y no sé qué listado de enfermedades raras le impiden hacer la mayoría de sus tareas, pero como no quiere ni jubilarse ni darse de baja porque dice que se aburre, sigue en casa conmigo. Su trabajo principal es berrearles a las dos asistentas que hacen las tareas para las que ella está incapacitada mientras ve sus

telenovelas turcas. Sí, es raro, pero no sé qué sería mi vida sin Luzviminda. Ella es la que me grita «¡Qué *holas* son estas!» con acento chino filipino cuando llego tarde a casa.

A las ocho menos cuarto mi chófer me recoge en la puerta y a partir de ahí depende de lo que haya pasado en las calles de Madrid, pues puedo tardar entre veinticinco minutos y dos horas en llegar a la oficina.

No creas que este es tiempo perdido, pues Mauricio y yo empezamos a telefonearnos a esa hora para ir adelantando trabajo. Mientras el móvil no para de sonar, releo informes, hablo con los jefes de departamento e intento esquivar a mi hermano, que siempre tiene algún *asunto urgente* del que hablar.

La jornada en la oficina es más de lo mismo, a lo que se suman las reuniones interminables y soporíferas que no tengo claro para qué sirven. Si tengo suerte, puedo comerme un sándwich en mi mesa. Si no, tengo una comida de empresa con gente demasiado estirada que termina sus frases con un «sería un acuerdo beneficioso para ustedes» cuando lo que quieren es colárnosla.

Si de nuevo tengo suerte, suelo salir a las seis, momento que aprovecho para ir al gimnasio del club. Si no, que es la mayoría de las veces, empalmo la jornada con la asistencia a una inauguración, o a la presentación de un libro, o a la fiesta de jubilación de uno de los directivos de nuestras empresas.

¿Que esto último te parece divertido? No lo creas, porque de nuevo intentarán arrinconarme para que tratemos un asunto urgente, o pretenderán venderme algo o cerrar un acuerdo o simplemente la prensa me preguntará si lo mío con «pon aquí el nombre que quieras» va en serio o es solo un rumor.

Con tres copas de más y un humor de perros, antes de la medianoche suelo escaparme sigilosamente y por la puerta de atrás de regreso a casa sin haber cenado, por lo que mi chófer, Manolo, suele tenerme preparada una hamburguesa y patatas fritas que es lo

que más me gusta. Por el camino repaso los últimos emails, miro la agenda del día siguiente y me apunto el orden de prioridades para dormir unas horas y volver a empezar de nuevo. ¡Ah! En cuanto abro la puerta, Luzviminda me grita «¡Qué *holas* son estas!» y solo entonces tengo la sensación de que he regresado al hogar.

Hoy consigo llegar pronto a la oficina y a las ocho y media dejo el bolso sobre mi mesa.

—¿Has estudiado la propuesta de Hugo? —me dice Mauricio a modo de saludo mientras hace *scroll* en la pantalla de su *tablet*.

—¿Qué propuesta?

—Te la mandé hace dos semanas —me la arroja sobre la reluciente superficie encerada y yo la atrapo antes de que caiga—. Esa.

La dejo a un lado. Hoy tengo tres reuniones, una comida de empresa y un evento donde van a presentar una marca de agua que sabe a chicle de menta. ¡Qué asco!

—No he tenido la cabeza demasiado centrada. ¿Me la puedes resumir? Supongo que querrá que se sirva champán en las reuniones del consejo.

Las propuestas de Hugo suelen ir encaminadas a lamerle el culo a los miembros del consejo de administración. ¿He parecido soez? Pues me he quedado fina. Mauricio se sienta en el borde de mi mesa y hace memoria.

—Según un estudio de su departamento, se pueden prescindir de setecientas y pico de plazas entre todas las empresas del grupo y blablablá.

El blablablá me ha encantado.

—¿Plazas de qué? —inquiero mientras intento imaginarme a qué sabe un agua que sabe a chicle.

—Puestos laborales —sentencia.

Yo parpadeo.

—¿Mi hermano pretende despedir a setecientas personas?

—Algunas más, pero no recuerdo la cifra exacta.

La bilis me empieza a subir por el esófago. Mi padre decía que el bien más preciado de nuestra empresa eran las personas y nos han educado a los dos en ese principio. ¿Cómo se ha podido olvidar mi hermano?

—¿Y cuál es la excusa? —pregunto, cuando no es él quien debe responderme.

—Dice que hay que recortar, aunque sospecho que quiere dorarles la píldora a los accionistas.

—Si hay que recortar, empezamos por el café y los bollos de nata de las reuniones, no por la gente.

Mauricio asiente. Es de mi misma opinión y siente la empresa como suya.

—Estoy de acuerdo, pero su equipo lo tiene bien argumentado y en la reunión del consejo de esta tarde...

Parpadeo una vez más.

—¿Qué reunión?

—Te lo recordé ayer.

—Se habrá traspapelado.

Ambos nos quedamos mirándonos. Está claro que, con los acontecimientos de los últimos tiempos, no estoy al cien por cien. Hace unos meses jamás se me habría olvidado algo tan importante. Sin embargo, ahora...

—¿Qué hacemos? —pregunta Mauricio, preocupado.

Me vuelvo hacia la ventana, pensativa.

—Si acudo a la reunión del consejo no podré votar —sí, amiga, la dichosa evaluación psicológica—, así que Hugo tiene todas las de ganar, por lo que no nos queda más remedio que boicotearla. No pienso permitir que se queden todas esas personas en la calle.

Mauricio boquea, como si fuera un atún fuera del agua.

—i¿Vas a dejar de asistir a una reunión del consejo de administración del Grupo Volterra?!

En nuestra empresa son sagradas, como te habrás dado cuenta.

—Pon una excusa —le urjo mientras cojo mi bolso y me dirijo al ascensor—: que he perdido la voz, que tengo unas jaquecas terribles, que me han abducido unos extraterrestres, y mientras desaparezco de aquí pásame con la consulta de la doctora Echegaray. Insiste, y no dejes que su secretaria te dé largas.

Al fin sola, las puertas se cierran delante de mí mientras me subo el cuello de la camisa para que nadie me reconozca. Sí, lo sé, es absurdo, pero me da la seguridad que necesito.

Mi chófer me espera en el aparcamiento. Este hombre está siempre donde lo necesito. ¿Qué haría sin él?

—¿A dónde? —me pregunta.

—No tengo ni idea —se me escapa un gemido—, llévame a algún sitio donde pongan buenos pinchos de tortilla.

No hay más preguntas, arranca y diez minutos más tarde estamos atravesando un punto indeterminado de Madrid cuando Mauricio me dice que tiene a Mele al teléfono, que me la pasa. Reconozco que hasta me pongo nerviosa, pero al fin me recoloco los cuellos de la camisa, me aclaro la voz y contesto.

—¡Qué alegría de que me hayas llamado!

La voz de mi terapeuta no rezuma la misma ilusión.

—Ha sido tu secretario quien ha insistido tanto que no he podido decir que no.

Me reacomodo en el asiento y busco la manera de ablandar su malogrado corazón. «Malogrado» no es el verbo adecuado, pero a mí me gusta. Me hago la ingenua.

—Quería saber qué tal iba el asunto de mi evaluación psicológica.

—Muy bien —contesta ella de inmediato—. He hablado con el doctor Castaño y está muy contento de cómo se están desarrollando las dinámicas del grupo.

Eso consigue alegrarme el día. Al fin voy a poder prescindir de esa absurda terapia, al fin. Intento estirar la cuerda.

—¿Crees que mañana...?

Se hace un silencio pesado hasta el punto de que me aparto el teléfono del oído y lo miro por si se ha ido la batería.

—Esto es un proceso, Clara —dice su voz al cabo de unos segundos, fría, helada—. Es mejor no tener prisas.

Un escalofrío de pavor me recorre la espalda.

—Pero lo necesito.

—Lo supongo, aunque lo que necesitas de verdad es alcanzar un equilibrio.

—Cosa que veo difícil en un entorno donde uno de los miembros está seguro de que la CIA ha intentado destruir su relación.

Sé que no he debido decirlo, pero Mele tiene que comprender que aquel lugar, aquella gente...

—Los grupos de terapia suelen ser diversos y muy intensos —contesta sin ofenderse, lo que me tranquiliza.

Me empieza a doler la cabeza.

—¿Y si te lo suplico? —sí, suplico.

—No va de eso.

—¿Y si me arrastro a tus pies?

—Clara, por favor...

—¿Y si te lo ruego por tus hijos?

De nuevo el dichoso silencio y una vez más miro la pantalla, segura esta vez de que me ha colgado.

—Hagamos un trato —suena otra vez su voz, haciéndose la entusiasta. Yo contesto con resignación, porque sé que no será ventajoso para mí.

—Eso me parece bien.

—Acude a cada sesión y da lo mejor de ti.

—¡Pero pueden ser semanas!

Ella me calma con un siseo paciente.

—Y te prometo que al final tendrás tu evaluación positiva, te lo prometo.

Se me escapa un gemido.

—No sé si tendré tanto tiempo.

—Eres una mujer de recursos. Al menos eso dicen de ti las revistas del corazón.

¡Genial! Solo tengo que sobrevivir al club de los ex un poquito más y esquivar la impaciencia de mi hermano... ¿qué podría salir mal?

Capítulo 13

«Lector, me casé con él».

Y tú estarás pensando... «Vaya salto que ha dado mi amiga Clara. Me he perdido la mitad de la historia». Pues no, tranquila, seguimos por donde íbamos. Y es que, mientras espero sentada en un banco, estoy leyendo *Jane Eyre* y al encontrar esta frase en el capítulo 38 me he acordado de ti.

¿Te imaginas que en el capítulo 38 de esta novela yo te soltara algo así? Me gustaría, quizá no con Raúl, con quien está todo perdido, pero sí con un hombre que... a ver, dilo tú. Mejor las dos a la vez... uno, dos, tres: que esté como un tren.

¿Hemos coincidido?, ¿no? Y si es buen tipo, no tiene faltas de ortografía y un mínimo de higiene, también me lo quedo. Así de desesperada estoy.

Pero ya es la hora, así que cierro el libro y lo meto en el bolso, uno de tela que me ha prestado Inés porque dice que los míos «dan el cante de lo pija que eres, amor». Con esas palabras.

Me levanto y atravieso la calle hasta la pizzería cochambrosa. Sí, hoy tenemos sesión y después de los últimos acontecimientos he de reconocer que estoy un tanto desesperada. ¿Por qué estoy perdiendo el tiempo en esto? ¿Por qué no me encierro en casa y como helado de turrón hasta que estalle? Seguro que de esa manera todo pasa.

—Qué mono te queda el pelo así —le miro la mano a Lola, que es quien acaba de decírmelo y la está retorciendo como si bailara una sevillana. Lola, ¿te acuerdas? Mi compañera de terapia.

Al parecer venía detrás de mí y no me había dado cuenta. Yo sigo con mi disfraz de «no soy Clara Volterra». Otros tejanos

desgastados, otra camiseta blanca y otras deportivas, todo de Wallapop que se encarga de comprar Mauricio, para quien me he convertido en una especie de Barbie para adultos.

—Es solo una coleta.

—Pero con gracia, y eso no es cualquier cosa.

Me adelanta antes de que pueda preguntarle por su ex, el tipo que la maltrataba emocionalmente y a quien echa de menos.

Cuando accedo al interior del restaurante catastrófico pisándole los pasos ya están todos. Busco de inmediato a Santi y lo encuentro mirándome. Nos la mantenemos un instante, la mirada, pero soy yo quien la aparta. Reconozco que a estas alturas me importa una mierda (¿he dicho una mierda?) si es gay o no, si le gusta más Paca Reina que la Faraona o si tiene hemorroides: solo quiero estar en paz y olvidarme de los hombres.

Lo siento, lectora, hoy no estoy de ánimo. Esta noche he soñado con mi sobrina y me he levantado echándola tanto de menos que no consigo aliviarme el buen humor, ni siquiera el malo.

—¿Por dónde empezamos? —dice Carlos Castaño apareciendo una vez más de la nada, como si fuera un ectoplasma que se materializara mágicamente.

Yo me encojo sobre mí misma. ¿Mi objetivo? Pasar desapercibida, que conste donde quiera que lo apunte que he estado aquí, cumpliendo, y regresar a casa para meterme en la cama.

Por suerte Juan, el *conspiranoico* del amor, levanta la mano y nuestro terapeuta le da paso.

Reconozco que pongo el automático mientras fabulo en cómo hubiera sido mi vida si me hubiera mantenido calladita en el Ritz. Ahora estaría en mitad de mi luna de miel, si no recuerdo mal en Maldivas nadando junto a un tiburón ballena, antes de empezar nuestro viaje romántico por la India, y aún me quedarían dos meses para regresar a Madrid e inaugurar nuestra nueva casa.

—Era un pitido constante —está contando Juan—, y por eso me di cuenta de que teníamos el teléfono pinchado...

Consigo dejar de escuchar su relato y vuelvo a mis pensamientos. Si yo no hubiera dicho que no quería casarme, Hugo no habría tenido más remedio que aceptar mi candidatura para ser la CEO de la empresa y podría llevar a cabo todas las reformas necesarias en el Grupo Volterra, porque ser fiel a tu familia no implica que te guste cómo están las cosas.

—Y noté que me metían un tubo por el ano —está explicando Juan —, y no me quedaron dudas de que me habían abducido y...

Tengo que contárselo a Mario. Seguro que él tiene otra hipótesis para Juan y su ano, pero volvamos a donde estábamos. ¿Sabes cuántos años de mi vida he malgastado haciendo lo que los demás querían de mí? Pues todos. Todos ellos, porque mi padre era exigente, mi madre una fanática del *bienqueda* y mi hermano...

—¡Marta! —suena por tercera vez, en esta ocasión tan alto que no me queda más remedio que mirar.

—¿Es-es a mí? —le pregunto a Carlos, que me mira muy fijamente al igual que todos... ¿otra vez he estado hablando en voz alta?

—Claro, ¿a quién si no?

Miro alrededor. Todos parecen muy concentrados en mi respuesta menos Santi, que mantiene una sonrisa de mofa en los labios.

—Pero me llamo Clara —le explico de nuevo. Él jalea.

—Marta, Clara, los nombres con muchas «a» son parecidos.

—Solo tiene dos.

Escucho los murmullos de impaciencia y la risa mal contenida de Santi, que me saca de quicio. Carlos también la pierde conmigo.

—¿Qué destruiste esta semana de esa persona del pasado que tanto daño te hizo?

No le aclaro que fue al revés porque no soportaría que Santi soltara una carcajada.

Carraspeo. ¿No lo haces tú cuando no sabes qué decir? Me muevo en la silla, pero me quedo muy quieta cuando recuerdo que le estoy restregando el culo a Piolín en toda la cara. Me echo la cola sobre un hombro y después sobre el otro. Hablo al fin.

—Una carta.

Se hace el silencio. Hay miradas entrecruzadas.

—Una carta —repite Carlos con cierto misterio—. Eso es interesante. ¿Una carta donde te pedía disculpas?

—Me ponía a parir, más bien.

Él asiente. Lola, desde lejos, me da ánimos. Carlos nos explica a todos el sentido de aquella carta.

—Su expareja estaba transitando la fase del rencor, eso siempre sucede.

—Y me pedía matrimonio —añado, y en cuanto lo digo me doy cuenta de que he hablado demasiado.

A mi alrededor hay un murmullo contenido. Carlos Castaño aguza la mirada.

—¿Te insultaba o te pedía matrimonio? —inquiere—. Las dos cosas a la vez es complicado hacerlas.

—Me pedía matrimonio en una carta que no abrí.

Él asiente.

—Y si no la abriste... ¿Cómo sabes que te lo pedía? ¿Lo has intuido?

Me doy cuenta de que no me estoy explicando adecuadamente. Me remuevo en el asiento. ¡Jódete, Piolín!

—No la abrí en su momento —explico, mirándolo a él y luego buscando la complicidad de los demás—, cuando me la mandó.

Hay murmullos entre ellos, comentándolo en voz baja, que no consigo entender. Carlos parece muy concentrado en mis palabras.

—¿Los insultos estaban en el sobre, quieres decir?

No, no me ha entendido. Santi se está tapando la boca con una mano para que no se vea su risa descarada. Lo detesto en este

preciso instante, sí, y mucho.

Lola acude en mi ayuda:

—Lo que quiere decir es que eran dos hombres distintos —mete la pata.

—Hubo una pelea en la iglesia —añade Juan, que ha entendido algo completamente diferente.

Suspiro. Los hipidos de Santi conteniéndose malamente no permiten que me concentre. Alzo ligeramente la voz para evitar una nueva y errónea interpretación.

—Lo que quiero decir es que había dos cartas.

Hay un murmullo de asentimiento.

—Haber empezado por ahí —dice el de la silla de al lado que no recuerdo cómo se llama. Me centro en mi terapeuta que sigue observándome como un naturalista a una foca con paperas.

—En la carta que leí en su momento no salía muy bien parada —le aclaro—. Al parecer traspapelé la que me envió una semana antes, aquella donde me pedía matrimonio, y entre medias...

—¿Murió? —interpreta Lola.

—Lo dejé —aclaro yo lo que no quería decir.

El murmullo de reprobación es inmediato, pero nuestro gurú terapeuta lo acalla con un movimiento de las manos.

—Tuvo que ser duro para ti leer esa segunda carta después de tanto tiempo, Marta.

«Marta, Clara, qué más da». No lo aclaro en esta ocasión.

—Me hizo pensar —contesto.

—¿Y a qué conclusión llegaste?

—Que me precipité.

Sin saber por qué miro de nuevo a Santi. Esta vez está serio y le brillan los ojos clavados en mí. Siento un estremecimiento extraño, desconocido, y me giro a nuestro maestro, que ha avanzado por la sala y ahora lo tengo a dos palmos de narices.

—¿Te hubieras casado con él de haber abierto esa carta? —me pregunta desde tan cerca que lo veo doble.

—Nooo... —contesto—. ¿O sí?

La coleta me tira y me rasco la cabeza.

—Yo me habría casado —asegura Lola. Yo hago por no escucharla.

—No lo sé —digo, nerviosa, como si con esa respuesta me jugara mi futuro y mi vida—. Fue hace tanto tiempo.

Carlos gurú Castaño se acerca aún más y pone una de sus manos sobre las mías, como si temiera que me fuera a escapar.

—Clara —me dice, muy serio, acertando al fin en el nombre—, debes volver a ver a Pablo y contárselo todo. Esa herida es necesario cerrarla.

Boqueo, sonrío, me pongo seria y vuelvo a boquear.

—Hace... hace años que no sé nada de él —les explico a todos, porque parecen tan atentos como el mismo Carlos—. Me tomaría por loca.

Nuestro maestro se incorpora y se aleja unos pasos de mí. Mira alrededor, a toda la audiencia y al fin sonríe.

—No te tomará por nada si organizamos un encuentro casual programado.

La mandíbula se me descuelga.

—¿Y-y eso qué es?

Carlos me guiña un ojo.

—Déjalo en nuestras manos.

Y esta vez no me atrevo a mirar a Santi porque no quiero verlo desternillándose de risa a mi costa.

Capítulo 14

He rescatado un vestido de *Sybilla* de hace una década, pero es tan perfecto, el corte es tan impoluto, que parece que me lo acaban de coser sobre mi cuerpo con manos de ángeles... sí, ya estoy de nuevo con las metáforas cursis.

Es rojo sangre, del mismo color que he maquillado mis labios, y he pedido en el salón que me dejen el pelo suelto y ondulado. Así me enfrento a la calle Jorge Juan, concretamente a esa esquina donde está la cafetería preferida de Pablo, mi primer ex, a la hora justa a la que le gusta tomarse su palo cortado con un poco de queso.

Reconozco que estoy nerviosa. ¿Cómo lo estarías tú si fueras a enfrentarte a los demonios del pasado? No veo a Pablo desde el día de antes de mandarle un mensaje de texto diciéndole que lo dejábamos.

¿Te extraña? Pues sí, entonces no había WhatsApp sino SMS y... ¡Ah! Que lo que te extraña es que lo dejara de una manera tan impersonal. Ya has comprobado que he cambiado mucho. Ahora no lo hago así. Ahora invito a la mejor sociedad de Madrid al Hotel Ritz de París y los abandono delante de todo el mundo.

Es una pizca de cinismo, espero que te hayas dado cuenta. No soy tan malvada.

Tal y como había prometido, Carlos Castaño se ha encargado de todo. Solo tuve que darle el nombre y apellidos de Pablo y mandarle una fotografía que encontré en Internet. Reconozco que al verlo en esa imagen pixelada he sentido cierto vacío en el estómago, pero puede que sean gases porque Lucía se empeñó ayer en que cenáramos en un vegano.

No sé cómo lo ha hecho pero esta mañana tenía en el móvil el lugar y la hora donde podría encontrar *casualmente* a Pablo.

Me detengo un instante delante de la cafetería. El corazón me late con prisa. Soy mala actriz porque suelo ir al grano y se me nota a leguas cuando intento fingir. Me ajusto la liga, sí señora, porque me las he puesto, me aliso la falda ajustada y me aseguro de que el escote está en su sitio. Solo entonces accedo a la cafetería y una bofetada de *bossa-nova* me sacude al instante.

Es como si hubiera dejado Madrid y me hubiera mudado a un hotel bueno de Río de Janeiro. Todo a mi alrededor habla de *Lázaro Rosa-Violán*, el decorador, y el camarero enchaquetado que viene a recibirme camina con una prestancia que parece un conde antiguo.

Aprovecho y miro alrededor. A Pablo le gustaba el aire libre. ¿Es posible que esté sentado en la terraza que da a la otra calle? Pero no. Lo descubro a mitad del salón, en una mesa alta con el periódico desplegado ante él y la vista concentrada en su lectura.

Los años le han sentado bien. El aire *surfero* de entonces se ha convertido en el de Robert Redford en *Memorias de África* y su estilo desenfadado en el de un dandi de treinta y pocos que vive cómodo con la fortuna de sus padres.

—¿Tenía reserva? —me pregunta el camarero, que ya ha llegado a mi lado.

Sé que con dar mi nombre me permitirán sentarme donde quiera, pero es un recurso que solo adopto en situaciones desesperadas.

—No, pero solo quería tomar una copa de vino.

El *conde* asiente, toma una carta de licores y me dirige una inclinación de cabeza.

—Sígame.

Ha sido más fácil de lo que pensaba, o al menos eso creía hasta que veo que se dirige en la dirección opuesta de donde está Pablo. Los miro a uno y a otro, dudando qué hacer.

—¿Podría sentarme en aquella zona? —le digo, dando una carrera hasta alcanzarlo. Él esboza un rictus que quiere decir que deje de tocarle las pelotas.

—Está todo reservado —contesta—, pero en esta parte hay mejores vistas.

¿Vistas de la calle Jorge Juan? No le veo el aliciente.

Continúa caminando hasta que lo alcanzo de nuevo.

—Ya veo —contesto—, pero prefiero aquella zona. Parece más fresca.

Me mira de arriba abajo.

—Nuestra climatización es de exactamente veintitrés grados en todo el local, incluidos los aseos.

Se las sabe todas. Parece que ha hecho un *máster* en contestación a clientes impertinentes. Pero no cuenta con algo: tengo experiencia.

—¿Y los aseos están por allí? —señalo la zona donde se sienta Pablo.

—Así es.

Le sonrío de un modo tan inocente como encantador.

—Entonces no me tomaré ese vino, solo necesito... ya sabe, cosas de mujeres.

No le agrada mi razonamiento, pero tampoco me pide que abandone el local.

Vuelvo a recolocarme la falda, que me está más ajustada de lo que creía y tiende a subirse, y avanzo con paso vacilante en dirección a Pablo.

Él sigue inmerso en su periódico, aunque de vez en cuando da un sorbo a su copa. Estoy segura de que en cuanto me acerque lo notará, alzará la cabeza, yo pondré cara de sorpresa y él será quien me reconocerá.

Por supuesto que esto no sucede. Paso de largo y Pablo ni me ha presentido. Un tanto frustrada, recorro el camino en dirección

inversa, lanzando una pequeña tosecita al pasar a su lado.

¿Levanta la cabeza? No. ¿Quiero olvidar esta chorrada y regresar a casa? Sí.

De nuevo en la puerta veo por el rabillo del ojo cómo el camarero sigue mis evoluciones. Debe de estar pensando que estoy como una cabra y no dudo que llame al de seguridad para que me pida amablemente que me vaya. ¿Ves? En ese tipo de situaciones es cuando grito con voz al cuello que soy una Volterra y casi siempre surte efecto.

Me dirijo de nuevo hacia Pablo y en esta ocasión hago por impactar ligeramente, lo que se convierte en una colisión en condiciones contra su mesa, que le vuelca la copa sobre el pantalón y le mancha el periódico dejándolo ilegible. Él salta de la silla y empieza a limpiarse la mancha cada vez más grande.

—Lo siento, lo siento, lo siento —gimo yo de una manera falsamente afligida.

—No se preocupe que... —solo entonces levanta la cabeza y me mira a los ojos. Veo cómo sus pupilas se dilatan—. ¿Clara?

Reconozco que no me sale mal. Me llevo una mano al pecho, pongo ojos miopes y al fin hago que brillen, como si acabaran de recordar algo importante.

—¿Eres...? —sí, sueno más falsa que un gato de cartón—. ¿Eres Pablo? Qué de tiempo.

Él me indica la silla mientras el camarero limpia todo aquel estropicio y me lanza una mirada asesina.

—Creo que no nos vemos desde...

Me entra el pánico. No estoy preparada para hablar tan pronto de nuestra ruptura. ¿Dos frases y ya? Reconoce, amiga, que incluso para mí es excesivo.

—Hace un día espléndido —le corto para que no saque el tema. Sí, sé que no es una buena excusa, pero a ver si a ti se te ocurre alguna mejor en este estado de estrés.

Me mira. Lo miro. Tiene la misma expresión soñadora en sus ojos verdes que entonces.

—Has cambiado poco en estos años —me dice. Yo aparto la mirada, avergonzada, y hago lo mejor que sé hacer: tirar balones fuera.

—¿Cómo va todo? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

Se encoge de hombros. Parece que ambos empezamos a relajarnos.

—Lo estuve, pero se acabó hace tiempo. Por suerte no tuvimos hijos.

—Es raro que nos veamos de nuevo.

—He estado tentado de llamarte muchas veces, pero todas colgaba.

Así que Carlos Castaño tenía razón: las historias que no se cierran de manera sana siguen escociendo con el paso de los años. Decido que, aunque prematuro, ha llegado el momento de entrar en materia.

—¿Colgabas porque querías insultarme por haberte dejado de aquella manera? —le pregunto dejando la puerta abierta a que pueda ser una broma de mal gusto.

Él se cruza de brazos y hace un gesto con la boca.

—Fue bastante feo.

—Lo fue —me apresuro—, y te pido disculpas por ello.

¡Listo! Ya lo he hecho. Ahora solo queda ponerme de pie, darle un abrazo. Decirle «nos llamamos», y salir de aquí con los deberes cumplidos.

Pero ese mundo mágico imaginario nunca se cumple y él vuelve a hablar.

—Te quería llamar porque temía que te hubiera molestado. Fue por eso por lo que decidiste acabar con lo nuestro, ¿verdad? Por la forma de hacerlo.

No tengo ni idea de qué me está hablando, pero utilizo la fórmula de dejar una pregunta abierta en el aire. Pruébalo, amiga, siempre funciona.

—¿Te refieres a...?

Él asiente.

—Haberte pedido matrimonio por carta en vez de buscar un momento memorable y hacerlo de rodillas, como siempre se ha hecho.

Me quedo muda, y te estarás dando cuenta de que no es fácil que yo alcance ese estado de trance. Puedo pasarlo por alto o puedo ser... ¿Una buena persona? Siento la necesidad de ser sincera con él, aunque eso me lleve a un lugar al que no me apetece enfrentarme.

—Pablo, tengo algo que confesarte.

—¿Va todo bien?

Debo tener el rostro más pálido que Copito de Nieve.

Tomo aire. A la de uno, a la de dos, a la de tres.

—Estar aquí hoy no es una casualidad. Sabía que te encontraría y necesitaba contarte algo.

Él frunce las cejas.

—Me estás alarmando, Clara.

Me aclaro la voz. Qué difícil es esto, joder.

—Esa carta de la que hablas... —logro articular— nunca la abrí. La traspapelé. Pero la encontré hace unos días y cuando la leí...

Él parpadea tres o cuatro veces. Cinco quizás.

—¿Por qué diantres me dejaste entonces?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Eso es precisamente lo que me estoy trabajando.

Nos quedamos mirándonos. Hace un mes no creería a nadie que me dijera que me iba a enfrentar a un problema sin huir por la puerta de atrás, a nadie. Pablo sonríe.

—¿Terapia?

—Algo así.

—Yo hice tres años después de lo nuestro.

Alargo la mano y tomo la suya entre mis dedos.

—Lo siento, de verdad que lo lamento. Solo necesitaba contártelo y pedirte perdón por el daño que te hice.

Él mira nuestras manos juntas, como antes, como entonces.

—No sé. Esto es muy fuerte para mí. No sé qué contestar.

—Entonces no digas nada.

Aparta la mano con cuidado, como intentando que yo no saque una conclusión errónea.

—¿Sigues teniendo tu mismo número de teléfono? —me pregunta.

—Sí, pero...

—Dame unos días. No te aseguro que te llame, pero déjame pensarlo.

Mi idea no era alargarlo más allá de los minutos que él necesitara, pero ya está hecho. Me pongo de pie y me tiro de nuevo de la falda, que deja ver el filo de los ligueros.

—De acuerdo. Ahora he de irme.

Él hace lo mismo, ponerse de pie, porque creo que no lleva ligueros.

—Creo que me ha gustado verte —me dice con las manos en los bolsillos.

—Disfruta del vino que queda en la copa —me animo yo pues apenas he dejado nada con el estropicio—. Disfruta.

Abandono su presencia a paso acelerado, con la cabeza convertida en un torbellino de ideas absurdas que me atraviesan como balazos.

Cuando llego a la puerta el camarero me espera con un rictus de disgusto en el rostro.

—Señorita, esto no se puede repetir.

Y tiene razón. Hacerle una emboscada a Pablo, tirarle la copa de vino, arañarle otra vez el corazón...

—Tenemos normas muy rígidas sobre la prostitución, así que espero no volver a verla por aquí.

Sí, un día redondo, amiga, y me marcho sin decir esta boca es mía.

Capítulo 15

Mario me ha llamado seis veces. Una en cuanto salí de la cafetería para ver cómo me había ido mi encuentro casual con Pablo. Le dije que no estaba segura y él contestó que eso significaba que había ido bien. La segunda para saber si había llegado a casa. Dos horas más tarde, para asegurarse de que había comido la ensalada de brotes y no una tarrina de helado. Esta mañana me ha llamado por cuarta vez para decirme que hoy voy a tener un gran día. La quinta ha sido hace veinte minutos, mientras entraba en la nueva tienda que inauguramos hace un mes en Gran Vía, para asegurarme de que cuente con él para lo que necesite. La sexta no se lo he cogido porque me temo que me va a pedir matrimonio.

Esto último es broma. Mario es maravilloso y un gran cuidador. Nos trata a las tres como si fuera la madre abadesa de una congregación de monjas casquivanas, pero nos gusta. No sé cómo pagarle tanto cariño desinteresado. Quizá por eso funciona su relación con Jorge. Quizá eso es lo que tengo que aprender de él.

A Lucía no le he cogido el teléfono. La adoro, pero me dirá que he cometido un enorme error echando sal a las heridas que le provoqué a Pablo, y hoy no me apetece escuchar la verdad... ¿Ves por qué tengo que adorarla?

¿Inés? Mi Inés me ha puesto un wasap con la foto del culo de un maromo dormido entre sus sábanas y el texto «me lo acabo de comer». No le he preguntado si es literal o una metáfora poco elaborada. Tú tampoco lo hagas.

Como te decía, hoy me toca inspeccionar la tienda de Gran Vía. Es la más grande de Europa y Hugo, muy de imágenes épicas, la llama «El buque insignia de los Volterra». Lo cierto es que es una maravilla

de cinco plantas donde no solo vendemos ropa de una de nuestras marcas más destacadas, ya sabes cuál, sino perfumes, joyas, relojes, algo de mobiliario ligero y ropa de hogar. Lo necesario para que cualquiera sienta que *su hogar es más hogar*, y disculpa porque se me acaba de escapar el eslogan.

No suelen gustarme estas tareas. Me acompañarán todos los cargos directivos de la marca que, según Mauricio, son doce, más los jefes de cada una de las plantas. Mientras recorremos la tienda, me explican esto y aquello y mi jefe de comunicación habla con algunos empleados para que nos saquen una foto.

Es un poco siniestro, lo reconozco, pero forma parte de la manera de hacer de los Volterra, esa que yo pretendo cambiar para llevarla al siglo veinte... veintiuno, y volverla más natural.

En cuanto bajo del coche con un sencillo traje chaqueta azul marino y camisa blanca, «muy ejecutivo, sí señor», un grupo de hombres impecablemente vestidos de traje me rodean para que comencemos la inspección. Yo digo un par de palabras amables, saludo por su nombre a los más próximos y asiento mucho, porque eso da la sensación de que te estás enterando de todo.

Ropa de fiesta y Relojería nos llevan media hora porque el jefe de planta nos explica cada detalle de sus logros. Yo miro a una de las chicas de su equipo y me pregunto cuántos méritos le estará robando este hombre y apunto mentalmente que debemos implementar un sistema para que eso no suceda.

Una hora después estoy hasta las narices y aún no hemos subido hasta la primera planta. Como necesito un descanso, saco el móvil y hago como que he recibido un mensaje importante, lo que me permite apartarme unos metros y dejar de sentir la presión de que todos analizan cualquier gesto de mi cara.

Mientras disimulo para que crean que consulto un informe de trabajo, veo algunos vídeos de gatitos en TikTok con el suficiente disimulo como para que no se note.

—Así que trabajas aquí.

Volteo la cabeza en busca de la voz familiar que acaba de apelarme y cuando descubro quién es, un escalofrío de polo helado se me desliza por la espalda.

—¡Santi!

Sí, es él, y está a un metro escaso de mí, ojeando el perchero de las camisetas de *Metallica*.

—¿Te gusta?

Se ha puesto por encima una de ellas que no puede ser más horrorosa.

—No... —recuerdo lo susceptible que es para sus cosas—, sí, sí. Me parece muy colorida.

Miro hacia detrás. Mis ejecutivos, que tienen todo el aspecto de un duelo esperando a llevar el ataúd a hombros, me miran con impaciencia. Si Santi se da cuenta... ¡Dios, si Santi se da cuenta de quién soy! Pero por ahora parece estar convencido de que soy solo una empleada más y cuando miro alrededor y veo que los uniformes que han elegido para ellas son un traje de chaqueta azul marino y una blusa blanca...

—Vengo mucho —me dice—. No te había visto antes por aquí.

—So-soy la suplente —lo que agudiza la mente el peligro, amiga—. Voy de un lado para otro, ya sabes.

Él sonríe, aunque no sé si sabe. Tiene una dentadura perfecta. Nos quedamos mirándonos un instante sin decir nada.

—Me alegro de encontrarte —suelta al fin—. Verás, quería pedirte disculpas por mi comportamiento del otro día en la cafetería —se rasca la cabeza y el pelo se le alborota aún más—. Fui un maleducado y un zoquete.

Que se haya disculpado hace que me estremezca. Nota mental: decirles a los directivos que suban la temperatura del aire acondicionado.

—Yo tampoco estuve fina —le contesto.

De nuevo un instante de silencio. No es un vacío, no. No es que no sepamos de qué hablar, es más bien que nos sentimos cómodos así.

—¿A qué hora terminas?, quizá podríamos...

No acaba la frase porque una de las empleadas, la chica mano derecha del jefe de esta planta, se acerca a nosotros con cuidado.

—Señorita...

—¡No te preocupes! —la corto antes de que diga mi apellido—. Yo misma me encargo.

Ella no sabe qué le estoy diciendo, así que parpadea y me mira sin entender nada, y yo tomo a Santi del brazo y observo alrededor como *La gata bajo la lluvia* de Rocío Dúrcal, desesperada. ¡Necesito una salida y la necesito ya! Y mientras evalúo cómo mis ejecutivos han empezado a caminar hacia donde nosotros estamos, tiro de él en dirección a los ascensores.

—Pe-pero tengo que pagar la camiseta —me dice, un tanto sorprendido.

—Quiero enseñarte las que hay arriba, son aún más coloridas que esa.

A toda prisa, como si acabara de sonar la alarma antiincendios, llego a la puerta metálica y pulso el llamador. Los hombres de negro aceleran el paso. Deben estar pensando que esto es una especie de prueba retorcida y se estarán preguntando qué deben hacer para salvarla.

Cuando están a punto de alcanzarnos, al fin se abren las puertas, empujo a Santi hacia el interior, le doy al botón de la última planta y cuando las dos hojas se cierran se me escapa un suspiro de alivio.

—¿A dónde irían esos? —se pregunta él, a quien no se le ha escapado lo decidido que se acercaban a nosotros.

—Hay una sesión de fotos para el catálogo en Trajes de caballero —le digo sin mucha credibilidad—. Son los modelos, que han salido a fumar.

El ascensor asciende más deprisa de lo que esperaba. A veces la tecnología juega en contra de una misma. El corazón me palpita deprisa y, cuando miro hacia Santi, lo descubro con los ojos fijos en mí y una expresión risueña en la mirada.

—¿Tengo algo en el pelo? —le pregunto, porque no encuentro otra explicación.

Él frunce las cejas y los labios, qué mono.

—Estaba pensando en cómo me negué cuando mi terapeuta me propuso esta terapia —declara algo tan íntimo—, y ahora me doy cuenta de que me está viniendo bien.

De nuevo nos quedamos mirándonos unos instantes. El ascensor parece acelerarse y me pregunto qué estarán haciendo los hombres de mi compañía. ¿Esperarme abajo? ¿Subiendo en el ascensor vecino? Decido no preocuparme de eso por ahora.

—Aún no sé cuál es tu historia —le pregunto a Santi y él lanza un profundo suspiro. Al final se encoge de hombros.

—Chica estupenda que deja a chico normalito, más o menos la de siempre.

No me parece *normalito* en absoluto. Mal vestido sí, y con un corte de pelo espantoso. ¿Te he dicho que usa bambas de segunda mano? ¿Quién hace eso? Aprovecho su intimidad para indagar un poco más.

—¿Estabas enamorado de ella?

Se encoge otra vez de hombros. No se ve cómodo, pero tampoco incómodo.

—Supongo que sí, porque se llevó a nuestro perro y mi sueño.

—¿No duermes?

—Apenas. Al menos hasta hace unos días.

No estoy acostumbrada a que un hombre me hable de su intimidad. No sé, quizá el tipo de individuos con los que me relaciono necesitan demostrar que lo tienen todo controlado, como mi hermano Hugo.

—Estamos llegando —le digo apartando la vista y poniéndola en el indicador luminoso del ascensor.

—¿Te has enterado de lo de Lola? —cambia radicalmente de conversación, posiblemente porque se ha dado cuenta de que un espacio tan reducido es demasiado íntimo para hablar de uno mismo.

—¿Le ha pasado algo?

—A ella no, a su ex —sonríe. Ahí están de nuevo sus dientes perfectos—. ¿No miras los mensajes de Telegram?

—¿Tenemos un grupo de Telegram?

—¿Cómo crees que me puse en contacto contigo? —es cierto. La vez que me escribió para nuestra desastrosa cita en la cafetería—. El ex de Lola ha desaparecido y algunos del grupo nos hemos comprometido en ayudarla a encontrarlo.

Me cuesta creerlo.

—¿Desaparecido?

Se encoge una vez más de hombros. Acabo de encontrar uno de sus tics, como me pasa a mí cuando me pongo nerviosa, que me meo en las bragas.

—No coge el teléfono ni lee los mensajes —me explica—. Tampoco escribe en sus redes. Algo turbio. ¿Te apuntas?

La campana indica que hemos llegado a la última planta. Las puertas metálicas se abren y me dejan ver a mi grupo de ejecutivos que vienen a toda prisa hacia nosotros... ¡Han debido subir por las escaleras!

—No, sí —me empiezo a poner nerviosa—, me parece una buena idea. Ya hemos llegado.

Él sale, pero yo me quedo dentro y pulso el botón de bajada. Me mira extrañado.

—¿No me acompañas?

—Me acaba de sonar el busca —me estoy convirtiendo en una mentirosa profesional—. Ya sabes. La suplente.

—Nos vemos en...

Los hombres de negro están a cinco pasos, cuatro, tres...

—Por supuesto —me da tiempo a decirle antes de que las puertas se cierren y yo suelto un suspiro mientras me dejo caer contra la pared.

Y vuelvo a darle al botón hasta la planta baja mientras le escribo a mi chófer para que me saque de aquí.

Capítulo 16

Mi amigo Mario adora a su madre. Tiene un único tatuaje, justo sobre el corazón, que reza «Sin ti no soy nada». A primera vista pensarás que es un fan de *Amaral*, o que se lo grabó en medio de una borrachera tras conocer a un hombre en Torremolinos por el 2002, pero no.

Es una declaración de amor incondicional a su madre, que lo crio sola cuando su padre desapareció sin dejar rastro en el Desastre de Pozuelo.

El «Desastre de Pozuelo» no es un acontecimiento catastrófico como puedes estar pensando, no, sino la manera como Keka, la amantísima madre de mi Mario, llama al hecho de que su marido la dejara por una estudiante de tercero de Relaciones Públicas y Turismo, natural de la localidad madrileña...

¿Ves con qué facilidad me voy por las ramas? Lo que quería decirte es que mientras Mario, o Inés, o Lucía, o seguramente tú misma tenéis una relación maravillosa con vuestras madres, la mía es... ¿se te ocurre algún adjetivo entre decepcionante y calamitoso?

Hoy llego a su casa camino de una reunión que me hace atravesar el barrio de Salamanca a hora punta. No nos vemos desde lo del Ritz y la única vez que hemos hablado por teléfono desde entonces me ha dejado claro que soy su mayor decepción.

—¿Le *prreparro* un *aperritivo*? —me dice una de sus internas rusas cuando me abre la puerta.

—No, gracias —desde la última vez que dije que sí detesto el vodka—. Solo estaré un momento.

Y me dirijo a la sala de estar, donde ella suele pasar el tiempo que no le requiere o su peluquero o su modista.

Mi madre es exactamente lo que yo no soy: una mujer bella y elegante, nacida para resplandecer, con una sólida opinión de sí misma. Su vida la ha regido una sola norma: «si no apareces en la revista *Ciao!* es que no existes». Perdón, dos normas porque la segunda es: «Si *Ciao!* habla mal de ti no tienes un hueco en mi vida». ¿Y sabes lo que han escrito sobre mí estos días todas las revistas del corazón?

—Vaya —se sorprende mi madre al verme aparecer—, pensé que estabas demasiado ocupada haciendo... —alza una ceja en señal de que va a lanzar un puñal al aire—. ¿Haciendo exactamente qué? Porque Hugo dice que pasas mucho tiempo fuera de la oficina.

Se me escapa un suspiro, le doy un beso en la frente y me dejo caer sobre el mullido sofá tan pulcro como todo lo demás.

—No todo se resuelve entre aquellas cuatro paredes, madre.

La *viuda de Volterra*, como es conocida en sociedad, se aparta la media melena impolutamente blanca, como su chaqueta y su falda *Chanel*, hacia un lado.

—¿Cuándo arreglarás las cosas con Raúl?

Va directa, ¿eh? Era su favorito y hasta que lo abandoné su familia la invitaba cada invierno a pasar una semana en su casa de Gstaad en plena temporada de esquí, justo cuando Valentino la frecuenta, lo que ha debido de ser un duro golpe para ella. Me remuevo, incómoda, en el asiento.

—No creo que lo haga.

Su deliciosa nariz se arruga en un mohín de desaprobación.

—Pero supongo que habrás escrito ya a todos los invitados —ataca de nuevo como un buen perro de presa.

—A casi todos.

Su barbilla se eleva, disgustada, y sus azules ojos se clavan en mí.

—¡Clara! Este no es otro de tus juegos —me reprende—. Ayer, en la peluquería, Piti Urquijo no me saludó y a las fechas que estamos no he recibido invitación para la cena de los Benjumea.

En la exclusiva sociedad que frecuenta mi madre los escándalos se pagan caros. Ella misma lo ha hecho y ahora cosecha las uvas de la ira... y no me digas que no me ha quedado literaria esa frase.

No le aparto la mirada. Un solo gesto de debilidad y estaría perdida porque me saltaría a la yugular.

—Siento que mi necesidad de ser sincera conmigo misma —me defiendo— esté destruyendo tu vida social, madre.

—No seas cínica. Solo quiero lo mejor para ti, y eso implica que te comportes de acuerdo a la educación que te hemos dado.

Si la situación no es ya incómoda, la visita de mi hermano, que aparece con un enorme ramo de rosas blancas en la mano, termina de enturbiarla.

—Vaya —suelta Hugo cuando me ve—, así que es aquí donde te metes.

La sonrisa en los labios de mi madre no puede ser más agradable. Hugo es todo lo que le hubiera pedido a un hijo y él está encantado en complacerla. ¿Cómo hemos podido salir del mismo útero dos personas tan diferentes?

—Son preciosas —mi madre toma el ramo, lo huele un instante y se lo tiende a otra de sus internas—. Karina, póngalas en agua y traiga uno de esos combinados de vodka para don Hugo y para mí.

Me pica la nariz al darme cuenta de que no me ha incluido.

—Y otro para mí —insisto.

Mi madre alza esta vez la otra ceja.

—Te sientan mal.

—No tanto como las puñaladas.

Nos quedamos mirándonos. Delante de Hugo no suele ser tan directa conmigo, lo que me conviene. Mi hermano se sienta con todo el cuidado en el otro extremo del sofá. Su impoluto traje no tiene una sola arruga y la corbata no puede ser más elegante.

—Veo que te encuentras mejor —me dice—. Mauricio, tu secretario, me comentó que tenías fiebre de cuarenta. Llegué a

temer por ti.

Esa fue la excusa que puse para anular la reunión del consejo. Me descruzo de piernas para cruzarlas de nuevo en la otra dirección.

—Fue una infección estomacal.

—Oportunamente contagiada justo el día en que teníamos junta.

Los tres en una misma habitación es demasiado para más de dos minutos. Me pongo de pie y me aliso las arrugas del pantalón. Tengo que hablar con Luzviminda porque creo que últimamente ha decidido que es mejor no planchar.

—Mamá, tengo que irme —busco una excusa ante la que mi madre no ponga peros—, tengo peluquería.

—Pues vete ya —¡Acierto!—, si pierdes la cita con José Miguel no te la dará de nuevo hasta dentro de dos meses.

Se me escapa un suspiro de alivio. La próxima vez que venga le pediré a la secretaria de Hugo que me diga si tiene el día ocupado porque no quiero una charla familiar.

Voy a salir de la sala cuando hace acto de presencia mi cuñada, que lleva a mi sobrina Nieves de la mano. En cuanto esta me ve se le iluminan los ojos.

—¡Tía Clara!

¿Te pasa a ti? Que cuando ves a tus sobrinos es como si el corazón sonriera. Voy hacia ella y me pongo de rodillas para estar a su altura y darle un abrazo.

—¡Mi niña!

Sé que mi madre debe estar horrorizada por mi comportamiento, y seguro que Hugo y su mujer se están mirando en este preciso instante con cara de circunstancia, pero me da igual. Nieves me señala el exterior.

—¿Quieres que te enseñe lo que me ha regalado mi padre?

—Es lo que más me gustaría del mundo.

Mi madre se solivianta.

—Si pierdes la cita en la peluquería vas a estar un mes con las raíces oscuras.

No le presto atención y, de la mano de mi sobrina, la acompaño hasta el vestíbulo donde hay algunas bolsas sobre una de las sillas. Ella rebusca en una hasta que saca un caballo de plástico rosa con una larga cabellera de color añil que me tiende con un brillo en los ojos que hace que los míos también resplandezcan. Lo miro con la cara de éxtasis que requiere el momento.

—¡Es precioso! —miento.

—Y mi padre dice que si me porto bien me regalará uno de verdad.

—Podremos ir juntas a cepillarlo y mientras yo monto a Moteado, tú puedes montar a... ¿cómo le llamarás?

No lo duda.

—Manolo.

Esta va a ser de las mías, lo que no sé si es algo bueno.

—Un perfecto nombre de caballo —le aseguro.

Mi sobrina se me queda mirando. Parece que quiere decirme algo y a la vez lo duda. Le aprieto una de sus manitas.

—Tía Clara —se atreve al fin—, ¿por qué todo el mundo está siempre enfadado contigo?

Reconozco que la pregunta me abre una incisión en el corazón. ¿Esa es la imagen que le estoy dando? ¿Eso es lo que piensa de mí? No puedo culparla. A veces pienso que he nacido en el momento equivocado y en un entorno erróneo. Qué diferente es todo a la imagen estereotipada que dan de mí las revistas de papel cuché. Intento sonreír, aunque mis labios dibujan una mueca extraña.

—Quizá porque a veces soy demasiado yo misma —no sé cómo explicárselo—, y eso asusta a los demás.

Ella me mira, muy seria.

—A mí me gusta como eres.

Me entran ganas de abrazarla, pero no quiero reforzar la imagen de que soy un desastre.

—A mí no tanto —le confieso—, pero estoy trabajando para pulirlo.

Ella asiente. Creo que no ha entendido nada, mejor así.

—¿Y por qué dejaste a tío Raúl? —me pregunta ahora—. Era muy simpático.

Reconozco que se me rompe el corazón. ¿Cómo le explico a una niña de seis años que no tengo ni idea de por qué he abandonado a un hombre maravilloso y que estoy en terapia por ello? Busco una manera de contárselo, quizá a modo de parábola. Lo intento, ¿tú no lo harías?

—Imagínate que te gusta mucho tu profesora de alemán...

—No me gusta.

—Solo imagínatelo —insisto—. E imagina que ella te dará clase a diario durante el resto de tu vida —Nieves asiente—. Es posible que pienses que eso es demasiado y que más adelante vas a querer aprender ruso o quizá chino mandarín.

Arruga los labios en un gesto que me recuerda a mí.

—¿Y no puedes aprender los tres a la vez?

¿Cómo le explico que no me van demasiado los tríos ni las relaciones abiertas?

—En el mundo de la abuela no es posible —es lo que le digo—, en el de los Volterra tampoco.

La aparición de Hugo hace que mi sobrina, que lo adora, vaya hacia él con su poni en la mano. Yo me pongo de pie y vuelvo a alisarme el pantalón.

—¿Podemos hablar un momento? —me pregunta mi hermano.

No puedo decirle que no sin más. Cuando éramos niños nos sentíamos tan unidos...

Me agacho hacia mi sobrina y le sonrío.

—¿Le enseñas tu caballo a la abuela mientras tu padre y yo hablamos?

Ella asiente y nos deja a solas. El vestíbulo es enorme y yo me siento tan pequeña en este momento...

—Gracias por no apartarla de mí —le digo a mi hermano.

Él se mete las manos en los bolsillos.

—Por algún extraño motivo ella también te adora.

No me pasa desapercibido el matiz de ese *también*, pero no estoy para escenas tiernas. Me aparto el flequillo que se me mete en los ojos.

—Si es sobre la empresa preferiría...

Él no me deja terminar.

—¿Sucede algo con esa evaluación psicológica?

¡Por supuesto! Me extrañaba que Hugo simplemente quisiera hablar con su hermana pequeña. Me pongo a la defensiva de inmediato.

—¿Suceder? —imito a mi madre alzando una ceja—. Por supuesto que no.

Él me mira a los ojos. Siempre ha sabido lo que pienso con solo mirarlos. Esta vez hago un esfuerzo por parecer inaccesible. Hugo sonríe.

—Puedes dejarlo todo en mis manos —me dice—, tomarte unos meses de descanso y más adelante...

—No era eso lo que quería nuestro padre —le recuerdo, tan seria que me parezco a una de las rusas de mi madre.

Hugo chasquea la lengua.

—Pero papá ya no está y el Grupo Volterra necesita que se tomen medidas, y ya.

—¿Despedir a setecientas personas?

—Y cambiar protocolos, modernizar los sistemas, simplificar los cuadros de mando, buscar inversores...

Me duele la cabeza con la cantinela de siempre.

—Y cambiar unos principios que huelen a naftalina —añado.

Hugo se pone muy serio.

—Clara, no puedes seguir así.

—Sí puedo —digo con firmeza mientras cojo mi chaqueta del perchero—, y lo haré.

—¡Clara...! —intenta él que entre en su razón, cosa que no voy a hacer.

Y voy a marcharme cuando escucho la voz de mi sobrina.

—Tía Clara, ¿por qué siempre tienes que terminar así?

Está en el hueco de la puerta, tomada de la mano de su madre, mientras me mira con la misma expresión que le vi en los ojos en París. Y yo solo puedo marcharme y bajar las escaleras a grandes saltos mientras el corazón me duele como una muela picada.

Capítulo 17

—No tiene vergüenza —dice Lucía con su voz de indignada que es una octava más alta de lo normal.

—¿Delante de tu sobrina? —apuntilla Mario—. Hijo de puta.

Se están refiriendo a Hugo, pues acabo de contarles en una videollamada a cuatro lo que ha pasado en casa de mi madre.

—Si no estuviera tan bueno no le volvería a hablar en la vida —sí, esa es Inés, en su línea.

No me gusta que hablen así de mi hermano, aunque no puedo quitarle la razón a ninguno de los tres.

—Está muy estresado —lo disculpo a pesar de que he sido yo quien les ha dicho que no lo soporto—. Y tiene muchas presiones.

—Y un coño —cuando Mario se altera se vuelve lenguaraz—. Va detrás de lo que es tuyo desde que tu padre nos dejó y no va a parar hasta que lo consiga.

Tropiezo con un adoquín, pero consigo mantener el equilibrio. La cámara de mi móvil baila y los marea.

—Pero ¿dónde diantres estás? —pregunta Lucía.

Hoy tengo sesión en el Club de los Ex y llego veinte minutos tarde. No sé si Carlos me dejará entrar, pero por más que he corrido la última reunión ha sido interminable y he tenido que decirle a Marta, ya sabes, las de las tiendas de ropa donde los dependientes te miran por encima del hombro, que a mi madre le ha dado *una cosa* y tengo que ir a visitarla. ¿Lo ves cruel? Pues en absoluto porque no he mentido. Ayer le dio *un berrinche* y tendré que ir después de la sesión del club a pedirle perdón y mostrarme como la buena hija que espera que sea.

Miro alrededor. Aún no estoy muy segura de qué barrio es este, el de la pizzería, aunque ya no me impresiona tanto como la primera vez que vine.

—Tengo terapia —respondo mientras acelero el paso.

—¿Todavía no te han dado la maldita evaluación?

Mario hoy parece más puntilloso que de costumbre. Seguro que está teniendo una semana tensa en el trabajo.

—Carlos... —respondo, pero me doy cuenta de que no debo usar esa familiaridad ante mis amigos y retrocedo—, el terapeuta dice que debo concluir todas las fases.

—A ver si al final vas a volver con Pablo —suelta Lucía.

—Pues no estaría mal —responde Inés por mí—. Folla de miedo.

¡Inés y su visión sexual del mundo!

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunto sin echarle cuenta, porque ella clasifica a la Humanidad entre los que lo hacen bien en la cama y aquellos con los que no repetiría.

—Lo dijiste tú cuando lo dejaste —imita mi voz—: «de lo único que me da pena es de...»

—No hace falta que recuerdes cada palabra —se me escapa una carcajada. Hoy lo necesito. De repente me doy cuenta de que llevo necesitándolo demasiado tiempo.

Miro alrededor. ¿Me he perdido? Seguro que es esta calle, pero más adelante. Como he bajado el enfoque de la cámara para ubicarme, he cometido el error de dejarles ver lo que llevo puesto. A Mario no se le escapa.

—¿Camiseta de *Metallica*? ¿Hola? —suelta, indignado—. ¿Dónde está la Clara Volterra que era amiga mía?

Lo cierto es que la cogí de la percha el día de la visita a nuestra tienda de Gran Vía. Es la que llevaba Santi en las manos y yo le arrebaté. Me la he probado en el despacho y me gusta cómo me queda. Luego me hago una foto y te la mando, porque alguna vez tendremos que darnos nuestros *instagrams*, ¿no?

Decido quitarle importancia porque no voy a explicarles que Santi y yo nos encontramos por casualidad... ¡Nunca se lo creerían!

—No puedo llevar siempre la misma y sosa camiseta blanca, y mi ropa habitual...

—Te delataría en un segundo, cierto —termina por mí Inés.

El sonido de una campana interrumpe la conversación para ver una burbuja que asciende en la pantalla de mi teléfono.

—¿Eso ha sido una notificación? —pregunta Mario.

—¿De quién? —arremete Inés.

Lo cierto es que he arrugado la frente al ver el remitente.

—Es un *wasap* de Pablo —contesto.

Hay un pequeño revuelo al otro lado, de los tres a la vez.

—¡Léelo, léelo! —insiste Lucía.

La vieja pizzería está delante de mí. No puedo perder un minuto más.

—Más tarde, ahora no tengo tiempo. Os dejo, entro en terapia.

—Pero mantén la cámara encendida como la otra vez —suplica Mario.

—Os quiero —les digo mientras mi mano toma el pomo de la puerta—. Mañana hablamos. Y a ti, Mario, te veo en tu casa pasado.

Cuelgo al fin y me doy cuenta de lo agradable que es el sonido del tráfico en Madrid, un estruendo mucho más gratificante que los gruñidos de mis amigos. Guardo los auriculares en la mochila del Rastro y me dispongo a entrar en la pizzería para poner una excusa creíble ante Carlos que...

—¡Hay que llamar a la policía! —está diciendo una voz en alto que no reconozco.

—¡Y a los bomberos! —dice otra.

—Yo llamaría a una ambulancia para que se la lleven —añade una tercera.

Hay un pequeño revuelo en la sala. Mis compañeros están de pie aglomerados alrededor de alguien a quien, al parecer, le ha dado

«una cosa mala», como diría Luzviminda.

No tengo que atisbar mucho para descubrir que es a Lola, que permanece con los brazos en cruz y la mirada perdida como si fuera la encarnación de Santa Margarita María de Alacoque.

No entiendo nada, así que busco a Santi con la mirada y lo descubro en la periferia del revuelo, atento, aunque tan calmado como siempre. Noto que mi boca esboza una sonrisa involuntaria y no tengo ni idea de por qué ha sucedido. Carraspeo y voy hacia él.

—¿Qué pasa?

Él me mira, se da cuenta de mi camiseta, pero no dice nada al respecto.

—El novio de Lola, que no aparece.

Ya recuerdo. Me lo contó en el ascensor. El pobre hombre se habrá quitado de en medio para no aguantarla, aunque no lo explico así.

—Quizá se haya tomado unas vacaciones y no se lo ha dicho a Lola.

Él chasquea los labios. ¿Te he dicho que los tiene carnosos y el inferior con más volumen, como si hubiera besado durante mucho tiempo? Me entra un escalofrío. Esa puerta de la pizzería no debe cerrar bien.

—Mira su Facebook.

Santi me tiende su teléfono. En la pantalla veo un perfil de la aplicación encabezado por una imagen donde sobre un fondo amarillo aparecen las letras «He sido secuestrado. No intentéis localizarme».

Lo cierto es que me parecen dos frases que se contradicen, aparte de que es poco consistente que tus secuestradores te dejen anunciarlo en Facebook antes de ponerte la capucha por la cabeza, pero no quiero ser quisquillosa, ya sabes.

—Es sospechoso, sí —es lo que contesto.

Santi retoma su teléfono y busca en él hasta enseñarme otra vez la pantalla.

—Y mira su Instagram.

El mismo mensaje aparece como la primera de las publicaciones, lo que indica que los supuestos secuestradores no se han quedado tranquilos con que lo grite en Facebook, ha tenido que hacerlo en cuantas Redes Sociales tiene el pobre... me fijo en la foto de perfil. Es un tipo de rostro agradable, incluso atractivo. No me lo esperaba así. Me siento fatal porque este sentimiento dice muy poco de lo que pienso de mi compañera de terapia. Me vuelvo hacia Santi.

—¿Este es el novio de Lola?

—Sí —me sonríe con sus labios gordezuelos—, parece un tipo simpático.

Algo difuso me atraviesa la mente. ¿Te he hablado del sexto sentido de los Volterra? Mi padre decía que cuando aparece, hay que seguirlo sin dudarlo.

—Me suena de algo —pienso en voz alta—. Quizá lo haya visto por ahí.

—Es contable. A lo mejor te ha hecho alguna declaración de la renta.

No le explico que necesito un ejército de asesores financieros para cuadrar mis números.

—Eso debe ser.

Es entonces cuando me doy cuenta de que quien aparece en una de las *Stories Destacadas* es alguien que conozco bien, es Raúl, el último hombre con el que estuve a punto de casarme porque por lo visto hubo uno primero, Pablo.

Intento que no se note mi sorpresa. Eso significa que Raúl es... ¿amigo del novio de Lola? Eso no tiene ningún sentido. Mi ex es el director ejecutivo y principal accionista de una marca de *mallets* de polo, ya sabes cuál. Su círculo es cerrado y circunscrito a personas de éxito como él mismo, y jamás, jamás, se dejaría fotografiar con un hombre que usa sudadera con capucha después de los veinte

años. ¿Cómo es entonces posible que lo esté viendo como uno de los amigos de este tal Nando?

A su alrededor el tumulto empieza a calmarse pues, al parecer, Lola ha dejado de llorar. Miro el reloj. Quedan quince minutos de sesión. Con suerte Carlos nos soltará una monserga sobre lo bien que lo estamos haciendo y podré tachar otro palito en mi lista de sesiones mortíferas pasadas en terapia. Pero no es eso lo que ocurre, como ya habrás adivinado.

—Tenemos que dar un paso más. Un paso adelante. Y más en circunstancias como las que le afectan a Lola —ella lanza un gemido lastimero—, que no podrá volver a contar con su ex.

La expectación se masca como el chicle fresa ácida, con un ligero picor en la punta de la lengua. ¿Querrá que hagamos constelaciones familiares? ¿Qué tomemos hongos alucinógenos y nos enfrentemos a nuestros demonios? ¿Que hagamos un sacrificio humano y después nos lo comamos? Con esto último he ido un poco lejos, lo reconozco.

—Debemos contactar con otra de esas personas especiales que han sido importantes en nuestras vidas y que el camino separó en algún punto —termina Carlos.

Dicho en lenguaje de la calle: «contactar con otro ex».

Hay un murmullo de sorpresa alrededor. Miro a Santi. Tiene las cejas fruncidas, lo que le da un aspecto seductor.

Conmigo que no cuente. Esta vez le narraré cualquier rollo, me inventaré una de sus «quedadas casuales» y listo... Pero un nombre me asalta la cabeza: Alberto.

Estuvimos juntos dos años, pero qué dos años. Él tenía algo, quizá sus feromonas, que en cuanto se me acercaba me encendía y te aseguro, amiga, que tenía una capacidad de apagarme que no se ha vuelto a repetir.

—Así que vais a llamar a ese otro y otra ex —está diciendo Carlos el gurú—, vais a hablar con él o con ella, quedar, y vamos a analizar

patrones de comportamiento que se hayan repetido en las dos relaciones.

Hay asentimientos e incluso llantos. Algunos están dispuestos, pero otros no se deciden. Yo lo tengo claro, me lo voy a inventar todo. Soy una Volterra y los Volterra tenemos una desbordante imaginación porque...

—Y vais a llamarlos aquí, delante de mí, de uno en uno y con los altavoces del teléfono activados.

¡Ay, madre! Que empiece el espectáculo.

Capítulo 18

Aquí me tienes, sentada en Café Mestizo, más nerviosa que un político en pleno directo de Risto Mejide, en la mesita de sillas desparejadas que hay junto al escaparate.

He llegado diez minutos tarde y no sé si debo esperar o es que todo se ha ido al traste.

Al otro lado de la calle, acomodados en los veladores de El Grano Errante, otro de los cafés *cool* de Madrid, están mis tres amigos haciendo como que disimulan, porque miran para acá de una forma tan descarada que sé que voy a lamentar haber accedido a la frase «tú sola no vas que con ese hombre siempre has perdido la cabeza».

Pero déjame que te ponga en antecedentes, que te dejé con más tensión que una hamburguesa de pollo hecha con tendones.

Cuando tocó mi turno y Carlos me dijo que llamara a Alberto no me negué. Lo hubiera hecho, te lo aseguro, pero entonces mi terapia se hubiera ido al garete, mi evaluación no habría sido posible y mi ascenso en la empresa sería una quimera. ¿Qué más daba si hacía años que no hablaba con él? Con suerte me colgaría en cuanto escuchara mi voz. Con más suerte aún me lanzaría un improperio y me colgaría después, dejándole claro a mi gurú que este puente estaba quemado.

Pero no fue así. Cuando localicé su número en la agenda con dedos temblorosos y, tras mirar a los ojos a mi terapeuta, rocé el botón con la yema de mi dedo índice, el corazón empezó a latirme desbocado.

En el quinto timbrazo albergué la esperanza de que no quisiera cogerlo, pero en el sexto sonó al otro lado su fuerte voz masculina.

—¿Está todo bien? ¿Tu sobrina está bien?

Feromonas tamaño XXL que navegan por las ondas hercianas y se cuelan en mi teléfono hasta rozarme el oído, eso es, porque nada más escuchar sus graves, muy al estilo de Rodolfo Sancho, se me erizó el vello de la nuca y me entró ese picor que hizo que tuviera que apretar las piernas... delante de todos.

—Sí, sí, todo bien —fui capaz de articular mientras mis compañeros de terapia hacían corro a mi alrededor—. Simplemente... me preguntaba si te apetece tomar un café.

Hubo un silencio. Miré a Santi, que parecía muy serio. La chica a la que había llamado no le había cogido el teléfono y él hizo como que se alegraba, pero una Volterra lee los corazones y supe que se había decepcionado.

—¿De qué va esto? —se escuchó la voz de Alberto, un tanto mosqueado.

Carlos Castaño me tomó de la muñeca y, mirándome a los ojos, me dijo en voz baja:

—Sé sincera.

¿Sincera? ¿Con un hombre del que ya no me acordaba y que seguramente tampoco se acordaba de mí? Lo mejor que podía hacer era colgar, decir que me había confundido de Alberto y felicitarle las próximas Navidades, aunque queden nueve meses para ellas. Pero no lo hice. Intenté ser sincera.

—¿Sabes lo de los doce pasos de Alcohólicos Anónimos? —le expliqué, muy didáctica yo—. Pues en el paso nueve hay que pedir perdón a quienes...

—¿Tienes un problema de alcoholismo? —no me dejó terminar, alarmado.

Las miradas de mis compañeros a mi alrededor me decían que no estaba enfocando bien la conversación. La de Santi... estaba vacía.

—No... sí... —me recompuse—. ¡No! Era un ejemplo. Estoy en terapia, ya sabes, arreglar lo que he hecho mal, y he pensado en ti.

De nuevo el silencio. No recordaba que Alberto manejara de manera tan magistral las pausas dramáticas.

—¿Conoces el Café Mestizo —sonó su voz de nuevo—, en Malasaña?

Ni idea. Apenas salgo de mi círculo más cercano.

—Seguro que lo encuentro.

—Mañana tengo un hueco sobre las seis —me dijo—. Nos vemos allí.

—Pero mañana...

Sí, me colgó, pero Mauricio consiguió cambiar la cita que tenía a esa hora con Anapat, ya sabes, la del banco de todos los españoles, y aquí me tienes, a las seis y veinte y sin saber si largarme o quedarme hasta que cierren.

Un gesto nada discreto de Lucía al otro lado de la calle me dice que se acerca, que está aquí.

Noto cómo me sofoco y me abanico con la mano para que no se me ponga la cara como un tomate. Estornudo, tengo ganas de vomitar, pero consigo controlarme hasta que Alberto hace acto de presencia en la abarrotada cafetería, se detiene en el umbral, atisba alrededor, y sus cejas se fruncen cuando me localiza junto al escaparate.

El tiempo lo ha tratado bien, muy bien, y lo compruebo en la mirada que le han lanzado varias mujeres desde diferentes puntos del local. Nunca ha sido un hombre guapo, o al menos no en el sentido clásico. Su fuerte es la masculinidad que le brota por los cuatro costados y ese aire de bandolero que tan bien le sienta. Inés lo llama *follabilidad*, y en su caso no tengo un pero que ponerle, porque cuando me pongo de pie para recibirlo me tiemblan las piernas.

Miro de reojo al otro lado de la calle. Estos tres están tan al borde de la mesa para no perder detalle que se van a caer sobre el asfalto. Les he pedido que vengan discretos para que Alberto, que los

conoce, no los reconozca de un primer vistazo. Mario parece el inspector Gadget, ¿te acuerdas? Lucía es una monja ursulina, porque se ha puesto una capa de su madre y un pañuelo en la cabeza.

Al fin me atrevo a mirar a Alberto a los ojos. Está muy serio, tanto que su boca traza un rictus descendente. Voy a darle un beso en la mejilla, pero él no hace por acercarse, por lo que únicamente le señalo la silla y ambos nos sentamos.

Por la camisa, un botón más abierta de lo normal, se le escapa la suave almohada de vello oscuro que recuerdo bien. Aparto la mirada y estornudo.

—¿Por qué me dejaste de la noche a la mañana?

Esa es su primera pregunta. Ni un «hola» ni un «cómo estás». Me lo tengo bien merecido por dejarme enredar por Carlos Castaño, de quien me estoy acordando en este preciso instante y no de manera cariñosa.

Me aparto un mechón de pelo de la cara y mis dedos tamborilean sobre la mesa.

—Las cosas no van y listo, ¿no? —contesto.

Él no dice nada. Permanece ahí sentado, callado y misteriosamente *sexy* mientras yo no sé qué hacer ni qué decir. Soy yo quien lo ha llamado. Soy yo quien tiene que hacer un trabajo. Soy yo quien tiene que sincerarse. ¿Qué harías tú en una situación así? Pues eso.

—Miedo al compromiso, mucho por lo que luchar, como mi familia y las empresas... y, bueno, una dosis de egoísmo —esto es lo que contesto y me doy cuenta de que pocas veces en mi vida he sido tan sincera y nunca con un hombre a quien he creído amar.

Aguardo su respuesta.

Al otro lado de la calle estos tres han abandonado el velador y se han colocado en mitad de la calzada porque sospecho que quieren leernos los labios. Con que Alberto gire la cabeza los verá y cualquier posibilidad de que tengamos una conversación de adultos será un espejismo... ¿por qué me habré dejado embaucar por ellos?

En este momento espero lo peor. Que se levante y se vaya. Que me lance todos los reproches que seguro alberga contra mí, que confiese que ya ni se acordaba de quién era porque ahora es feliz con una mujer maravillosa... ¿cómo puede ser esto «lo peor»? Lo sé, pero soy así, quiero ser el mejor recuerdo posible de todos los hombres con los que he estado que son... los dedos de una mano.

Tras una pausa más larga que el apagón de Nueva York, Alberto, inesperadamente, sonríe y sus labios muestran esos dientes deslumbrantes a los que una mujer cabal no puede resistirse.

—Aún pienso en ti a menudo —me dice como si nada.

Yo me quedo helada. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Un viaje en el tiempo? Y desde la calzada, mis amigos intentan no tirarse contra el escaparate mientras observan la escena como si fuera el final de un *reality show*.

Capítulo 19

Creo que no te he hablado de Manolo, mi chófer.

Al igual que les pasa con Luzviminda, mis amigos no entienden por qué trabaja para mí. Dicen que alguien con mis recursos y mi posición no debe tener a su cargo a una interna que se levanta después que yo y a quien le preparo el desayuno algún que otro fin de semana ni a un chófer que se queda dormido muchas mañanas y desatiende demasiado a menudo su aseo personal.

Yo suelo contestarles de manera esquiva: «no tengo tiempo de buscar un sustituto» o «hasta el momento nunca he llegado tarde a ninguna reunión». Hay cosas que pertenecen a la intimidad de cada uno y ni Mario, ni Lucía ni Inés tienen por qué saber qué vínculos hay entre Luzviminda y yo o entre Manolo y yo misma.

De ella no te voy a hablar aún, pero como más adelante tendré que darte explicaciones sobre él y nos estamos convirtiendo en buenas amigas, a ti sí te lo voy a explicar.

Conozco a Manolo de toda la vida. Mi padre era un hombre de costumbres y tomaba el aperitivo todos los días a las doce de la mañana en la misma cafetería del barrio de Salamanca. Los viernes papá mandaba a su chófer a recogernos del colegio y nos tomábamos un helado junto a él mientras se acababa el vermut y daba cuenta de sus aceitunas.

Manolo era uno de los camareros de aquella cafetería. Una imagen difusa de mi infancia a quien apenas recordaba hasta que nos volvimos a ver hace poco más de cuatro años.

Recuerdo que era tarde, hacía una noche helada y yo salía de una fiesta en el Villa Magna del brazo de Alberto. Habíamos bebido cava

hasta un poco más allá de lo adecuado. Él de frac, guapísimo, yo de largo con un crespón plateado bajo el abrigo de marta roja.

Avanzábamos por la Castellana camino de su casa, muy cerca del hotel. Los fines de semana los pasábamos en la suya o en la mía, y tras una fiesta elegante a ambos nos apetecía acabarla abrazados en su cama.

Habíamos recorrido doscientos metros cuando alguien nos interrumpió el paso. Podría decir *algo*, porque tardé en darme cuenta de qué se trataba. Sobre un lecho de cartones, un hombre dormitaba en mitad de la acera, agarrado aún al tetrabrik de un vino intragable.

—A ver cuándo limpian Madrid de vagabundos —dijo Alberto, apartándome para no tropezar con él.

No sé qué impacto me causaron sus palabras. Te mentiría si te dijera que me ofendieron, pero tampoco sería cierto que estaba de acuerdo con él.

Intentando esquivarlo, el hombre borracho se dio la vuelta y entonces le vi el rostro abotargado y sucio. Lo reconocí al instante. Era el camarero que servía el vermut a mi padre y a nosotros nos regalaba un cartucho de almendras fritas.

Esa noche no dormí en casa de Alberto. Le pedí que ayudáramos a aquel hombre y, tras mucho discutir, estuvo de acuerdo en acercarlo a un hospital en su propio coche.

Fui a visitarlo cada día de los seis que estuvo ingresado. Hablamos bastante, de nada interesante, de los viejos tiempos y de cómo había cambiado Madrid.

Nunca he sabido cómo pasó de trabajar en una de las mejores cafeterías de la capital a asfixiarse entre sus vómitos en mitad de la Castellana. Eso pertenece a su intimidad, ¿ves?, y no me corresponde a mí contarlo.

Cuando le dieron el alta le pregunté cuáles eran sus planes y él me respondió que curarse. Seis meses después abandonaba la clínica de

desintoxicación y entraba a trabajar para mí.

En estos cuatro años y medio no ha vuelto a probar una copa, tampoco hemos hablado de aquello. ¿He perdido la cabeza? Es posible, pero hay personas que parece que la vida te las pone por delante y por alguna razón deben seguir ahí.

Manolo me acaba de traer a casa de Mario y le he pedido que no regrese, que pediré un Uber. Ha protestado y sé que en un par de horas estará aparcado delante de la puerta, qué le vamos a hacer. Para cabezón no le gana nadie.

—¡Noche de chicas! —ha gritado mi amigo cuando me ha visto al otro lado de la puerta.

Mario y Jorge viven en La Moraleja, en un precioso chalet que diseñó el segundo y que tiene una piscina infinita que parece que estás suspendida en el aire. Apenas me ha dado tiempo a darle un beso porque Ainara, su hija, se me ha tirado a los brazos y nos hemos llevado una hora arrastrándonos sobre la alfombra del salón jugando a los marcianos.

Me ha salvado de un lumbago la hora de la cena y, aunque ha estado tan estupenda como siempre, he notado a Mario más callado que de costumbre, tanto que Jorge, a quien no suele dejar hablar, ha llevado el peso de la conversación.

Un par de bostezos de Ainara ha dado la señal de que debe irse a dormir.

—Quedaros vosotros —nos ha dicho Jorge, que sabe cuándo debe dejar solos a dos amigos—. La acuesto y me meto en la cama. Mañana presentamos un proyecto a primera hora.

Me ha extrañado que no le haya dado un beso de despedida a mi amigo. Suelen ser tan empalagosos que Lucía dice que se tiene que pinchar insulina cada vez que quedamos con la pareja.

Mario me sirve un gin-tonic, aunque no me apetece beber. Me lo llevo a los labios para disimular.

—¿Todo bien? —le pregunto cuando se sienta a mi lado, pues me ha dado la impresión de que ha estado despistado durante la cena. Él sonríe, deslumbrante como siempre.

—Sí, de maravilla —me devuelve la pelota—. ¿Y tú? ¿Cómo te va todo?

Se me escapa un suspiro. ¿A ti no te pasa? Es como el prólogo de una novela, pero en versión «te voy a contar mis problemas».

—¿Me llamarías loca si te dijera que me siento rara?

—Te llamaría loca por muchas cosas, pero no por esa.

No le tengo en cuenta su cinismo. De hecho, me suele encantar.

—Creo que esta terapia —me sincero—, por mucho que despotrique de ella, me está viniendo bien.

Él da un largo trago a su copa.

—Y ver al *macizorro*, también.

—¿Santi? —me hago la sorprendida—. Aún no tengo claro que le gusten las chicas, aunque a quien llamó fue a una de ellas. Además, aunque fuera un machirulo no parece que yo le interese demasiado.

Mario se acerca hacia mí y me mira directamente a los ojos. Reconozco que me intimida cuando lo hace así, como en un interrogatorio donde me arrancará las uñas de los pies si no digo la verdad.

—Te invitó a un café —suelta, como si eso fuera peor que faltarle el respeto a un padre.

—Y yo metí la pata —le recuerdo—, como siempre.

Mario me abraza y yo reclino la cabeza sobre su pecho. Con él me siento segura. Quizá es porque aúna su energía masculina con la seguridad de que lo que hay entre los dos sea pura y limpia amistad, sin intención sexual por ningún lado, cosa que con otros hombres no me sucede. Él me da un beso en el pelo.

—¿Cómo es posible que seas una mujer exitosa en los negocios y una desgraciada en la vida amorosa?

—Porque algo no debe andar muy bien aquí arriba.

—¿Has vuelto a hablar con Pablo o con Alberto?

No me acordaba de ellos, así que le quito importancia con un aleteo de la mano.

—Algún mensaje, nada más. Pero reconozco que me siento mejor. Es como si me hubiera quitado un peso de encima.

—Además —me recuerda—, has conseguido mantener a Hugo a raya, así que más temprano que tarde la terapia grupal se acabará, y cuando eso pase serás libre para gobernar el imperio Volterra como la emperatriz que eres.

Tengo que sonreír ante su ocurrencia. Me incorporo y me retiro el pelo despeinado de la cara, que se me mete en la nariz y me hace estornudar. Me gusta que Mario tenga una visión tan optimista de mi futuro, pero ni la terapia terminará todo lo pronto que necesito ni Hugo se dará por vencido.

—A veces pienso que mi vida es una mezcla entre *Juego de Tronos* y *Sexo en Nueva York* —le confieso—. Aunque estoy casi segura de que me encuentro en el bando de los buenos.

Mi amigo se ha ventilado ya su ron con cola y me señala la botella que está sobre la mesa.

—¿Otra copa?

Ni a él ni a mí nos conviene tomar nada más un martes por la noche, a pesar de que yo apenas me he mojado los labios. Me pongo de pie y me aliso el pantalón.

—Manolo ya está fuera. No puedo retrasarme o llegará a su casa a las tantas.

Él lanza un lamento de hartazgo.

—¿Por qué no lo despides? Nunca podré entender tu afición de rodearte de personas que te dan problemas.

—Es un buen tipo —me excuso como siempre sin dar ninguna explicación. Vuelvo a la carga sobre un asunto que me ha preocupado un poco esta noche—. ¿Todo bien con Jorge?

Mario mira alrededor, como si buscara un mechero y eso que no fuma, pero lo conozco tan bien que sé que no quiere mirarme a los ojos.

—Sí, bien —me esquiva—. ¿Cuándo tienes la próxima sesión de ese club de excéntricos?

Se me escapa un resoplido.

—Mañana —le confieso—, y esta vez no puedo llegar tarde.

Nos despedimos con un abrazo. Cuando entro en el coche no tengo que hablar. Manolo sabe qué debe hacer, y pone una canción, exactamente la que me apetece oír a esta hora de la noche.

Capítulo 20

—Yo te lo haría fuerte, como sé que te gusta —me dice Santi...

Amiga, ¿qué estás pensando? Qué cabecitas más tórridas tenemos, hija mía.

Esa frase me la ha soltado porque me ha preguntado que cómo quiero el café y yo le he dicho que como a él le guste. ¿Ahora sí? Te como la cara.

Reconozco que hoy es la primera vez que llego al club y me siento cómoda. Incluso mientras me acercaba sentía ciertas ganas. No unas ganas locas, eso no, pero como un cosquilleo de apetencia.

El miedo a que me reconozcan ya forma parte del pasado. Está claro que, si no han descubierto que Clara Sánchez es Clara Volterra, a estas alturas ni aunque leyeran el *Semana* delante mía se darían cuenta de que la de las fotos y yo somos la misma persona.

Como te decía, Santi está encantador, Lola me ha saludado y Carlos me ha llamado Marta, pero con una confianza que hasta me he emocionado.

Mi preocupación ahora es cómo explicarles a estos que mis dos exnovios, los dos tipos a los que abandoné en el barro sin explicación alguna y huyendo más deprisa que tú y yo del gimnasio los lunes, me siguen adorando.

—Toma.

Agarro la taza. El café está riquísimo. Santi también. Se sienta a mi lado y me llega el aroma de su colonia, sí, Nenuco, ¿pero no te resulta encantador que un hombre de su edad aún la use?

—Creo que querías explicarnos algo —suena la voz de Carlos, el gurú del caos emocional.

Me entra cierta desazón porque creo que se refiere a mí, pero no, está hablando con Ramón, a quien Mario bautizó como *el místico*, que al parecer quiere exponernos los problemas que ha tenido con la última llamada telefónica que nuestro terapeuta nos obligó a hacer. Al parecer su ex le ha pedido que no vuelva a molestarla, pero él nos está contando que lo que en verdad ha querido decirle es que le dé tiempo...

Mientras habla más elevado que un monje budista en Katmandú, repaso todos los avances que he hecho hasta ahora.

Por un lado, he sido capaz de hablar con Pablo, incluso de mensajearme con él de vez en cuando en tono desenfadado e inocente. Con Alberto es un poco distinto porque se siente más dolido. Hablamos, siempre con tacto, de lo que pasó en aquella época y de sus sentimientos. ¿Que si me carga? Un poco, pero me estoy acostumbrando a no ponerme a mí por delante y ese es mi segundo avance.

Por supuesto, no soy tan optimista como Mario de pensar que con Hugo he ganado la partida. Conozco a mi hermano y él solo tiene dos salidas: o gana o gana, y conmigo no va a tener escrúpulos.

—Creo que querías explicarnos algo —suena otra vez la voz de Carlos, pero yo no le presto atención porque...

—Marta, es a ti.

Miro alrededor. La única Marta que hay en el grupo es Clara Volterra, así que se debe de estar refiriendo a mí.

—¿Ya me toca?

—Siempre que te apetezca.

¡Qué alivio!

—Entonces yo...

—Sí —insiste con firmeza—, te toca.

Como me siento cómoda, empiezo a contarles mi encuentro con Alberto. ¡Qué risa! Le hablo incluso de cómo Mario, Lucía e Inés estuvieron espiándolo todo desde la acera de enfrente, algo tan de

Mario, y cómo nos despedimos con un abrazo. Termino enseñando su último mensaje de móvil, el de Alberto, donde me dice «Eres tan especial que no quiero que desaparezcas de mi vida». ¿No te había hablado de él? Es que tengo muchas cosas en la cabeza, amiga.

Es en este momento cuando Ramón, el que habló antes que yo, levanta la mano.

—¿Puedo comentar algo?

Carlos asiente. El *místico* se vuelve hacia mí. Tiene un colgante plateado con un símbolo del ¡OM!

—¿Soy yo el único que tiene la impresión de que Marta ha utilizado a su antojo a esos dos hombres para mejorar su vida y, una vez satisfecha, los ha dejado tirados como una servilleta después de limpiarse las manos?

Me sienta mal hasta el símil literario, te lo reconozco.

—Eso me parece cruel —le digo.

—Tanto como tú lo has sido con ellos. Había que decirlo.

Miro alrededor. Santi se está mirando la punta de las botas y Carlos parece muy atento, pero tiene los labios sellados, como si se los hubieran borrado. ¿Me van a dejar sola delante de este ataque gratuito? Me remango la camiseta.

—Si estoy aquí es para descubrir por qué actúo así —me palpita una vena en el cuello—. No me siento orgullosa de ello.

Ramón se cruza de brazos y murmura en voz baja:

—Lo que no borra la culpa del daño que ya has causado.

Me indigna. No nos conocemos de nada. ¿Cómo ha podido sacar esa conclusión de mí por un puñado de encuentros donde apenas he hablado? ¿Tú también lo piensas, amiga? ¿Tú también crees que soy una especie de monstruo? Sé que no. Me pongo en jarra.

—¿Tienes algo en contra mía?

Ramón aprieta los morros.

—Solo digo...

Carlos interviene.

—Marta...

Esta vez me coge con los cables cruzados.

—¡Clara, coño!

—Tranquila —alza ambas manos en señal de paz—, solo te pido que medites sobre lo que se ha dicho aquí sin hacer juicios previos sobre Ramón ni ninguno de tus compañeros.

—Hasta ahora he sido paciente y educada con las historias de cada uno, y podía haber entrado a matar, como él.

—Ponnos un ejemplo.

Miro alrededor. Ojos expectantes.

—Lola —la señalo—, está claro que está mejor sin su ex que con él. Estaba tan atada que parecía sujeta con una soga. Es una bendición que haya desaparecido —ella solloza y yo me vuelvo hacia mi siguiente víctima—. Y Ramón...

—Adelante —me reta y yo no me corto.

—Está claro que esa chica no quiere saber nada de ti. Cierra página y se acabó.

Esta vez no replica, lo que me extraña.

Carlos me mira fijamente con ojos de pez muerto.

—¿Quieres opinar sobre los sentimientos de alguien más?

Todos tienen su mirada posada en mí menos Santi, que sigue interesado en lo que sucede en la punta de sus botas. Cojo la mochila y me la cuelgo.

—Me voy.

—Aún no hemos terminado —me advierte Carlos, pero me importa un bledo.

—Yo sí, y que nadie me detenga.

Salgo de allí con las mejillas más rojas que un vestido de Valentino, pero no llamo a Manolo. Necesito que todo este malestar desaparezca, que se diluya... con lo contenta que estaba yo hoy.

Tengo que hablar con alguien y como aún no sé tu número de teléfono llamo a Mario. Tarda en cogerlo. Seis, siete llamadas, a la

octava escucho su voz a trompicones, porque de fondo juraría que truenan los acordes de *It's Raining Men* como si estuviera en una discoteca... ¿Una discoteca a las ocho de la tarde que pone esta música de los setenta?

—¿Puedes hablar? —le pregunto.

—Sí, lo que no sé es si tú me oirás.

—¿Dónde estás?

Escucho muchas voces masculinas, un jaleo de fiesta que se ha ido de las manos.

—Es largo de contar.

No es un buen momento para amargarle la tarde, sobre todo cuando está claro que se lo está pasando bien.

—No es nada importante, mañana hablamos.

Me conoce tan bien que lee los *metadatos* de mi voz.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—¡Claro que no! —finjo—. Pásalo bien. Buscamos un hueco para comer juntos.

—Te quiero —me grita bajo el bullicio.

Yo suspiro.

—Y yo a ti. Muchas veces daría cualquier cosa por tener una relación como la tuya con Jorge.

Hay un instante de silencio en el que creo que ya no me escucha.

—Estamos pasando un mal momento, Clara —suena otra vez su voz.

—¿Cómo?

—Que Jorge y yo estamos a punto de tirar la toalla.

Y la llamada se corta.

Capítulo 21

Sé que Mario me lo contará todo cuando él lo crea necesario. Siempre ha sido así, espléndido con los demás y reservado para sus cosas. Seguro que tú conoces a alguien como él, son los peores cuando lo que quieres es ayudar.

Hoy mi agenda parece una hamburguesa cara, de esas a las que le echan tantas cosas que no estás segura de qué estás comiendo. Tengo seis reuniones, almuerzo y cena de trabajo, una visita y, para colmo, vienen a cambiarme el empapelado de la pared porque Mauricio dice que los jaspeados ya no se llevan.

Por eso, cuando mi asistente me traslada que don Álvaro nos ha convocado a Hugo y a mí, mi primera intención es decirle que no, hasta que recapacito.

Don Álvaro Fernández de Sotomayor y González de Castroviejo es uno de los viejos amigos de mi padre que le ha sobrevivido de milagro. No sé exactamente a qué se dedica, pero lleva cuarenta años trabajando para el Grupo Volterra y llevándose sus buenos *bonus* a final de año.

Mi madre, que a veces tiene buenos puntos, decía de él que era como la amiga de la novia en su boda, la que está pendiente tanto de que esta tenga un clínex a mano si tiene que llorar como de asegurarse de que la madre del novio sepa cuánto dinero ha puesto su consuegro para pagar la boda.

Era algo así para mi padre, el amigo con el que iba a cazar y el que sabía dónde estaba si mamá no daba con él.

Don Álvaro tiene un despacho justo en la planta de abajo, porque en el Grupo Volterra la cercanía al poder se mide por paradas de ascensor en el edificio matriz.

Es, faltaría más, miembro del consejo de administración desde antes de que yo naciera, y fue él quien tuvo la idea de que yo pudiera optar al cargo de consejera delegada si presentaba una evaluación psicológica de mis capacidades. ¿Lo ubicas ahora?

Por eso, cuando lo pienso mejor, me doy cuenta de que debo ir a su despacho y descubrir qué quiere, porque no se pueden descuidar a los pocos aliados que me quedan en esta empresa.

La mala fortuna quiere que Hugo y yo coincidamos en el ascensor y, aunque yo llevo mal lo de disimular, él parece que no y tiene hasta unas palabras amables para mí.

—Te veo buena cara.

—La cafeína —consigo contener mi mal humor, ¿a ti no te pasa?—, que llevo hoy tres cafés en el cuerpo.

Atravesamos el pasillo hasta el despacho de don Álvaro, caminando uno al lado del otro. Quienes se nos cruzan deben pensar que algo malo está ocurriendo, tipo apocalipsis zombi, porque todo el mundo sabe que entre mi hermano y yo no hay buena sintonía.

La secretaria nos abre la puerta antes de que lleguemos a ella y, una vez dentro, vemos al diminuto caballero hundido en su sillón de piel buena, con las gafas de pasta a punto de caérsele de la punta de la nariz.

—Le veo buena cara, don Álvaro —comenta Hugo en lo que tiene toda la pinta de que es su frase del día.

—Bendita juventud —contesta él, que intenta levantarse, pero opta por seguir engullido en la butaca—. Lo que yo daría por tener vuestra edad.

Esto es muy de abuela, lo sé. La mía, que era una señora de las de perlas y abrigo de visón, me decía que aprovechara la vida, que pasa más deprisa de lo que somos capaces de ver. Más adelante, cuando se le fue la cabeza, lo que me decía era que follara mucho, así, con todas sus letras, que ella se quedó con las ganas. No le he hecho caso en ninguna de las dos cosas y empiezo a arrepentirme.

Pero sigamos, porque don Álvaro nos ha indicado sendos sillones frente a su mesa y Hugo y yo tomamos asiento... ¿Qué digo? Somos tragados por ellos porque están tan mullidos que tengo la sensación de que nos van a devorar.

—Os he hecho venir porque llevo tiempo dándole vueltas a un asunto. Espero que no os haya causado mucha incomodidad.

—Nooooo —mentimos los dos a la vez.

—Es sobre la pequeña *complicación* de Clara.

Mi hermano y yo hacemos por no mirarnos, pero ambos hemos entendido a qué se refiere. ¿Te suena Hotel Ritz y amplios reportajes en las revistas de cotilleo? Pues eso.

—Eso está casi olvidado —comento yo, moviendo una mano como si fueran pequeñeces.

—No tanto —dice don Álvaro—. Ayer todavía se comentó en una tertulia de un canal autonómico y dicen que una plataforma de televisión está pensando en hacer un *biopic* sobre el acontecimiento.

No creo que sea cierto. ¿Es posible que don Álvaro tenga un retorcido sentido del humor? Pero no puedo dar a entender que será un asunto importante.

—Se terminará olvidando.

—O no —sentencia el viejo amigo de mi padre.

Me llama la atención que mi hermano esté tan callado. ¿Tendrá algo que ver con esto? Aunque no lo creo, si don Álvaro ha aguantado tantos años alrededor de mi familia ha sido porque siempre ha sabido mantenerse a una distancia exacta entre cada uno de sus miembros, menos en el caso de mi padre.

—¿Y qué cree que debemos hacer al respecto? —pregunta ahora Hugo—. Se decidió no prestarle atención para no echar más leña al fuego.

A mí ya me estarás viendo, muy tiesa en este sillón en el que cada vez me siento más hundida, literalmente, y con cara de «esto no va conmigo».

—Es necesario hacer un lavado de imagen, transmitir a nuestros accionistas, a nuestros clientes y proveedores que esta familia está tan unida como siempre y que el Grupo Volterra es tan confiable como lo ha sido en los últimos cuarenta años.

Se me escapa un ligero suspiro de alivio. Debe estar hablando de una nota de prensa. A los miembros del consejo les encantan estas cosas porque sus nombres terminan apareciendo en ellas. Que lo hagan, así yo gano tiempo mientras...

—¿Y qué ha pensado? —interrumpe Hugo mi soliloquio interno.

Don Álvaro rebusca en un cajón. Es tan diminuto que casi se pierde entre tanto cuero. Al final arroja una revista sobre la mesa encerada, que se desliza hasta quedar frente a nuestros ojos.

—Un reportaje en la revista *Ciao*! —nos informa—. A seis páginas y con portada incluida. Fotos a todo color, comentarios de la familia y amplia distribución nacional e internacional.

Parpadeo. Como bien sabes, *Ciao*! es la revista del corazón de las casas reales, la que publicó el mejor reportaje cuando se casó Felipe o la que dedicó un número extraordinario cuando nos dejó Isabel, Lilibet para los más allegados.

Hugo y yo contestamos a la vez.

—Sí.

—No.

La segunda soy yo.

Ambos se me quedan mirando.

—¿Por qué no? —pregunta don Álvaro, desconcertado ante lo que creía que era una idea brillante que no podríamos rechazar.

¿Cómo les cuento que, si aparezco en la portada de una revista que estará en todos los quioscos, peluquerías y hogares de España, tengo muchas posibilidades de ser descubierta por mis compañeros del club de los ex?

—Porque... porque... —mi cabeza a mil por hora—, porque veo mejor dejarlo pasar en vez de poner el foco en nuestra familia.

Hugo entrelaza los dedos.

—Estrategia que no ha funcionado, según hemos visto.

—Mi querida niña —que a una le llamen *niña* con treinta y pico tiene guasa—, un reportaje a todo color dará una imagen sólida de la familia. Los periodistas le sacarán punta, por supuesto, pero se limitarán a criticar vuestros vestidos o si llevas el pelo más largo o más corto que otras veces, por lo que habremos cambiado el foco que en estos momentos está sobre ti y la pequeña *complicación*.

No puedo permitirlo, aunque me habría parecido una idea excelente en otras circunstancias. Descruzo las piernas y las cruzo en la otra dirección. Hugo tamborilea con los dedos sobre la superficie de la mesa.

—Podemos votarlo —propone mi hermano—. Somos tres. No puede haber un empate, y tú eres muy partidaria de votarlo todo.

Es un golpe bajo. Si me niego... ¿qué dirá cuando en otra ocasión intente que no se salga con la suya por medio de una votación? Me aparto el cabello de la cara.

—De acuerdo —firmo mi sentencia de muerte.

Dos contra una, que soy yo. Así que se acuerda que la próxima semana un equipo fotográfico y una redactora de la revista *Ciao*! irán a casa de mi madre, donde debemos reunirnos todos de tiros en blanco para que yo salga en su portada, y no precisamente por haber salvado el mundo.

Capítulo 22

Desde mi mesa, que está separada por una pared de cristal del despacho de Mauricio, estoy contando las veces que abre y cierra las manos como si estuviera cantando *Cinco lobitos*. Van ciento veintisiete y soy incapaz de apartar la mirada.

Él no me ve. El cristal es opaco por su lado, una idea retorcida del arquitecto que hizo el edificio, y aunque le he pedido a mi asistente varias veces que lo mande cambiar, me dice que sentirse observado le da seguridad.

Abrir y cerrar las manos en situaciones de estrés es el pequeño tic nervioso de Mauricio: mira fijamente la pantalla de su *tablet*, pone las dos manitas a la altura de los hombros, con las palmas al frente, y las abre y cierra compulsivamente hasta que consigue relajarse.

Cuando lo hace, soy incapaz de concentrarme en nada más, como si mi mente tuviera la impulsiva idea de contar hasta dónde es capaz de llegar esta vez.

Conocí a Mauricio cuando intentó venderme una cafetera. Fue una de esas llamadas telefónicas a las tres de la tarde que sí, también sufrimos los Volterra. Parecía muy nervioso, atropellado, y en diez segundos me soltó las características técnicas de la *expresso* y después se puso a llorar.

En otras circunstancias le hubiera colgado, pero... ¿le colgarías tú a alguien que parece un cunero?

—No sirvo para esto —me dijo entre hipidos.

Yo intenté animarlo.

—Pues lo has hecho muy bien, si no tuviera ya una te aseguro que...

—Voy a pedir el finiquito —no me dejó terminar—. Aunque me tenga que volver a casa de mi madre al pueblo.

En ese momento me pasó por la cabeza que aquello era una sofisticada técnica comercial, incluso que era una broma y al día siguiente saldría en la radio contando cómo se habían quedado con Clara Volterra...

—¿Y te apetece regresar? —le pregunté.

—Tanto como comerme una sopa con una mosca dentro.

El chiste no me hizo gracia, pero le pedí que viniera a verme y desde entonces trabaja para mí.

Luzviminda, Manolo y él son mi familia elegida, personas que he ido encontrando por el camino y que por alguna razón agradezco que se queden en mi vida...

¡Pero yo no iba a hablarte de esto! Quería hablarte de Santi.

Hace unos días que pienso en él. No, cosas guarras, no. Más bien es un «de repente», y me descubro imaginando una conversación en la que él parece muy interesado en lo que digo, o nos encontramos por la calle por casualidad, o me hace el amor tórridamente sobre una mesa de cristal...

Esto último era una broma porque sé que te estabas quedando dormida. ¿A que te has espabilado? Como te decía, amiga, mi compañero de terapia...

—Tengo a Mele al teléfono.

Doy un respingo de susto. Es Mauricio, que se me acaba de asomar a la puerta.

—Ponte cascabeles en los zapatos o algo así —me defiendo—. Pásamela.

Mientras lo hace, me froto las manos.

¿Mele llamándome a esta hora? ¿Llamándome ella a mí? Solo hay una explicación: ha recapacitado y se ha dado cuenta de que una terapia de este tipo es excesiva, me va a pedir disculpas y llama para

preguntarme a qué email manda la evaluación psicológica que ya tiene preparada.

¡Y un mojón! (Las Volterra también decimos estas cosas cuando estamos hasta el...).

—¡Mele! —le grito al teléfono, más falsa que un Vuitton de mercadillo.

Ella titubea.

—No sabía si estabas ocupada.

—Para ti nunca.

Con Mele siempre tengo la sensación de que se anda con cuidado. Su voz suena tan amable y fría como otras veces.

—Quería saber cómo te iba —me dice. ¿A que de verdad me va a dar el alta?

—Genial —le aseguro—. Carlos está muy contento con mi avance.

—Eso me ha dicho.

¿En serio? El último día puse a parir a unos cuantos y me marché dando un portazo. Me ando con cuidado.

—¿Has reconsiderado la posibilidad de adelantar esa evaluación, aunque yo siga en el grupo de terapia? —contengo la respiración mientras espero la respuesta.

—Eso no sería honesto por mi parte.

—Claro que no —me apresuro a secundarla—, pero debe haber una forma de...

Se hace el silencio. A ella eso de callarse y dejarte en ascuas es que le encanta. Al otro lado del cristal, Mauricio ha empezado otra vez a abrir y cerrar las manos y mis ojos van hacia allá.

—Clara —me saca Mele de ese trance hipnótico—, lo que quería saber es si te encuentras fuerte.

—¿Fuerte? —parpadeo.

—Con ánimos, quiero decir.

¿Qué me está queriendo decir esta bendita mujer?

—Sí, sí, claro —miento como una bellaca—. Me siento estupenda.

De nuevo la línea se queda vacía y me entran ganas de zarandear el teléfono.

—Clara, debes estar preparada —dice Mele con su voz de actriz melodramática—, porque me han avisado de que algo importante va a suceder en la terapia grupal, y te afecta directamente.

Me quedo callada, esperando a que siga. Como no lo hace, pregunto.

—Y me lo vas a contar, ¿no?

Oigo su suspiro al otro lado de la línea.

—Eso no estaría bien. Ten un buen día.

Y *zas*, cuelga, y yo me quedo con el teléfono en la mano y la intriga clavada entre las costillas. Porque claro, si algo necesitaba en mi vida en este momento, era más misterio.

Capítulo 23

Como comprenderás, a mi llegada a la siguiente sesión del club de los ex estoy preparada para todo.

¿Que Carlos decide expulsarme de la terapia? Estoy preparada. ¿Que Santi me pide matrimonio? Estoy preparada. ¿Que Godzilla ataca Madrid y se quiere aparear con la Cibeles? También estoy preparada.

Para lo que no estoy preparada es para lo que me encuentro nada más cruzar el umbral de la cochambrosa pizzería, para eso no.

Durán. Aquí está Durán, que con una mano se apoya en el respaldo de una silla y con la otra *stalkea* en su teléfono móvil sin apartar la vista de la pantalla.

Mi primera intención es la misma que tú tendrías en mi lugar: salir corriendo, pero...

¡Te falta información! Lo sé, pero entiende en qué estado de nervios me encuentro. Allá va... Durán es mi segundo novio, el que ocupó mi corazón cuando lo dejé con Pablo y antes de que conociera a Alberto.

Si con Pablo todo fue chispeante (aunque follara mal según mis recuerdos y como un león según Inés) y con Alberto todo fue sensual (porque follaba bien), con Durán todo fue... ¿sólido?

Mi padre decía de Durán que si lo dejaba escapar es que estaba loca y en más de una ocasión llegué a pensar que estaba enamorada de él. Elegante, de los de *Rolex* en la izquierda y buen *swing* jugando al golf, era un chico de coche deportivo descapotable y veraneo en Sotogrande.

Pero la pregunta es... ¿qué diablos hace Durán aquí?

Consigo dominar mi impulso de fuga y busco alrededor. Santi está hablando con alguien y aún no me ha visto. A pesar del nerviosismo, le echo una ojeada de arriba abajo. Esa camisa blanca le sienta muy bien. Si estuviera planchada le daría un nueve, y un diez si se la quitara... pero no estamos para bromas, ¿verdad?

Localizo a Carlos, el gurú de las mentes desquiciadas, preparando unas fichas sobre una de las mesas de la pizzería. Con sigilo voy hacia él y le tiro de la manga del jersey.

—¿Marta? —me descubre como si me viera por primera vez.

—¡Clara!, qué más da —vuelvo a tirarle de la manga, esta vez con más fuerza, y señalo en la dirección donde Durán sigue sin prestar atención a nada que no sea su teléfono—. ¿Qué hace él aquí?

Carlos lo mira y después a mí, un tanto pez.

—¿Durán?

—Durán.

Se encoge de hombros y sigue ordenando sus tarjetas.

—Vino la semana pasada —me mira un instante, acusador—, a los cinco minutos de que tú salieras corriendo. Ha entrado un poco tarde en el grupo, cosa que yo no suelo aceptar, pero hemos decidido admitirlo.

Mis ojos se abren como los de un pez. Me doy cuenta de que Durán pasea la vista por la sala y me agacho para que no me vea.

—No puedes hacerlo —le grito en un murmullo—. Tiene que irse.

Carlos no parece comprender la gravedad del asunto.

—Lo votamos entre todos en la última sesión. No puedo echarlo sin más.

—Es mi ex.

Se lleva una mano a la oreja, porque ya hablo en murmullos.

—¿Tu qué?

—Es mi exnovio —me sale demasiado alto y los que están a nuestro alrededor nos miran—. Él y yo estuvimos saliendo un tiempo. Justo hasta que pidió mi mano. Entonces todo se acabó.

Carlos asiente, y vuelve a sus dichosas tarjetitas que se las rompía todas en pedacitos. Y disculpa el arrebato, amiga.

—Lo sé —dice.

Yo parpadeo siete, ocho veces.

—¿Lo sabes y has decidido admitirlo?

Se vuelve a encoger de hombros, aunque esta vez me pone una mano en el antebrazo, tipo compadre.

—Me parece que Durán va a ser de mucha ayuda en tu recuperación, Marta.

En esta ocasión no lo corrijo. Me entran ganas de lanzarme a su yugular y hacerle una lazada muy, muy apretada. Pero logro controlarme y apaciguar mis ganas de acabar con Carlos Castaño.

—¿Sabes quién es él? —lo señalo de nuevo, furiosa—. ¿Sabes quién soy yo?

Si Carlos sabe que Durán fue mi novio, es que Carlos sabe que detrás de Marta Sánchez está Clara Volterra... ¡Clara Sánchez, quería decir! Pero el gurú de Móstoles no parece sorprendido.

—Nos enseñó tu foto —me dice, y me guiña un ojo—. No es necesario dar nombres aquí, ya lo sabes.

Así que no ha revelado mi verdadera identidad. Eso me calma un poco, pero solo un poco, porque hacer terapia para superar tu mal rollo con tus ex delante de un ex es... de locos. Intento explicárselo a mi terapeuta.

—No puedo hablar libremente con...

Me corta.

—Eso es lo que debes aprender, a ser tú misma en cualquier circunstancia.

Insisto.

—Yo no...

Y él también, pero esta vez hace un gesto con la cara que entiendo que quiere decir «disimula, mujer».

—Viene hacia acá —me revela—. Sé amable con él.

La última vez que nos vimos fue gritándonos el uno al otro en la puerta de El Corte Inglés de Serrano. Yo le había visto comprar el anillo de compromiso y... fue muy patético, amiga, no me pidas que te lo cuente ahora, quizá más adelante.

—Me alegra verte —dice cuando llega hasta mí.

Huele igual de bien que entonces, a *after shave* caro y lavandería en seco, pero yo no lo dejo avanzar.

—¿Sabías que estaba aquí?

Alza una mano en señal de paz.

—No, me lo han dicho ellos.

—Has enseñado una foto mía.

—Esta —alza la pantalla del móvil y me la muestra—, la miro a menudo.

Es de aquella época. Recuerdo que estábamos en Florencia y él me la tomó mientras cenábamos en un restaurante. Para los demás podía ser cualquier sitio, no creo que nadie se dé cuenta de que aquel menú nos costó lo que el sueldo de la mitad de los que hay aquí. Lo miro, inquisidora.

—¿Has dicho quién soy?

—No soy idiota —se defiende—. He supuesto que si vienes a un sitio como este estarás siendo discreta o de lo contrario ya te habría visto en los *magazines* de la tarde.

Ha pensado bien, lo que me sorprende. Creía que Durán era más fachada que cerebro. Me pregunto qué me enamoró de él y me contesto que si no me acuerdo es que nunca lo estuve.

Carlos se yergue al fin y da una palmada al aire.

—Todos a sus asientos.

A nuestro alrededor, el murmullo de sillas arrastradas llena el ambiente.

—¿Quieres un vino cuando terminemos? —me pregunta Durán sin moverse de donde está.

—No.

—¿Un café?

Lo miro con tan malas pulgas que él da un instintivo paso atrás.

—Esto no es buena idea —ladro—. Y ahora, déjame que me concentre.

Mientras se va, observo disimuladamente a Santi, y me lo encuentro con los ojos clavados en mí y una expresión que no sé desentrañar.

Capítulo 24

Durán. Durán. Durán. Aquí. Aquí. Aquí.

Sí, me estoy repitiendo, pero no estoy preparada para abrir mi corazón delante de un tipo al que se lo... ¿rompí?

Si te soy sincera, nunca había pensado en eso, en que podía romperle el corazón a alguien. Para mí, la vida es un poco más sencilla: conoces a un hombre, te llevas bien con él hasta que sucede algo, decides que no es la persona con la que quieres compartir tu vida y sales de aquello como puedes. Y punto.

Lo que estoy aprendiendo en esta jodida terapia es que tengo que darle unas cuantas vueltas a la parte «hasta que sucede algo», porque tengo serias sospechas de que ahí se encierra la razón de que mi vida siga siendo un desastre y volveré a meter la pata hasta que no descubra qué funciona mal en mí.

Cuando salgo del club no puedo irme a casa porque me volvería loca. Tampoco puedo llamar a Mario porque esta mañana me envió un mensaje pidiéndome algo de tiempo antes de volver a vernos. Localizo el número de Lucía, pero antes de llamar, recapacito en que sus consejos racionales y llenos de juicio no me van a venir bien, así que busco por la «I» y empieza a sonar el teléfono de Inés.

—¿Desde cuándo no me llamabas? —me dice a modo de «dígame».

—¿Un par de semanas?

—¿Tan poco? —si no la conociera, habría supuesto que era una pregunta trampa—. ¿Cómo estás?

Inés es impulsiva, pero no conozco un corazón tan puro como el de ella.

—¿Te apetece un café tranquilo y un trozo de tarta? —intento que mi voz no suene a súplica.

No tengo que decir nada más. Cuarenta minutos más tarde, Manolo está estacionando el coche delante de *Farala*, una discoteca del extrarradio en la que la música tecno atraviesa los muros, los cristales blindados del coche y me aprieta los oídos.

—¿Y ahí dentro ponen tarta y café? —le pregunto a Inés, a quien hemos recogido en su casa, mirando el exterior al que se acercan, acechante, misteriosas formas oscuras. Ella abre la puerta y tira de mí.

—No, pero ponen unos combinados bien cargados y hay tíos buenos a mansalva.

No sé cómo no lo había supuesto. La sigo, sí, pero le lanzo una mirada a Manolo que quiere decir: Si en dos horas no salgo, llama a los bomberos.

Nada más atravesar la doble puerta, me deslumbra un foco que se me clava en la retina. Está todo oscuro, asaeteado por las luces multicolores y parpadeantes que recorren un mar informe de figuras humanas que se contorsionan al sonido de la música en un aquelarre antiguo y secreto... sí, la metáfora no puede ser peor, pero tú me has entendido perfectamente.

Amparada por la oscuridad y con el alivio de que llevo mi «disfraz» para el club, me siento segura. No creo que nadie me reconozca y no creo que haya un paparazzi detrás de aquella esparraguera de plástico dispuesto a lanzar una ráfaga de fotos que se publicarán mañana en *Ciao*! La idea hace que sonría al imaginarme la cara de Hugo si eso pasara... ¡Qué placer! Pero placer momentáneo porque después vendrían los problemas.

Miro alrededor. Aquí pego menos que ir a un consejo de administración en chándal y tengo cierta sensación de incomodidad.

—Toma —Inés me tiende una copa. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había dejado sola para ir a la barra—. Ginebra y

zumo de pepino. Una fantasía.

Sabe a ensalada griega, pero no se lo digo.

Mi amiga me arrastra a la pista y, aunque me quejo, me dejo llevar. Aquí la música suena más fuerte y la ensalada empieza a hacer efecto. Quince minutos más tarde, las dos bailamos como si descoyuntarnos fuera nuestro único objetivo y ya nos hemos tomado dos de estas fantasías de pepino.

—Gente muy joven, ¿no? —consigo preguntarle a gritos a Inés un rato más tarde mientras las gotas de sudor me empapan la camiseta.

—Estos tienen más aguante.

No sé si se refiere a que tardan más en cansarse de bailar o...

Ha pasado quizás una hora cuando estoy literalmente como una cuba y ni me acuerdo de Durán ni de mi número del carnet de identidad. ¡Una maravilla! Hemos bailado agarradas, hemos hecho piruetas saltando de mesa en mesa, hemos llevado a cabo un concurso a ver cuál de las dos sale peor en un selfi y tenemos un nuevo mejor amigo que se llama... no me acuerdo cómo se llama, pero tiene el pelo verde.

He de reconocer que si lo que quieres es olvidar no hay nada como llamar a Inés.

En algún momento, mi amiga se queda muy quieta en medio de la pista, la que no hemos abandonado desde que llegamos, me mira directamente a los ojos y abre la boca.

Tengo la impresión de que va a vomitar. Si consigo controlar mis pies, soy capaz de llegar a tiempo a aquella cubitera antes de que...

Pero no, lo que hace es ponerse a llorar como si se le hubieran abierto grifos en los ojos o como si le acabaran de decir que la han aceptado en el convento de ursulinas castas de Plasencia.

Aspiro aire con fuerza. Aquí ya no hay nada que hacer. La tomo de la mano y la llevo hasta la puerta de salida dando trompicones. Somos dos treintañeras patéticas en medio de chicos y chicas que

rozan los veinte. Ella se resiste, claro, pero consigo que salgamos al exterior ilesas, donde hay campo suficiente para que pote si es lo que necesita.

—Soy una cabrona, una hija de puta —musita Inés entre llantos y jipidos.

Me giro. Mi amiga está parada en medio del camino de cabras que nos ha traído hasta aquí con las piernas zambas y las rodillas unidas. Aun así, resulta increíblemente *sexy*. ¿Cómo lo conseguirá?

—No seas boba —le quito importancia a sus palabras de «unas copas de más», aunque suena mucho peor de lo que tú estás leyendo. Inténtalo con voz de borracha... así, así suena.

Ella se pone otra vez a llorar y musita algo que no logro entender.

—¿A qué hora cortan aquí la música? —le grito al portero que, por supuesto, no me echa cuenta.

En ese momento suena la campana de notificaciones de mi teléfono.

—Mira a ver quién es —me dice mi amiga, la que hace un segundo era un drama andante pero cuya curiosidad puede con todo.

No le presto atención y le paso una mano por debajo de los brazos para que no se caiga.

—No tiene importancia —le aparto el cabello mojado en sudor de la cara—. Dime qué te pasa.

Ella señala mi bolso.

—¿Y si es algo importante?

—Será un mensaje sin interés.

—¿Y si te han dado el puesto en la compañía?

—¿A las dos de la madrugada me lo van a notificar?

—¿Y si te han adelantado la cita en la peluquería?

Incapaz de aguantar más «y si», saco el móvil del macuto que llevo a terapia y cuando desbloqueo la pantalla... parpadeo.

—¡Es de Santi!

Ella contiene la respiración.

—¿El *buenorro*?

Mi cabeza se llena de ideas absurdas y me entra un cierto picor en la entrepierna... la ensalada de pepino, ya sabes.

—¿Qué puede querer a esta hora? —me pregunto a mí misma en voz alta.

—Follar, o al menos a mí no se me ocurre otra cosa.

Para ella no hay razón alguna de enviar un mensaje a cualquier hora que no sea para eso.

—Quizá le apetezca que tomemos de nuevo un café —me contesto.

Ella me apremia.

—¿Y si lo lees? Así saldremos de dudas.

Tiene razón y cuando la tiene tengo que dársela. Deslizo el índice y abro la aplicación.

—¿«No rotundo»? —pregunta Inés con voz gangosa, a quien la borrachera no le ha impedido darse cuenta del nombre con el que tengo registrado a Santi.

No le presto atención y leo el mensaje, un tanto ilusionada porque si me dice que vaya a su caravana... ¡voy!

Pero, en lugar de una invitación para una noche bajo las estrellas, lo que leo me sienta como un jarro de agua fría y me quita el efecto de las seis copas de más de un plumazo: «Clara, no puedes seguir huyendo. ¿Cuándo vas a dejar de correr?».

Inés y yo nos miramos justo antes de que ella se desvanezca y Manolo consiga sujetarla un instante después de que quede tendida sobre el fango del suelo.

El camino de vuelta al centro de Madrid es silencioso, con una Inés que ronca a mi lado y mi mente repleta de pensamientos oscuros. Y solo entonces me acuerdo de que mi amiga tenía algo que contarme.

Capítulo 25

Conocí a Luzviminda el mismo día que la insulté.

Mauricio se había encargado de hacer una reserva en un restaurante del centro de Barcelona donde debía reunirme con uno de nuestros proveedores chinos más importantes. Su única consigna era «no llegues tarde», porque en su cultura, cuando se va a cerrar un negocio, es una falta de respeto similar a insultar a un padre.

Tuve problemas con el tren, con el tráfico y con la cremallera de mi falda y cuando llegué al local había pasado un cuarto de la hora acordada y tenía seis mensajes de Mauricio en mi móvil con el mismo mensaje: «¿Ya has llegado?».

Como por un par de minutos más no iba a pasar nada y se me iban a ver las bragas, fui directamente al aseo antes de acercarme a la mesa, por si había un set de costura, cosa que suele ser habitual en los restaurantes de lujo.

La precipitación hizo que no viera el cartel de limpieza y cuando estaba frente al espejo buscando cualquier cosa con la que arreglar el desaguisado escuché una voz a mi espalda.

—Está *mojado*.

Al volverme descubrí a una mujer de aspecto oriental, Luzviminda, que me miraba con las cejas fruncidas. Tardé en comprender lo que quería decirme hasta que me di cuenta de que se refería al suelo, que acababa de fregar y aún estaba húmedo.

—Solo será un momento —me excusé, porque al teléfono no dejaban de llegar notificaciones y temía que nuestros proveedores se marcharan indignados.

Ella señaló al exterior.

—*Caltel*.

Entendí que se refería al cartel «No pisar», el mismo que yo no había querido ver. Intenté tranquilizarla.

—Sí, mujer, pero solo será un momento.

Ella no desistió.

—Mucho *tlabajo*. Suelo mojado.

Entre sus palabras y los mensajes de Mauricio reconozco que perdí los nervios.

—La entiendo —le contesté, tajante y con voz helada—, pero es una urgencia.

—Mala *mujel*.

Me contestó ella, y sin más fue hasta el lavabo más próximo, abrió el grifo y me arrojó un chorro de agua sobre la blusa blanca de seda.

Boqueé, parpadeé e incluso se me aflojaron algunos esfínteres. Nunca nadie me había tratado así, nunca nadie.

—¿Habrase visto, mameluca? —solté sin pensarlo.

No es que fuera un insulto horrible, la verdad, pero a veces me vienen esas palabras del internado suizo que allí sí son como un «hijadelagranputa» mal dicho.

Y ella empezó a llorar.

Reconozco que al principio no supe qué hacer. Estaba segura de que yo tenía la razón, no solo porque tenía prisa, sino porque iba a pagar una cuenta de varios ceros al final de la velada. Pero la forma de llorar de aquella mujer, la región de su cuerpo de la que provenía el llanto era tan profunda que solo pude acercarme a ella y abrazarla.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, porque tardó en calmarse. Cuando lo hizo le pregunté que cómo estaba y ella me contestó que *sobleviviendo*.

Cuando salí del aseo mis proveedores se habían marchado y yo tenía un reservado para dos horas, así que le pedí a Luzviminda que

me acompañara, que me lo contara todo y que nos acabáramos la botella de cava.

No te voy a decir lo que me narró aquel mediodía en Barcelona, pertenece a su intimidad, pero ante aquello solo podía pedirle que se viniera conmigo a casa y me cuidara a mí como no había podido cuidar de los suyos. Y por cierto, el acento chino de mi Luzviminda aparece y desaparece según se acuerda, porque ella es filipina.

¡Pero basta de charloteos del pasado que lo que se cuece está en el presente!

Esta semana no he ido a trabajar. Tengo demasiadas cosas en qué pensar y en el frigorífico muchas tarrinas de helado que comerme.

Sé que eso es un síntoma de que todo se me está yendo de nuevo de las manos, lo sé, pero qué más da.

Incluso Hugo me ha mandado un mensaje, preocupado por si me sucedía algo. Le he dicho que estoy pensando en un proyecto, que ya se lo contaré. El proyecto soy yo misma, claro, pero ya veremos por dónde sale.

Durante esta semana no he dejado de pensar en Santi y en su mensaje. ¿Qué habrá querido decirme? ¿Es cierto que huyo de las situaciones incómodas? Porque me he enfrentado a Pablo, a Alberto y a Durán en menos tiempo del que se canta una salve rociera, y porque Raúl no me coge el teléfono, porque si no tendría a todos mis ex en solfa.

Con esta misma determinación he decidido que hoy no voy a ir a la sesión del club de los ex y que salga el sol por Antequera. ¿En tu casa también se dice así?

Así que me he puesto unos *jeans*, unas botas de *cowboy*, una camiseta blanca y me he plantado la coleta bien alta y así, hecha unas pintas... he ido al club de los ex.

¿Qué soy una contradicción viva? Lo sé, por eso estoy intentando arreglarlo.

Aquí también he llegado tarde, en mitad de una disertación de Carlos sobre el poder que los demás tienen sobre nosotros. Cuando el taconeo de mis botas ha hecho que todos se callen y miren hacia mí, he caminado hasta el centro de la sala... de la pizzería, he buscado los ojos asombrados de Santi, los incómodos de Durán, y al final he hablado.

—Quisiera decir unas palabras.

La tensión se masca, se corta, se salta.

Carlos es el único que no parece sorprendido, y me alienta con una mano a que hable.

No tengo ni idea de por qué he venido hoy ni por qué quiero decir unas palabras. Me he dejado llevar y esa energía cinética me ha traído hasta aquí y hasta este momento. Suspiro.

—Siempre he saboteado mis relaciones —evito mirar a Durán—. No tengo ni idea de por qué lo hago, pero sucede con cada una de ellas de manera invariable. Tampoco tengo idea de por qué soy así, si hay un trauma de la infancia o es un error genético. No sé si tiene arreglo o simplemente me tengo que acostumbrar a vivir con ello. Pero lo que sé es que no me gusta. Hacerle daño a los demás no me gusta, y quiero cambiarlo.

Miro alrededor. Lola tiene la mano en el pecho, como si se sostuviera el corazón. Los ojos de mi ex están brillantes. Ramón abre y cierra los puños como si tuviera problemas de circulación.

Están expectantes, ansiosos, necesitados de que siga hablando.

Pasa un minuto, dos, tres.

—¿A-algo más? —pregunta Carlos.

A mí se me saltan las lágrimas y empiezo a llorar. ¿Desde cuándo no lloro, no lloro de verdad? Durán se acerca y me abraza. Escucho los murmullos de mis compañeros, apiadándose de mí: «La pobre», «Una tienda de ropa da mucho trabajo», «Siempre trae la misma camiseta».

—Tranquila, tranquila —me dice mi ex, el mismo al que dejé porque no quería venirse conmigo a la noche del *pescaito* de la feria de Sevilla... ya lo he dicho y me quedo más tranquila.

Entre los brazos de Durán busco a Santi con la mirada. Sigue en su asiento, con los brazos y las piernas cruzadas, y me mira con las cejas fruncidas.

—Esto es un circo —musita, y se larga dando un portazo.

¿Un circo? Pero si acabo de abrir mi corazón. ¿No era esto lo que se esperaba de mí?

En ese momento suenan las notificaciones de mi teléfono. ¡A la mierda el móvil, con lo mala que estoy! Pero lo he dejado en la silla, junto al bolso, y Lola lo acaba de coger. Mira la pantalla y me la enseña.

—Son dos mensajes —me dice, nos dice a todos—, uno de un tal Pablo y otro de un tal Alberto.

Y noto cómo los brazos de Durán se apartan de mí y el frío me envuelve. ¿Ves? Ser sincera no sirve para nada.

Capítulo 26

No estoy muy segura de que esté avanzando en mi vida. ¿Tú cómo lo ves desde tu papel de lectora cómodamente repantigada en el sofá? ¡Disculpa! ¿Ves? Cuando estoy descentrada tiro a matar sin importarme que quien está en la mirilla pueda ser alguien importante para mí, como tú.

Ayer tampoco fui a la oficina, pero esta mañana, tras prepararle el desayuno a mi interna, he cogido el bolso y las gafas de sol y llevo una hora sentada delante de mi ordenador leyendo una tanda tan larga de *emails* que parece la lista de bodas de Tamara Falcó.

A las nueve en punto Mauricio ha entrado en mi despacho y ha arrojado un papel sobre mi mesa. Este ha volado de un lado a otro, ha trazado una parábola, ha tocado la madera y se ha deslizado magistralmente recorriendo la encerada superficie hasta quedar perfectamente cuadrado ante mí.

He estado a punto de aplaudirle por su pericia, hasta que lo he mirado a los ojos y he visto que hay toda una tempestad dentro de ellos.

—¿Qué sucede?

—Lee —me señala el documento con la barbilla mientras mantiene los brazos muy cruzados.

—Cuéntamelo tú.

—No, no, lee.

Como sé que nos podemos llevar así otra hora, tomo el papel, me ajusto las gafas de cerca y enfoco los ojos hacia las letras demasiado pequeñas que usamos en el Grupo Volterra, porque un diseñador gráfico en 1987 convenció a mi padre de que eso era elegante.

Se convoca tal tal tal, para el día tal tal tal, reunión del Consejo de Administración formado por tal tal tal, cuyo orden del día será la Reestructuración de la plantilla de las empresas del Grupo Volterra que se detallan tal tal tal, y cuyas razones tal tal tal.

El «tal tal tal» es cosa mía, como habrás supuesto.

—¿Esto es...? —le pregunto, pero más para creérmelo yo misma porque este documento no puede existir.

Mauricio asiente.

—La convocatoria para votar el cese de setecientos empleados de la empresa, sí.

Le doy la vuelta al papel, como si esperara encontrar detrás un *post-it* que dijera «¡ES BROMA!».

Dejo el documento en el mismo sitio de donde lo he tomado.

—Escríbeles y diles que hay un error en la fecha —señalo esa parte del comunicado—. Aquí pone que es la semana que viene.

—Lo he hecho, y don Álvaro dice que es correcto.

Lo cojo de nuevo y lo leo una vez más. Sí, la semana que viene, no hay dudas. Pero es imposible porque la semana que viene yo no...

—No pueden hacerlo —insisto.

Mauricio se pone en jarra.

—Pueden —qué firme se pone cuando está cabreado—. Su secretaria me ha dicho que Hugo ha presentado las cuentas de algunas empresas del grupo y que el articulado de emergencias le permite convocar una junta ordinaria especial con una semana de antelación y sin que estén habilitados todos los miembros del consejo.

Parpadeo.

—¿Lo has comprobado? ¿Es cierto?

Él bufa.

—Lo redactó tu padre previendo que el consejo se le pudiera poner en contra como una medida para votar lo que quisiera y cuando

quisiera.

Me lo creo. Mi padre a veces no iba en línea recta, tenía demasiada afición a las curvas y los zigzags, aunque rozaran la ilegalidad y sobrepasaran la ética.

Me pongo de pie. Hasta ahora estoy gratamente sorprendida de lo bien que me lo estoy tomando.

—¿Hugo está en su despacho? —le pregunto.

Él levanta una mano, como previendo que llega la tormenta, pero queda mucho para la calma, como dice la canción de *Alejandro Sanz*.

—Sí —asiente—, pero no es una buena idea que vayas a verlo hasta que no te tomes dos tilas y un diazepam.

Consigo esbozar una sonrisa amable. Es sorprendente lo bien que me está viniendo la terapia, aunque haya empezado este capítulo diciendo lo contrario. Con una calma asombrosa incluso para mí me dirijo al mueble bar, tomo una botella de coñac y me echo un trago en el gaznate, sí, a morro, como vi una vez en una película. Cuando me limpio el pintalabios con la manga de la chaqueta Mauricio ya sabe que estoy fuera de mí y se aparta para no cargar con las consecuencias.

Atravieso el largo pasillo que me separa del despacho de Hugo con una sonrisa en los labios y una apariencia exterior de calma zen.

Cuando llego ante la puerta su secretaria me dice que está ocupado. ¿Tú la escuchas? Porque yo no, abro y entro, y me quedo allí parada mirándolo, mientras él despacha con uno de los jefes de su división.

Hugo parpadea, aunque no parece muy sorprendido.

—Ahora tengo una reunión. ¿Te importa si nos vemos dentro de...?

Yo amplío la sonrisa.

—Y una mierda —me dirijo al hombre sorprendido que está al otro lado de la mesa—. ¿Nos puedes dejar a solas a mi hermano y a mí, por favor?

No tarda ni seis segundos en recoger sus papeles y salir pitando cerrando muy cuidadosamente la puerta tras de él. Hugo parece enfadado.

—Eso ha sido muy grosero por tu parte.

—¿Se puede saber qué es esto?

No le doy tregua y le arrojo la convocatoria sobre la mesa que, en vez de trazar la elegante parábola que consigue Mauricio, simplemente se cae al suelo y se pierde debajo de un sofá.

Él no se inmuta.

—Ya lo sabes. Es urgente.

No aparto la mirada de sus ojos. Sé que eso le pone nervioso, aunque no lo aparente.

—Pero yo no podré votar hasta que no entregue mi evaluación psicológica.

Él chasquea la lengua.

—Lo que supongo que harás de aquí a una semana, ¿no? Según tú, era un asunto administrativo, nada más.

Se las sabe todas. ¿Habrá investigado? Confío en Mele, es discreta, pero Hugo tiene recursos para enterarse de aquello que le interesa. Carraspeo.

—Mele está de viaje.

Él alza una de sus cejas.

—Te lo puede firmar telemáticamente desde cualquier lugar del mundo, a menos que...

Me acerco peligrosamente pero no logro ningún efecto en su ánimo.

—¿Qué insinúas?

Él tamborilea con los dedos sobre la mesa, algo muy propio de Hugo, hasta que lo suelta.

—A menos que se haya negado porque no crea que estés capacitada en tu estado.

Me hago la ofendida. ¿Qué otra cosa se te hubiera ocurrido hacer a ti cuando te han pillado?

—Eso es muy ruin —hago como que escupo, pero como no sé hacerlo, me queda un hilo de baba colgando de la comisura—, incluso viniendo de ti.

Hugo se pone de pie, sale de detrás de su despacho y se acerca a mí. Yo me aparto, no me fío de mí misma.

—Clara, es por tu bien —me dice con tono conciliador, ese que te pone de muy mal humor en medio de una discusión—. Un consejero delegado tiene demasiada responsabilidad, debe tomar decisiones difíciles y rápidas, y no tiene vida privada.

—Lo sé —se me escapa el sarcasmo—, llevo algunos años actuando como uno de ellos sin ser reconocida.

Y así es. Desde la muerte de papá yo he ocupado su cargo, pero solo en asuntos de gestión porque nominalmente la empresa tiene un equipo gestor hasta que se vote al nuevo consejero delegado.

A Hugo no le hace gracia mi apreciación.

—Tú tomas las decisiones agradables —me señala con el dedo—, las difíciles me las dejas a mí.

—Eso no es cierto, y papá quería que yo...

—Papá, papá... —da un puñetazo en la mesa que incluso a mí me sobresalta—. En sus últimos años se le fue la cabeza, ¿es que no te acuerdas?

Puede ser cierto. Se pasaba horas mirando por la ventana y llegó a tomar decisiones cuestionables, como la de nombrar miembro del consejo a su Yorkshire favorito, pero no puedo permitir que mi hermano denigre su memoria.

—Te estás pasando.

Él no cede.

—Pues pasarse es tu estado habitual de ánimo, así que deja que yo lo haga por una vez en la vida.

Me cruzo de brazos. Estamos gritándonos y se debe estar escuchando todo desde fuera. Me da igual.

—Eres un controlador con síndrome de jefe supremo.

—Y tú una malcriada.

Nos mantenemos la mirada. Cuando éramos pequeños esto se resolvía cuando yo le tiraba de los pelos y él me daba una patada en la espinilla. Después del llanto todo era relax. Esa es una de las cosas que más echo de menos de cumplir años.

Lo reto.

—¿Aplazarás la votación?

—No.

Se me escapa el aire por la nariz.

—Entonces esto es la guerra.

Y salgo del despacho dando un portazo ante la mirada atónita de los empleados que lo han oído todo.

Mientras recorro el pasillo intento ordenar mis ideas. Mele ha dejado claro que no me va a dar el certificado hasta no terminar la terapia y Carlos ni me dejará hablar antes de que me ponga la cara colorada con su código deontológico.

¿Qué me queda para impedir que echen a la calle a setecientas y pico de personas y otras tantas familias que necesitan su salario para seguir viviendo? ¿Un discurso dramático en medio de la junta?

Las posibilidades son inciertas, pero tengo una cosa clara: estoy dispuesta a cualquier cosa... excepto a perder.

Capítulo 27

No quiero aburrirte con detalles innecesarios, pero ni dos clases de yoga aéreo, ni la sesión de *kickboxing* coreano, ni la práctica de *judo ne waza* han conseguido serenarme: Hugo va a por mí y sabe cómo lograrlo.

Esta mañana camino por Serrano con la cabeza en otro sitio, pensando en cómo lograr mi certificado de evaluación cuanto antes, en cómo aplazar la votación del consejo y en lo respingón que le hacen el culito a Santi esos vaqueros que llevaba el último día, cuando alguien me llama por mi nombre.

—¡Clara!

Me giro y veo a una mujer que se acerca hacia mí con una sonrisa en los labios. El caso es que me suena, aunque soy incapaz de ubicarla en un nombre y en un lugar.

—¿Qué haces por aquí? —insiste.

De pronto su imagen se revela: ¡Es Lola! *La intensa,* mi compañera del club de los ex.

¿Pero no teníamos prohibido hablarnos fuera del espacio seguro que es la cochambrosa pizzería? ¿Es que nadie va a cumplir esas normas? Una vez que salgo de un aturdimiento, me entra el segundo: llevo un *Birkin* de *Hermès* colgado del hombro, unos *Christian Louboutin* en los pies y este traje chaqueta es un *Saint Laurent* de edición limitada. Si Lola se da cuenta... ¡Adiós a Marta Sánchez, la dependienta de Zara! Consigo sobreponerme.

—¡Lola! —logro decir—. Qué sorpresa. Iba camino del trabajo.

Ella parpadea. Qué ojos más grandes tiene.

—Santi me dijo que trabajabas en Gran Vía.

No tenía ni idea de que ella y Santi hablaran, aunque, a decir verdad, no sé nada de las personas con las que me reúno cada semana a desnudar el corazón. Mi cabeza, acostumbrada a inventar historias, trabaja deprisa.

—Me he equivocado de autobús y me he tenido que bajar aquí.

Parece que se lo traga y yo echo el bolso más hacia detrás, colgado de mi hombro, para que no lo aprecie.

—Te veo muy bien —me dice—, ¿cómo estás?

Ahora soy yo la que parpadea. ¿Esta pregunta retórica es una trampa? Como si se tratara de un examen, respondo lo que ella ya me ha contestado.

—Estoy muy bien.

Hay un instante de vacilación, de silencio. Valoro si decirle que voy con prisa y largarme, pero ella se adelanta.

—¿Sabes que sigo sin tener noticias de Nando?

¿Nando? ¿Nando? No tengo ni idea de quién... ¡Ah! ¡Verdad! Su novio desaparecido. Me hago la interesada poniendo la cara de «cuéntame, amiga».

—Yo no dejo de pensar en toda esa historia —miento como un político en su vida diaria.

Lola suspira y se suena los mocos, debe estar acatarrada porque suena como el claxon de un camión.

—¿Y si le han hecho daño? —me dice con voz de llanto—. ¿Y si ya no está entre nosotros?

Sigo manteniendo la teoría de que el tal... ¿Nando? Se ha largado porque no la soportaba. Pero, claro, eso no se lo podemos decir, ¿verdad? ¿Ves cómo existen las mentiras piadosas? Intento ayudarla llevándola al camino de la verdad.

—¿Has valorado la posibilidad de que esté de viaje y no quiere que le... *molesten*? —recalco mucho la última palabra.

Ella suspira de nuevo. Qué bien lo hace.

—Me habría enterado. Él me lo cuenta todo.

—Pero si no quiere que le... *molesten* —otra vez la pronuncio con más fuerza—... no te lo habría contado.

Lola niega, enérgica, con la cabeza.

—Eso es imposible.

—Ya.

—Somos almas gemelas, aunque él esté confundido.

Se me alza sola la ceja derecha, un acto reflejo genético heredado de mi madre.

—¿Confundido?

Ella asiente con mucha fuerza, tanto que temo por sus cervicales.

—Ha pasado una mala racha —dice bajando la voz y mirando alrededor.

No sé por qué no me he ido ya. ¿Puede ser que todo esto me interese? Carraspeo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Se lleva una mano al pecho.

—Las que quieras. Somos amigas.

—Durante todas las horas en que he estado investigando la desaparición de... ¿Nando? —del que no he vuelto a acordarme hasta que la he visto hace un momento—. He visto que es amigo en Instagram de —saco el móvil, abro la aplicación, busco y le muestro la foto de mi ex, de Raúl—. Este chico. ¿Lo conoces?

Ella lo mira, achina los ojos y asiente.

—Ráu.

El apodo me desconcierta. Raúl es enemigo de los diminutivos, los apelativos y los gentilicios. Nunca, jamás permitiría que nadie le llamara así. ¿Cómo es posible...?

—Ráu —repito.

—Un encanto —me aclara ella, como si eso viniera de marca.

¿Es posible que mi Raúl tenga un hermano gemelo que se apode así? Sé que no, pero todo esto me resulta tan extraño. Vuelvo a la carga.

—Me ha dado la impresión de que... ¿Nando? y Ráu son buenos amigos.

Ella asiente. Parece saberlo todo.

—Se conocieron en una ruta de senderismo.

¡Tiene un hermano gemelo! No tengo dudas. A Raúl lo de andar por el campo sin ir a ninguna parte ni cerrar un negocio le ponía enfermo.

—¿Se-senderismo? —logro articular.

Lola parece decidida, confiada, como si ella y Raúl fueran íntimos.

—Ráu es muy aficionado y Nando necesitaba tener contacto con la naturaleza. Congeniaron enseguida porque los dos venían de lo mismo.

Se me arquea de nuevo la ceja derecha.

—¿Y eso *mismo* es?

—Mujeres complicadas.

La forma de decirlo no deja lugar a dudas. ¿Eso quiere decir que yo soy una mujer complicada? Siempre y cuando ese hermano gemelo no exista. Porque me considero de lo más normal. Un poco excesiva, sí, como estás viendo, pero más simple que una camiseta sin mangas. Un poco molesta, la hago recapacitar.

—¿Tú eres una mujer complicada?

Chasquea los labios.

—Controladora más bien.

¿Lola? Pero si es un cacho de pan que reclama amor y atención únicamente. Voy un paso más allá.

—Porque Ráu tenía una novia controladora. ¿Es eso?

—Hija de puta, diría yo —me aclara—. Lo dejó plantado en la iglesia. ¿Quién puede hacer algo así?

No, no me sienta bien, y no fue en la iglesia, fue en el Ritz. Carraspeo para que no vea mi contrariedad.

—A lo mejor estaba cansada de él.

Ella niega con la cabeza.

—Eso se habla, mujer.

—Ya.

Hay unos segundos de silencio. Va siendo hora de que me vaya, no sea que tenga otro asunto más en que pensar. Lola da una palmada al aire.

—Oye, Santi, qué mono.

Se me curvan hacia arriba los labios automáticamente.

—Es muy agradable.

—Qué ojos tiene, y qué manos —estoy de acuerdo—. Un hombre así tiene que agarrarte y se te deben fundir hasta los ovarios.

Se me escapa una carcajada.

—Y que saltársete las lentillas.

La miro. Creo que hoy es la primera vez que la veo de verdad, sin su máscara de dramatismo, y como una persona amable, afable, que es capaz de abrir su corazón delante de una desconocida como yo. ¡Qué mérito!

—A ver si tenemos suerte tú y yo con el próximo.

Asiento con una sonrisa en los labios.

—Y que encuentres a Nando. Seguro que no le pasa nada.

—Dios lo quiera.

Sin venir a cuenta, Lola se acerca a mí y me da un abrazo de esos muy apretados y que duran mucho.

Al principio me siento incómoda. No estoy acostumbrada a estas muestras de afecto y no estoy segura de que me gusten. Pero según pasan los segundos y ella no se aparta, una sensación muy agradable empieza a inundarme y me doy cuenta de que aprecio a aquella mujer, a aquella desconocida que es capaz de expresar sus sentimientos, a veces excesivamente, y dejar que las cosas sucedan.

Cuando se aparta me brillan los ojos y la miro de una manera distinta.

—Te veo en el club —me dice—. Y me encanta tu bolso.

Vuelvo a ponerme nerviosa y tapo la marca con una mano.

—Una imitación de mercadillo.

—Tú la cabeza alta —ordena—, que vales mucho y eres muy guapa.

—Bien alta —asiento.

—Me voy, que tengo dos trasbordos de metro hasta llegar a casa.

Da un par de pasos. Mientras se aleja, siento un vacío que no estaba aquí cuando ella estaba a mi lado. La llamo.

—¡Lola!

Ella se vuelve y me enseña el bono de transporte.

—¿Quieres que te pique en el metro?

Noto una lágrima en el borde del párpado.

—Nos vemos en el club.

Y se va con una sonrisa en los labios, mientras yo siento que la Clara Volterra que era hace unas semanas se quedó en París, en el Hotel Ritz, y es algo que me gusta.

Capítulo 28

El encuentro con Lola me ha cambiado el ánimo. El enfado ha dado paso a una nostalgia desconocida, como si fuera una crisálida y la Clara Volterra que hay dentro de mí intentara romper la fina estructura cerúlea para mostrarse como es de verdad. Esta metáfora me gusta, parece que voy mejorando.

A las seis Mauricio se despide de mí.

—¿Quieres que me quede un rato más, hasta que termines?

Alzo la vista de la pantalla del ordenador, aunque lo cierto es que no la estaba mirando, simplemente tenía la cabeza puesta en otras cosas.

—Vete ya —le digo—. Es tarde y en cuanto acabe con esto también me iré.

Me lo agradece, pero antes de que salga vuelvo a llamarlo.

—Mauricio.

—Dime —se vuelve, colgado del marco de la puerta.

—¿Sales con alguien? ¿Tienes una pareja o algo así?

Me arrepiento de inmediato. La vida privada de cada uno no se pregunta, se escucha cuando alguien te la quiere contar, nada más. Veo en sus ojos cierta confusión y noto que se me encienden los mofletes. Voy a decirle que me disculpe cuando él contesta.

—*Algo así* y yo estamos probando, pero no sabemos cómo acabará la historia. Hay demasiadas piezas que encajar.

Le sonrío. Por alguna razón me siento bien.

—Desde el día que nos conocimos no hemos vuelto a hablar de... no hemos hablado. Quizá deberíamos quedar alguna vez para comer o tomar algo.

Sí, parece muy sorprendido. Espero que no piense que estoy ligando con él, aparte de que sería un delito, ¿no? Yo no... me conoce tan bien que lo nota solo con mirarme.

—Como amigos. Me encantaría que alguna vez habláramos como amigos.

Me pican los ojos y la nariz. Me pasa cuando el corazón se me abre un poquito, lo justo como para dejarme entrever.

—Vete —le ordeno en broma—, o llegarás tarde a donde quiera que vayas.

Él permanece un instante en el mismo sitio. Debe pensar que su jefa se ha vuelto loca. Yo disimulo mirando la pantalla hasta que al fin se marcha cerrando tras de sí.

Como ves, el encuentro con Lola me ha afectado de alguna manera que desconocía hasta ahora.

Miro el reloj. Quiero llamar a Mario para preguntarle cómo está, pero me ha dejado claro que ya lo hará él cuando lo necesite. Es un poco *gato*, y cuando se encuentra mal suele esconderse. Es curioso cómo funcionamos cada uno de nosotros. A mí me gusta gritarlo a los cuatro vientos y a él, que se desvive por las personas que quiere... ¿cómo lo haces tú? Cuando tomemos algo juntas me lo tienes que contar.

Tengo un par de mensajes de Inés. En el último me dice que si repetimos lo del otro día y, por supuesto, no le he contestado. Por ahora ya está bien de discotecas de veinteañeros y de que un fotógrafo me pille desprevenida.

También pienso en Lucía, es la más cabal de los cuatro y quizá por eso me resisto a escucharla. Aparto el teléfono móvil y me quedo pensativa.

El edificio está silencioso y, al menos en esta planta, ya no queda nadie. Me gusta esta sensación de soledad, al menos siempre me ha gustado, menos hoy, que necesito hablar, explicar, o simplemente escuchar.

Tamborileo con los dedos en la mesa, un gesto muy de Hugo que seguro que me ha pegado. ¿Y si...? La idea me parece tan absurda que antes de que se materialice en mi mente me río de mí misma por ocurrírseme.

¿Y si llamo a Santi y le digo que tomemos algo juntos?

¿Ves? Absurda. No tengo ni idea de por qué la he escrito. La tacho, espera.

Tomo de nuevo el teléfono. Me pica en la palma de la mano. Le doy algunos golpecitos con los dedos y vuelvo a dejarlo donde estaba.

—Esto es ridículo, Clara —me digo en voz alta—. Te va a mandar a la porra.

Más tamborileo, sorbo por la nariz y me la rasco. ¿Me voy a poner a estornudar?

Sin dejar tiempo a que mi cerebro racional tome el control, cojo el móvil y marco el número de Santi. El corazón me late como si hubiera subido corriendo hasta esta planta de la Torre Volterra. Suena una vez, dos, tres, seguro que no está, cuatro, seguro que no descuelga, cinco, seguro que...

—¿Clara? —su voz suena sorprendida y escucho música de fondo.

A pesar de que soy yo la que llama, me tiembla la mano.

—Sa-Santi.

Hay un vacío donde creo que me ha colgado, hasta que escucho su voz preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí, estupenda —contesto pisando sus palabras—. Solo quería... —cierro los ojos, ¡qué quería yo!—. Bueno, ya sabes.

Es muy posible que esté en algún bar tomando algo con los amigos, o con una chica a la que esté conociendo. ¿Qué sé yo de su vida? Me arrepiento de lo que he hecho, aunque ya es tarde para arreglarlo.

—¿Seguro que estás bien? —insiste.

—Sí, no —¿en qué quedamos?—, sí. Quiero decir que estoy muy bien, pero he salido del trabajo y no quiero volver aún a casa.

Su respuesta es tan inmediata como simple.

—Vamos a vernos.

¿No era esto lo que esperaba? ¿Por qué entonces me ha empezado a palpitar el párpado derecho?

—¿A vernos? —repito—. ¿Ahora?

—Es ahora cuando has salido del trabajo, ¿no?

—Claro, lo que quería decir es que... —recapitulo, aunque estoy empezando a hiperventilar—, puedo ir donde me digas, tomo un taxi... —¡Taxi no, eso es de niña rica!—, el autobús y...

—Vente a mi casa —no me deja continuar con el galimatías.

Un escozor extraño se me aloja en el estómago y sonrío. Me muerdo el labio inferior sin darme cuenta y basculo mi peso sobre la silla retorciéndome un mechón de pelo con un dedo. ¿Es posible que Santi y yo esta noche...? Qué mente tan calenturienta, sobre todo cuando me acuerdo de que vive en una caravana de esas que *camperiza* que tendrá estacionada Dios sabe dónde. Intento parecer moderna.

—¿Dónde la tienes aparcada?

Su carcajada es cristalina y me llena de luz el corazón. Me ha quedado cursi la frase, pero el momento la necesitaba, amiga.

—No me hagas reír —me contesta—. Cuando estoy en Madrid vivo en un piso con paredes de cemento y todo eso.

—¡Ah! Qué buena noticia... —se me escapa la verdad, la dura y cruel verdad—, quiero decir... —intento arreglarlo—. ¿Y dónde es?

—En Lavapiés. Te mando la ubicación y en media hora tendré algo listo para picar.

Así que tengo un plan. ¿Nos atrevemos a llamarlo una cita? No sé. Es pronto. Pero de repente me siento bien, como si todos mis problemas fueran una insignificancia.

—Allí te veo —le digo antes de colgar, y me doy cuenta de que llevo bragas de señora y debo ir a por unas bien bonitas que se puedan arrancar con los dientes, antes de que Manolo me deje en la esquina de su casa, pero lo suficientemente lejos como para que él no lo vea.

Capítulo 29

En la calle no hay luz, posiblemente porque han robado las bombillas, así que aprieto el bolso muy fuerte contra mi costado, me arrepiento de haberme puesto tacones y traqueteo todo lo deprisa que puedo por la calle donde se supone que está el edificio donde vive Santi, intentando no ser atracada antes de llegar.

¿Prejuicios? Posiblemente, pero entiéndeme, amiga: me muevo siempre por los mismos lugares, espacios seguros donde la prensa me deja en paz y donde no necesito guardaespaldas. ¿Que nunca antes había venido a Lavapiés siendo de Madrid? No. ¿Que eso es de pringada? También, qué le vamos a hacer.

Apenas me ha dado tiempo de llegarme a La Perla a por un juego de braguitas y sujetador de encaje que espero que me duren poco tiempo puestos, y lo he lamentado cuando me he puesto encima... ya lo sabes: tejanos y camiseta, en esta ocasión de color rosa, a juego con la mochila del rastro a la que empiezo a coger cariño.

Llego al número 22 más asustada que la novia de Michael Jackson en el vídeo de *Thriller* y solo me calmo cuando, al llamar al portero 4B, la voz de Santi me reconforta.

—Has llegado justo a tiempo.

Entro deprisa, cerrando tras de mí para que no entren los zombis, pues siento como si estuviera en un escenario postapocalíptico y tuviera que escapar de ellos, pero antes me miro en el reflejo del cristal. Estoy mona y nerviosa, pero me retocaré en el espejo del ascensor mientras intento tranquilizarme.

¿Ascensor? Claro que no hay, así que subo cuatro plantas a pie por unas escaleras donde si me tengo que cruzar con alguien uno de los dos necesitará recular.

El descansillo de la cuarta planta es igual de pequeño que el hueco de escaleras y hay un árbol de Navidad completamente decorado en una esquina pese a que estamos en abril. Llamo a la puerta. Tiene que ser esta.

—¡Voy! —lo es, es su voz.

El corazón me late como una zambomba en un coro de campanilleros, y ya ves que el árbol me está dando ideas.

Cuando la puerta se abre ahí está Santi, con una sonrisa enorme en el rostro mientras se seca las manos con un paño. Me entran ganas de arrojarme a sus brazos y besarlo, ¿para qué perder el tiempo? Pero una señorita, una Volterra, jamás haría algo así.

—¿Has tenido dificultad para encontrar el bloque? —me pregunta. No le digo que he temido tener que matar a un par de «no muertos» con un machete, así que sonrío más falsa que unas sandalias *Louis Vuitton* de mercadillo.

—Ha sido fácil —miento—. He venido andando desde el trabajo —miento un poco más.

Se aparta de la puerta para que pase. Reconozco que hacía tiempo que no me sentía tan excitada. Él y yo solos en su pisito, una cena romántica en la intimidad, la posibilidad de que esa soledad nos lleve a una conversación tierna...

—Estos son Babacar y Youssef —me dice Santi, señalando hacia el interior de una habitación a la que no he llegado desde el estrecho pasillo—. Chicos, saludad a Clara.

Cuando me asomo, veo a dos hombres ajetreados mientras intentan poner la mesa con un mantel de plástico, el mismo material del que están compuestos los platos y los cubiertos que quieren ordenar sobre la mesa.

—Ho-hola —logro articular.

¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí? ¿Van a comer con nosotros? ¿Qué ha pasado con nuestra velada romántica y a solas? ¿Por qué están poniendo cuatro servicios para la cena?

—¿Te quedas con ellos mientras yo termino la ensalada? —me pregunta Santi, pero es más bien una afirmación, porque me deja allí y se va a lo que parece la cocina.

Tardo en reaccionar. ¿Y si digo que me encuentro mal y me largo? ¿Y si...?

—¿Un vaso de *bissap*? —me dice uno de ellos, supongo que Babacar. No estoy segura de si se refiere a un Marie Brisac, pero no lo ha pronunciado bien.

—Sí, no —lo dudo—, sí —me decido, porque no me puedo largar sin más.

Toma un vaso donde hay hielo y hierbabuena y lo rellena de un líquido rojo como la sangre. Huele muy bien. Sabe mejor.

—¿Qué es?

—Una bebida de Senegal, mi tierra —me dice—. Y Youssef ha sacado su cuscús. Se lo quería comer él solo.

El otro se ríe y yo empiezo a relajarme. Les ayudo a poner la mesa mientras uno me cuenta cómo llegó a España y el otro asegura que no todas las sémolas son iguales. Cuando aparece Santi, me he olvidado de que debajo de la camiseta llevo un conjunto para desmayarse y me doy cuenta de que me siento bien con ellos tres.

El salón es una manera pretenciosa de llamar a una salita donde apenas cabe un sofá, dos sillas y un mueble para todo. Sin embargo, ellos han sabido darle un aire de hogar del que carece el mío. Quizá porque el de Babacar y el de Youssef quedan demasiado lejos, al otro lado del mar, y a una vida de distancia.

La cena está riquísima y la charla es divertida y tan gratificante que me olvido de todos mis problemas, también de las ganas que tengo de besar a Santi, aunque lo miro de vez en cuando para cerciorarme de que está aquí, a mi lado, tendiéndome la cesta del pan.

En algún momento, mi nuevo amigo senegalés me enseña un baile típico de su tierra y el mantel y los platos terminan en una bolsa de basura para que podamos bailar donde estaba la mesa plegable.

Me muero de risa, casi literalmente, porque hacía demasiado que no me dolía la mandíbula por esta razón.

Tras los postres, Santi me dice que si quiero tomar algo de aire en la terraza. Me sorprende que un piso tan pequeño tenga... pero no, es un balcón de treinta centímetros, una loseta, donde tenemos el culo pegado a la puerta y la baranda empotrada en el alto vientre.

—Debí decirte que estaban aquí mis compañeros de piso —Santi se pasa la mano por el cabello, que le queda alborotado.

Lo cierto es que sí, y no hubiera venido, y me hubiera arrepentido... así que hizo bien olvidándolo.

—Son estupendos —contesto.

—Sus vidas... —mira hacia detrás. Acaban de poner la tele y están viendo un partido—, con lo que han pasado ellos yo estaría ingresado en un psiquiátrico.

—¿Os conocéis desde hace tiempo?

Noto que sus ojos se oscurecen.

—Es largo de contar —me esquiva—. ¿Cómo estás tú?

La pregunta es demasiado grande como para contestarla en una sola vida.

—Es complicado. Mi mundo está lleno de subidas y bajadas.

—¿Por lo de Durán?

Lo miro extrañada, no tengo ni idea de a qué se refiere.

—¿Durán?

—Tengo entendido que es uno de tus ex.

Caigo en la cuenta de que habla de *ese* Durán. Frunzo ligeramente las cejas, como si así pudiera leerle el alma. ¿Es posible que esté un poquito celoso? Los celos son algo malo, pero he de reconocerte que un poquito, un poquitito, me pone tela. Le quito importancia con un movimiento de la mano.

—Lo suyo pasó hace tiempo —lo tranquilizo, ¿me tranquilizo?—. No esperaba volver a encontrármelo.

Él carraspea y mira alrededor. Desde el balcón las vistas no son una maravilla, pero en este momento no las cambiaba por nada del mundo.

—Quizá os arregléis —suelta al aire, por si alguien quiere cogerlo al vuelo.

Lo miro. Le sienta bien el fresco de la noche. De repente me siento con ganas de hablar de algo de lo que no he querido tratar con nadie que no fueran mis tres mejores amigos.

—¿Sabes que dejé plantado en nuestra fiesta de compromiso al hombre con el que me iba a casar?

Él se vuelve y me clava los ojos. Me estremezco. Vuelven las ganas de besarlo.

—¡Uau! —exclama—. Entonces me superas.

Su declaración me coge por sorpresa.

—¿Qué hiciste tú?

Chasquea los labios.

—Le dije una vez que no a la mujer que amaba y cuando me tocó a mí pedírselo hizo lo mismo.

Yo parpadeo un par de veces. Las dos partes de esa oración parecen antitéticas.

—¿Y por qué hiciste eso? Lo de la primera vez.

—Porque tenía miedo a que todo se echara a perder.

De nuevo parpadeo, me temo que me esté convirtiendo en una vaca que parpadea sin sentido.

—Pero... la perdiste por eso, ¿no?

Santi suelta el aire en un resoplido de cansancio y vuelve a mirar alrededor.

—La perdí en el momento en que no supe entender lo que ella necesitaba.

Su conclusión me coge desprevenida. No sé qué pensar. ¿Es un pensamiento egoísta o extremadamente generoso?

—¿Por eso estás en el grupo de terapia? —le pregunto.

Él asiente.

—No quiero que vuelva a pasarme.

Su mirada está clavada en mis ojos. ¿Estamos más cerca el uno del otro que hace unos instantes? Porque creo que sí. ¿Sigo teniendo ganas de besarlo? «Una jartá», como diría mi Luzviminda. Me veo en la necesidad de dejarle algo claro.

—Ni Durán, ni Pablo, ni Alberto, ni Raúl. Todos ellos son ya pasado, aunque no me porté bien con ninguno de los cuatro.

Él desliza su mano por la baranda muy despacio, hasta colocarla muy cerca de la mía.

—¿Y hay alguien en tu presente?

Un escalofrío me riza el encaje que tengo debajo de la ropa.

—Por ahora no.

Más cerca.

—¿Tienes miedo a que vuelva a pasar?

¿A que lo beso?, lo beso, lo beso.

—Tengo miedo... —y el teléfono empieza a sonar.

Mi primera intención es obviarlo, pero noto cómo Santi se retira y cómo la magia desaparece de un plumazo.

Mosqueada, no me queda más remedio que mirar la pantalla. Como sea Lucía para contarme un cotilleo de sociedad... pero es Mario. Quizá ya le apetezca hablar de lo que le pasa.

—Perdona —le digo a Santi—, tengo que cogerlo.

En cuanto descuelgo, escucho su voz.

—¡Clara!

Seguro que es algo que podemos resolver dentro de un par de horas.

—¿Te puedo llamar luego?

Él habla de nuevo.

—Tienes que venir a buscarme, estoy sangrando en la puerta de un club.

Y ahí se va el beso, volando como una hoja de otoño.

Capítulo 30

Salgo de casa de Santi taconeando sobre el adoquinado como si estuviera partiendo nueces. Se ha ofrecido a acompañarme, de hecho, me ha seguido hasta la entrada, y solo cuando lo he visto descolgando la chaqueta vaquera le he preguntado.

—¿A dónde vas?

—No puedo dejar que te vayas sola a esta hora.

Me he alzado sobre las puntas de los pies y le he dado un beso en los labios. No, no te emociones. Ha sido una cosa inocente, casi una caricia, con la lengua pegada a las glándulas salivales para que no se me meta en su boca.

—Gracias, pero estas cosas de amigos son privadas.

Lo he dejado allí, en la puerta, con los ojos muy abiertos, mientras le mando un mensaje a Manolo para que me espere en la esquina, lejos de la posible mirada de Santi desde el balcón.

Lo cierto es que la preocupación no me deja disfrutar del momento. ¿Qué le habrá pasado a Mario? ¿Una reyerta de odio? Espero que no, porque eso sería algo terrible.

Manolo acelera y cruzamos Madrid hasta Chamberí. Aparca en la puerta de un club, el mismo que me ha dicho Mario, pero no hay rastro de él. Empiezo a preocuparme. Saco el teléfono del bolso y voy a llamarlo, mirando para todos lados como Julieta Serrano en una película de Almodóvar, cuando lo descubro sentado en el bordillo de una acera, lejos del bullicio de la entrada y amparado por una pila de contenedores.

Camino hacia él despacio, preocupada y sorprendida por lo que estoy viendo. No solo es una imagen poco habitual ver a mi amigo con la compostura perdida, alguien que se dejaría matar antes de

extraviarla, sino que la camisa blanca de lino la tiene manchada de sangre.

Cuando estoy a su lado simplemente me siento, muy cerca, y le cojo la mano, porque tiene ambos codos apoyados en las rodillas y estas le cuelgan como manojos de espárragos.

Permanecemos así un buen rato, en silencio. Un poco amortizado por el plástico de los contenedores se escucha el murmullo de los fiesteros que entran y salen del club, risas, charlas trasnochadas y alguna lengua gangosa animada por el alcohol. También el del tráfico de las calles vecinas, pues esta parece más tranquila de lo habitual.

Me atrevo a mirarlo. Tiene una herida que le parte la ceja. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. Sigue ahí, así que es cierto. Parece estar curándose porque ya no mana sangre. ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo puedo ayudarlo?

—Jorge tiene una aventura —dice mirando al frente, con una voz que no revela ninguna emoción.

Tardo en contestar. Es lo último que me hubiera imaginado.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Sus dedos se mueven en el aire. Es un movimiento hipnótico, aunque creo que solo necesita relajarse.

—Manteníamos los tres una videoconferencia con su madre y apareció en su pantalla una notificación de WhatsApp con un mensaje guarro —chasquea la lengua—. Nuestra hija no se dio cuenta.

Imagino la situación y por lo que ha tenido que pasar. Tengo mil preguntas, pero no es hoy el día de lanzarlas. Ahora lo importante es que esté bien.

—¿Lo habéis hablado?

—Hasta la extenuación.

—Por lo que entiendo que sigue con él.

Alza la cabeza y mira al cielo. Esta noche está estrellado. Sonrío al pensar en la analogía entre el universo y el estado de Mario. La borro al instante cuando me doy cuenta de que me está mirando.

—Dice que siente algo especial —continúa—, algo que no había sentido antes. Ni siquiera conmigo.

Jorge y Mario se conocieron hace años. Fue un flechazo inmediato para ambos, tanto que mi amigo desinstaló el *Tinder* esa misma noche y un mes más tarde estaban viviendo juntos. No recuerdo un solo desencuentro en todo este tiempo. Lucía dice que son la pareja perfecta, tanto que llegan a dar grima. Inés está convencida de que Jorge folla como los ángeles, y yo pensando que estos eran asexuales. A mí me han dado la esperanza de que una pareja ideal existe y de que yo también puedo encontrarla, como ellos. Parece ser que a partir de ahora todo esto debemos pronunciarlo en pasado.

Lo miro de nuevo. Si analizo lo que me ha dicho, esa herida solo se puede deber...

—¿Os... os habéis peleado? —me atrevo a preguntarle.

Veo la duda en sus ojos. Después la sorpresa.

—¿Esto? —se señala la herida—. ¡Clara, Jorge no mataría ni a una mosca!

—Entonces —estallo—, ¿qué haces sentado en medio de la calle con una ceja rota?

Vuelve a suspirar y a guardar silencio. Me he prometido no preguntarle nada y he tardado un par de minutos en romper mi promesa.

—Hemos decidido abrir la relación mientras pensamos qué hacer con nuestras vidas —dice al cabo de un rato, al aire, mirando al frente, como si hablara consigo mismo—. Él no quiere que yo... no sienta la obligación de serle fiel mientras él se está zumbando a otro. Así que ahora follamos los dos por separado.

Intento que mi rostro no muestre ninguna emoción.

—¿Lo conoces? Al otro.

—Uno cualquiera —hace un gesto de olvido con la mano—. No me interesa saber quién es. Soy una señora, ¿recuerdas?

Sus explicaciones me tranquilizan, pero no hasta el extremo de dejar pasar que está herido y eso no puede quedar así.

—¿No me vas a decir quién te ha hecho eso?

Él alza una ceja y sonríe con tristeza.

—¿Vas a buscarlo y a partirle la cara?

—No, pero puedo hacerle mucho daño con estos tacones.

Su sonrisa se amplía, pero dura poco.

—Me gustas mucho cuando te pones chula.

—¡Mario! —insisto, porque no podemos tomárnoslo todo a broma.

Vuelve a suspirar y sospecho que ya se ha arrepentido de haberme llamado.

—He venido aquí para tomar una copa a solas y relajarme —me confiesa—, he visto un chico que me gustaba, he empezado a hablar con él, he bebido más de la cuenta y le he echado mano al paquete y, como tengo averiado el radar *gay* —sus ojos se ponen blancos—, el tipo se ha asustado porque era *hetero*, y al apartarse me he caído. Esta herida me la he hecho con una mesa al caer humillantemente al suelo. Y puedo dar gracias de que no haya decidido denunciarme por acoso.

La historia parece inverosímil, pero tratándose de Mario me resulta absolutamente creíble.

—Entonces no te han pegado.

Él me mira con sorpresa mal disimulada.

—Si me lo hubiera hecho una de tus amigas yo me hubiera asustado de manera parecida y si me lo hubiera hecho un tío a posta, no habría salido ileso. Sé defenderme.

No dejo que siga con su indulgencia y lo abrazo con fuerza. Se resiste, por supuesto, pero me mantengo firme hasta que sus

hombros se relajan, sus brazos se apaciguan y nos mantenemos unidos, como un solo vínculo.

Pasan los segundos, los minutos, y no desaprieto un solo centímetro hasta que él murmura, medio asfixiado.

—¿Cómo explicamos esto si pasa por aquí uno de esos fotógrafos?

Se me escapa una carcajada y otra a él. Poco a poco nos separamos, riéndonos de algo que no tiene gracia, pero que ha conseguido distender un momento del que ninguno de los dos sabíamos salir.

—¿Estás mejor? —le pregunto, retirándole el cabello de la herida.

—Sí, vete, mañana es esa votación crucial del Grupo Volterra.

Antes, yo habría salido corriendo para prepararme para ese gran evento. Pero hoy, en este instante, algo ha cambiado. Sé que lo verdaderamente importante es estar aquí para Mario, porque mi amigo me necesita más que cualquier consejo de administración.

—¿Buscamos algún sitio donde pongan chocolate con churros? —le pregunto—. Y después te llevo a La Paz, por si hay que coserte.

—¿No engordan demasiado?

—¿Los churros o los puntos?

Y le ayudo a levantarse, nos tomamos del brazo y caminamos sin conseguir ir en línea recta en busca de una churrería que esté abierta a estas horas, porque las votaciones pueden esperar, pero un amigo con el radar *gay* estropeado, nunca.

Capítulo 31

Hace horas que le rogué a Manolo que volviera a su casa mientras Mario y yo nos hemos recorrido medio Madrid caminando tomados del brazo, tambaleantes y haciendo paradas para sentarnos en escalones o poyetes, guiados por lo que mi amigo dice que es su «infalible olfato de churros», aunque yo pondría una «a» donde está la última «o».

Los buñuelos estaban blandengues y el chocolate frío, pero me han sabido a Gloria. Hemos hablado poco de lo suyo y mucho de lo mío. Ya sabes: el beso de Santi, los labios de Santi, el culo de Santi y la manera que tiene Santi de apartarse el flequillo de la cara cuando quiere decir algo importante.

A las cuatro de la madrugada lo he convencido para que vayamos al hospital para que le vean la herida. Ha refunfuñado, me ha llamado manipuladora y se ha plantado en medio de la acera con los brazos cruzados, como un niño al que le han quitado el videojuego. Un taxi nos ha acercado a la clínica, de la que hemos salido cuarenta minutos después con su ceja cosida con un punto de cruz precioso y un cóctel de analgésicos en vena, él, no yo, que le ha cambiado el ánimo.

—¿Quieres venirte a dormir a mi casa? —le he preguntado.

—Yo tengo una.

—Ya, pero quizá no quieras ver a Jorge.

Me ha mirado de esa manera que significa «qué rematadamente pija y conservadora eres», y ha parado otro taxi que nos ha llevado hasta su casoplón a esa hora en que las calles de Madrid están desiertas.

—No tenías que haberme acompañado —me ha dicho cuando hemos parado, mientras buscaba las llaves en el bolsillo.

—Me gusta recorrer la ciudad a esta hora.

Al fin me ha mirado con ternura.

—Gracias.

Nos hemos dado un último abrazo y solo le he dado la nueva dirección al taxista cuando lo he visto entrar y cerrar la puerta.

¿Mi casa? Ya no me da tiempo. El coche me ha dejado ante el edificio Volterra justo antes del amanecer. He saludado al conserje, he subido a mi despacho y me he dado una ducha tan larga que, cuando he salido de debajo del agua, estoy más arrugada que una camisa de lino después de la centrifugadora.

Me he puesto un dos piezas en color gris oscuro, blusa blanca y el pelo recogido en un moño apretado. Quiero desprender un aire profesional, duro y eficiente, y yo misma me asusto por el resultado cuando me miro en el espejo.

Cuando vuelvo al habitáculo de mi despacho, descubro encima de mi mesa una taza de café humeante, un par de *dónuts* y un documento encuadernado con espirales la mar de grueso.

—He supuesto que lo ibas a necesitar —dice Mauricio asomándose por la puerta.

—Qué temprano has venido.

Él suspira.

—La noche no fue como esperaba.

Por supuesto que tengo el mismo interés que tú en preguntar, pero por ahora tengo mi límite de dramas al máximo y solo cincuenta minutos para relajarme.

—¿Qué es esto? —le pregunto ojeando el tocho.

—El reglamento de régimen interno corporativo del Grupo Volterra. Si hay alguna forma de anular la votación de hoy, está ahí.

No tengo ninguna esperanza. Me lo sé de memoria. Mi padre nos lo leía de noche cuando llegaba a casa, antes de dormir. ¿Que a ti te

leían cuentos? No sabes la envidia que me da.

La sucesión de artículos, apartados, incisos y cláusulas pasa aburrida ante mis ojos. Con solo leer el enunciado de cada frase, mi mente lo recita sin tener que mirar el papel. Ahí no hay nada con lo que Hugo no haya ya contado. Nada que me pueda ser útil, hasta que...

—Ya no fumas, ¿verdad? —le pregunto a Mauricio.

Este me mira como si le hubiera mentado al demonio.

—¡No! Y contento que estoy.

—Pero fumabas, ¿no?

Abre un cajón y saca un paquete de *Nobel*, tomándolo por los dos dedos, como si estuviera sosteniendo a una rata por el rabo.

—Lleva ahí un año, en el cajón donde guardo la grapadora y los bolígrafos. Así que lo miro a diario para recordarme de lo que he podido escapar.

Me pongo de pie. Apenas tengo tiempo y sé que no va a funcionar, pero por intentarlo que no quede.

—¿Me lo prestas?

Me mira sin comprender.

—¿El paquete?

—El paquete de tabaco, sí —preciso.

Creo que piensa que he terminado de perder la cabeza. Está a punto de decirme que empezar a fumar no es una buena decisión si lo que quiero es evadirme de la realidad. Pero yo cojo la cajetilla y salgo a toda prisa del despacho, me meto en el ascensor, le doy a la tercera planta, que es donde más gente trabaja. Como es temprano, está tranquila. Evito cruzarme con nadie. Atravieso el primer pasillo y cruzo el segundo. Los aseos están al fondo. Entro en el de señoras, que por suerte está vacío, y me encierro en el cubículo.

Aquí me detengo unos instantes. Quedan seis minutos para que empiece la reunión. No tengo tiempo.

—¡Mierda! —me digo, porque ni fumo ni tengo fuego.

Es curioso cómo se agudiza el ingenio en las situaciones desesperadas. Salgo del cubículo y cojo el secador de mano, porque todos los aseos de señora del Grupo Volterra tienen uno. Lo pongo en marcha y desenrosco la rejilla trasera. Quito el filtro y dejo expuesta la resistencia.

Esto puede salir fatal, incluso puede explotar, si es que un secador tiene esa capacidad. Pero no, como esperaba, la resistencia se pone incandescente, y así puedo encender el cigarrillo.

De nuevo entro en el cubículo del váter y me encierro. ¿Estás ya cansada de tanto trasiego, amiga? Pues aún queda.

Con el tabaco prendido, enciendo otros cuatro cigarrillos más y me los meto en la boca. La primera calada es espantosa. ¿Cómo puede haber gente que fume? Aspiro fuerte y expulso el aire entre toses.

No es suficiente, así que aspiro de nuevo y expulso, aspiro y expulso.

Esto no va a funcionar y quedan un par de minutos para que la reunión...

En ese instante empieza a sonar la alarma antiincendios.

Una sonrisa entre el humo me llena la cara: lo he conseguido.

Salgo del aseo y, tapándome el rostro con la chaqueta, como si escapara de un incendio, me cuelo en el ascensor y bajo hasta la planta baja. No te puedes imaginar lo rápida que es la gente, porque en diez minutos el edificio está más vacío que un sándwich de jamón y queso... de jamón y queso.

Permanecemos en la acera, esperando a que los de seguridad inspeccionen el edificio con todo cuidado. Han llamado a los bomberos, que están aquí en cinco minutos.

Mientras me entretengo contemplando el bíceps derecho de uno de ellos, se acerca mi hermano.

—Alguien habrá fumado en los servicios, como otras veces —me dice.

Yo no contesto, pero el tono, esa forma de arrastrar las «e», me indica que sospecha de mí.

—No te alejes. En cuanto nos dejen pasar empezará la reunión.

Tampoco digo nada.

Mauricio trae cafés y *dónuts* para él, para mí y para los que están alrededor. Hoy no puedo con más cafeína o no dormiré en los próximos dos años.

—¿Tienes algo que ver con esto? —me susurra, tapándose la boca con una mano.

—¿Yooo? —respondo, con muchas «o», como si me sorprendiera.

A los veinte minutos nos permiten entrar y, poco a poco, la excitación de mi alrededor da paso a la rutina. Hugo, desde lejos, me alienta con la mano para que entre y no me vaya a largar. Seguro que no me ha quitado ojo de encima en todo este tiempo.

Aguardo en el vestíbulo y voy dejando que pasen. Entro en el último ascensor, cuando solo quedamos Mauricio, Hugo y yo.

—Esto no me gusta, si es lo que piensas —me dice mi hermano.

—¿Que hayamos estado a punto de morir en un incendio? —contesto llena de sarcasmo.

—Que tengamos que despedir a toda esa gente.

Esta vez no respondo y permanecemos en silencio hasta llegar a la última planta. Mauricio se queda en mi despacho y mi hermano y yo seguimos hasta la sala de juntas.

Cuando entramos ya están todos allí. ¿Cómo lo han logrado los viejos carcamales? ¿Cómo ha sido tan rápido don Álvaro, si levantarse de la silla es todo un acontecimiento?

—Bien —dice Hugo, frotándose las manos—, no lo demoremos más. Empecemos cuanto antes.

Yo me siento en mi butaca y junto las yemas de los dedos.

—Impugno esta convocatoria por no ajustarse a forma —digo en voz alta y clara.

Todos se me quedan mirando. Hugo frunce las cejas.

—Déjate de coñas. Sabes que no puedes hacerlo.

No lo miro a él, miro a don Álvaro.

—Reglamento de Régimen Interno Corporativo —dicto—, artículo siete, apartado tres, párrafo segundo.

Don Álvaro me observa, pero entiende a lo que me estoy refiriendo, lo piensa un instante, menos de un segundo.

—Tras una segunda convocatoria del consejo de administración que haya sido fallida se debe empezar desde el principio el procedimiento de la reunión.

Sí, la vieja cacatúa se lo sabe tan bien como nosotros. Sospecho que él tuvo mucho que ver en su redacción.

Hugo abre la boca. Después la cierra.

—¡Pero ha sido por un accidente! —exclama.

Yo lo imito, alzando las cejas.

—Párrafo tres —le indico a don Álvaro.

—Las causas de cancelación de una convocatoria pueden ser voluntarias o fallidas —continúa la cacatúa— y siempre y cuando...

No lo dejo terminar. El código rector de los Volterra lo deja claro, he ganado esta batalla, pero no la guerra.

Me pongo de pie y me estiro la falda. Si tuviera un gato blanco que acariciar en este momento tendría un aspecto de mala de película que me darían un Óscar. Me desplazo despacio hasta la puerta.

—Señores —todos se ponen de pie, menos mi boquiabierto hermano—. Nos vemos en un par de semanas.

Es el tiempo que tengo hasta que la reunión sea convocada de nuevo por los cauces legales, una miseria, pero a mí me sabe a gloria.

Capítulo 32

Es viernes, son las seis de la tarde y la semana ha sido estresante. «¿Me lo dices o me lo cuentas?», estarás pensando, porque lo último que me apetece es ir a una nueva reunión del club de los ex.

¡Pues te equivocas, amiga mía! Porque desde que ayer conseguí mi triunfo mundial ante Hugo (sí, quizá es excesivo llamarlo así), hoy de lo único que tengo ganas es de ver a Santi y continuar por donde lo dejamos el otro día.

¿Qué ha pasado entre nosotros desde entonces? Te preguntas. Pues me ha mandado cuatro mensajes muy *cuquis* que me han dado esperanza de que quizá mi árida vida emocional no sea un desierto de ahora en adelante.

En el primero me decía «¿Qué tal tu amigo?». ¿No captas los metadatos que palpitan debajo de las palabras? Se ve a leguas que en verdad está preguntando por mí, que no le salgo de la cabeza y que no sabe cómo decírmelo. Le he contestado con un sucinto «Todo irá encajando» que no significa nada, pero lo dice todo y deja más puertas abiertas que Leticia cuando le toca ventear el Palacio Real.

El segundo ha sido más intenso: «Si necesitas algo, dímelo». El escalofrío me ha subido por la pantorrilla hasta encajárseme en los riñones y he tenido la necesidad de apretar las rodillas, tanto que Mauricio me ha preguntado qué me pasa y yo le he dicho con un gemido: «Ains».

El tercero no te lo tengo que explicar porque tú eres igual de perspicaz que yo. Me ha escrito «Te dejaste un *foulard*». ¿Estamos de acuerdo las dos? Pues sí, eso quiere decir que me echa de menos

y que quiere que vaya a su casa a recogerlo o, lo que es lo mismo, a destrozar los muelles del colchón.

A estas alturas yo ya estoy hiperventilando porque apenas nos conocemos y lo nuestro es ya tan íntimo, tan intenso, que me marea como cuando mi madre se echa perfume y tenemos que compartir ascensor.

El último lo he recibido hace media hora, justo antes de salir del despacho: «¿Dan agua para hoy?».

¿Ves? No puedo seguir dándole cancha. Hay algo en mí que provoca esto en los hombres. Esta pasión irrefrenable, este deseo incontenible, estas ganas de poseerme y...

Te estarás dando cuenta de que estoy siendo cínica, ¿verdad? Santi es un tipo que sabe dejar espacio, preocuparse sin ser intrusivo y amable sin llegar a empalagar.

Aunque te parezca raro, es lo que más me gusta de él. La manera de hacerme saber que está, pero sin pasarse de lo que él cree que es lo correcto.

Pero, ¿dónde voy yo con fantasías si lo que tengo que hacer es arreglar mi vida emocional? Además... Santi y yo encajamos menos que la llave *Montör* en un tornillo *Skruvlig* de Ikea, así que solo debo conformarme con su amabilidad y no malinterpretar las cosas.

Cuando llego a la pizzería lo busco de inmediato. Tenemos que hablar del *foulard*, de sus amigos y de lo buena idea que sería tomar algo cuando terminemos, pero no está.

—Tenía que ir a recoger algo. Ha llamado a Carlos —me aclara Lola, socarrona, que solo con seguir mi mirada ya sabe qué estoy buscando.

Le doy un codazo cómplice y me siento a su lado. Voy a preguntarle por ¿Nando? cuando nuestro gurú de los espacios infinitos hace acto de presencia y comienza la sesión.

Reconozco que no estoy muy atenta. Hacemos un repaso de cómo vamos cada uno, intentando afianzar lo que ya hemos conseguido.

Cuando me toca a mí, fabulo que Pablo y yo hemos hablado un par de veces, que Alberto está buscando hueco en su agenda para quedar, y que Durán... lo miro. Él parece expectante porque llevo esquivándolo desde que llegó.

—Durán y yo tenemos aún muchas cosas que tratar —le contesto en voz baja para que no se entere, pero Carlos parece imperturbable.

—¿Cuándo?

—Cualquier día de estos.

—Quiero una fecha y una hora.

—Él está tan ocupado...

Miro de nuevo atrás, hacia su asiento. Ya no está allí, sino que se encuentra a dos, tres palmos de distancia, por lo que ha escuchado la conversación.

—Puedo adaptarme a ti.

Carlos sigue esperando. Me laten las sienes. No hay escapatoria. ¿Qué hago? Sonrío.

—¿Lo cerramos cuando termine la clase? —le ruego, suplico, imploro con una pregunta.

Con esto consigo que el foco pase a otro miembro del club y se me escapa un suspiro de alivio.

Pablo, Alberto, Durán, Santi. Mi vida no puede girar en torno a nombres masculinos. No puedo olvidar para lo que estoy aquí y no es para abrirme en canal y enseñar las entrañas.

Cuando termina la sesión le pido a Carlos unos minutos para hablar.

—¿Has cerrado lo de Durán?

Ahora mi ex está expectante, junto a la puerta. Siento cierta ternura por él.

Le pido a nuestro terapeuta que espere y me dirijo hacia donde se encuentra. No me ando con rodeos, no servirían para nada.

—Te he estado esquivando —no lo digo por crueldad, sino porque es lo único que va a creer.

—No me había dado cuenta —contesta con cierto cinismo.

Este hombre y yo hemos sido uña y carne. Te juro que en un momento de mi vida estaba segura, absolutamente segura de que era él... ¿por qué entonces, de la noche a la mañana, dejó de serlo?

—No sé si es una buena idea que estemos aquí los dos —expongo mis miedos. Él no se mueve de su posición.

—Carlos opina que sí.

—Tampoco sé de qué hablar contigo. Lo nuestro se acabó y ya está.

Durán asiente. Entonces lo tachaba de ser demasiado frío. Hoy me parece más sensible que yo misma.

—Hicimos el amor —me narra unos sucesos donde ambos fuimos protagonistas—, me dijiste que me querías... y no volviste ni a aparecer ni a cogerme el teléfono.

Tengo que apartar la mirada. Siento que estés leyendo esto. Contaba con haberte convencido ya de que soy una buena chica a pesar de las advertencias del principio y, ya ves, tienes delante a una verdadera hija de puta.

Intento que no me traicionen las lágrimas y lo miro a los ojos.

—Si has estado pendiente de lo que he hablado estos días sabrás que no estoy orgullosa de mi manera de actuar.

Él clava un poco más su puñal.

—La manera de actuar de una niña malcriada.

—De una mujer frágil que ha intentado no dejarse ver —lo corrijo sin pizca de rencor, porque en todo caso le corresponde a él destilarlo hacia mí.

Parece que mi manera de comportarme lo desconcierta. Si te soy sincera, a mí también. Hace unas semanas o me hubiera largado o le hubiera estampado una bofetada.

—Si no quieres hablar —me dice—, no es necesario.

Sí, quiero, debo hacerlo. Si estoy perdiendo mi tiempo en esta terapia, al menos que sirva para algo, aunque sea para desquiciarme un poco más.

—Podemos desayunar el lunes —le propongo. Él se cruza de brazos.

—Un desayuno compromete a poco, ¿verdad?

Tiene razón. Una cena da pie a una larga sobremesa, pero un desayuno...

—¿Cómo lo ves? —es lo que puedo ofrecer.

Él valora qué decir. Por un momento creo que se va a dar la vuelta sin más, pero no lo hace.

—Me paso por tu oficina a primera hora. Buen fin de semana.

Cuando vuelvo sobre mis pasos hasta la mesa sobre la que está sentado nuestro gurú, no me siento cómoda conmigo misma.

—¿Satisfecho? —le pregunto con todo el cinismo que puedo.

—¿Y tú?

—Se supone que es lo que tenía que hacer.

Carlos entorna los ojos. Parece un emperador chino con ese pelo blanco.

—¿Te crees lo que estamos llevando aquí a cabo? —me pregunta.

Ahora soy yo la que se cruza de brazos.

—Sabes que lo hago porque necesito ese maldito certificado.

—A la mierda el certificado —parece ofendido, quizá enojado—. Tienes que hacerlo porque has de dejar salir a la mujer maravillosa que hay dentro de ti.

¿De verdad ha dicho eso? ¿Yo maravillosa? ¿La tipa que no se dignó ni a mandarle a su novio un mensaje diciéndole que lo dejaban?

—¡Maravillosa! —exclamo y tengo ganas de reírme a carcajadas—. Si solo soy una pringada mimada y temerosa de lo que es capaz de hacer si no sabe controlarse.

Carlos me analiza. Casi puedo sentir su mente dentro de la mía, buscando el tornillo que seguramente perdí hace mucho tiempo. Cuando habla parece que está todo arreglado, cuando no es cierto.

—Ya solo queda un paso, Clara.

Me sorprende que esta vez se haya acordado de mi nombre.

—¿Y cuál es?

Hace una pausa y junta las yemas de los dedos, como un *mudra*.

—Hablar con Raúl.

Sí, lo escucho, pero no lo entiendo, al menos durante unos segundos, hasta que comprendo que no es una broma, que es verdad.

—No, no. Con él no —me niego en rotundo—. Es demasiado reciente.

—Precisamente por eso —insiste—. Debes explicarle por qué lo hiciste. Lo liberarás a él y te liberarás a ti.

—Me mandará a la mierda.

—Y lo tendrás bien merecido —en eso no puedo corregirle una coma—, pero es necesario hacerlo.

Se me escapa un gemido, más bien un bufido. ¿De verdad voy a tener que llamar al hombre al que dejé plantado delante de todos?

—Ya he abierto las otras tres heridas —le digo—. No me queda energía para otro drama.

Y Carlos simplemente sonríe y me deja allí, aterrada, porque, claro, con tres ex reaparecidos, repartiendo emociones como si fueran caramelos en Halloween, ¿quién tiene fuerzas para enfrentarse a Raúl y convertirse en la reina del drama final?

Capítulo 33

Mi talante cuando abandono la pizzería de los horrores después de hablar con Durán y con Carlos es lo menos festivo que puedas imaginarte.

Me detengo en la puerta mirando la pantalla del móvil y pienso si debo llamar a Mario para saber cómo se encuentra a pesar de sus advertencias de que él dará señales si lo necesita, o a Lucía para que me explique por qué soy tan mala persona, cosa que se le da de maravilla.

—¡Eh, tú! —me saca una voz de mis pensamientos.

Cuando alzo la cabeza me encuentro a Santi a un par de metros de distancia, con brazos y piernas cruzados mientras se apoya en lo que parece... ¡una de sus furgonetas *camperizadas*!

—¿Qué haces aquí? Pensaba que no habías venido porque...

—Tenía que acabar con esta preciosidad porque tengo que probar que todo funciona antes de entregarla. ¿Subes?

Y subo. Sin dudarlo, sin que en mi cabeza aparezca una sola señal que me haga cuestionarlo.

Él la rodea y entra por la puerta del conductor, yo directa por la del copiloto. El interior es amplio y huele a nuevo, a cola de madera y a pintura. Echo una ojeada.

—Está muy bien.

—¿Muy bien? —me remeda—. ¡Es una puta maravilla!

Me veo en la obligación de decir algo que lo impresione. Arrugo las cejas.

—¿Qué autonomía tiene?

Él se me queda mirando.

—No tienes ni idea de qué es la autonomía, ¿verdad?

Me ha pillado.

—Me ha parecido una buena pregunta técnica.

Santi señala al frente, a la carretera que se abre ante nosotros, y a los bloques de pisos, y a los millones de metros cúbicos de hormigón que nos separan de la naturaleza.

—¿A dónde te llevo?

Lo pienso y me sorprende que me dé lo mismo a dónde vayamos. ¿Qué te está pasando, Clara Volterra?

—A donde tú quieras —contesto.

—¿Qué prisa tienes?

¿Prisa? En cuanto acabe el fin de semana tendré que discutir con mi hermano, hablar de cosas desagradables con Durán, consolar a Mario...

—Hasta el lunes, que he quedado para desayunar —le contesto—, ninguna.

—Entonces —me guiña un ojo—, abróchate el cinturón.

Arranca con un sonido de motor nuevo que da gusto. No es que yo sepa cómo suena uno de esos. Siempre me han llevado de un lado para otro, pero estoy segura de que deben rugir así.

Atravesamos Madrid en dirección noreste. Me pide que le cuente qué tal ha ido la sesión y yo lo hago, omitiendo aquello que tú y yo sabemos y que me deja en mal lugar.

Hablamos del tiempo, de su barrio, de sus amigos y de mi trabajo en la tienda de ropa, que yo intento esquivar tanto como puedo sin levantar sospechas.

Que no se haya dado cuenta de que soy Clara Volterra es sorprendente. O quizá soy menos conocida de lo que esperaba. En el pasado, mi padre pagaba a una agencia de comunicación para que limpiara cualquier noticia de nuestra familia de los medios. Había veces en que había que «agradecer» a algún periodista, como él decía, con un sobre cerrado. Otras en las que usaba de presiones. Decía que el dinero llama a la desgracia y que era mejor ocultarlo.

Solo cuando yo alcancé la mayoría de edad dejó esta costumbre y los tabloides parecieron querer desquitarse porque no había semana en que no apareciera una noticia del Grupo Volterra y más tarde de Clara, yo misma, haciendo algo socialmente reprobable.

Creo que mi padre quiso darme una lección. Esta experiencia me está sirviendo para apreciar la intimidad, para darme cuenta de que quienes se acercan a mí lo hacen por mi apellido, por lo que tengo y nunca por quien soy.

Durante parte del trayecto ambos permanecemos callados. Yo abro la ventanilla como en el anuncio «¿Te gusta conducir?», y disfruto del aire fresco de la sierra que me arremolina el cabello. Es un silencio agradable, exento de tensión, ese que solo alcanzas con alguien con quien te encuentras muy bien.

Ha pasado más de una hora y llevamos un largo trecho por los intrincados caminos de la Sierra de Guadarrama cuando Santi detiene el motor.

—Hemos llegado —y de un salto sale del vehículo.

Lo imito y me quedo sorprendida. Estamos en medio de la nada, al pie de un arroyo, rodeados de árboles y de flores y el único sonido que escucho es el del agua y el trino de los pájaros.

—Esto es...

Voy a decir «una maravilla», pero él encuentra un adjetivo más acorde.

—Cojonudo.

Mientras yo me repongo del impacto de la belleza... sí, amiga, aquí está de nuevo la cursi, pero tú no estarías en un estado muy diferente si te hiciera algo así tu chico... lo retomo.

Mientras yo me repongo del impacto de la belleza paseando por la orilla del arroyo (no te rías) e intentando no matarme porque tacón y piedra son dos palabras que no deben ir nunca juntas en una misma frase, Santi desliza un toldo que da una sombra acogedora,

saca una mesa y un par de sillas y, con un hornillo de gas, prepara un café que burbujea en unos minutos.

El aire fresco, el sonido del agua, el aroma a café y lo lejos que estamos de cualquier drama empresarial o exnovio insistente me hacen sentir más libre y feliz de lo que he estado en demasiado tiempo.

¿Cómo es posible que Madrid esté ahí, a un tiro de piedra? ¿Cómo es posible que la falta de cobertura te haga tan libre? Lo observo con disimulo mientras termina de prepararlo todo. Es tan diferente a mí, tan absolutamente distinto que si nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias de la vida no le habría dado una oportunidad. ¿Te ha sucedido a ti? ¿También tu cabeza tiene esa malsana costumbre de hacer valoraciones con un par de estímulos para tomar decisiones determinantes? Se me escapa un suspiro. Pasaría aquí la noche, acurrucada junto a Santi. Sin hacer nada, por supuesto...

¿Estás loca? Claro que me abalanzaría. Tengo el corazón roto pero el temperamento ardiente y te recuerdo que Santi está como un queso untado de mermelada de naranja y virutas de castaña.

—Tienes que poner una furgoneta *camperizada* en tu vida —me dice mientras me tiende una taza que huele de maravilla, sacándome de estos tórridos pensamientos.

Me aparto el mechón de pelo de la cara intentando ser coqueta.

—¿Me estás vendiendo una?

Él hace una pausa, frunce los labios y me mira.

¡Joder, qué color de ojos! Me mareo.

—Te estoy invitando a que vengas conmigo cuando quieras.

Su frase hace que baje la mirada, un poco casta, lo reconozco, mientras disimulo bebiendo un sorbo y achicharrándome los labios, cosa que me callo y sufro en silencio para no romper el encanto del momento. Me atrevo a preguntarle algo que titila en mi cabeza desde hace días.

—En la terapia apenas has hablado de... la chica.

La pausa me traiciona.

—¿María? —me dice.

—¿Así se llama?

Santi sonríe y da un largo sorbo. ¿Cómo es que no se quema? ¿O está aguantando igual que yo?

—¿Qué quieres saber?

—Yo no... —titubeo al verme descubierta.

—Clara, no pasa nada —me tranquiliza—. Puedes preguntar lo que necesites.

Lo cierto es que quiero saberlo todo: qué número calza, a qué peluquería va, si le sienta bien el color verde o qué se unta cuando tiene hemorroides, pero como sé que puede resultar excesivo, comienzo por lo más importante.

—¿Sigues...? Ya sabes. ¿Estás...?

El participio pasado no termina de salirme, te lo prometo.

—¿Enamorado de ella? —le sale a él con la mar de naturalidad.

No me queda más remedio que asentir.

—Sí.

Santi mira hacia las copas de los árboles, al bullicio lejano de las aves (no te rías). Espero que aquellos pájaros que trazan acrobáticos círculos en el aire sean águilas y no buitres porque me entraría la intranquilidad. Al fin lo suelta.

—Cuando has compartido muchas cosas bonitas con alguien y no ha habido un mal rollo de por medio siempre quedan rescoldos.

—¿Rescoldos o llamas? —intento que sea preciso.

—¿Preguntas si hay fuego?

—O una brasa que solo con soplarla...

¿Te estás dando cuenta de que el atardecer se está poniendo romántico? Es de esos que parecen sacados de una novela de Nicholas Sparks, y...

No me contesta la pregunta que no he sido capaz de terminar y me besa.

Sí, me besa.

Sus labios me hacen cosquillas hasta que se acoplan, confortables, sobre los míos. Sabe moverlos, sabe acariciar con la punta de la lengua, sabe buscar la mía, y sabe a gloria.

Estrecho su abrazo y me dejo llevar. ¡Ay, qué calor! Él me toma por la cintura y me pega contra su cuerpo. En efecto, Mario tenía razón cuando apreció que calzaba una «enorme personalidad» el *buenorro* de la clase, que siento palpitando justo donde el muslo deja de llamarse así.

La ola de deseo me atraviesa, también la de ternura, porque Santi me gusta de verdad, Santi...

¡Espera un momento! ¿Acaso no me he cargado ya todas mis relaciones? ¿No he salido de ellas como si tuviera que escaparme? ¿No he boicoteado cualquier posibilidad de construir algo con un tipo que merezca la pena, como Santi, como Pablo, como Alberto, como Durán?

Abro los ojos.

Abrir los ojos cuando un hombre que te pone te está besando apasionadamente es de muy mal gusto. Cuando dejo caer los brazos y detengo el movimiento de mi lengua, él abre el suyo, el derecho, me mira, se aparta despacio.

—¿Todo bien? —me pregunta, preocupado.

¿Cómo se lo explico? ¿Cómo le digo que me gusta tanto que me preocupa que caiga bajo el maleficio de Clara Volterra?

—¿Podemos volver a Madrid? He recordado que...

—Claro —me dice con una sonrisa comprensiva, a pesar de que sus pantalones están a punto de estallar.

El viaje de regreso está construido con otro tipo de silencio, uno que conozco muy bien, y cuando me deja en Vallecas, donde le digo que vivo, la boca me sabe a bilis cuando debería saberme a besos.

Capítulo 34

Las fuertes manos masculinas recorren mi cuerpo, nudosas y ágiles, de dedos grandes, firmes, gruesos. Suben por mis muslos, incidiendo, penetrando, resbalándose por mi piel húmeda para terminar pellizcándome, ahondando, sin descanso, sin...

No, para, no es lo que te imaginas, amiga. Estoy en el *spa* con Inés y Lucía y a mí me están dando un bien merecido masaje linfático para que se vaya la hinchazón.

Tres copas de buen champán francés y una fuente de Ferrero es todo lo que en este momento necesito para ser feliz. Bueno, y las manos de este hombre de sesenta y dos años sobre mi cuerpo que, además, se llama...

—Viriato, ¿podemos parar por ahora? —le pregunto.

Él asiente y nos deja a las tres solas, porque mis compañeras ya han recibido sus respectivas sesiones.

Sé que su marido, el de Viriato, está loco con él, pero dice que no le da masajes porque se acostumbra y eso hace que se vaya perdiendo la magia. Me fascina la gente que es capaz de dosificarse. Yo soy como una botella de *whiskey* a la que le han quitado el dosificador y cuando te vas a echar un dedito te cae un palmo y medio en el vaso.

—¿Entonces lo besaste o no? —me pregunta Inés.

Se me ha escapado lo de ayer con Santi, lo del bosque, lo de la furgoneta, lo de la tensión sexual...

—No, claro que no —les miento, porque eso no he llegado a contarlo—. Solo hablamos de nosotros, de cómo nos sentíamos, de cómo iban las sesiones del club.

Lucía no puede reprimir un suspiro de desaprobación mientras deja a un lado el último ejemplar de *Ciao!*

—Si sigues en terapia te volverás loca.

Enfundada en mi albornoz no puedo evitar mirarla con cierta sorpresa.

—¿No eras tú la que dijo que me vendría muy bien regresar al sicólogo cuando volvíamos de París?

Toma un par de bombones y les quita el envoltorio con una pericia que ni Luis Piedrahíta.

—Pero me refería a algo más... —chasquea los nudillos, buscando la palabra adecuada—, más convencional. No soy partidaria de los tratamientos experimentales.

—Carlos Castaño es una eminencia —insisto.

—También lo era Jack el destripador y fíjate cómo acabó la cosa.

Mi amiga Lucía, que siempre tiene razón según ella, suele acabar las discusiones donde no la tiene con una comparativa un tanto cogida con alfileres, como la que acabas de leer.

Nosotras dos, que la conocemos y la queremos, sabemos que ese tema de conversación ya está cerrado, así que intento verlo desde otra perspectiva para poder hablar de...

—Os mentiría si os dijera que no me gusta Santi...

Inés para el vuelo de su copa en el aire.

—Habría que encerrarte si no te gustara.

—Todo no es el físico —intento explicarle—. Además, es lo que menos me interesa de él.

Los ojos de mi amiga se desorbitan.

—¿Que se te caiga ese hombre encima no te interesa?

Me lo imagino y me entran sudores.

—No es lo que más me interesa, he dicho... —Como no sé de qué manera salir del entuerto utilizo otra de las técnicas de Lucía—. No manipules mis palabras.

A Inés le importan un bledo mis giros de guion. Se retuerce, coqueta, sobre su tumbona y se sirve otra copa de champán.

—En el amor solo hay un camino —bebe un sorbo—. Follar y que no le huela el aliento al día siguiente.

—No estoy de acuerdo y, además, eso son dos caminos —la corrige Lucía—. Quizá soy un poco clásica, pero...

—¿Un poco? —se me escapa.

Ella hace un chasquido con los labios que quiere decir «no me interrumpas», pero lo cierto es que es la más conservadora de las tres. Jamás abandonaría la gama de beiges de su vestuario, las mechas rubias ni el lápiz de labio rosa clarito.

—Bueno —reformula su tesis—, me gusta un romance, un cortejo, conversaciones a la luz de las velas, ramos de flores...

—¿Y para qué sirve todo eso si cuando entra a matar la espada no funciona? —la vuelve Inés a la realidad—. Mejor descubrir cuanto antes si la tiene afilada y después, ya se verá.

Yo cojo el capote y hago una verónica, y mira que no me gustan los toros, para introducir de nuevo el tema que me interesa, porque estamos aquí para eso, ¿no?

—De cualquier manera... —a estas tres palabras le puedes poner detrás lo que quieras, como al pan Bimbo dentro—. ¿Dónde vamos Santi y yo juntos? Pertenecemos a mundos totalmente diferentes. Él es de furgonetas y vida bohemia, y yo de despachos de cien metros y cócteles de sociedad. Es como mezclar *sushi* con paella: cada cosa por separado está bien, pero juntas... no cuajan.

Inés tiende una mano y me coge el antebrazo.

—¿Te doy mi consejo?

—Que me acueste con él y después valore —adivino.

—Que te lo folles y lo mandes a freír espárragos.

—Casi acierto.

Lucía, que parece una actriz de cine de los años sesenta porque hasta lleva puestas las gafas de sol, interviene para cambiar un tono

que la violenta.

—Tráelo alguna vez, que se relacione con nosotras, que vea que eres accesible.

—¿Recuerdas que no sabe que soy Clara Volterra?

Se baja las gafas para mirarme a los ojos, molesta.

—Oye, que podemos hacernos pasar por otra, igual que lo haces tú.

Me entran ganas de soltar una carcajada, pero no lo hago.

—Inés quizá pueda aparentar que es un putón de extrarradio, pero tú, Lucía, ni con tres años de arte dramático puedes dejar de ser una...

—Pija —apuntilla la otra y me corrige—. Y no sé hacer de chica de extrarradio, que conste.

Descansamos unos minutos. Tener una vida tan agitada es agotador. Estoy por llamar de nuevo a Viriato para que termine la sesión cuando Lucía se baja de nuevo las gafas.

—¿Sabes algo de Mario?

No me sale de la cabeza, pero es tan cabezotas...

—Le escribo a diario, pero solo me contesta con un «estoy bien».

Ella asiente.

—Él nunca te va a culpar —me dice—, pero es posible que sienta algo de resentimiento.

No tengo ni idea de qué me está hablando.

—¿Resentimiento hacia mí?

—No, mujer —le quita importancia, pero de esa manera que quiere decir «tú eres la responsable de todo»—. Tú no tienes nada que ver en eso.

Inés, que parecía dormida, ha levantado la cabeza.

—¿No te das cuenta de que no lo sabe? —le dice a Lucía.

Yo empiezo a exasperarme. ¿Qué saben ellas que a mí se me ha escapado? Y lo que es más importante: ¿Por qué lo saben ellas si Mario es mi mejor amigo?

—A ver. ¿Qué..?

Inés no me deja acabar la pregunta.

—El que se está zumbando a Jorge es tu Mauricio.

Parpadeo. Abro la boca. Parpadeo otra vez. Cierro la boca.

—Imposible —se están burlando de mí—. No se conocen.

Lucía busca una lima en su bolso y se pone con sus uñas.

—Pues ya se están planteando irse a vivir juntos.

Es cierto que Mauricio está de mudanza, pero...

—Os estáis quedando conmigo —digo de nuevo, aunque ya sé que no es así.

Lucía levanta la vista de sus uñas y me mira por encima de la montura de sus gafas.

—¿Tengo cara de quedarme con alguien?

Me quedo anonadada. ¿Cómo es posible?

—¿Es que nunca van a dejar de complicarse las cosas?

Y las otras dos vuelven a lo suyo, que suficiente tienen con estar divinas cada día.

Capítulo 35

¿Estado mental? Escamada. ¿Estado emocional? Necesito una caja de *donuts* con mucha azúcar y con un *chorreoncito* de anís Castellana por encima, y paso a explicarte.

Ayer a última hora recibí un *wasap* de Carlos. Sí, Carlos, mi terapeuta. Me extrañó al ver la burbuja de notificación levitando en la pantalla de mi teléfono, por lo que no tuve más remedio que leerlo. Era sucinto: «Necesito que hablemos. ¿Mañana a las 8 a. m. en la cafetería que hay debajo de tu oficina?».

El mensaje era inquietante por varias razones. La primera, por su necesidad de aclararme que no nos veremos a las ocho p. m., sino a. m., lo que indica sus serias dudas sobre que yo sea mujer de madrugar. La segunda, que no se ha comido vocales ni consonantes, ha colocado sus comas y ha abierto y cerrado los signos de interrogación. Indudablemente, Carlos tiene más de sesenta años; esas señales son inequívocas. Por último...

Amiga, espero que ya nos conozcamos y sepas que estoy de broma. Te has dado cuenta desde el principio por qué me he sentido inquieta, ¿verdad? Venga, lo decimos las dos a la vez: ¡Porque si sabe dónde trabajo, sabe quién soy en verdad!

Menos mal, por un momento he pensado que no estábamos tan superconectadas tú y yo como suponía, pero no, ha sido solo un espejismo.

Como te decía, Carlos Castaño sabe desde el principio que no me llamo Marta Sánchez... ¡Clara!... quiero decir, sino que soy una Volterra. No debe extrañarme porque Mele se lo debió de contar al encargarle mi recuperación. ¡Qué bien lo ha hecho! Incluso creo que

lo de nombrarme por otro apelativo ha sido una técnica genial para despistar a los demás por si en algún momento llegaran a sospechar.

Así que desde las ocho menos cuarto llevo aquí sentada, con un café en el cuerpo porque no veo elegante pedirme la caja de *donuts* y quizá retrase la obtención del certificado psicológico si Carlos me ve regarlos con anís.

Estoy nerviosa, debo reconocerlo, y... ¡Ahí viene! Disimula y no dejes de leer, que tenerte cerca me da unas fuerzas que necesito.

—¿Demasiado temprano? —me pregunta, sentándose en la silla al otro lado de la mesa.

Me hago «la que viene de vuelta de todo», a pesar de que a esta hora suelo estar en casa intentando despertar a mi Luzviminda.

—Si te dijera la de cosas que he hecho ya... —el estómago me ruge por los nervios—. ¿Te pido algo de comer? ¿Unos *donuts*?

—No, gracias —no cuela—. Solo te voy a entretener un momento —alza la mano y el camarero entiende con ese único gesto que quiere un café solo, en vaso estrecho y sin azúcar—. ¿Sabes que el novio de Lola ha aparecido?

Tardo en recordar cómo se llamaba. Me viene de repente.

—¿Nando?

Carlos asiente.

—Al parecer se había tomado un periodo de descanso de redes sociales y tecnología, y por eso...

—No actualizaba su perfil de Instagram y puso aquel mensaje del secuestro, como una broma —termino por él.

Mi terapeuta me mira a los ojos mientras mueve el café que le acaban de poner en la mesa a pesar de que no le ha echado azúcar.

—Lola es una mujer maravillosa.

La manera de decirlo me hace dudar de si ha captado algún matiz en mi voz. Sí, es cierto que ese «¿Nando?» no me cae bien y que no sé por qué Lola puede haberse enamorado de un tipo que no le presta atención.

—Si he dicho algo que te haya hecho dudarlo... —me excuso.

—En absoluto —no me deja terminar—, te lo decía porque tú también lo eres. Solo falta que cerremos las últimas heridas y te enfrentes a la vida como la persona que hay dentro de ti.

Su reflexión me resulta oscura. ¿A ti no te pasa que cuando te hacen un halago te quedas en lo que no encaja en vez de en las palabras bonitas? Se me arrugan los morros.

—¿No lo hago? —le pregunto, un poco molesta.

Al fin deja de mover el café. Se le ha debido de quedar helado. Se lo traga de un solo buche. Temo que ahora lo arroje hacia atrás como hacen en Grecia en las bodas, pero no.

—¿Qué piensas?

Carraspeo. Me está empezando a picar la nariz, lo que significa que me queda un parpadeo para empezar a estornudar y, con lo listo que es Carlos, comprenderá que es un tic nervioso y me hará empezar de nuevo con las sesiones del club como una repetidora... ¿Se me está yendo la cabeza?

—Quizá mi método sea mejorable —intento parecer una mujer cabal—, muy mejorable posiblemente, pero nunca he rehuido un problema.

Él cruza los dedos de ambas manos. Parece que va a rezar un padrenuestro.

—Estoy seguro de que es así —me calma—. ¿Consideras que has hecho lo mismo con tus parejas?

Carlos Castaño sabe meter el dedo en la llaga. A esto se le llama ser un hijo de puta de toda la vida, menos si eres psicólogo, que entonces es ser un gran profesional. Me aprieto la nariz para no comenzar con el espectáculo.

—¿Durán te ha contado algo?

—No admito terapias individuales —me tranquiliza—. Lo que él tenga que contar es lo que ya ha dicho delante de todos.

—Pero ahora, conmigo...

Le hago ver que esto se parece demasiado a eso que acaba de decir que él no hace.

Un ademán de su mano consigue que mis palabras cambien de sentido.

—Lo tuyo es diferente. Necesitas una evaluación para poder alcanzar ese puesto en tu empresa que crees que te pertenece.

¿Me está vacilando? Me reacomodo en la silla.

—Me pertenece —le puntualizo—, y no sé por qué estamos hablando de todo esto.

Al fin suelta un suspiro, alarga ambas manos y atrapa en ellas las mías. Me siento violenta, pero no logro desasirme.

—Clara —me mira fijamente a los ojos—, si no te enfrentas a Raúl, nada de lo que hemos hecho en el club servirá para nada.

Yo tartamudeo. ¿Y si Hugo entra y nos encuentra así? ¿Y si Mauricio...? No, de Mauricio prefiero no hablar, que menuda sorpresa me he llevado.

—Te-te dije que lo haría —casi suplico.

Él no relaja la presión.

—O das este paso o tendrás que abandonar el grupo.

¡Abandonar el grupo! Adiós a Santi, adiós a mi puesto en el consejo, adiós a mi curación. Busco algo con lo que contestar y una idea nítida me llega a la mente.

—Siempre he pensado que Raúl era *demasiado bueno* para mí —confieso, y te prometo, amiga, que no es una trola provocada por la tensión del momento—, como esos zapatos muy caros que te compras y luego nunca usas porque temes arruinarlos.

Sí, ya sabes que con las imágenes literarias no voy fina, pero tú me has entendido.

¿Cómo sería mi vida si no hubiera huido del Ritz y me hubiera casado con él? ¡Todo sería perfecto! Mi familia estaría feliz, mi trabajo estable, y las revistas del corazón no tendrían material para escribir durante meses. Pero creo que esto ya lo he dicho.

Carlos me mueve las manos como si fuéramos a amasar pan.

—Nadie es demasiado bueno para nadie, Clara.

—Él sí —lo reto.

Me mantiene la mirada. Los camareros deben estar pensando que me están intentando raptar. A ver cuánto tardan en aparecer los GEO.

Al fin Carlos aparta sus manos y me las libera. Yo las abro y las cierro compulsivamente porque me falta la circulación. Él chasquea los dedos. Ha tenido una idea.

—¡Te propongo una cosa! Pásale el Exómetro a Raúl.

Parpadeo. No tengo la más remota idea de qué está hablando este señor.

—¿Y-y eso qué demonios es? —me atrevo a preguntar, a pesar de que seguro me dirá que es algo muy común, como el papel higiénico.

Los ojos de mi terapeuta brillan de emoción.

—Es una herramienta que desarrollé hace años —presume—. El sentimiento de culpa que algunos albergamos cuando nos separamos de nuestras parejas...

—¿Tú has dejado a tu pareja? —no puedo evitar que la vieja del visillo que habita en mí salga a la luz.

Ahora es él quien parpadea.

—Era una forma de hablar —me aclara.

Yo bato el viento con una mano.

—Prosigue.

Un carraspeo y continúa por donde iba,

—Ese sentimiento de culpa provoca que nos midamos como inferiores en relación a las parejas que hemos dejado. El Exómetro —ahí está otra vez esa palabra— te ayudará a colocarlo en un lugar justo con respecto a ti misma. Podemos empezar por ahí.

Me imagino una máquina enorme llena de luces y botones a la que tú accedes tumbada en una camilla y que hace un sonido

monstruoso. Lo medito mejor.

—Vamos —le digo—, ese Exómetro es un termómetro del amor.

Se pone de pie y chasquea los dedos. El camarero viene de inmediato. La autoridad que desprende mi terapeuta es sorprendente. Ya quisiera yo verlo con Hugo o con don Álvaro.

—Te lo mando en cuanto llegue a la consulta —me dice—. Lo rellenas y me lo envías por correo, y el martes, en la sesión grupal, decidimos cómo vamos a hacerlo con Raúl.

No se despide. Los gurús del alma y de la mente nunca lo hacen. Antes de que se largue, hablo de nuevo, pero acabo de entender que ese Exómetro se puede enviar adjunto a un correo electrónico.

—Creo que tenías razón.

Se vuelve y me mira sin comprenderme.

—¿En qué?

Yo tengo la vista perdida.

—Me he enfrentado a todo menos a aquello que me duele demasiado.

Carlos se frota las manos.

—Y para eso estamos aquí. Te veo el martes.

Y sale justo cuando Hugo hace su aparición en la cafetería acompañado del consejero delegado de esa compañía de aviones baratos, y me saluda desde lejos para que me una a ellos.

Capítulo 36

El Grupo Volterra acaba de invertir en una compañía de aviones que vuela a una ciudad de Italia de la que no he oído hablar en mi vida. En eso termina mi reunión con Hugo y el otro inversor, en la que yo digo sí a todo porque solo quiero volver a mi despacho para mirar insistentemente la bandeja de entrada de mi correo.

Hasta las doce no suena la campana de notificaciones y yo vuelvo la vista hacia la mesa de Mauricio antes de abrir el correo y descargar el documento.

Te hablo de mi asistente antes de seguir. No le he comentado nada del asunto de Jorge. ¿Cómo lo ves? He pensado en preguntarle: «¿Te has liado con el marido de mi mejor amigo, zorra del diablo?», pero he llegado a la conclusión de que no sería justo. Es su vida, es la vida de Jorge, de Mario... y si yo tengo problemas para lidiar medianamente bien con la mía... ¿qué puedo exigirle a los demás?

Creo que si esto hubiera pasado antes de empezar a ir al club la hubiera montado. Habría acusado a Mauricio de esto y de aquello, habría llorado, exigido explicaciones... hoy no. Lo miro de vez en cuando y siento ternura por él. ¿Cómo es posible si una de las personas que más quiero está pasándolas putas por su culpa? Pues no lo sé. Quizá porque voy aprendiendo que somos el resultado de cómo gestionamos lo que sentimos en vez de...

Sí, que me calle y vaya al grano, lo sé. Amiga, qué insistente eres a veces, hija.

Lo dejamos en que yo abría el correo, me aseguro de que es de Carlos Castaño y leo el asunto: «Lo que tú y yo sabemos». He de reconocer que mi terapeuta es capaz de crear misterio hasta friendo

boquerones para la cena. No hay texto en el cuerpo del mensaje, solo un archivo adjunto que lleva por nombre «Exómetro.docx».

Lo descargo con el pulso acelerado. ¿Qué pasará? ¿Qué misterios habrá? Puede ser mi gran noche... se me va de nuevo la cabeza.

Cuando el archivo se abre es un documento de Word bastante rudimentario con una lista de preguntas. Lo paso hasta el final. La verdad es que podría haber puesto algunos colores, fotos, gráficos, algo que le diera un poco de vida, porque Carlos lo ha llamado un tanto pomposamente «Herramienta».

Miro de nuevo hacia Mauricio. Está en sus cosas, así que empiezo a leer el documento que, como archivo psicológico y profesional, debe ser complejo y necesitará amplios conocimientos y mucha concentración para llevarlo a cabo con éxito.

La primera pregunta lo desmiente todo:

«1. Cuando dejas las luces encendidas, ¿tu pareja te mira con amor o con cara de calcular la factura de la luz?».

Me froto los ojos y me separo del ordenador. Debo haberlo entendido mal. La Herramienta, con mayúscula inicial, no puede preguntar algo así de frívolo. Cierro el archivo, lo guardo en el escritorio (¡debe ser eso, que no lo he guardado!), lo busco y lo abro de nuevo.

Pues no es un error, es la misma pregunta. Recorro con la vista las demás de cada uno de los tres folios que componen el cuestionario:

«2. Si os perdéis en Ikea, ¿él se lanza a buscar la salida contigo o te abandona en el restaurante para tomarse un café?

»3. ¿Defiende la última croqueta como si fuera suya por derecho divino o la comparte contigo con lágrimas en los ojos?

»4. ¿Se ríe de tus chistes malos o hace como si no hubiera oído nada?

»5. Si olvidas una fecha importante, ¿te lo recuerda de forma cariñosa o ya está planeando la tercera guerra mundial?

»6. ¿Ve películas románticas contigo, aunque las odie, o exige su maratón de *serial killers*?

»7. Cuando cantas en el coche, ¿te acompaña, aunque desafine, o baja el volumen haciendo como que le duele la cabeza?

»8. Si un día te cambias de *look* y no avisas, ¿dice ¡wow! aunque sea un desastre o ni siquiera se da cuenta?

»9. ¿Comparte su contraseña de Netflix contigo o la tiene a medias con su antigua novia?

»10. Si discutís, ¿se reconcilia con helado o intenta ganar en un debate digno de la ONU?

»11. Si tú le das un simpático susto por la espalda, ¿se ríe y te abraza o se pone a escribir el guion de su venganza?

»12. ¿Lo imaginas contigo dentro de 50 años discutiendo sobre qué color debe tener la tapicería de la butaca con masaje?»

Estas son solo algunas de las preguntas, como comprenderás, lo que me deja bastante perpleja.

¿Es posible que Carlos se esté quedando conmigo? ¿Es una prueba para saber si soy capaz de creerme que esto es «una poderosa herramienta psicológica» y voy y la relleno? ¿Y si no lo hago? ¿Me echará del club como ha amenazado?

Decido que no estoy para elucubrar y comienzo a teclear en el ordenador.

Raúl jamás le daría importancia a que las luces estuvieran encendidas en toda la casa, incluso si no estamos. Y si alguna vez fuera a Ikea, que lo dudo porque le parece demasiado sueca, y nos perdemos, él me invitaría a un trozo de tarta y mandaría a su chófer para que nos rescatara. Sobre las croquetas... con Raúl nunca hay «un último» de nada, porque es de la filosofía de que mejor que sobre a que falte. Y he de decir que incluso cuando solo me he cortado las puntas Raúl lo ha descubierto nada más verme y en ninguna ocasión ha dejado de decir que estoy maravillosa.

Según voy avanzando en el cuestionario, me voy dando cuenta de lo bien que encajaba conmigo. Raúl era una de esas personas que te lo ponen fácil, que allanan el camino para que no tropieces. ¿Por qué entonces lo he dejado plantado?

Me empieza a picar la garganta. ¿Y si lo llamo? Seguramente no cogerá el teléfono, pero se merece al menos una explicación.

Con él todo sería perfecto y si me excuso con la suficiente energía, si me muestro suficientemente culpable, quizá...

Una idea se me pasa por la cabeza... ¿Y si...?

Miro de nuevo hacia Mauricio. Está muy entretenido observando el teléfono. Quizá está hablando con Jorge, diciéndole lo que le apetece cenar esta noche antes de hacer el amor como salvajes para acabar empapados en sudor.

¿Ves? Esto es lo que me pasa cuando pienso en Santi, porque la idea que se me acaba de ocurrir tiene que ver con él.

Vuelvo al inicio de la página y empiezo a contestar a cada una de las absurdas preguntas del Exómetro, pero esta vez evaluando la compatibilidad existente entre Santi y yo.

¿Compartiría la contraseña de Netflix conmigo? Lo dudo, porque tiene a más de un amigo a dos velas y seguro que le sabe mal quitársela. ¿Me recompensaría con un helado para allanar el camino tras una discusión? En vista de lo que hemos vivido creo que no, debatiríamos y debatiríamos hasta acabar agotados. ¿Se reiría de mis chistes malos? Pues me extraña, porque él solo hace lo que siente y seguro que me hace ver que es mejorable. ¿*Serial killer* o romance? Responde tú, amiga, porque las dos sabemos la respuesta.

Se me escapa un resoplido y caigo sobre el respaldar de mi silla.

Entre la furgoneta *camperizada* y su misterio bohemio, la hoja de evaluación está llena de *no sé* y *quizás*. Pero algo queda claro: no es la pareja perfecta para mí.

Si Raúl es la compatibilidad hecha carne y Santi un desastre de proporciones bíblicas... ¿por qué me siento tan atraída por este último? Sí, porque tiene unos ojazos, un culazo y un paquetón que sobran argumentos, pero necesito algo más porque los ojos se arrugan, el culo se cae como las tetas y lo otro deja de funcionar.

Más confundida de lo que empecé, me pregunto si debo mandarle a Carlos mis resultados y esperar una respuesta, porque es un error monumental sentirse atraída por alguien con quien sabes de antemano que no va a funcionar.

Justo en este momento mi teléfono suena.

«¿Nos vemos?».

¡Es Santi!

Y mis dedos, que acaban de pasar por un proceso reflexivo intenso, van directos a la N y a la O, pero escriben una S y un I. ¿No debería haberlo pensado dos veces o al menos pasarle una vez más el Exómetro?

Al instante, un pensamiento me golpea como un puñetazo: «¿Estás haciendo lo correcto, Clara?».

Pero, claro, ya he dicho impulsivamente que sí y mi vida sigue bajando por una pendiente, sin frenos y sin casco, directa al próximo episodio de caos amoroso.

Capítulo 37

Hemos quedado para cenar, así que me da tiempo de volver a casa, darme una ducha, ponerme una falda que Mauricio me compró en un *outlet* de Zara y una camiseta holgada.

No me preocupo demasiado de las bragas, así que cojo las primeras que encuentro en el cajón. Total, hemos quedado en su casa, lo que significa que nos acompañarán Babacar y Youssef.

Me doy cuenta de que no me desagrada el plan. Los dos me gustan y sé que lo vamos a pasar bien, aunque también significa que la parte romántica, sexual, no va a formar parte de este encuentro.

En cierto modo me relaja. La tensión sexual es agotadora, ¿no te lo parece a ti? La necesidad de estar mona, parecer coqueta y tener la sensación de que una debe estar a cierta altura de las circunstancias que nunca sabe cuál es ni cómo se mide.

No llamo a Manolo, que sé que hoy tiene visita de su hija, y un Cabify me deja en el bloque de pisos de Lavapiés.

—Soy yo —le digo a la voz de Santi que sale del portero.

Las escaleras me parecen más anchas y el árbol de Navidad que sigue en el descansillo más bonito. Quizá debería pensarme poner este año en casa esa especie de telaraña tan realista que lo adorna, y... ¡pero volvamos a lo que estamos!

Cuando llamo al timbre me extraña que tarden tanto en abrirme. Ahí dentro hay tres hombres en apenas cincuenta metros cuadrados, lo que mide el vestíbulo de mi vestidor, así que alguno de ellos debe de haberme oído.

—Aquí arriba —escucho una voz.

Cuando me giro veo a Santi en lo alto de la escalera que da al piso superior. Me extraña.

—¿Vamos a cenar en la azotea? —bromeo.

—Así es.

Como desaparece, no tengo más remedio que seguirlo. Entiendo que vamos a ser más de cuatro, lo que inhabilita el piso por exceso de ocupación. Seguro que son los amigos de sus «roommates», que me siento políglota esta noche. Intento escuchar un jaleo arriba que no oigo. ¿Y si es la ex de Santi? ¿Y si se ha reconciliado con ella y quiere...?

Logro calmar los nervios antes de poner el pie en el último escalón: «Respira, Clara, respira», me digo. Cierro los ojos, tomo aire, y al fin salgo a un espacio que...

La azotea es una amplia lámina con el suelo pintado en terracota. Tiene un murete que llega a media altura, más parecida a la de una casa andaluza que castellana, pero nada de esto es lo que me llama la atención. Lo que capta todo mi interés y me sorprende es lo otro.

Santi está encendiendo las últimas velas que hay sobre un tablero y también en el suelo. Ha debido de usar unas tablas y unos cajones para conformar una mesa. El mantel es un trozo de cortina, porque arrastran por el suelo las anillas con las que colgaría de una barra. Como sillas, dos macetones puestos boca abajo con un cojín desparejado cada uno. La comida es envasada y no se ha preocupado de servirla en platos o en fuentes, así que está en los mismos envoltorios con que la ha comprado. Hay un ramo de lo que podrían ser flores en una botella de Lanjarón vacía, al que le da un toque alegre el jaramago que destaca entre la mala hierba. Y música. Una radio más antigua que el corsé de María Antonieta tiene sintonizados Los 40 Principales, que en este momento nos ameniza con un tema de *Ana Mena*.

¡A mí, a una mujer que ha cenado en los mejores restaurantes, que ha tomado vinos que cuestan más que el salario mínimo

interprofesional, a quien *Bizarrap* le ha cantado cumpleaños feliz en una fiesta privada!

¡A mí...!

¡Nunca me habían preparado algo más maravilloso!

Trago saliva y evito emocionarme.

—No me ha dado tiempo de prender una candela, y eso que hay un barril en alguna parte del trastero —me dice—, por si refresca.

Eso hubiera convertido nuestra cena en una fiesta gitana, lo que me hubiera gustado aún más.

—Está perfecto.

Me tiende un paquete de patatas fritas.

—Son con sal del Himalaya.

¿Me lo como ya o lo dejo como postre? A él, no al paquete... quiero decir...

Decido no precipitarme. Es posible que en el lenguaje de Santi esto sea una cena normal para amigos y solo sea mi enfermiza imaginación la que supone que es algo romántico. No te pido opinión porque me vas a liar aún más.

Nos sentamos a la mesa. La noche está despejada y el cielo cuajado de estrellas. Hay chacina, una pizza calentada y lo que parece ensalada de cangrejo de Mercadona.

—¿Desde cuándo lo tienes preparado? —le pregunto, con los ojos más brillantes que la larga de un coche que viene de frente.

Él hace un mohín muy propio con los labios.

—Pensé en ti —se encoge de hombros un poco avergonzado— y se me ocurrió darte una sorpresa.

Yo lo miro. Sabía que sus ojos eran bonitos, pero hoy me resultan deslumbrantes.

—¿Sabes que yo hago pocas cosas que no estén escritas desde meses antes en mi agenda?

Me mira con curiosidad.

—No sabía que el trabajo de dependienta fuera tan exigente.

Me asalta la duda de si decirle quién soy... ¡Ni hablar! Puedo buscarme un problema.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer en la vida? —cambio el sentido de la conversación.

—¿Así? ¿De repente?

—Contigo no me sale hablar del tiempo.

Se lo piensa un par de minutos, mirando a las estrellas y yo aprovecho para analizarlo. Es guapo, sexy y encantador. ¿Dónde estará el secreto? ¿Dónde se encontrará el factor discordante? Tengo que encontrarlo cuanto antes, porque si no acabaré locamente enamorada de este hombre.

—Creo que lo que me gustaría en la vida ya lo tengo y es esto —sus manos señalan alrededor—. Disfrutar de buenos momentos con personas con las que conecto —me guiña un ojo—. Tener lo que necesito, ni menos ni más. Tener la capacidad de decidir en cada momento qué es lo mejor para mí y para las personas que me rodean. ¿Y tú?

Lo dudo, pero me sincero.

—Ser la CEO de mi empresa.

—No, en serio —me dice con una sonrisa.

—Es en serio —afirmo.

Me mira de una manera extraña, como si creyera que me estoy quedando con él. Cuando comprende que no es así, se relaja.

—Dudo que los mandamases te dejen —alza su vaso—, pero brindemos por los sueños, aunque parezcan inalcanzables.

Mientras Santi habla de libertad, yo tengo la sensación de estar atrapada entre juntas de empresa y el caos emocional de mis ex. ¿Y si le digo quién soy? ¿Y si me dejo de estupideces y le abro de verdad mi corazón?

Pero sé que hay algo en él que no lo aceptaría y ¿sabes qué es?: lo mismo que sé yo, que pertenecemos a mundos opuestos, a realidades tan distintas como si viviéramos en planetas alejados.

Suspiro.

—¿Echas algo de menos? —me pregunta.

—No, nada. Nada en absoluto —le miento.

Y decido seguir con esta farsa, pero ahora por un motivo distinto. Porque hay que vivir el presente, como dice Santi, y mi presente es este: una cena a la luz de las estrellas sobre un cojín que soporta una maceta volcada y con un hombre que huele a Nenuco.

Me dejo llevar por lo que siento en este momento. ¡Sí, yo, Clara Volterra! Me inclino, lo tomo por la nuca y lo beso en los labios.

Como he cerrado los ojos, qué menos, no sé qué expresión ha puesto. ¿Se ha sorprendido? ¿Ha sonreído porque era lo que esperaba después de todo este trabajo? Me importa un bledo. Es lo que siento y voy a hacerlo.

Sus labios reaccionan y la primera caricia se vuelve más intensa. ¡Este hombre besa de muerte! Tendrá algún defecto, lo sé, pero por ahora lo tiene bien escondido.

La voz chillona de mi pepito grillo brota en mi cabeza: «¡Sois incompatibles, sois incompatibles!». Pero le doy una patada en el culo y lo mando callar.

Santi tira de mí y me sienta sobre sus rodillas. El cosquilleo ese que tú sabes se me encaja entre los omóplatos cuando se me escapa un gemido. Su boca se aparta de la mía y desciende por mi cuello. ¡Qué gusto! Porque a la vez una de sus manos sube por mis pantorrillas hasta llegar a las rodillas.

En este momento estoy más derretida que un chicle sobre el asfalto de una carretera. Mi beso se vuelve más fiera, el suyo también. Su mano asciende, la cara interior del muslo, el borde de la braguita y de repente...

¿Braguita o braguetón? ¿Cuáles he cogido del cajón? Y no era mi intención hacer un pareado. Nerviosa, repaso mentalmente mis pasos. Suelo dejar las braguitas más cómodas, las del elástico

holgado tipo madre, en la parte de fuera para un diario. ¿He cogido esas o las *sexy* del fondo?

Empiezo a ponerme nerviosa, pero la maestría de Santi consigue que esas ideas se me vayan de la cabeza, y cualquier otra, porque solo puedo pensar en lo que me está haciendo y en cómo esos gruesos dedos pueden...

¡Ay! Ha llegado ahí. Lo acaba de acariciar.

¡Amiga! ¡También sabe hacerlo!

Aunque la postura no es la más cómoda, trasteo con su cinturón, porque soy una persona agradecida y me gusta corresponder con lo mismo. Atravieso la tela del vaquero, esquivo el elástico de su calzoncillo y me topo con su enorme... ¡Madre mía! ¿Dónde me voy a meter esto?

La insistencia de su dedo corazón me dice que me relaje, que si él sigue trabajando así de bien mi instrumento, me cabe un trolebús, así que seguimos dándonos placer, a pesar de que de vez en cuando a mi maldita mente acuden ideas absurdas como que los vecinos de los alrededores estarán mirando por las ventanas con un paquete de palomitas en la mano o que en una de las azoteas más altas habrá un paparazzi dispuesto a cobrar unos buenos miles de euros por la próxima foto de portada de una revista.

Es justo en ese momento cuando empieza a sonar mi teléfono. Está en la mesa y mi ojo izquierdo se abre para ver quién es, aunque no pienso cogerlo.

¡Raúl! ¡Es Raúl! ¡Me está llamando Raúl!

Me enfrío un poco, pero él avanza, traspasa, arremete mientras yo subo y bajo con toda la delicadeza de que soy capaz en esta postura, lo que consigue que vuelva a alcanzar la temperatura adecuada, como un suflé en el horno.

A Santi se le escapa un suspiro. Al parecer le gusta tanto como me gusta a mí lo que me está haciendo. Entiendo que esto son solo

unos preliminares que concluiremos sobre las sábanas limpias de su cama. Porque estarán limpias, ¿verdad?

La llamada termina y yo lanzo un suspiro de alivio.

Mañana lo llamaré, a Raúl, y le diré que estaba en misa o algo así.

Aprovecho para moverme, me subo la falda y me siento a horcajadas sobre Santi. Él se sorprende de mi arrojo, yo sonrío, y él hace lo mismo, cómplice.

Reconozco que me cuesta, pero lo deseo tanto, él me acaricia de tan manera y me come la boca con tanta pasión que seré un pinchito moruno en un par de minutos.

—¿Todo bien? —me susurra y me acaricia la punta de la oreja con la lengua.

—Muy... —gimo—, muy bien.

El placer es tan intenso que cuando él me toma por la cintura para que lo deje trabajar me entrego por completo.

Abrazada a su espalda cierro los ojos y dejo que me folle. Sí, lo siento, he buscado un eufemismo, pero no he encontrado otro que exprese mejor lo que está pasando en esta azotea.

Se me vuelven los ojos, sus gemidos cada vez más seguidos me hacen subir al cielo, y cuando al fin llego al orgasmo a la vez que él, porque sé que esa pausa repentina y la forma de apretarme contra su pecho no puede indicar otra cosa, salta un mensaje de notificación que mi maldito ojo izquierdo tiene que leer.

«Necesito hablar contigo».

Es de Raúl.

Capítulo 38

—¿Sin protección? —escribe Lucía en el chat del grupo—. Tomar precauciones es de primero de enfermedades venéreas, cielo.

Se lo he tenido que contar a mis amigos, lo que hemos hecho Santi y yo en la terraza de su edificio, porque ha sido algo tan extraordinario que no me lo puedo quedar para mí.

—Amor —me defiende Inés—, cuando el calentón aprieta se cometen locuras. No lo vuelvas a hacer, pero te paso el número de mi venereólogo y él te prepara un cóctel de medicamentos que te deja más limpia que la cocina de *MasterChef* antes de la final.

Inés tiene un venereólogo, como tú y yo tenemos un peluquero o un podólogo, la vida. Pero es cierto, tuve una pequeña crisis cuando me di cuenta de que habíamos llegado al final sin nada de por medio y aunque Santi tuvo la gentileza de desbordarse en sus pantalones en vez de...

¿En serio una mujer de treinta y pico está escribiendo sobre lo que debería haber experimentado con diecinueve? Como otras veces, me arrepiento de haberlo compartido con mis amigos, no porque quiera guardármelo para mí, sino porque empezarán a...

—¿De sangre o de carne? —escribe Inés—. ¿Circuncidado?

Me escandalizo.

—¡No voy a contestar a eso!

—¿Nos has contado que te has follado a un compañero de terapia en una azotea a la que podía haber accedido cualquier vecino a tender la colada y no vas a entrar en detalles?

¿Ves? Debería haberme callado porque una me va a reprender por mi imprudencia y la otra se va a centrar en una relación sexual que

desde luego no ha sido lo más importante de la noche, aunque no tengo quejas en cuanto a la gratificación.

—El sexo solo ha sido una anécdota —intento explicarles—, en lo que quería que os fijarais era en el contexto romántico, en lo que Santi preparó para conquistarme, en...

—Está bien que tengáis relaciones —salta el mensaje de Lucía antes de que pueda terminar con el mío—, pero no te encapriches de él, cielo. Eso no va a ninguna parte.

Me empieza a picar la nariz y aquí, en el Retiro, hace frío a esta hora de la mañana.

—No quiero ir con Santi a ningún sitio.

—A su cama sí, ¿no? —la otra.

Me froto las manos para escribir mi alegato sobre el amor, aunque esté salpicado de buen sexo, cuando Lucía ya ha cambiado de tema.

—Por cierto, ¿se sabe algo de Mario? No da señales de vida.

Borro lo escrito, porque me interesa que se olviden de mí, y respondo.

—Se vuelve arisco cuando tiene problemas.

Inés está escribiendo.

—Hasta que no se coma una buena polla no va a salir de donde está metido.

La nueva burbuja de texto es de Mario, el amigo perdido.

—Cariños, os estoy leyendo. Dejad de tratarme como si me hubierais echado del grupo.

El corazón me da un ligero salto de alegría. Sigue sin cogerme el teléfono y a cada llamada perdida recibo un mensaje tipo «estoy bien, no te preocupes demasiado».

—¿Cómo estás? —le escribo sin apartar la mirada de la pantalla.

Sus palabras tardan más de la cuenta en materializarse tras el cristal.

—Lo hablamos en otro momento. Si estoy aquí es por lo de Raúl.

Lo de Raúl, se me olvidaba, amiga, aunque tengo que recapitular.

Tras el encuentro íntimo entre Santi y yo todo se precipitó. Él me preguntó si Raúl era el chico con el que me iba a casar y yo descubrí que también había abierto uno de sus ojos cuando saltó la campana de notificación.

No te voy a decir que las cosas se enfriaran a partir de ese momento. Me llevó a su apartamento por si necesitaba usar el baño, lo hice, cuando salí lo noté raro, intercambiamos un par de frases sin demasiado sentido y yo me despedí para volver a casa.

Caminé por las calles de Lavapiés como si no pisara el suelo. La había cagado con mi mala gestión de la llamada entrante de Raúl, no había sabido terminar la cita, Santi estaría pensando en ese mismo instante que todo había sido un desastre y ni se había puesto condón, pero yo... yo me sentía extrañamente feliz y cuando un Cabify me dejó en casa me metí en la cama con una sonrisa entre los labios y la sensación de que Santi seguía besándome hasta que me quedé dormida.

Lo primero que hice cuando me desperté fue llamar a Raúl porque sé que se levanta temprano y se cuelga al teléfono antes del amanecer.

—Siento no habértelo podido coger ayer —le dije antes incluso de que él respondiera. Se hizo un ligero silencio.

—Yo tengo veintidós llamadas perdidas de tu número, así que estamos en paz.

Escuchar su voz provocó que el corazón me diera un vuelco. No lograba adivinar qué significaba, quizá fueran los rescoldos del amor. Quizá la paz mental porque así me sentía un poco mejor persona.

—¿Cómo estás? —intenté que todo pareciera normal—. Yo...

—¿Podemos vernos?

—Sí, claro —era una buena señal—. Espera que busco la agenda.

—Hoy —dijo, tajante—, ahora.

Su precipitación me cogió de improviso. Estaba preparada para verlo, pero precisamente esta mañana...

—Tengo que ir a trabajar —me excusé—, y me han organizado una reunión...

—A las nueve en nuestro banco del Retiro.

Y me colgó.

Así que desde las ocho y veinte estoy aquí sentada por si de verdad va a venir y esto no es una venganza refinadísima, porque ya lleva diez minutos de retraso.

—No sé lo que querrá —escribo de nuevo en el chat tras echar una mirada alrededor al solitario parque—, pero por el tono creo que no es una reconciliación.

—¿Y tú la quieres? —¡Qué velocidad tiene Lucía en los dedos!

Medito qué contestar.

—Hace un par de días estaba segura de que era lo más cabal. Esta mañana...

Inés ni me deja mandarlo porque su mensaje eclipsa el mío.

—Después de haberte zumbado al *buenorro* cómo vas a querer volver con él.

Borro el texto y lo reconstruyo.

—No era necesaria la aclaración, pero esta mañana y ayer noche, antes de que pasara nada entre Santi y yo —me siento tan digna como enervada—, volvía a no tener claro... —cuando alzo la voz veo a Raúl acercándose entre la floresta. Borro lo que tenía escrito y solo pongo— ¡Cuelgo, aquí llega!

Me pongo de pie y guardo el teléfono en el bolso. Estoy nerviosa, lo sé, pero amiga, tú disimula y haz como que no estás leyendo.

Raúl desprende el mismo aire de éxito de cuando lo conocí. Es guapo, educado, amable y conoce a la misma gente que yo, por lo que lo nuestro pudo llegar a ser perfecto.

Se detiene a un metro de distancia, como si fuera peligroso acercarse más. Lleva un traje azul a medida y camisa blanca sin corbata. Soy yo quien se acerca y le da dos besos. Su *after shave*

Santal Royal me inunda las fosas nasales y me retrotrae a cuando éramos felices.

—Estás más delgado —logro articular.

Es cierto. Tiene las mejillas pulcramente rasuradas un tanto hundidas. No sonríe, pero me mira de arriba abajo.

—Tú también.

La situación no es fácil. No sé si ha venido a pedir cuentas, a aceptar mis disculpas o a mandarme a la mierda. Comprendería cualquiera de las tres, y a esta hora, esta zona del Parque del Retiro está tan vacía que podrían enterrar mi cadáver y jamás sería descubierto.

—¿Nos sentamos?

Señalo nuestro banco, en el que nos acurrucamos algunas veces en el pasado para creernos que éramos como los demás y no dos niños ricos que solo se relacionaban con personas como ellos.

Él niega con la cabeza.

—Mejor paseemos.

Lo prefiero. Empezamos a caminar por la vereda, uno junto al otro, despacio, en silencio.

—Me ha alegrado que hayas decidido llamarme —digo yo, porque necesito romperlo.

Él se detiene y vuelve a mirarme. Yo hago lo mismo.

—No podemos estar siempre enfadados —me dice.

El alivio se me sale por los ojos.

—No sabes cómo lo siento, Raúl —casi se me escapa una llantina —. Y con ello no quiero que me perdones porque sé que es imposible. Solo quiero que sepas que soy consciente de la persona terrible que he sido, que soy, y de lo arrepentida que estoy.

Él me mira algo asombrado. Creo que nunca sospecharía que Clara Volterra actuara así, comiéndose su orgullo y pidiendo disculpas. Se encoge de hombros.

—Dicen que cuando va mal en una pareja es cosa de dos.

En esta ocasión no tiene razón.

—Cuando te dejan plantado en tu fiesta de compromiso es solo cosa de la hija de puta que sale corriendo —le digo, muy seria—, no intentes ser bondadoso conmigo.

Nunca me ha escuchado soltar un taco. Con él siempre he sido la chica que se esperaba y ahora me doy cuenta de que me he ido cocinando para ser adecuada a cada uno de los hombres de mi vida.

Raúl baja la cabeza y la hunde en la arena del camino. Cuando me mira hay dolor en sus ojos.

—Estas semanas he hecho cosas que no estoy seguro de si me gustan o no —me dice—, necesitaba probarlas, saber si de verdad retomar lo nuestro merecía la pena.

Inés lo tendría claro: «Se ha tirado a unas cuantas». Pero yo conozco a Raúl y sé que no es así, no es su manera de proceder. No pregunto, porque es la segunda parte de la frase la que ha captado mi atención.

—No tienes que decírmelo —me apresuro a aclararle—. Seguramente yo también las haya hecho.

Carraspea, mira alrededor. ¿Es ahora cuando me hace una llave de yudo que me deja coja? No. Alarga una mano y la pone en mi cintura. Yo respingo sin pretenderlo.

—Creo que deberíamos intentarlo de nuevo, Clara. Los dos, sin todo ese rollo de la familia y los amigos. Yo...

No termina de decirlo porque alguien me llama con un grito de alegría a menos de un metro de distancia.

—¡Clara!

Me giro, agradecida porque me ha librado del marrón de tener que decirle a Raúl que aún no estoy preparada para eso, que necesito...

¡Santi! Es Santi.

Está a nuestro lado subido en lo que debería ser una bicicleta, pero es una cosa cochambrosa de segunda mano. Lleva un chándal, cada

parte de un color, y una chupa vaquera para rematar el conjunto con el logo de *ACDC* en la pechera.

Inmediatamente me miro. ¡Mi ropa! Pero me tranquiliza saber que llevo un traje chaqueta blanco de lo más simple y que él no va a ser capaz de adivinar que es de *Givenchy*.

—Sa-Santi, qué sorpresa —miro alrededor. ¿Podría pasar algo peor que esto en este instante?—. Estás lejos de tu casa.

Él mira a Raúl con curiosidad. A mi ex se le nota a leguas que no le ha gustado que nos interrumpan cuando se me estaba declarando de nuevo. Santi le tiende la mano, cordial.

—Hola.

Este no hace por estrecharla, sino que se la queda mirando.

—No nos han presentado.

En nuestro círculo social... ¡A la mierda! Es muy maleducado por su parte.

—Es Santi —intento aliviar la tensión—. Un compañero... —me corrijo para evitar connotaciones—, un amigo.

Raúl lo mira de arriba abajo. Lo conozco bien y sé que no le gusta lo que tiene enfrente.

—Veo que ahora tienes amigos diferentes.

Santi lo mira con la cabeza ladeada ante su comentario.

—¿Diferentes?

El teléfono me empieza a sonar. Lo busco en el bolso para colgar. ¡Joder! Es Mauricio. ¿Qué querrá a esta hora?

—Clara no estaba acostumbrada a tratar a personas como tú —está diciendo mi ex. Santi ha bajado un pie de la bici. Se va a liar.

—¿Y cómo soy yo?

En cuanto cuelgo el teléfono empieza otra vez a sonar y estos dos se van a pelear delante de mí, lo que por un lado tiene su punto y... ¡No, borra eso, es algo horroroso!

—Santi, ese es tu nombre, ¿verdad? —contesta Raúl conteniendo su creciente mal humor—, porque Clara y yo teníamos una

conversación privada.

Le cuelgo a Mauricio, dejo el teléfono en el bolso y esbozo una sonrisa que pega menos que una bachata en un entierro.

—¿Te importa si te llamo luego? —le ruego a Santi—. Esto es importante.

Él me mantiene la mirada. Veo cómo en sus pupilas se hace la luz.

—Este es Raúl, ¿verdad? —me dice.

El aludido frunce la ceja, sorprendido malamente, como Rosalía.

—¿Le has hablado de mí?

El puto teléfono que no para de sonar.

—No es necesario que me llames —dice Santi volviendo al pedal de la bici—. Ya nos vemos en el club si acaso.

Sale disparado sin esperar una respuesta.

—¿Qué hay entre tú y ese tipo? —arremete el otro.

—Somos amigos —resuenan los bramidos del teléfono que llenan mis oídos mientras veo a Santi alejarse, y escucho a mi corazón romperse.

—¿Desde cuándo tienes amigos que parecen sacados de un barrio chabolista?

En vez de darle una bofetada a Raúl, cojo el teléfono y la pago con mi asistente.

—¡Qué!

Su voz suena grave.

—Tienes que venir al despacho, deprisa —me urge—. Aquí hay un hombre que dice llamarse Alberto Noguera, dice que es tu ex e insiste en que no se marchará hasta no verte.

Capítulo 39

No me lo pienso. Las mejores cosas que me han salido en mi vida son esas, las que hago sin más, solo con un pequeño resquemor en el corazón que lleva el título «En qué lío te vas a meter, Clara».

—Lo siento, tengo que irme —le digo a Raúl mientras empiezo a taconear hacia la salida del parque sin perder de vista la silueta de Santi que se aleja en su bici de retazos.

—Pero...

No escucho lo que dice porque toda mi atención está en no perder de vista al hombre con el que me he acostado hace solo unas horas, si echar un polvo en una azotea y en cuclillas puede enclavarse en la categoría «acostarse».

En cuanto salgo por una de las puertas que dan a Menéndez Pelayo, tengo la suerte de parar un taxi que, si eres de Madrid, sabrás que es como que te toque el Gordo de Navidad. Antes de subir, se me rompe el tacón, pero me da igual.

—¡Siga a esa bici! —le grito.

—Señora, que es muy temprano para andarse con guasa.

No tengo que contestarle; con la cara que le pongo, el taxista sabe que lo digo en serio, y mete primera, después segunda, arrecia con tercera y, menos mal que cuarta, porque el caballero no quiere que sufra su caja de cambios.

Con medio cuerpo fuera de la ventanilla, atravesamos las calles de la capital detrás de Santi, que ha tomado el carril ciclista y parece que va en dirección a Lavapiés.

—Señora, que nos van a multar —me dice el buen hombre.

—Yo se la pago, usted no aminore lo más mínimo. ¿Es daltónico?

Me mira confundido.

—No que yo sepa.

—Pues como si lo fuera, porque si la bici se salta un semáforo, nosotros también.

Está a punto de parar el vehículo y ponerme de patitas en la calle, pero creo que al taxista le va la marcha; esta será una de las anécdotas más entretenidas que le van a pasar en el día de hoy o quizá se haya dado cuenta de que el traje es de *Givenchy* y está calculando el volumen de la propina.

Mientras avanzamos, llamo a Mauricio.

—¿Sigue ahí? —le pregunto por Alberto sin esperar a que conteste.

De su boca sale un resoplido.

—Se ha pedido un café.

—Que se ponga.

—Pero...

Lo duda. Está acostumbrado a ser el bulldog que aleja a las visitas y llamadas inoportunas.

—Díselo —le insisto—, o se llevará ahí hasta mañana. Lo conozco bien.

El tráfico de Madrid no me deja adivinar lo que sucede al otro lado de la línea mientras mi asistente me pone en espera. Unos minutos más tarde, escucho la voz seductora y enfadada de Alberto.

—¿Dónde estás? Porque no me voy a ir sin verte.

—Alberto...

Ni me deja terminar la frase.

—Me había olvidado de ti y de repente entras en mi vida de nuevo como un ciclón y vuelves a dejar de cogerme el teléfono, Clara, que...

—Alberto —esta vez soy yo la que lo hace callar mientras al taxista solo le falta ponerse a comer palomitas de lo entretenido que lo tengo—, te prometo que te lo voy a contar todo —hablo con voz calmada y firme—. Es más complicado de lo que parece. Dame un

día, un par de días y te aseguro, te juro, que hablaremos hasta que se nos seque la boca.

Se hace un silencio. Limpio el auricular con la manga de la chaqueta. ¿Se me ha ocluido precisamente ahora? Pero no. Era solo una pausa dramática.

—¿No me darás calabazas de nuevo?

Me provoca un dolor profundo por lo que fuimos y por la manera en que lo traté.

—No, no te preocupes.

Un par de frases más y consigo calmarlo. Lo peor de todo es que tiene razón y no puedo quitársela. ¿Cómo he podido...?

—Ha parado, señora —me interrumpe el taxista justo cuando estoy en medio de una autolamentación.

Miro en la dirección que me señala. Santi ha bajado de la bici y está en la acera en plena plaza de Lavapiés con los brazos cruzados mientras mira directamente hacia nosotros. Saco una mano por la ventanilla y lo saludo mientras le pago al buen taxista y le dejo una propina del mismo importe que la carrera.

—No se ha estirado usted mucho, no —se me queja.

En el bolso llevo veinte euros porque apenas uso efectivo, y también se los doy.

Arrastrando el tacón roto, llego hasta Santi, resoplando lo mismo que si hubiera hecho los kilómetros corriendo.

—Ibas demasiado rápido —sonrío para limar asperezas.

A él no le causa el más mínimo impacto, porque ni se aflojan sus facciones ni sus brazos se relajan.

—Quería alejarme de ti, quizá era por eso.

Cómo cínico ganaría un dinerito, sí señor. Intento explicárselo todo.

—Es que Raúl...

—Habéis vuelto —no me permite continuar—, me parece bien. Lo que no entiendo es por qué entonces ayer...

Sus elucubraciones me escandalizan. Se ha montado toda una narrativa únicamente porque ayer vio que me llamaba mi ex justo cuando hacíamos el amor salvajemente y esta mañana nos ha pillado a ambos en una situación comprometida... ¡Qué mente enferma tienen los hombres!

—¿De dónde has sacado que Raúl y yo hayamos vuelto? —me enfado.

—Vosotros, los dos.

No sé muy bien si esa afirmación es un insulto o la constatación de un hecho. Me veo en la obligación de aclarárselo.

—No hablábamos desde que lo dejé. Quería verme, nada más.

—No sé si creerte. Todo en ti me parece...

Deja la última palabra en el aire.

—¿Falso? —la completo yo.

Su rostro se contrae aún más y los brazos parecen una boa constrictor alrededor de su cuerpo.

—Me parece incomprensible —dice él usando la palabra con la que iba a finalizar.

Me quedo mirándolo. En cierto modo tiene razón. Soy irracional, impulsiva, mala persona y tremendamente egoísta. Es posible que haya llegado la hora de dejarme ver.

—Quizá te parezco incomprensible porque soy una multimillonaria malcriada que intenta poner en orden su cabeza.

Incluso yo misma me sorprendo de lo mal que suena. Santi no afloja la presión sobre los músculos de su rostro.

—No estamos para bromas.

—No es una broma —se me escapa un resoplido por la nariz. ¿Es que ni diciendo la verdad me va a creer?—. ¿Te suena Clara Volterra?

Su mirada parece confundida.

—No.

—¿Grupo Volterra?

—No.

Me desespero. ¿Es que no sabe nada del mundo fuera de Lavapiés y sus furgonetas *camperizadas*?

Miro alrededor. Hay un quiosco de prensa. Tambaleante voy hacia él y arranco una revista del mostrador con la buena suerte de que el quiosquero está ligando con una clienta y no me ve. Tampoco me hubiera importado. Cuando vuelvo junto a Santi, se la paso por delante de las narices.

—¿Y te suena esta?

Él se aparta para enfocar la vista. En sus ojos hay indiferencia, después curiosidad que es sustituida por un absoluto asombro.

Coge la revista y la mira de cerca. Señala una de las fotos de portada donde se me ve vestida con mi *Charles de Vilmorin* en el recuadro inferior izquierdo. Abre la boca. La cierra. La abre de nuevo.

—¿Por qué estás en una revista?

¡Al fin!

—Es complicado —no tengo tiempo para explicárselo y en mi bolso el teléfono empieza a sonar de nuevo—. Necesitaba una evaluación psicológica, no podía decir quién era por miedo a que se filtrara a la prensa y todo se precipitó.

Él me mira de arriba abajo. Es como si su cabeza estuviera procesándolo, porque todo esto le resulta demasiado increíble. La llamada acaba y empieza de nuevo.

—¿Tu teléfono nunca deja de sonar?

Se me escapa un suspiro de exasperación.

—Les pasa a los ejecutivos con enormes responsabilidades, sí.

Nos quedamos mirándonos.

Ya está hecho.

Mi vida, mi reputación y mi futuro están ahora en sus manos.

—Así que una niña rica —menea la cabeza.

—De manual.

—Haciendo safari entre las clases populares.

Me duele la expresión. No me he acostado con él por marcar una señal en no sé qué *check list*.

—Eso ha sido cruel —le recrimino.

Santi no se achanta.

—¿Y tú no lo has sido haciéndome creer que...?

Se calla. ¿Qué iba a decir? ¿Cómo quiere determinar lo que existe entre nosotros?

—¿Qué? —le pido, le ruego.

Me mira de arriba abajo una última vez y se sube en su bicicleta.

—No tengo nada que reprocharte. Cada uno gestiona su vida como puede. Lo único que sí te pediría, Clara Volterra —lo deletrea con evidente desagrado—, es que no vuelvas a acercarte a mí. Ya tengo suficientes amigos, y en cuanto a mujeres, no necesito ser el estudio del caso de ninguna de ellas.

—Santi, no es...

Pero él ya se marcha y mi taxista ha emprendido la huida, así que me quedo allí, sola y desesperada pensando que no puede pasarme nada peor en ese momento... y pasa.

El nombre de Hugo aparece en la pantalla de mi teléfono cuando suena una vez más. No tengo más remedio que cogerlo.

—i¿Dónde diantres estás?!

Santi hubiera dicho «carajo».

—Tratando un asunto —me excuso. Lo último que me apetece es hablar con Hugo, pero desatender sus llamadas tiene un precio, y más en mi situación en la empresa.

Él baja la voz. Debe haber alguien en su despacho.

—Llegas tarde.

—¿A dónde?

¿Teníamos una reunión? Mauricio me lo habría dicho, sin duda. Nunca se le pasan esas cosas.

—i¿*A dónde*?! —se escandaliza de nuevo mi hermano—. Hoy es la sesión de fotos para la portada de *Ciao!*

Parpadeo, ojiplática. ¡Es cierto! No lo incluí en mi agenda de trabajo, por eso mi asistente... pero en estos momentos solo necesito estar sola. Estar sola y tres tarrinas de helado de turrón, eso sí.

—No... no puedo ir —me toco la sien. Seguro que Hugo lo comprende—. Discúlpate con ellos. Aplázalo para la semana que viene.

La voz de mi hermano se vuelve fría y dura como un diamante en bruto.

—Clara, esta vez no —me advierte—. O estás aquí en quince minutos u olvídate de volver a ver a tu sobrina.

Capítulo 40

Llego al piso de mamá con un ataque de nervios. ¿Cómo estarías tú si has vuelto a dejar plantado al hombre al que ya se lo hiciste una vez, y el tipo que te gusta ha dejado claro que no quiere volver a verte? Pues eso, con un ataque de nervios.

En cuanto el mayordomo me abre la puerta, escucho el jaleo de voces en el salón.

—¿Llego muy tarde?

—Las señoras nunca lo hacen —me guiña un ojo, flemático, y se lo agradezco con una sonrisa—. Son los otros los que llegan antes de tiempo.

—¿Sería posible tomarme un café? —lo pienso mejor—. Un café no. Un zumo de tomate con mucha pimienta.

Habrá pensado que tengo un resacón de muerte, pero no es el caso. El tomate logra relajarme y no es cuestión de comerme una ensalada delante del equipo de *Ciao!*

—¡Al fin! —escucho una voz que aparece desde el salón.

Es Alba, la secretaria de mi madre. «Secretaria» es la manera que tiene mamá de llamar a quien hace de todo, desde recoger su ropa del tinte hasta hacer sus análisis financieros. En la antigua Roma los llamaban esclavos.

—¿Estoy bien con esto? —le indico mi *Givenchy*, porque no me ha dado tiempo de pasar por casa para recoger nada ni de llamar a Luzviminda para que mande un perchero con Manolo.

Ella es una copia de mamá, pero en pequeña escala. El mismo pelo, los mismos gestos, la misma mala uva. Me mira de arriba abajo.

—Esa motita sale en cámara —me indica algo invisible que al parecer ella ve en mi solapa—. Pero no te preocupes, que hemos preparado ropa para ti.

Se me pone la piel de gallina. Mi madre siempre ha querido vestirme como... ella misma. Creo que hoy al fin lo va a conseguir.

Antes de seguirla por el pasillo hasta mi antigua habitación para cambiarme, me asomo al salón. Parece que va a salir la Macarena, y si eres de Sevilla sabes de qué hablo. Cámaras, técnicos de sonido, de luces, de arte y un par de ayudantes de cada uno rodean a mi familia mientras ajustan focos y miden la distancia de la cámara, que posan de pie delante de la mesa de la ventana, donde descansa una fotografía de mi padre.

Cuando hablo de mi familia hablo de mamá, de Hugo y de mi cuñada. Mi hermano no quiere que Helena aparezca en los medios, cosa en la que estoy completamente de acuerdo.

—¡Al fin! —exclama mi madre cuando me ve aparecer.

Está impecable, con un vestido blanco que la convierte en diosa y su pelo tan pulido que parece un espejo. Me disculpo.

—El tráfico de Madrid —lo que no parece nada creíble.

Mi cuñada me ignora y Hugo sonríe, como si no se lo llevaran los demonios por dentro.

—Clara, ella es Marta, la redactora de *Ciao!* que va a escribir sobre nosotros.

Una mujer de mi edad y de rostro afilado viene hacia mí y me da dos besos. Es la versión joven de mamá, elegante, sofisticada y con una expresión que indica que sabe lo que hace.

—¿Vas a ir...? —me señala la ropa que llevo puesta.

Yo la veo perfecta, pero por lo que ha dicho Alba, por la cara que ha puesto mi madre y por la expresión de la redactora, no debe ser lo más adecuado para una foto de portada.

—¡Claro que no! —disimulo—. Está todo preparado en mi habitación.

—¿Te acompaño mientras te cambias? Así te hago algunas preguntas y ahorramos tiempo.

Miro a Hugo. Este me indica con un gesto que lo haga sin rechistar. De que causemos una buena impresión a esta mujer depende que el artículo sea una glorificación del Grupo Volterra o la puntilla que nos hundirá en los infiernos.

Mi habitación ha sido remodelada varias veces desde que me marché. Ha sido el cuarto de costura de mamá, y eso que no cose, su salita de música y ahora es su zona de pintura, aunque tampoco pinta. Hay una cama y, al ser muy espacioso, un perchero delante del gran ventanal.

—¿Pintas? —me pregunta Marta mientras Alba va mostrándome vestidos a cuál más soso. Como no quiero explicar las razones de que haya aquí un lienzo y un caballete, asiento.

—De toda la vida. Soy una apasionada de los óleos.

El sexto vestido no me parece demasiado estricto.

—¿Ese? —le pregunto a la redactora.

Ella va hacia el perchero, ignora el que lleva Alba en una mano e inocentemente saca otro modelo de Charles de Vilmorin muy parecido al que llevaba la noche de mi pedida. La miro a los ojos. Me dicen que no ha roto un plato, pero sé que está acostumbrada a estrellar la vajilla entera.

—Es perfecto.

Mientras me cambio, ella pregunta:

—¿Estáis muy unidos los miembros de la familia?

Miro de soslayo a Alba, que hace como que no lo ha oído.

—Somos uña y carne —le miento—. Uno de esos clanes que no podemos estar los unos sin los otros.

Ella anota algo en la libreta que no alcanzo a ver.

—Pero discutiréis, claro.

Suelto una carcajada estereotipada que he pretendido que suene mundana, pero ha resultado aterradora.

—Ni recuerdo la última vez que lo hicimos porque sería por algo sin importancia. ¿Verdad, Alba? —esta no mueve ni un músculo de la cara mientras me abrocha el vestido—. Ya te digo. Somos piña.

La redactora repasa sus notas. ¿Es que con lo que le habrá contado Hugo no tiene suficiente?

—Se rumorea —prosigue— que tu ascenso en la compañía es inmediato.

Esta vez sí se me ilumina la cara, aunque no puedo explicar la situación exacta en que estamos.

—Eso lo decidirá el consejo —sería lo que contestaría mi hermano —. Si me toca a mí lo aceptaré porque tengo una gran vocación de servicio, como todos en casa.

Me siento más falsa que un papiro egipcio en un anticuario de El Cairo, pero Marta no parece darse cuenta.

El vestido me queda de maravilla. He de reconocer que la redactora tiene buen ojo y que mamá ha colado algún conjunto que me gustara, por si me resistía a ponérmelo. Marta alza la cabeza de su libreta y me mira. Sus cejas dicen que le gusta. Ella vuelve a lo suyo.

—Hay que sacrificarse por la familia, ¿verdad?

Le guiño un ojo. Parece que esto marcha bien.

—Tú lo has dicho.

Ella se da un par de golpecitos en la barbilla con su bolígrafo de punta fina.

—Por eso es tan extraño que rompieras tu relación con Raúl Urango justo en vuestra fiesta de compromiso.

Los dedos de Alba, que intentaban hacer algo con mi cabello, se detienen y yo noto cómo me sube un repelús por la espalda. Reacciono como lo haría Ana Obregón en uno de sus robados de verano.

—No hay comentarios.

—Se dice —continúa Marta, que me ha dado confianza para poder entrar a matar sin que me lo espere—, que desde entonces la relación entre Hugo y tú ha sufrido un desgaste.

Se me escapa otra carcajada que de nuevo me da pavor.

—¡Qué barbaridad! —esto no me está quedando creíble, amiga—. No hacemos nada el uno sin el otro.

—Dicen que os han visto discutir delante del personal.

Parece una ametralladora, disparando sin parar.

Esta vez la miro a los ojos. Sé cuándo las cosas tienen un límite y ella lo acaba de sobrepasar. Mis labios esbozan una sonrisa y mi voz recupera su tono natural.

—Puede dar la impresión de que discutimos porque tenemos este torrente, ya ves... —hago una pausa e inclino la cabeza—, todo son fabulaciones que tú te encargarás de desmentir, ¿verdad?

Ella entiende una amenaza que no existe, pero habrá supuesto, como otros, que por ser una Volterra tengo la capacidad de hacer girar el mundo.

Hacerlo no me hace sentir bien y me recuerda la persona que no quiero seguir siendo.

Al fin Marta asiente, cerrando el cuaderno.

—Por supuesto.

La secretaria de mi madre me retoca el cabello con cara de disgusto porque no está de peluquería y me pone un poco de colorete. Me señala los labios para que me los pinte mientras una de las internas de mamá me tiende mi zumo de tomate.

Beber, servilleta y *lipstick*, ese es el orden mientras sigo a la redactora hasta el salón. En cuanto mi madre me ve entrar, me radiografía. El vestido es una belleza de inspiración años cincuenta, estrecho y con falda de vuelo. No debe desagradarle porque lo ha elegido ella, así que vuelve a mirarse en el espejo que tiene enfrente hasta estar segura de que todo está perfecto.

—Colócate ahí, junto a tu madre —me indica la directora de arte, muy profesional.

Lo hago mientras el equipo sigue a lo suyo, ajustando luces y midiendo el blanco de nuestros vestidos, que al parecer se han convertido en un problema para la iluminación.

—Zumo de tomate y barra de labios —me dice mamá, señalando con sus cejas las dos armas mortíferas que llevo en la mano—, qué gran combinación con el blanco, querida.

A pesar de su sonrisa y de su rostro encantador, me está diciendo que tenga cuidado, que como le salte una gotita la vamos a tener.

Me estiro mientras mi familia ensaya sus sonrisas, sus poses elegantes y su glamour heredado de generación en generación. Marta habla con el de las luces, que no termina de estar convencido. El resto del personal va a lo suyo.

—¿Te ha llegado la convocatoria del consejo? —me pregunta Hugo sin apenas mover los labios.

Doy un respingo, pero sujeto bien el vaso para que no vuelque el contenido.

—No —le contesto, cargada de cinismo—, pero seguro que sucede algo y hay que convocar de nuevo la reunión.

Él gruñe.

—No te atreverás.

—¿Quieres apostar?

Mi madre me da un elegante codazo que hace que el tomate oscile peligrosamente en el vaso.

—Hay gente delante.

Para ella, su imagen pública y la de su familia es fundamental. Quizá por eso estamos haciendo esto, para que sus amigas sigan invitándola a jugar a *bridge* y a tomar ginebra con limón.

Hugo parece molesto. Aún no me ha perdonado que llegue tarde. Cualquiera sabe la de conversaciones vacías que habrá tenido que mantener con la redactora. Vuelve a mirarme, esta vez con los

brazos cruzados, aunque su rostro no ha desdibujado la sonrisa de familia perfecta que mamá nos obliga a mantener en público.

—Quédate cuando esto termine —me murmura—. Quiero hablar contigo.

—Y una mierda —se me escapa.

Alba levanta la cabeza desde su *tablet*, al otro lado de la sala. ¿Lo he dicho muy alto? Sí, porque los ojos de Marta, la redactora, están clavados en mí.

—¡Clara! —mi madre está escandalizada, lo que me enfurece aún más.

—¿A él no le dices nada? Sabes que me está pinchando.

Mi hermano acaba de comprender que ha tirado de la cuerda hasta romperla. Acaba de darse cuenta de su error.

—Clara —alza una mano, conciliador, pero ya es tarde—, contente.

Sé que tengo que hacerlo, pensar en la familia, en el Grupo Volterra, en nuestro pasado y futuro. Sé que debo comportarme como lo que los demás quieren ver en mí: una mujer exitosa, contenida y que sabe en todo momento lo que debe hacer en la vida.

El problema es que yo no soy así. Soy impulsiva, indecisa, llena de miedos, insegura de mí misma...

Me vuelvo hacia Marta, la redactora. Esta no ha sido capaz de cerrar la boca una vez que el asombro se la ha abierto.

—¿Sabes por qué rompí con Raúl? —le pregunto sin esperar respuesta—. Porque soy una desequilibrada que necesita tratamiento, o al menos eso es lo que cree mi familia.

Me giro para marcharme de allí con la mala suerte de que tropiezo con uno de los cables, el vaso se me resbala e intento agarrarlo antes de que manche el vestido de mi madre, con la pérfida fortuna de que lo que logro es darle impulso, y el *Bloody Mary* sin vodka vuela, hace una parábola, se gira en el cielo y vuelca su contenido

sobre la cabeza de mamá, para después caer sobre su vestido y dejar un bonito reguero rojo a su alrededor.

Se hace un silencio denso, pasmoso, que yo intento romper dando un paso adelante para ayudar a mi pasmada madre, un paso que consigue rasgar por la mitad mi *Charles de Vilmorin* porque no me había dado cuenta de que se había quedado atrapado entre un trípode y el sofá.

—¡Clara! —gruñe mi madre, a punto de darle un síncope, chorreando zumo de tomate de los pies a la cabeza mientras su secretaria intenta hacer lo imposible con un clínex.

Miro a Marta. No pretendía... ella tampoco porque está demudada. A Hugo, que tiene los ojos encendidos en llamas.

—Olvídate de volver a ver a Helena —me dice mi hermano, señalándome con el dedo—. De verla nunca más.

Capítulo 41

Mi conductor, Manolo, me dijo una vez que de la heroína se sale, pero de la mesa camilla no.

Así estoy yo desde hace cuatro días: tirada en el sofá, arropada con la manta y calefactada con el brasero que Luzviminda ha instalado en el estudio mientras me lamo las heridas y me digo a mí misma que he tocado fondo. No tengo ganas de ducharme ni de cepillarme los dientes y solo lo hago porque ella me mira de vez en cuando con sus oblicuos ojos orientales muy apretados y ambas manos apoyadas en las caderas.

Lo de *Ciao!* ha sido inaceptable incluso para mí, que suelo tener manga ancha para medir mis meteduras de pata. No se hará público, lo sé, porque Hugo se habrá encargado de repartir una buena cantidad de dinero que tendrá la amable apariencia de publicidad del Grupo Volterra en las páginas de la revista. Una manera como otra cualquiera de comprar el silencio de los medios.

¿Recuerdas cómo me pasé con Raúl al principio de la historia? Pues esta vez pienso que es aún más catastrófico porque el precio de mi metedura de pata es que no volveré a ver a mi sobrina.

Ya te advertí que soy una mala persona, así que no pienses que soy una de esas tías que van a verla cada semana, no olvidan su cumpleaños y le traen montañas de regalos si vuelvo de un viaje. No, nada de eso. Soy más bien de las otras, de las que están demasiado ocupadas, nunca tienen tiempo para estar con ella y solucionan las felicitaciones por su santo con un *wasap* a su madre.

Pero aun así, lo que hay entre Helena y yo es casi mágico, porque apenas nos vemos y, sin embargo, siento tan profundamente que me adora que me causa una sensación amarga ya que desde que

nació, desde el momento mismo en que me la pusieron entre los brazos, sé que la voy a decepcionar, como he decepcionado a todos menos a papá. Y me temo que ese momento ya ha llegado, llegó el día de la sesión fotográfica, el día en que Hugo me aseguró que no volvería a verla.

¡Cómo duele! Nunca pensé que una personita como ella pudiera ser tan importante, tan imprescindible que solo de pensar en los estragos que tendrá a lo largo de la vida por haberle caído en desgracia una tía como yo serán difíciles de reparar.

Lo he llamado mil veces, a Hugo. Desde aquel día solo duermo, me quejo y llamo a mi hermano que hasta la fecha no ha descolgado el teléfono, como si fuera incapaz de perdonarme. Eso logra que me sienta como una heroína de película dramática, pero sin banda sonora épica.

—Voy a la *compla* —me saca Luzviminda de mis oscuras elucubraciones con ese acento que no sé de dónde sale—. ¿*Quiele* que le *tlaiga* sus *talinas* de helado? En la *nevela* solo quedan nueve.

Asiento y miro la pantalla de mi móvil una vez más mientras me quedo sola. He restringido las llamadas de toda mi agenda, incluso de Mauricio, porque solo quiero hablar con Hugo. Hugo, que no quiere ni verme ni oírme en pintura.

Estoy a punto de lanzar el teléfono por el amplio ventanal cuando este empieza a sonar. El corazón me da un vuelco. ¿Es él? ¿Será él?

Miro la pantalla y veo un número desconocido. Es extraño algo así porque los Volterra tenemos activado un detector de *spam* que solo permite llamadas entrantes que sean fiables, así que... ¿Será mi hermano desde algún otro teléfono? ¿Ha perdido el suyo y por eso no hemos logrado contactar?

Con cierto ánimo me llevo el celular hacia la oreja y desbloqueo la pantalla.

—¿Diga?

—Soy una zorra.

Identifico la voz al instante. Es Inés. ¿Por qué me llama desde ese número? Solo entonces recuerdo que ella tiene una amplia gama de líneas según se le vaya complicando la vida con cada amante. Retomo lo de «soy una zorra».

—Menudo descubrimiento —se me escapa, pese a la oscuridad de mi estado de ánimo, pero compréndeme, estoy pasando por un mal momento. Inés me ignora.

—He traspasado todos los límites.

Carraspeo. ¿Le cuelgo directamente o arrojo el teléfono, como era mi intención, mientras ella sigue hablando? Acuerdo ser civilizada.

—En este momento no estoy para tratar con nadie —me masajeo una de las sienes—, Inés, yo...

—Llevo cuatro meses viéndome con el mismo hombre.

La declaración me coge como si me acabaran de arrojar un balde de agua helada. Parpadeo, miro la pantalla, parpadeo y vuelvo a colocar el teléfono junto a mi oreja.

—Eso no es posible.

—Lo es —confirma—. Soy una furcia despreciable, una fulana sin voluntad, una mala pécora sin principios ni moral.

En el imperturbable mundo de mi amiga Inés no caben las relaciones. Ella es de la opinión de que el universo nos puso en la tierra con la única intención de que procreáramos y que cualquier desviación de ese sagrado deber es un contradiós. Todos hemos intentado explicarle alguna vez que quizá estemos aquí por algún otro motivo, como amar, compartir, ver la última temporada de *Anatomía de Grey*... pero ella insiste en que no.

Para Inés, repetir más de una vez con un mismo hombre es una estupidez, más de tres, un sinsentido, y a partir de cuatro un problema moral. Si lleva cuatro meses viéndose con el mismo... es una catástrofe.

Intento ayudarla.

—Quizá solo es que has madurado.

—¿Madurado? —suelta una carcajada que indica lo contrario—. No me hagas reír. ¿Y sabes lo peor? Que hoy mismo he decidido que se acabó, que no pienso verlo jamás, que esto ha llegado demasiado lejos... y cuando me ha llamado para quedar solo he dicho que sí. ¿Se puede ser peor persona?

La oigo gimotear, me temo que está llorando. Para ella es una desgracia, como caer en una secta o ser víctima de una estafa piramidal.

Olvido mi drama por un instante. Lo cierto es que cuando uno de estos tres, y sabes a quiénes me refiero, se encuentra mal, lo mío pasa a un segundo plano. Me aclaro la voz.

—¿Te encuentras cómoda con él?

Ella chasquea los labios.

—Folla de escándalo.

—No es eso lo que te he preguntado.

Vuelve a gruñir.

—Es amable, simpático, con sentido del humor, cariñoso y... ¿Te he dicho ya que folla de escándalo?

Los síntomas son bastante evidentes.

—Quizá te estés enamorando.

—¡A la mierda! —grita, como si acabara de lanzar una maldición—. Tengo que ir a ese club tuyo de terapia, al club de los ex.

Solo de pensarlo se me ponen los vellos de punta. ¡Inés en el club! Sería como meter un tiburón en un estanque de carpas doradas. Intento alejar esa idea absurda de su mente.

—El club es solo para personas que han sido abandonadas por su pareja, que no es tu caso.

—Ni el tuyo —me pisa casi las palabras.

Tiene razón. ¿Por qué tiene tanta razón? Intento buscar un argumento irrevocable.

—Sería difícil de explicar —¿qué te parece este, amiga?

Se hace un silencio denso. Me mantengo alerta. Si a Inés se le mete entre ceja y ceja convertirse en mi compañera de terapia, te aseguro que encontrará la manera de lograrlo. A ella nada se le resiste, y menos si hay un hombre de por medio.

—Es que... —oigo su voz dubitativa—, es que quizá yo sí encaje en tu jodido club.

Parpadeo.

—No te entiendo.

Se le escapa otro suspiro, este más profundo aún.

—He sido una cabrona, Clara. Una auténtica cabrona.

Ahora sí que no entiendo nada.

—Me estás poniendo nerviosa.

Escucho la corriente eléctrica que atraviesa la línea antes de que lo suelte.

—Me acosté con Pablo.

Por un instante no logro entender lo que me está queriendo decir.

—¿Con-con mi Pablo?

—Y con Alberto —añade.

Se me abre sola la boca y uso la mano libre para cerrarla.

—¿Te has acostado con Pablo y con Alberto? —¿será cabrona?—. ¿Cuándo?

—También me he tirado a Durán.

Me pongo de pie. No puedo objetar nada si mi mejor amiga ha mantenido relaciones con los mismos hombres que fueron importantes para mí una vez que yo salí de sus vidas. Porque es eso, ¿verdad? ¿Es eso?

—Inés —intento que me explique—, ¿cuándo te acostaste con ellos? ¿Lo hiciste... lo-lo hiciste mientras estaban conmigo?

Pero, en un giro dramático de los de melena al viento, Inés cuelga el teléfono llorando antes de confirmarlo, y yo me quedo allí pasmada, con el aparato en la mano, sintiendo que mi vida acaba de dar un giro inesperado... otra vez.

Capítulo 42

¿Cómo debe actuar una mujer madura? En efecto, amiga mía: enfrentando los problemas cara a cara, siendo resiliente, evitando los extremos y llevando la verdad y la honestidad por bandera.

¿Qué ha hecho Clara Volterra, o sea, yo? Eso es, enfurruñarme porque Inés me ha dejado a medias, porque Santi me ha dejado... literalmente me ha dejado, sin adjetivo alguno que le valga.

«Pero si no había nada entre vosotros, Clara, solo un aquí te pillo aquí te mato y alguna conversación de cafetería», estás pensando, y tienes razón (cómo odio que tengas razón), pero es que me duele. Sí, me duele. Es la primera vez que verbalizo esto por un espécimen de nuestra misma especie de la variedad de los que llevan algo que pende entre las piernas.

Al fin decido salir de mi encierro en casa, dejar de lamerme las heridas y hacer algo útil, como ir al trabajo y quedarme horas delante del ordenador pensando en que nada tiene sentido. Por el camino hasta la oficina le pido a Manolo que me deje en una esquina.

—No sé si es una buena idea parar aquí, señorita Volterra —me dice antes de dejarme bajar.

—Tranquilo —le contesto—. Ya hasta me sé las calles de este barrio.

Lo dejo más preocupado de lo que me gustaría y me introduzco en Lavapiés con una seguridad que no me reconozco. Estoy hasta las narices de que todos tomen sus decisiones por mí: de que Inés decida acostarse con mis novios sin preguntar; de que Mario afronte su ruptura escondido en una madriguera sin contar conmigo; de que Lucía siga con las mismas mechas desde 2012 sin fiarse de mi

consejo de que un tono más cobrizo le sentaría mejor; de que Santi decida que no quiere volver a verme ni a escucharme.

Sí, quizá estoy siendo un poco intolerante, pero si tú estuvieras en mi lugar habría que verte. ¡Disculpa! La he pagado contigo, mi querida lectora, cuando tú solo estás acompañándome, así que sigamos.

Con esta madurez que me caracteriza llego al portal de Santi y en cuanto escucho pasos en la escalera me escondo detrás de un seto de la calle porque no sé exactamente cómo entrarle a alguien que ha dejado bien claro que no quiere saber más de mí.

Cierro los ojos y pienso. Puedo decirle que pasaba por aquí, aunque no sé si será muy creíble. ¿Y que estoy buscando un piso para invertir? Demasiado casual. ¡Lo tengo! Le diré que iba buscando la Gran Vía y he llegado hasta aquí sin saber cómo.

«¿Y por qué no le dices la verdad?». Esa eres tú de nuevo haciendo de pepito grillo. Pues porque es poco creíble, poco...

—Hola —escucho una voz.

Abro el ojo derecho. ¡Es Santi! ¡Aquí! ¡Delante de mí! Lo cierro de nuevo y los aprieto con fuerza.

—Sigo aquí —dice su voz.

Mi plan ha sido un fracaso, así que no tengo más remedio que abrirlos y disimular. Esbozo una sonrisa que me queda fatal.

—¡Santi! Qué sorpresa.

¡Qué falsa logro ser a veces! Él no tiene cara de buenos amigos y ha cruzado los brazos.

—Vivo ahí —me dice.

—Por eso.

Me mantiene la mirada. Muestra la frente fruncida y una expresión entre desconcierto y enfado que le sienta bien. Como yo no hablo, lo hace él.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Todos mis supuestos se desvanecen en el aire. Ya va siendo hora de decir lo que siento y dejar de fabular. Se me escapa el aire contenido en los pulmones.

—Quería hablar contigo.

Él alza una ceja.

—Me ha dado la impresión de que intentabas esconderte.

—Estaba pensando en cómo empezar.

—¿Y ya lo has decidido?

—Pues no.

De nuevo me mira. Creo que está valorando si merezco la pena, o quizá si debe avisar a un lacero para que me encierren. Al final él también suspira y se recoloca la bolsa de tela que lleva en un hombro.

—En ese caso —dice—, buenos días porque me tengo que ir a trabajar.

Hace por marcharse, pero yo soy más veloz y le corto el paso. Esta vez son las dos cejas las que se alzan, como si no lo esperaran. Mi mente trabaja veloz, buscando las palabras adecuadas. O es ahora o nunca.

—Quería pedirte disculpas —consigo soltar—. Tienes razón en que no fui muy clara contigo.

Él me evalúa. Vuelve a cruzarse de brazos.

—Me mentiste, para ser exactos.

—Tenía que mantener mi identidad en secreto, entiéndelo.

Veo que le cuesta trabajo aceptarlo.

—Podías habérmelo contado cuando...

No termina la frase: «cuando nos comimos a besos en mi azotea», eso es posiblemente lo que iba a decir. Se me escapa una sonrisa al recordarlo, pero la controlo de inmediato para que él no la malinterprete. Retomo nuestro asunto.

—Pensé que si sabías quién era lo tiraría todo por la borda.

Santi resopla. Al parecer no estamos en la misma sintonía.

—Clara —me dice, mirándome a los ojos—, me importa un bledo quién seas, lo que no quiero es estar con alguien que utiliza la mentira para escabullirse.

Eso es lo que se conoce por «haberme calado». Busco una excusa, pero me doy cuenta de que no la tengo. Mi pie horada el asfalto y mis ojos lo miran.

—Mi vida es complicada —doy por toda respuesta, sin atreverme a alzar la vista.

Pasan los segundos y su falta de reacción me obliga a hacerlo, a buscarle los ojos. Me está mirando detenidamente, como si intentara entenderme sin éxito. Al fin asiente.

—¿Por eso no me has presentado a tus amigos?

—¿Mis amigos? —tardo en comprenderlo.

—Es lo que hacen dos personas que tienen interés en conocerse y quieren algo más que un par de polvos. Yo te he presentado a Yussuf y a Babacar. De ti no sé absolutamente nada, solo que era mentira que trabajabas en una tienda.

Es cierto. Lo he mantenido alejado de mi mundo para protegerme. ¿Me suena? Me suena bastante. Siempre he sido la misma niña malcriada. Tengo que asentir.

—De nuevo tienes razón.

Santi carraspea y veo que se siente incómodo a mi lado.

—Me he prometido olvidarte.

Yo me escandalizo.

—¿Por una mentirijilla de nada?

—No es lo mismo que quien te mienta sea alguien que no te importa a que sea alguien en quien...

Noto cómo se le encienden las mejillas. Sospecho que no ha querido decir lo que ha estado a punto de decir. A mí se me dibuja una sonrisa en los labios que tampoco he querido esbozar.

—Termina.

Santi mira alrededor. Al fin da un paso hacia atrás.

—He de irme.

—¿Podemos volver a vernos? —le pido, le suplico—. Nunca le he rogado a nadie una segunda oportunidad.

De nuevo una de sus cejas se alza.

—¿Esto es rogar? —hay cierto cinismo en su voz, cosa que me gusta.

—Esto es *muy rogar*, si esa frase se puede construir así —le aseguro.

Volvemos a mantenernos la mirada, pero esta vez no hay esa distancia de hace un momento. Al fin Santi decide hablar.

—Bien, me lo pensaré.

—¿Cuánto tiempo?

—No me atosigues.

Alzo ambas manos. Sí, soy una agonía.

—De acuerdo, de acuerdo —me disculpo una vez más—. Puedo llamarte quizá en un par de días.

Él está de acuerdo.

—Vale, eso no está mal.

—Hasta entonces —le estrecho la mano.

Él se la queda mirando, inerte como un manojo de espárragos.

—¿Me vas a dar la mano? —me dice sorprendido.

—No quiero parecer una acosadora.

Al fin sonríe de esa forma luminosa que se ha tatuado en algún área de mi cerebro. Se acerca, me da un ligero abrazo y se aleja de nuevo.

—Adiós, Clara Volterra —se aparta el cabello de la cara—. De verdad que eres sorprendente.

Y yo me quedo sola, pero tengo la impresión de que algo he podido arreglar entre nosotros.

Capítulo 43

Un vestido de *lamé* de plata ajustado como un guante me hace parecer una estrella del Hollywood de los años treinta, lo que lo acentúa mi cabello suelto y ondulado y unos grandes pendientes de brillantes que relucen como soles con el mínimo chisporroteo de una luciérnaga.

Te estarás preguntando cómo he llegado desde un seto del barrio de Lavapiés del último capítulo a estar en este momento accediendo a un lujoso chalet de La Moraleja donde se está desarrollando una fiesta con la mejor sociedad de Madrid...

—¿Sería exagerado si dijera otra vez «Uauuu»?

El hombre guapo que acaba de halagarme es Santi y hace seis segundos me ha abierto la puerta del coche para que mis doce centímetros de tacón rozaran el suelo y me alzaran en toda plenitud. Te estarás preguntando... sí, te lo estás, así que te hago un resumen de mis últimas horas y enseguida nos tomamos una copita de cava.

Como ya sabes, la conversación con Inés no me dejó indiferente. La expresión exacta es que me puso como una moto, pero no por lo que dijo, sino por lo que no dijo. ¿De verdad una buena amiga se estaba acostando con los hombres de mi vida mientras yo ni siquiera me daba cuenta?

Aquella rabia, o tristeza, o desesperación, hizo que llamara a Mauricio para decirle que en cuanto lograra salir de Lavapiés estaría en la oficina, y eso desactivó mi protección antillamadas y fue la de Lucía la próxima que me taladró las orejas.

—¿Qué te vas a poner?

Parpadeé y me miré de arriba abajo. ¿Estaría mirándome a través de una cámara indiscreta?

—¿Cuándo?

—Mañana —me aclaró—. ¿No te acuerdas de mi fiesta?

El corazón se me encogió. ¿Cómo había podido olvidarlo?

—¡Tu fiesta!

La hace una vez al año e invita al «todo Madrid». Es una oportunidad única para hacer relaciones, lucir modelito y pasárselo bien. Lucía suspiró desde el otro lado de la línea.

—No puedes faltar. Viene todo el mundo. ¿Qué van a pensar si no apareces?

Lo último que me apetecía en ese momento era ir a su fiesta. Mi mente estaba atormentada por lo de mi sobrina, lo de Raúl, lo de Inés, lo de Mario, lo de... ¡Cuánto tormento! Lo único en lo que albergaba esperanzas era en lo de Santi y no estaba muy segura de que fuera a salir bien. Intenté que mi voz reflejara todo eso.

—No estoy pasando por el mejor momento, Lucía.

—Razón de más —arremetió, porque ella no se iba a quedar sin mí en la fiesta—. Ponte mona, sonríe, di un par de ocurrencias y con ello podrás desaparecer todo un mes sin que nadie te eche de menos.

En cierto modo tenía razón. El mundo en el que me muevo es como las abuelas de pueblo: en cuanto dejan de verte se preguntan qué estarás haciendo.

—Me lo pensaré —la esquivé.

—De eso nada. ¿Y por qué no te traes al *buenorro*?

Se me alzaron las cejas muy al estilo de mi madre.

—¿A Santi?

Lucía hizo un ruidito que parecía una carcajada.

—Ya va siendo hora de que lo dejes ver, mujer, de que sepa que tienes amigos y no eres un bicho raro.

¿Por qué iba a pensar Santi que soy un bicho raro? Bueno, quizá porque le había mentido todo este tiempo y se acababa de enterar, como quien dice, de quién soy en verdad. La idea me atrajo. Sería

una buena oportunidad para llamarlo y hacerle ver cuál es mi estilo de vida. ¿No era eso lo que nos faltaba, conocer a mis amigos? Aun así, no quise comprometerme.

—No estoy segura de que Santi encaje en ese ambiente.

—Pues es tu ambiente —me dejó claro—, así que si pretende algo serio contigo tendrá que hacer por encajar.

—No pretende... —¿cómo le explicaba que lo nuestro es imposible? Decidí no hacerlo—. Bueno, se lo preguntaré.

—Y ve a la peluquería —me aconsejó antes de colgar—. No es cierto que te des buena maña con los pelos.

Lo pensé menos de lo que debiera, quizá porque era la oportunidad perfecta para que Santi viera que en el fondo soy una chica normal, así que lo llamé quince minutos después de habernos encontrado.

—¡Vaya! —dijo—. Sí que has tardado.

Pero no había una insinuación en su voz, más bien lo contrario.

Un cuarto de hora más tarde habíamos acordado en que lo recogería en su casa esta noche y lo introduciría en el fascinante mundo de Clara Volterra, y léase eso con todo el cinismo del mundo.

¿Que se me olvidó hablarle del *dress code*? Se me olvidó. ¿Que se me olvidó advertirle de que mis amigos y los de Lucía son un poco... ¿cómo lo diría?: estirados. Pues también.

Así que cuando fui a recogerlo al portal de su casa y bajé del coche que conducía Manolo dijo el primer «Uauuu», y cuando se acomodó en el imponente interior de mi Mercedes el segundo.

—Vaya pasada —exclamó, admirando los acabados en cuero blanco y latón.

—Ya te dije que soy algo parecido a lo que tú llamas una niña rica.

—Así que lo de la revista era verdad.

Lo miré con los morros fruncidos.

—Santi, si tú y yo... —¿cómo se decía aquello?—, bueno, si nosotros... ¿podrás aguantar todo esto?

Por toda respuesta me dio un mordisco que me hizo vacío en las bragas, pero se comportó porque Manolo le lanzó una mirada por el retrovisor.

—¿Y cuándo tienes un poco de intimidad? —me susurró.

—Esta noche. En mi casa. ¿Te apetece?

Un beso ligero y sellamos el pacto, pero... ¿Volvemos al momento en que yo asciendo, despampanante y del brazo de Santi, la explanada empedrada que lleva a casa de Lucía? Venga.

Desde lejos se ven las luces que hacen brillar su jardín y la buena temperatura de mayo ha permitido descorrer las paredes de cristal que cubren todo un flanco de la casa, por lo que la fiesta se desarrolla tanto en el interior como en el exterior.

Cuando Santi ve a los hombres vestidos de *smoking* y a las mujeres de largo, no puede evitar mirarse las *Converse* desgastadas, los vaqueros pasados y la camiseta de *Iron Maiden*. Noto cómo se incomoda.

—Quizá debí haberme puesto otra cosa.

Me alzo sobre los dedos de los pies, a pesar del tacón, y le doy un beso en los labios.

—Estás perfecto.

Él se rasca el alborotado cabello.

—¿Ellos pensarán lo mismo?

Y yo le guiño un ojo.

—Me importa un rábano.

No podemos hablar más porque Lucía viene hacia nosotros en cuanto nos ve, tendiendo una mano y tambaleándose ligeramente, lo que le sucede siempre que se le va la mano con el cava.

—No se puede estar más mona ni más... —mira a Santi de arriba abajo—, cómodo.

—¿Llegamos tarde? —le pregunto para evitar que meta la pata. Ella se tambalea un poco más.

—Una señora nunca llega tarde —contesta con voz gangosa y va a decir algo más sobre Santi cuando intervengo, preocupada.

—¿Ha llegado Inés?

Lucía arruga los morros. ¿Sabes cómo es esa expresión de tu mejor amiga cuando ha empinado el codo? Esa.

—Se retrasará, como siempre —ganguea—. Pero mejor, así tenemos las demás una oportunidad de llamar la atención, aunque sea un rato.

Según avanzamos, voy saludando a diestro y siniestro. Las miradas sobre Santi son al principio curiosas, después indiferentes, pero de una manera que conozco bien y que separa más que una muralla. Explican a las claras que él no pertenece a nuestro mundo, que está fuera de lugar y que, si acceden a hablarle, será solo porque soy una Volterra y con los Volterra hay que llevarse bien.

La heredera de las mejores bodegas de la provincia de Valladolid se acerca a nosotras con la curiosidad marcada en el rostro y mira las *Converse* de Santi como si se tratara de un huevo Fabergé.

—Hacía tiempo que no veía unas deportivas como esas. ¿Son de una edición limitada?

Santi se encoge de hombros.

—Son de una tienda de segunda mano. Te puedo dar la dirección.

Ella duda si es una broma o no. Para no meter la pata, señala a un camarero antes de largarse.

—Voy a por un canapé.

Santi da un trago de su copa. No se le ve cómodo, pero hace por aparentar. Entre los dos acaba de aparecer uno de esos silencios que matan, y es que yo solo estoy pendiente de ver aparecer a Inés.

—Así que estos son tus amigos —me dice.

—Los de Lucía... —eso sería falso, así que me corrijo— y sí, quizá los míos.

El de la cadena de gasolineras que ha triunfado con las criptomonedas se nos acerca, aunque se dirige directamente a Santi.

—Camarero, ¿cuándo sale el caviar?

Yo no me río.

—Muy gracioso.

El tipo intenta arreglarlo.

—Seguro que Lucía tiene alguna chaqueta en el armario.

Se me encienden las mejillas de rabia, y voy a responder cuando la mano paciente de Santi me detiene.

—Estoy cómodo así —le contesta con amabilidad—, gracias.

Al darse cuenta de que no ha logrado su objetivo, fuera cual fuera, el individuo se larga y lo sustituye la mayor de las hijas de ese primo del Rey que a nadie le interesa.

—Me encanta tu aspecto pintoresco.

Sí, se lo acaba de decir también a Santi. Él sonríe y la mira de arriba abajo, porque su vestido de plumas es realmente llamativo.

—Y a mí el tuyo —contesta al fin—. ¿Cuántos loros habrán matado para eso?

Voy a responder cuando, de repente, Inés aparece ante mí.

Está muy pálida y un poco demacrada, con oscuras ojeras bajo los ojos, y esta vez no se deben a un exceso de sexo, esas, cuando las luce, son más azuladas.

Ambas nos quedamos mirándonos en silencio, separadas por un par de metros donde se ha hecho el vacío, como si los invitados a la fiesta se hubieran volatilizado tras una explosión nuclear, y recuerda que no soy buena para las metáforas literarias.

Tiene que explicarme muchas cosas, muchas, porque esta vez quiero ser yo la que decida qué hacer con esto, con nuestra amistad si es que alguna vez la hubo y...

Pero en ese momento Inés, sin previo aviso, sale corriendo del salón dando una carrera tan dramática que deja la bajada de Gloria Swanson en *La caída de los dioses* en pañales, llorando como si le fuera la vida en ello.

A nuestro alrededor se hace el silencio. Lucía se lleva una mano a la boca. Miro a Santi. ¿Podrá sobrevivir en medio de todos estos? No me doy una respuesta, porque me sujeto el vestido y salgo corriendo tras ella, sin importarme si me puedo romper un tobillo.

Capítulo 44

Si bien es cierto que nada levanta el trasero como un buen tacón, podría afirmar que nada es más peligroso que echarse a la carrera con unos puestos por un camino empedrado detrás de una amiga histérica que ha hecho mucho *spinning* en el gimnasio y sabe correr.

Alcanzo a Inés cuando está a punto de tirarse al estanque, sospecho que con la terrible idea de hacer una locura, aunque la profundidad sea de siete centímetros.

—¡Detente de una vez! —le grito, sosteniéndola por el brazo para que no eche a perder el precioso vestido blanco confeccionado con cuarta y mitad de tafetán de seda.

Parece que mi voz la calma porque se da la vuelta, me mira, se sienta sobre uno de los encantadores bancos de piedra que adornan el jardín de Lucía y se echa a llorar como una descosida.

Verla me genera sentimientos encontrados. Por un lado, me visualizo a mí misma en una lucha de barro, estampándole un buen montón de algas putrefactas sobre la cara mientras le araño. Pero por otro, me vienen a la cabeza los recuerdos de los buenos momentos, de su cercanía y de las veces que me ha ayudado sin pedírselo.

Me siento a su lado. A lo lejos se escucha la música y algunas voces quedas de los invitados. ¿Qué estará haciendo Santi? ¿Sobrevivirá en la selva de la alta sociedad?

Los hipidos de Inés dan paso a un ligero gorgojo y al final a un par de sorbidos por la nariz, hasta que levanta la cabeza y me mira desconsolada. Le contesto sin piedad.

—Creo que debemos hablar.

Ella vuelve a hundir la cabeza entre sus manos.

—No me lo vas a perdonar nunca.

—Es posible —le digo muy seria—, pero quiero saber qué fue lo que pasó.

Ella suspira, algo entrecortado con lo que parece que se le va la vida. Si no fuera tan duro para mí, me parecería que estaba viendo una ópera en el Teatro Real. Inés se aparta el cabello. Tiene el rostro hecho un cristo, con la barra de labios desparramada y la máscara de pestañas emborronándolo todo.

—No sé cómo pasó con Pablo —se sincera—. Me lo encontré en una fiesta mientras tú estabas de viaje, bebimos, charlamos y por la mañana se despertó a mi lado en la cama.

Un bufido se me escapa por la nariz.

—Así que te acostaste con él cuando aún estaba conmigo.

Su rostro se transforma en una máscara. No la de Jim Carrey, no, en una de tragedia griega.

—No sabía cómo decírtelo —continúa—. Quería, pero me daba miedo de que no volvieras a hablarme.

O de que la estrangulara, que posiblemente fuera lo que habría hecho. Intento parecer civilizada.

—Me hubiera sido difícil de entender —eso me ha quedado bien, ¿no? Voy a por otro de los asuntos que tenemos entre manos—. ¿Y con Alberto?

Ella vuelve a suspirar.

—Me lo encontré en la playa. ¿Recuerdas ese chiringuito de Ibiza que tanto nos gustaba? —lo recuerdo—. Me invitó a una copa, hablamos, fuimos a bailar y nos enrollamos en los servicios de chicos.

—¿Enrollaros quiere decir...?

Ella mueve la cabeza de arriba abajo.

—Como conejos, sí.

Muy gráfica la muchacha. Así que se ha cepillado a dos de los hombres más importantes de mi vida sin esperar a que yo hubiera

terminado con ellos. ¡Abusona! Meto el dedo para hacer daño.

—¿Ya se te había pasado el síndrome de la culpa por entonces?

—Fue la bebida —busca una excusa—, quizá me echaron algo...

—No hace falta que te droguen para que te tires hasta el rollo del papel higiénico, Inés.

Y es cierto. Ella ve a un hombre que le gusta y va a por él sin importarle la mochila. Y por mochila digo mujer e hijos, relación de años o fidelidad jurada. Ella intenta recobrarse, pero se le quiebra la voz.

—Solo fue esa vez, con cada uno de ellos —aclara—. Dos veces en total. Una sola vez y estuve enferma de culpa varios meses —dos, dos veces, no una—. Me prometí a mí misma no volver a hacerlo. Y lo cumplí, te lo prometo.

Sospecho que no me lo está contando todo, así que le tiro de la lengua.

—Pero me dijiste que también te habías acostado con Durán.

Niega con la cabeza, enérgica.

—Al día siguiente de que lo dejarais, nunca antes.

La miro anonadada.

—¿Yo acababa de romper con mi novio y tú...?

—Lo abandonaste —se repone un poco, lo justo para alzar la voz —, estaba triste, me llamó y me pareció de mala educación no consolarlo.

Se me escapa un exabrupto. Un «mierda», para ser exacta.

—¿Te estás escuchando? —la invito a oírse—. Has hecho un *tour* por mis exnovios como si fueran una atracción turística.

Inés vuelve a llorar.

—Lo siento, lo siento. Y no es cierto que Pablo folle fatal.

La observo. Su pecho sube y baja al ritmo de sus hipidos. No parece algo ensayado ni falso. Inés es así, una víctima de sus instintos donde primero manda su sexualidad y después... creo que nada más.

Intento descubrir cómo me siento y... ¡no siento nada!

Debería estar enfadada, furiosa, envenenada por dentro. Así me sentía ayer o mientras venía a esta fiesta. ¿Por qué entonces todos esos sentimientos oscuros y dañinos no los encuentro por ninguna parte?

Estaba preparada para cortar de raíz mi amistad con Inés, para decirle «nunca más, no vuelvas a hablarme nunca más, perra del infierno, Jezabel, puta», quizá algo poco elaborado, lo reconozco. Pero me siento tan tranquila como si me acabara de confesar que no suele guardar la leche en la nevera.

Y entonces una verdad clara y transparente aparece en mi mente como si fuera una revelación. Yo no soy muy diferente a Inés. Ella ha usado su pasión por el sexo para intentar entender este mundo y quizá yo he utilizado mi manera alocada de escaparme, pero ambas compartimos una misma forma de operar: los hombres para nosotras han sido un accidente, un mero objeto de uso para no tener que enfrentarnos a nosotras mismas. ¡Ambas hemos utilizado a esos hombres!, emocionalmente hablando, claro, no en el sentido mafioso de la palabra.

La miro tan desconcertada como si fuera la primera vez que me cruzara con Inés. Ella está en la fase de salida, otra vez: sollozos, hipidos, mocos en la nariz.

Alza los ojos húmedos y me mira.

—¿Sabes por qué me tiene aterrada esta relación?

No contesto, estoy en *shock*, pero sé que se refiere al tipo con el que lleva viéndose cuatro meses, todo un hito en su currículo.

—Porque... —duda antes de decírmelo—, ¿qué pasaría si viera todos mis defectos?

Simplemente la abrazo, muy fuerte. Hundo la barbilla en el hueco de su hombro mientras ella hace un tanto de lo mismo, y ambas empezamos a llorar como dos mapaches que han olvidado ponerse la máscara de pestañas *waterproof*.

Ahora lo entiendo todo. Es como una revelación. Me aparto y le sonrío mientras le limpio el rostro de mocos y lágrimas.

—¿No estás enfadada? —me pregunta.

Yo simplemente suspiro, porque Inés me acaba de enseñar que de lo que más miedo me da es de ser yo misma.

Capítulo 45

Cuando regreso a la fiesta con Inés del brazo parecemos las dos payasas que han contratado para animar a los niños si los hubiera, porque el maquillaje nos ha abandonado por completo.

—¿Qué diantres...? —no termina de decir Lucía, porque tenemos a la mitad de los invitados pendiente de nosotras y de los veinte centímetros de vestido de Inés que la humedad de la noche ha convertido en transparente.

—¿Sabes algo de Mario? —le contesto con otra pregunta, porque me acabo de dar cuenta de que con tanto ajetreo no le he prestado la atención que merece en el momento vital en que se encuentra.

Lucía balbucea algo que se transforma en una frase.

—No coge el teléfono, pero Jorge dice que está bien... ¿Qué mierda ha pasado entre vosotras?

Es la primera vez que la escucho decir algo que no sea «jolín» cuando intenta soltar una palabrota. Miento, en una ocasión dijo «diantres», y creo que ese día fue a confesarse.

Busco alrededor. En este momento me importa un bledo lo que los invitados piensen de mí y es posible que mañana vea en algún diario esta fotografía tomada con un móvil, lo que levantará más ampollas en Hugo.

—¿Y Santi?

Lucía logra salir del estado de *shock*.

—Se ha marchado. No ha querido que lo lleve mi chófer ni que lo recoja un taxi.

Lo llamo, pero el teléfono está apagado. Insisto, como si por hacerlo tres o cuatro veces se fuera a encender milagrosamente.

No me lo pienso. Me descalzo porque los zapatos no pueden soportar tanto fango y llamo a Manolo para que me recoja. Santi es capaz de haber pretendido salir caminando de la urbanización y dudo si tendrá dinero para un taxi.

Como si fuéramos *Starsky y Hutch* recorremos las calles principales sin dar con él.

—Mierda, mierda, mierda —murmuro en voz alta cuando Manolo me pregunta por tercera vez si empezamos de nuevo con la búsqueda.

—Señorita Volterra, si ese hombre ha aprendido a conocerla no debe preocuparse.

Lo miro a través del espejo retrovisor.

—Si ha aprendido a conocerme es más posible que haya salido huyendo.

Él niega con la cabeza.

—Hágame caso —insiste—. Y ahora voy a llevarla a casa, que necesita una ducha y un buen sueño.

Acepto a regañadientes, pero cuando me he despertado esta mañana he tenido que convenir en que Manolo tenía razón, porque parece que el sopor ha pasado como si fuera una tormenta de esas en las que se va a acabar el mundo.

En cuanto me desperezo vuelvo a llamar a Santi. Su teléfono sigue apagado. No tengo nada que recriminarle. ¿Cuántas veces lo he decepcionado desde que nos conocemos? Creo que tantas como palabras hemos cruzado. ¡Llevarlo a una fiesta y abandonarlo por salir corriendo tras una amiga! Clara Volterra, ni toda la terapia del universo conseguirá que cambies.

Resignada, sin ganas de salir de la cama, miro el correo y veo un mensaje de Carlos Castaño. Lo abro con curiosidad.

En él me comunica que la última sesión del Club de los ex será el próximo jueves a las tres de la tarde. Que sea justo después de almorzar me hace preguntarme si no tendré una indigestión.

Llevo semanas esperando ese día, el momento bendito en que todo esto termine y yo tenga al fin mi certificado de salud mental, y ahora...

Ahora me importa un bledo. Lo reconozco, porque lo único que quiero es estar con Santi.

¿Cómo te has quedado? Lo sé. Durante todas estas páginas tú crees que has ido conociéndome, pero se te ha escapado algo, querida lectora, que yo también he ido conociéndote a ti, y eso me gusta. ¿Crees que tendré alguna posibilidad con él? ¿Crees que alguna vez volverá a cogerme el teléfono, o a hablarme cuando nos crucemos el jueves en la última sesión?

Mejor no especular, ¿te parece? Que las cosas sucedan como deben suceder y que la vida siga su curso. He aprendido algunas cosas de mí que no me gustan y otras con las que he decidido quedarme.

Llego a la oficina a las ocho. Me he llevado la sorpresa de que Luzviminda estaba levantada y me había preparado un café. A veces lo hace, cuando intuye que lo necesito.

—Ha llegado una notificación —me dice Mauricio, apareciendo en mi despacho.

Lo miro y me doy cuenta de que es alguien a quien me hubiera gustado llamar amigo. Eso no será posible porque en la larga escalera de relaciones de los Volterra un secretario nunca debe intimar con su jefe... ¿o sí?

—Pase lo que pase —le digo—, yo seré imparcial y tú seguirás siendo mi asistente siempre que te encuentres cómodo.

Me observa como tú lo harías al Maestro João si te dijera que este año vas a bailar una sevillana en la Feria de Abril.

Mauricio es la persona por la que Jorge ha dejado a mi mejor amigo. La Clara Volterra de hace unas semanas lo habría despedido por un malentendido sentido de la fidelidad. La que soy ahora, igual de imperfecta que la otra, es más indulgente con los demás porque

ha aprendido que solo intentamos sobrevivir; no es una cuestión de ser hijos de puta.

—¿Ha... ha pasado algo? —me pregunta preocupado.

Yo sonrío.

—Veamos esa notificación, a ver si son buenas noticias.

No lo son.

El consejo de administración de la empresa ha convocado una reunión para destituirme de todos mis cargos y es el mismo día de la reunión final del Club de los Ex. Por muy extraño que te parezca, esta coincidencia es lo único que me preocupa, porque sería una pena que no pudiera asistir.

—A las siete —leo de nuevo—. A las siete en punto en primera convocatoria. A y cuarto como muy tarde.

—¿Confirmo asistencia?

Me pongo de pie y me coloco el bolso en bandolera, algo que mi madre me recriminaría si lo estuviera viendo.

—¿Qué harás cuando me vaya? —le pregunto.

—Seguirte.

—¿Y si tengo que trabajar en una *trattoria* horneando pizzas?

—Siempre necesitarás a alguien que haga la masa.

Le sonrío. Parece que todo está acabando y que ha tomado la dirección menos esperada. ¿Qué harás tú cuando todo esto termine? No me lo digas, lo sé: abrirás otro libro, disfrutarás con la historia de otra protagonista y me olvidarás poco a poco. ¿Ya sabes la frase que te voy a decir? Eso es: la Clara Volterra de hace unos capítulos no te lo perdonaría, la que soy ahora te aplaude y te anima a que leas las mejores novelas y disfrutes de las historias más fantásticas. Así se hace la vida, amiga, siendo generosos. ¿No crees?

Santi. Eso es lo único que echaré de menos, porque ya sabes que no necesitaré trabajar en una *trattoria* para seguir viviendo. Soy una Volterra, y los Volterra tenemos recursos (y muuuucho dinero).

Salgo del despacho como si fuera la última vez. Acaricio la puerta metálica del ascensor, la misma que lleva años ante mí cada mañana y en la que nunca me he fijado. Hago lo mismo con los botones dorados que indican las diferentes plantas. Esta será la última vez que sienta el peso del vacío bajo mis pies cuando el ascensor se ponga en marcha, la última que me salude el conserje y me desee buenos días. Sé su nombre, mi padre me enseñó que hay que tratar igual al botones que al director financiero, y ahora aprecio el valor de esas palabras.

—¿Aviso a su chófer? —me pregunta. Yo le sonrío.

—Me apetece caminar —voy a salir, pero vuelvo sobre mis pasos hasta él—. Alguna vez usted y yo deberíamos tomarnos un café.

Me mira como si se me hubiera soltado un tornillo cuando yo es la vez que más apretados los siento.

—Cuando usted mande, señorita Volterra.

—Llámeme Clara, y a ver si antes del jueves buscamos un hueco.

Ahora sí, ahora salgo del edificio Volterra y respiro hondo porque...

Parpadeo.

Vuelvo a parpadear.

Hay una furgoneta *camperizada* aparcada justo enfrente y Santi está delante de ella, apoyado, con piernas y brazos cruzados como aquella vez en que vino a buscarme. ¿Me lo estaré imaginando? ¿Será que mi cerebro está destilando sustancias alucinógenas?

Con cierto tiento avanzo hacia él. Si alargo la mano y no hay nada significará que...

—Acabo de ver tus llamadas —me dice cuando estoy a un puñado de pasos—. Lo siento. Siempre estoy al límite de batería.

Analizo su rostro. No hay rastro de enfado, más bien todo lo contrario.

—Pensé que ayer...

Se encoge de hombros.

—Necesitabas hablar con tu amiga y yo sobraba en aquel ambiente, del que no tengo nada en contra, pero no me gusta. Llamé a Yussuf y vino a recogerme. Espero que no te sentara mal.

Por toda respuesta me tiro a sus brazos y lo beso. Sí, un beso guarro, he de decirlo, pero está tan guapo y le sienta tan bien la camiseta de Raimundo Amador...

Cuando al fin lo libero parece perplejo.

—Y yo había venido a pedirte disculpas —me dice.

Recuesto mi cabeza contra su pecho.

—¿Sabes que he comparado a todos los hombres de mi vida conmigo misma? —se me escapa de entre los labios.

Escucho su respiración y el fuerte latido de su corazón. Me gusta. Entiendo por primera vez aquello del descanso del guerrero.

—Eso merece una explicación más amplia —dice un tanto desconcertado. Yo alzo la cabeza y le estampo un beso ligero en los labios, porque quiero mirarlo a los ojos.

—Por ahora quédate en que no me va a pasar contigo, lo de compararme. Te lo prometo.

Sigue desconcertado, lo sé, pero también sé que no va a insistir hasta que no esté preparada para contárselo. Me sonríe.

—Habrá que celebrarlo. ¿Se te ocurre algo?

Algo pasa por mi mente.

—Sí —contesto, y me pego más a él—, y para ello necesitamos tu cama y algunos preservativos.

Capítulo 46

Ay, amiga. ¡Qué necesidad más grande tenía! Me siento como una alianza a la que le acaban de meter un dedo; como una estación de metro en la que el tren se adentra en el túnel, muy al fondo; como el monte Everest al que una tuneladora le penetra las entrañas para hacer una autopista, y no sé si estoy siendo demasiado gráfica.

Hemos consumido la mitad de la caja de seis y es la luz del nuevo día la que me despierta entre los brazos de Santi, en su cama diminuta del diminuto apartamento que me parece la casa más bonita que he visto en mi vida.

—¿Y qué hacemos ahora tú y yo? —me dice su voz antes de que me dé tiempo de abrir los ojos.

Cuando lo hago lo observo. Está apoyado con un codo sobre la almohada y me mira con una sonrisa en los labios.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—¿Observándote? —hace un mohín con la nariz—. Si te lo dijera saldrías corriendo porque creerías que soy un psicópata.

—¿Y lo eres?

Lo duda.

—A veces.

Me gusta su sentido del humor porque... es sentido del humor, ¿verdad? Me desperezo, aunque no sea algo que deba hacer una señorita.

—Respondiendo a tu pregunta —la retomo—, supongo que tú y yo dejaremos que pase lo que deba pasar e intentaremos aclimatarnos.

Él me mantiene la mirada. Sé que quiere decirme algo, pero no se atreve. Lo animo alzando una ceja.

—¿De verdad eres una niña rica? —suelta al fin.

—¿Aún tienes dudas después de lo que has visto?

—¿Cómo de rica?

—Te asustarías si lo supieras.

Noto cómo calan las palabras en su mente, veo su inseguridad, sus miedos...

—Sabes que yo... bueno...

«No tengo dónde caerme muerto», es lo que no se ha atrevido a decir. ¿Y sabes cuánto me importa? Un bledo por no decir algo más feo y que huele peor.

—Si a ti no te importa lo mío —contesto—, a mí no me importa lo tuyo.

Él se tumba en la cama y cruza los brazos.

—Pero no podré invitarte a los restaurantes a los que estás acostumbrada ni comprarte los regalos que te mereces.

A menos que venda un riñón va a ser difícil, en eso tiene razón. Me pego a él y juego con el vello de su pecho.

—Te propongo un trato.

Él gruñe un poco, lo que lo vuelve más excitante si cabe.

—A ver.

—Cuando nos movamos en mi ambiente —le expongo—, pago yo y cuando lo hagamos en el tuyo, lo haces tú.

Lo medita. Hace cálculos.

—Voy a salir ganando.

Le doy un beso en los labios.

—No estés tan seguro.

Con la caja terminada, al fin salimos de la cama. Estoy en la peor semana de mi vida y no me puedo encontrar mejor. ¿Tú cómo lo ves, amiga? ¿Me habrá desatascado Santi algún tipo de energía que...? ¡Hay que ver cómo eres! Tú siempre pensando en lo mismo cuando yo hablo del rollo energético.

Me doy una ducha y hasta el hecho de que la cortina de baño se me pegue en la espalda me parece delicioso.

—¿Cenamos juntos? —me dice apareciendo en el baño tan desnudo como lo he dejado hace unos momentos.

—Sí, pero esta vez en mi casa. Va siendo hora de que la conozcas.

—No sé si estaré preparado para algo así.

—Vendrá a buscarte Manolo, mi chófer.

Suelta un silbido, pero de nuevo parece incómodo. Eso le toca a él trabajárselo.

—Puedo coger un autobús —me dice.

¿Hasta mi casa que está en medio de la nada y con unas medidas de seguridad que no se las salta ni un ninja?

—No lo creo —le quito importancia—, además, quiero que Manolo te conozca. Tiene buen ojo para la gente y me fío de su opinión.

Se planta, la mar de *sexy*, en medio del diminuto cuarto de baño con las manos en la cintura.

—Así que voy a pasar un examen.

Lo miro. Me acaban de entrar ganas otra vez. ¿Me he vuelto ninfómana?

—Algo parecido —contesto y me muerdo el labio inferior.

Santi señala con la barbilla la pequeña bañera.

—¿Crees que cabré ahí, contigo?

Tiro de él.

—Estoy segura, aunque tendremos que pegarnos mucho.

Con una nueva caja inaugurada, media hora después salgo para el trabajo. Por el camino llamo a Mario, pero sigue sin cogerlo. Lucía me manda un mensaje de texto hablándome de su jaqueca. Tanteo a Inés, está bien y va a comer con su chico.

Cuando entro en el edificio Volterra soy incapaz de diluir la sonrisa de mi rostro a pesar de que todos deben saber ya que soy un cadáver y que me van a poner de patitas en la calle.

—¿Está usted bien? —me dice el conserje, que creo que aún no ha salido del asombro de nuestra conversación de ayer.

Le tiendo el vaso de café de *Starbucks* que le he comprado y que lleva escrito su nombre.

—Mejor que nunca.

Entro en el ascensor. Como hay uno solo para directivos, no tengo que esperar y tengo la suerte de que la puerta se cierra una vez dentro antes de que Hugo llegue hasta mí, pues acaba de acceder al edificio.

Cuando llego a mi despacho detecto al instante que mi agenda está cambiada de lugar y que el jarrón de flores frescas que habitualmente hay sobre la cómoda está junto a la ventana. Se me fruncen las cejas.

—¿Mauricio? —llamo por el interfono.

Una voz femenina responde por él.

—No está, señorita Volterra. Yo me voy a encargar hoy de sus asuntos.

Es Carmen Dobla, la secretaria que lo sustituye cuando tiene descanso o se pone enfermo. No puedo evitar preguntarlo.

—¿Mauricio se encuentra bien?

Noto que duda al contestar.

—Hoy no ha venido a trabajar. Tampoco coge el teléfono.

Me extraña. Me extraña mucho. Me pregunto si debo llamarlo o dejarlo estar. Quizá ha tenido una noche como la mía y está destrozado entre los brazos de Jorge. No es que la idea me haga muy feliz, porque Jorge es el marido de mi mejor amigo, pero debo aceptarlo y ya está.

La mañana pasa rápida entre llamadas, reuniones y una visita a una de nuestras fábricas textiles.

Consigo llegar pronto a casa porque quiero encargarme de la cena.

—No me gusta el ajo —me dice Luzviminda cuando aparece en la cocina y me ve laminarlo con paciencia sobre la tabla, porque entre semanas solemos comer juntas.

—Hoy tengo un invitado —le respondo—. Hoy comeremos solos.

—¿Y dónde lo hal**á** él?

—Solos el invitado y yo —le aclaro con tacto—. Tú puedes hacerlo aquí, o en tu cuarto. ¿Te parece bien?

Por supuesto que no me contesta y pasa de largo con su dignidad ofendida, cosa que he aprendido a que no me afecte.

A ver qué te parece: de primero he hecho solomillo al *whiskey*, una receta que aprendí de un bar de Sevilla; de segundo, verduras en tempura y de postre unas natillas. ¿Demasiado sencillo? Es que quiero que se lleve la impresión de que soy una chica normal y no una... ya sabes.

A las ocho estoy vestida con un *Christophe Gaillar* que quita el sentido y he puesto la mesa en el jardín, cerca de la piscina, donde el jardinero ha encendido velas en cascada hasta el agua.

—Debe gustalle mucho el homble con el que va a cenal sola, señolita —me dice Luzviminda, que ha inspeccionado mi instalación y corregido lo que ella cree imperfecto.

—Me gusta —suspiro—. Y espero que a ti también.

Miro el reloj. Santi debe estar a punto de llegar y me siento nerviosa como en una primera cita. Justo en ese momento suena el teléfono. ¿Será él que no encuentra la casa? Pero recuerdo que lo trae Manolo, así que no hay pérdida. En la pantalla aparece el nombre de Mario.

—¡¿Cómo estás?! —exclamo como respuesta.

—Ven a por mí. Acabo de dejar a Jorge y estoy en la calle con las maletas. Parezco la niña de la curva.

Y no lo pienso dos veces. Cojo mi otro coche y salgo disparada para rescatar a Mario de la cuneta donde lo imagino tirado. Y mientras corro por la calle, con la adrenalina a tope, ni siquiera me doy cuenta de que acabo de añadir otro capítulo de caos a mi vida. Porque claro, lo mío no sería lo mío sin algún que otro malentendido.

Capítulo 47

Aparco con un frenazo que deja un rastro de neumáticos en el suelo y olor a goma quemada en el aire.

Ver a una desquiciada lanzándose desde el coche como si no hubiera un mañana enfundada en un *Christophe Gaillar* que cuesta un riñón no es algo que se aprecie todos los días. Por suerte, la urbanización de Mario es igual de aburrida que la mía y los residentes viven enclaustrados tras las murallas de sus villas, sin importarles lo que suceda al otro lado.

Mi amigo está de pie justo en la curva que hace su calle, convenientemente retirado de la entrada de su chalet. A su lado hay dos grandes maletas, insuficientes a todas luces para contener todas sus pertenencias, por lo que parece más que se va de fin de semana que el hecho de haber abandonado su hogar de los últimos años.

Está muy serio, con la cabeza muy alta, digno, en una actitud que le conozco de otras veces, de cuando está a punto de romperse pero necesita el andamiaje que proporciona la arrogancia para sostenerse.

Me tiro hacia él para abrazarlo, pero me detiene con una mano alzada, como si me fuera a poner una multa.

—Nada de dramatismo —me advierte—. Solo necesito un medio de transporte y un sitio donde pasar la noche. Y espero que tengas una buena provisión de ginebra en casa.

Me detengo en seco. ¿Se encuentra mal o bien? Soy incapaz de leerlo en su rostro. Él me mira. Debe haberse dado cuenta de que esta noche tenía plan, por lo del vestido *sexy* y el pelo aleonado, pero no dice nada. Soy yo la que habla.

—¿No me vas a contar qué ha pasado?

—¿Y tú?

No sé a qué se refiere. Dudo que quiera oír mis escarceos amorosos justo el día en que ha dejado atrás varios años de relación. Mario es así, cuando necesita ayuda, cuando se siente derrotado, aparenta una fuerza que es imposible doblegar. Miro hacia la casa.

—¿Jorge está dentro?

Aprieta los labios antes de contestar.

—Con su amante.

A mí se me abren los ojos como platos.

—¡¿Con Mauricio?! —exclamo.

Él se da cuenta de mi forma de decirlo y sus cejas se fruncen en el centro de su cara como un pellizco en una magdalena.

—Pe-pero... ¿cómo sabes su nombre?

De repente pienso en su hija. ¿Cómo no he caído en ella hasta ahora? Creo que son retazos de mi viejo egoísmo.

—¿También está Ainara ahí dentro?

—Lleva una semana en casa de sus abuelos —me explica sin mirarme a la cara—. Ellos no saben nada.

Eso me alivia. No sé lo que es vivir con padres divorciados, pero sí con progenitores que se detestan y es una auténtica mierda. Suspiro.

—Dame cinco minutos. Tengo que hablar con Jorge.

De nuevo alza una mano.

—Pero, ¿cómo sabes el nombre de su amante?

No contesto, me subo el vestido hasta los muslos para poder andar y recorro la docena de metros que me separan de la casa. Dentro están encendidas todas las luces y a través de las ligeras cortinas corridas veo a un par de figuras que se desplazan por el salón. Llamo al timbre sin pensarlo tres veces seguidas y cuando Jorge me abre se me queda mirando como si fuera un espectro.

—Si he venido hasta aquí vestida así me merezco pasar.

Simplemente se aparta y en cuanto entro en el salón veo a Mauricio, que me observa con la boca abierta, la cierra, la vuelve a abrir y de nuevo a cerrar. Solo entonces habla.

—¡¿Tú?! ¡¿Aquí?!

La doble exclamación me dice que mi asistente no tiene ni idea de qué relación tengo con estos dos. Me vuelvo hacia Jorge, que está apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—¿No le has dicho que nos conocemos?

No se atreve a mirarme, tampoco a él.

—Me enteré ayer de que era tu secretario.

Mauricio no entiende qué está pasando. Parece desconcertado, con una pizca de dolor y otra de incredulidad.

—¿De qué va esto?

¿He hecho bien callándomelo? ¿Debería haberlo puesto sobre la mesa cuando supe lo que pasaba? Me acerco hacia él, pero me detengo antes de estar a una distancia amigable.

—Jorge y Mario son mis amigos.

El aludido alza una ceja.

—No sabía que yo también entraba en esa categoría.

—Me importáis los dos —le aclaro—, y sobre todo Ainara.

Mauricio mira alrededor. Creo que busca su chaqueta, la que cuelga del respaldo de una silla.

—Quizá deba irme.

—Quédate —le digo—, y si no lo haces por voluntad propia es una orden —después me vuelvo hacia Jorge, que parece desencajado—. ¿Qué ha pasado?

Pero no es él quien me contesta, es Mauricio, que tiene los ojos brillantes, a punto de llorar.

—Quería darle una sorpresa y... me la he llevado yo.

Ahora soy yo la sorprendida.

—¿No sabías que Jorge y Mario...?

—No se lo había contado aún —me dice el marido de mi mejor amigo, su exmarido tal vez en estos momentos—. Todo ha ido demasiado rápido. ¿Me lo vas a recriminar?

Me conoce y sabe que soy una loba con las personas que me importan. Lo miro. No conozco una sola relación donde haya un solo culpable. Sé que no estarás de acuerdo conmigo, pero a veces se puede horadar más una pareja con lo que no hacemos que con lo que hacemos.

—Nadie es perfecto, Jorge —consigo responderle—, pero lo que ha existido entre vosotros, entre Mario y tú, no ha sido cualquier cosa. Está bien que termine, todo termina alguna vez, pero por Ainara, por vosotros mismos, no puede acabar así.

Al fin Jorge rompe a llorar. Quiero ir a su lado, abrazarlo, pero es Mauricio quien lo hace.

—Le he pedido que no se marche —dice Jorge entre hipidos.

Estar en medio de algo como esto no es agradable, pero la amistad es así, ¿no?: Permanecer a las buenas y a las malas. Dejo que se calme. Las lágrimas van pasando y con ellas consigue restablecerse.

—Todo esto es demasiado para Mario —le digo con cuidado de no hacerle más daño—, compréndelo.

—También es demasiado para mí —contesta Mauricio—. El hombre al que amo no solo está casado y tiene una hija con su marido, sino que es el mejor amigo de mi jefa.

Lo siento por él, de verdad que lo siento. ¿Qué se hace cuando quieres a los tres en disputa? ¿A quién se elige? ¿En qué bando se milita? Siento envidia de Suiza, que ha conseguido mantenerse neutral todos estos siglos.

Vuelvo a enfrentarme a los ojos de Mauricio y le sonrío, aunque llena de tristeza.

—Esto no cambia nada entre nosotros, quiero que lo sepas.

Él me mantiene la mirada y traga saliva.

—¿Aunque esta noche decida quedarme?

Asiento despacio.

—Aunque te quedes para siempre —me recoloco el vestido, que a estas alturas está hecho un gurruño—. Tenéis mucho de qué hablar. Me llevaré a Mario a casa y lo cuidaré con todo el amor del mundo, pero prométeme, Jorge, que lo hablareis y que cerraréis vuestra historia, si es lo que toca, de la mejor manera posible.

Él asiente, Mauricio baja la cabeza y yo me dirijo hacia la puerta. Ahora me queda gestionar la segunda parte, la que me espera fuera con el gesto severo y una larga lista de reproches que lanzarme. Antes de salir Jorge vuelve a hablar.

—Gracias, Clara. No esperaba esto de ti.

Me giro. Le brillan los ojos.

—¿Qué esperabas? ¿Que te saltara al cuello con una catana?

Él sonríe muy tímidamente.

—Con una catana no, pero con una navaja de Alicante estaba seguro.

Cuando regreso junto a Mario este tiene la cabeza igual de alta y me recibe con la misma frialdad que antes.

—Así que ese Mauricio no era otro que tu asistente. No sé cómo no me di cuenta antes.

—Sí —contesto, porque ha atado cabos como chico listo que es.

Él se ajusta el abrigo, como si lo que más le importara en este momento fuera su apariencia.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

A esa pregunta creo que no tengo una respuesta.

—Porque le tocaba a Jorge decírtelo y a mí estar aquí, a tu lado —atino a decir—, pegado a ti cuando te enteraras.

Esta vez le brillan los ojos. Me mira de arriba abajo. Le he visto mirar así a mucha gente, siempre a personas a las que ha despreciado.

—¿Eso es lo que estás aprendiendo en esa mierda de terapia? ¿A ser una traidora?

Puedo contestar, buscar un argumento, pedirle perdón, pero opto por llevarlo a casa, simplemente, a dejarlo hablar, gritar, berrear, hasta que tanto él como yo podamos conversar sobre lo que siente.

—Vamos —abro la puerta del coche y voy hacia la parte de atrás—, hay que meter las maletas.

Él, por supuesto, no se mueve un palmo de donde está.

—No quiero ir.

Aparto el juego de luces que hay en el maletero y varios trapos sucios, solo entonces lo miro.

—Y sobre lo que me preguntaste antes... —le guiño un ojo—, sí, hay ginebra suficiente.

Esta vez nos mantenemos la mirada. Es como un duelo donde el que la aparte pierde el alma. Es Mario quien lo hace, porque su boca ha esbozado una trémula sonrisa.

—Que sepas que no pienso hablarte hasta estar suficientemente borracho —me asegura mientras abre la puerta del copiloto y entra en el coche.

Al fin suspiro. Parece que vamos bien. ¿Cómo lo ves tú, amiga? Al parecer si dejas que los demás resuelvan sus problemas las cosas terminan fluyendo. Decido cambiar la conversación mientras abro la puerta del conductor, con las llaves en la mano.

—Me parece... ¡Joder!

¡Me acabo de acordar!

—No pienso preguntarte qué ha pasado —me dice él, huraño.

¡Me he olvidado por completo de Santi! ¡Dios! Habrá llegado a casa, la habrá visto vacía y se habrá preguntado... Que qué mierda de amante soy yo cuando lo dejo tirado cada dos por tres.

Alzo una mano en dirección a Mario.

—Dame un segundo.

No dejo que me conteste y me doy la vuelta, alejándome del coche. Marco su número que me sé de memoria. Una llamada, dos... no, no me lo va a coger. Es posible que en este momento esté

intentando bloquearme, intentando sacarme de su vida con... su voz dice «hola» desde el otro lado. No le dejo añadir nada más.

—He metido otra vez la pata —le reconozco antes de que él me lo diga. El maldito sonido eléctrico de una línea con poca cobertura empaña la comunicación.

—¿Por qué? —pregunta al fin.

¿Está jugando conmigo? ¿Quiere que reconozca mi error?

—Te he dejado de nuevo tirado —¡Ea! Pues lo reconozco.

De fondo se escuchan unas voces. Es posible que esté con sus colegas, que...

—Manu y Luzvi estamos terminando de cenar en el jardín —me dice al fin— y estamos pensando en echar una partida de cartas. Si te aligeras aún puedes llegar a tiempo, aunque eso sí, te hemos dejado las sobras.

¿Manu y Luzvi? ¿Mi Manolo y mi Luzviminda? ¿Ha cenado con ellos? Un peso se me quita de encima, tanto que se me saltan las lágrimas.

—¿No estás enfadado?

—¿Por qué debería estarlo?

—No te he avisado.

Tras su voz escucho la de mi chófer cantando una canción del Camarón.

—Luzvi me ha dicho que has salido corriendo —dice Santi—, sujetándote el vestido. He dado por hecho que debía ser algo importante y he decidido pedirles a ellos que cenen conmigo.

Ahora se me escapa un hipido.

—Creo que te quiero —le suelto.

De nuevo el jodido silencio. ¿Es que la cobertura falla cuando más se la necesita? Su voz suena clara al cabo de un par de segundos.

—Pues tendrás que decírmelo cara a cara —me reta al fin—. Y ahora ven a casa o tendré que ir a buscarte.

Capítulo 48

¿Por dónde empiezo este capítulo?, porque es difícil de contar incluso para mí. Quizá por el principio, por el momento exacto en que Mario y yo llegamos a mi casa, Santi apareció de la nada y me cogió en sus brazos para darme un beso de esos que hacen que se te caigan las bragas, mientras mi amigo nos miraba con la boca fruncida. Sí, empecemos por ahí.

—Va a pasar la noche con nosotros —le dije a mi ¿novio? mientras le ayudaba a sacar las maletas del coche y Santi me las quitaba de entre los dedos.

—Donde juegan cuatro juegan cinco —le tendió la mano, que Mario aceptó solo tras mirarla como si fueran un manojo de boquerones.

No, no jugamos al *cinquillo*. De alguna manera Santi tuvo la habilidad de engatusar a mi amigo con una conversación que empezó siendo de lo más trivial, de llevarlo desde el estado de ofuscación en que se encontraba a otro bien distinto, pasando por la rabia, la ira, la culpa y la temeridad, mientras los tres, porque Manolo y Luzviminda decidieron retirarse, ventilábamos una botella de ginebra y dos de tónica.

De lo que hablamos esa noche se queda para nosotros. Lo sé, amiga, he prometido contártelo todo, pero quédate con esto: cuando tú y yo nos conozcamos, cuando yo no sea solo un personaje literario, podrás revelarme cualquiera de tus secretos, incluso ese en que te morreaste con el monitor del gimnasio sin que tu marido se enterase, y sabrás que nunca saldrá de entre mis labios.

Lo del monitor del gimnasio es broma, porque sé que llegó a algo más... y eso también es una... ¡Qué pesada soy! Continúo.

Santi ha dormido conmigo. Dormir es un eufemismo de «gimnasia sexual», pero no quiero ponerte los dientes largos. Mario también, pero en otra habitación. Hubiera sido malvado practicar sexo a su vera el mismo día en que ha terminado con su relación.

Los he dejado dormidos porque me he venido temprano al despacho. Hoy será mi último día en el Grupo Volterra. Sí, seguiré cobrando dividendos y *bonus*, me convertiré en una parásita del sistema, pero ya no vendré cada día a trabajar duro, a intentar cambiar el mundo.

A media mañana me he tomado un café con el conserje en la misma cafetería en la que estuve con Carlos Castaño, sin prisas, disfrutando del momento. Se llama Juan y tiene tres nietas: Marta, Eva y Juana. No se me van a olvidar esos nombres. No se me van a olvidar todas las cosas amables o desagradables que me han pasado aquí.

A la hora adecuada voy caminando hasta la pizzería desastrosa donde tenemos la última sesión del Club de los ex. Tardo en llegar, pero voy con tiempo. Me apetece disfrutar de la tarde agradable, del trino de los pájaros, del...

En cuanto cruzo las puertas con una sonrisa en los labios y dispuesta a todo, me quedo tan helada como la *Frozen* en plena tormenta de hielo.

—Pe-pero... —intento decir, y no me salen las palabras. Carlos viene hacia mí.

—Hoy es el día, Marta. Hoy es el día.

A sus espaldas, mirándome de una manera que es difícil de definir, hay cuatro hombres a los que conozco bien: Pablo, Alberto, Durán y... y Raúl, el mismo al que dejé plantado parece que hace un siglo. Ninguno de los tres habla. Cómodo no se los ve. Vengativos, tampoco.

—¿Qué hacen aquí? —le pregunto a Carlos, tirándole de la manga de su americana para que se acerque.

—Los he llamado yo.

—Pero, ¿para qué? —tiro más, hasta que casi se la rompo.

—Es parte de la terapia.

Un par de palmadas suyas en el aire consigue que todos nos sentemos. Por suerte mis ex lo hacen en el otro extremo de la sala, donde están los invitados.

—¿Invitados? —esta que habla eres tú, que te acabo de meter en la historia.

Sí. La sesión de hoy es especial. Carlos Castaño nos ha sorprendido, puedes también poner «jodido», invitando a los ex de cada uno de nosotros y...

—Me siento al fondo —dice una voz a mi espalda—. Luego hablamos.

...y también a algunos amigos. Por mi parte están Inés y Lucía, la que acaba de llegar. No, también Mario. Lo acabo de descubrir tras aquellas gafas de sol panorámicas que parecen una pantalla de cine, ¿lo ves?

Trago saliva mientras nuestro gurú de las marismas alza ambas manos para captar la atención. Miro de soslayo a mis ex. Están muy serios, como si les hubieran jugado una encerrona. ¿Cómo habrá conseguido convencerlos para que vengan? ¿De qué diablos va todo esto?

Busco a Santi. ¿Habrá llegado a tiempo? Está en la puerta, de la mano de una mujer preciosa que debe ser María. Preciosa es poco para describirla. Es una mezcla entre Elsa Pataky y Esther Expósito. Reconozco que me da el bajón de pensar que esa es su ex.

—Os estaréis preguntando qué hacen aquí vuestros amigos y los hombres y mujeres que fueron importantes una vez en vuestras vidas.

La voz de Carlos. No hay demasiado entusiasmo entre el público. La mayoría deben de haberse quedado tan helados como yo.

—Ha llegado el momento de cerrar la herida —continúa—, de decirles a cada uno de ellos, de ellas, lo que no tuvimos tiempo de expresar, o ganas, o posibilidades. ¿Quién empieza?

¿Que levante la mano? Ni loca. Se hace un silencio más sólido que la panza de Wally atiborrado de plancton. La mirada inquisitiva de Carlos recorre las filas, rostro a rostro, buscando una debilidad, un ansia, hasta que se cruza con los ojos de Lola.

—Gracias por ofrecerte —le agradece, aunque ella no ha dicho ni mu—, ven y habla con... ¿Nando?

Durante los próximos cuarenta minutos van subiendo a la improvisada tarima cada uno de mis compañeros. Hay historias tiernas. Otras bastante dramáticas. Las parejas de algunos no han querido venir, pero aun así dicen lo que necesitan hablar y vuelven a su sitio pues también es una lección.

Cuando le toca a Santi se me aloja un dolor en los riñones. ¿Y si lo ha pensado mejor y decide volver con ella? ¿Y si...?

No sucede eso, como ya imaginabas. Habla de lo que ella significó para él, de lo que ha vivido desde entonces, y me mira un instante cuando dice que espera haber aprendido lo suficiente para aplicarlo a la relación que está comenzando en ese momento.

Se me eriza la espalda, como una felina, y tengo que tragar saliva para que no se me note demasiado.

Cuando baja de la tarima Carlos me señala, como un dios vengador acusando a un filisteo. Esta frase no tiene sentido, pero me gusta cómo queda.

—¿Marta?

Me pongo de pie.

—Clara —aclaro—, Clara Volterra.

Hay un ligero cuchicheo. Veo algunas miradas en los invitados que indican que me reconocen. El *flash* de un móvil capta una

instantánea, pero reconozco que me importa un bledo.

Despacio subo al estrado... a la tarima quería decir. Miro alrededor. Sé más de toda esa gente que de la mayoría de las personas que me han acompañado en el viaje de la vida. Me detengo en el grupo compacto de mis exnovios, en los cuatro hombres que me observan con brazos y piernas cruzadas y miradas apretadas porque siguen sin saber qué coño hacen aquí.

Me aclaro la voz.

—To-toda mi vida —comienzo—, he sido una gilipollas.

Las cejas de Pablo se alzan. Durán abre mucho los ojos.

—Tenerlo todo provoca eso. Se pierde la perspectiva de lo que es valioso y lo que no, y eso me pasó a mí. No voy a decir que tuve la suerte de dar con cuatro tipos buenos. Esos que veis ahí sentados, esos hombres guapos y nerviosos tienen las mismas luces y sombras que cada uno de los que estamos aquí, que yo misma, que Carlos, aunque lo creamos infalible.

Hay algunas risas. Raúl se descruza de brazos y empieza a relajarse.

—Los abandoné a cada uno de ellos —prosigo—. Sin una explicación, sin un propósito. Simplemente me estorbaban —hay un murmullo—. Es fuerte decir esto, pero si quitamos los adornos, los adjetivos y las frases piadosas, esa es la verdad.

Miro a Santi. Me sonríe y logro continuar.

—Saber en el fondo de mi corazón que soy una mala persona, alguien que es capaz de usar inconscientemente a otros para después dejarlos a un lado, me ha dañado sobre todo a mí —los miro a los cuatro, uno a uno—. Eso ha hecho que mi vida haya sido una huida hacia delante, una búsqueda de gratificación inmediata, una carrera donde el único sacrificio era el que valía un logro y la generosidad brillaba por su ausencia.

Escucho los hipidos de Mario y veo cómo Inés lo consuela. Vamos bien.

—Estar aquí, con vosotros, me ha ayudado a darme cuenta de ello. No —les aclaro—, no es que esté curada. Seguiré siendo una gilipollas y reaccionando malamente a los estímulos, pero ahora sé lo que debo hacer, sé pedir perdón, sé dar explicaciones. Y por eso...

Me vuelvo otra vez hacia el grupo compacto de mis ex, que me miran realmente incómodos.

—Por eso quiero pediros perdón —me sale de dentro, de dentro del corazón—. No lo merezco, lo sé, pero he llegado hasta aquí gracias a vosotros, y estar aquí es una de las cosas más importantes que me ha pasado en mi vida.

A Raúl se le saltan las lágrimas. Pablo ha bajado la cabeza. Alberto y Durán parecen incómodos, como si esto no fuera con ellos.

—Hoy quizá no —intento abreviar—, mañana, dentro de un mes, de un año, quizás encontremos un momento para hablar de lo que fuimos y planear lo que seremos. Amigos, por supuesto, porque mi corazón ya está ocupado, pero amigos sinceros, como los que están ahí detrás —señalo a mis tres campeones, a ti misma—, como todos mis compañeros de terapia que ya los llevo en el corazón.

No hay aplausos cuando bajo, pero sí un silencio cómplice y algunas miradas que me llegan al alma.

Vuelvo a mi asiento. Es como si me hubiera quitado un peso de encima, como si me hubiera bañado en el mar con una manta zamorana a cuestas que ahora he conseguido dejar en la playa. Respiro hondo. ¿Es así de fácil? ¿Así de sencillo? ¿Cómo he tardado treinta y pico de años, porque no te voy a decir mi edad exacta, en descubrir esto?

Mientras otro de mis compañeros sube a la tarima, siento un abrazo por la espalda. Cálido y acogedor. Pienso en Mario, en Santi, incluso en Lucía, que a veces se vuelve cariñosa, pero cuando me giro... es Raúl, que se sienta en la silla vacía que hay a mi lado y me coge la mano.

—Eso ha sido... ha sido...

Le sonrío. No hace falta que me diga nada más.

—Hubiera dado lo que fuera por no haberte hecho pasar por aquello —le confieso.

Él me aprieta la mano. Tiene sus bonitos ojos brillantes. Una vez creí estar enamorada de este hombre y eso me hace sentir orgullosa.

—Quizá era lo que procedía —me dice en su lenguaje legal que usa con todo—. He de confesarte que también he estado meditando todo este tiempo.

¿Habrá comprendido que no quiero volver con él? Se me disparan las alarmas, aunque me calmo cuando comprendo que estoy preparada para decir lo que pienso sin ofenderle, pero sin guardármelo.

—Raúl, yo...

—Déjame que te lo diga. Quiero ser tan sincero como tú.

Me callo y asiento. Es lo menos que le debo.

—Durante todo este tiempo he estado experimentando y he conocido a alguien con quien estoy ilusionado.

—¿Experimentando? —le pregunto, porque de nuevo me parece una manera extraña de explicarlo incluso para él.

—Está allí —me señala—. En la tercera fila.

Sigo la indicación de su dedo. Una, dos, tres... ¿Está con Lola? ¿Con Lola? Me parece bien. Es una tía fantástica, solo que no lo hubiera imaginado.

—Ella no —me saca de mi error—. Al lado.

Vuelvo a mirar, pero al lado...

—¿Estás con...? ¿Nando?

Asiente.

Mi Raúl está con el ex de Lola, al que creíamos que habían raptado, y las coincidencias de su perfil de Instagram cobran coherencia en este momento. No sé qué decir, pero me gusta que experimente.

—Y... ¿todo bien? —pregunto.

—A veces duele, pero bien.

No me atrevo a preguntar si se refiere al corazón o al... ya sabes.

Alzo una mano y se la pongo en la cabeza. Me doy cuenta de que parece que le voy a dar la bendición y la aparto de inmediato. La sustituyo por un abrazo apretado.

—Tenemos que comer juntos. Tú, yo, Santi y... ¿Nando?

Desde lejos, Carlos Castaño me hace una señal para que me calle. Raúl también la ve. Me da un apretón de manos y desaparece agachado entre las filas para ocupar de nuevo su asiento.

¡Vaya! La vida está llena de maravillosas sorpresas y el universo de los exnovios de giros tan impredecibles como *Puente Viejo* en su mejor temporada.

Solo entonces me doy la vuelta y busco a Santi con la mirada.

Capítulo 49

No sé si me duele la cabeza o es la primera vez en mi vida que no me molesta, porque la sensación de que algo ha cambiado dentro de mí, allí arriba, en el interior de la cocorota, es tan evidente como que a Ágatha Ruiz de la Prada le gustan los estampados.

Sí, Santi está cerca. Ha acompañado a esa preciosidad que parece una actriz americana a la puerta y están intercambiando las últimas palabras. Te mentiría si te dijera que no me causa inseguridad. Sería una especie de santa subida a los cielos y los altares si no la sintiera ante una mujer así, pero me da lo mismo. Estoy bastante convencida, tanto como puede estarse en pleno siglo XXI, de que nos hemos elegido el uno al otro y eso es lo que importa.

Miro alrededor. No hay rastro de Pablo ni de Alberto, mucho menos de Durán. Con los dos primeros creo que, con el tiempo, podremos construir una buena amistad. Al menos sincera. Con el tercero tengo serias dudas. Él quiere a una mujer concreta y esa no soy yo.

Raúl se ha quedado. Está hablando con Lola y con su ex, que es su actual... ¿pro? ¿No se llaman así los aparatos de tecnología de última generación? Lo veo bien. Experimentar siempre da resultados, aunque estos no apunten en la dirección esperada.

—Amor, has estado bárbara —me dice Inés apareciendo a mi lado. Lleva gafas de sol, lo que indica que se ha levantado hace un rato.

—¿No he sido demasiado excesiva?

Lucía aparece por el otro flanco.

—En absoluto —se aparta de la cara su cuidado cabello rubio—. Yo he llorado, y no lo hago nunca, solo me pasa con la muerte de la madre de *Bambi*.

Sí, ella es muy de Disney. Se lo agradezco, pero busco a Mario a mi alrededor. Sigo preocupada por él. Al fin lo veo acercarse con paso lento y cabeza alta, como una especie de Nosferatu, pero con ropa de marca y una pizca de carmín en las mejillas.

—¿Mejor? —le pregunto cuando está a mi lado y él lanza un suspiro que va con el personaje.

—He hablado con Jorge —hace una pausa melodramática—. Quiere que nos veamos.

—¡Vais a hacer las paces! —esa es la ingenua de Inés.

Es imposible ver la expresión de Mario porque las gafas le ocupan toda la cara. Un casco de moto le hubiera dado el mismo resultado, pero, claro, lo habría despeinado. Se quita una mota invisible de su chaqueta.

—Vamos a redactar el acuerdo de divorcio, cielo —contesta con un tono demasiado neutro antes de mirarme—. Al parecer va en serio con tu Mauricio.

Lo leí en los ojos de ambos cuando entré en la casa. Hay cosas que no se pueden ocultar, como el amor y el dinero. Me alegro por Mauricio. Lo lamento por mi amigo. Le pongo una mano en el antebrazo.

—Lo siento.

Él la mira. No estoy segura de si se va a apartar, me la va a cortar o me va a dar un bocado. Al fin, menos mal, sonríe.

—No pasa nada —suelta un suspiro y mira alrededor—. Mi madre se divorció por primera vez a los dos meses de casada y a los cinco del que fue mi progenitor. Eso va en los genes, cielo. Además, me van apeteciendo las *putivueltas*, lo que significa que mi maltratado corazón va sanando.

Le doy un abrazo. Él se resiste al principio, pero termina cediendo y me achucha.

—Te puedes quedar en casa tanto como necesites —le ofrezco de todo corazón.

Me mira de arriba abajo.

—¡Ni hablar! Tú y ese semental no paráis de practicar el coito. Es insoportable. Me he alquilado esta mañana un apartamento en el centro con vistas al Retiro.

—¿Habrá fiesta de inauguración? —pregunta Inés, que aún no les ha contado lo de su novio.

—Por supuesto. No pienso abrazar la soltería envuelto en penas.

Por el rabillo del ojo veo a Santi. Creo que más bien lo presiento. ¿No te ha pasado a ti alguna vez que al chico que te gusta te lo encuentras por todas partes? Está a un par de metros de nosotros, con una sonrisa encasquetada en el rostro y las manos en los bolsillos.

—¿Me perdonáis un momento?

Cuando me acerco a él, coloca una de sus grandes y fuertes manos en mi cadera. Su calor traspasa la tela.

—Has estado increíble —me dice.

—Al menos he soltado todo lo que llevaba dentro. ¿Qué tal con tu chica?

Sí, hay inquina en la preguntita, ya me conoces. La expresión de su rostro no cambia.

—¿Con María? Muy bien —¡Vaya!—. Es una gran mujer —amplía la sonrisa—, pero mi chica eres tú, siempre y cuando no te moleste ese término.

El cosquilleo de la espalda me llega a la ingle.

—Debo ser una especie de antigualla, porque me encanta.

Ahora o nunca. Me armo de valor. Separo los labios, pero no me atrevo. Vuelvo a separarlos y trago saliva. Veo que me observa con cierta curiosidad. ¿Me atrevo ya? ¡Venga!

—Santi, yo... —trago de nuevo—. Estoy llena de desconchones, desperfectos, y hago cosas que ni yo entiendo. Puedo intentar arreglarlo, pero no va a ser fácil. Aun así, quiero intentarlo contigo... si tú estás dispuesto.

Él me mantiene la mirada y simplemente sonríe.

—¿Qué te parece si nos vamos? Tomamos un café, compramos unos dulces y te enseño un par de cosas que tengo en mi casa mientras discutimos tu propuesta.

Me tengo que morder el labio inferior.

—¿Son cosas guarras?

—Bastante.

A lo lejos escucho el vozarrón de Carlos, nuestro gurú del amor. Sé que voy a meter la pata de nuevo, pero tengo que intentarlo.

—¿Me odiarás si te pidiera un par de horas? —le pregunto a Santi, que está para comérselo con esos jeans ajustados—. Cuatro horas como mucho.

Él hace como que lo duda.

—¿Me escandalizaría si supiera qué vas a hacer?

—Sí, bastante.

Al fin se le escapa una carcajada. Creo que eso es bueno.

—Entonces nos vemos luego. No tardes. Tengo ganas de hincarte el diente.

Nos damos un beso. De refilón veo el resplandor de un flash. Alguien debe de habernos sacado una foto y... ¿sabes qué? ¡Eso! Me importa un bledo. Mañana estará en la portada de *Ciao!*, o en la de *Quincena* o en la de *Rápido*. Mañana me llamará mi hermano para pedirme explicaciones. Mañana mamá me repudiará como hija por haber cambiado al maravilloso Raúl por un hombre al que ella jamás se acercaría sin darle una moneda. Mañana...

En cuanto Santi se marcha, vuelvo a mirar alrededor como uno de esos perros de las praderas que quiere salir de la madriguera con total seguridad, hasta que localizo a Carlos Castaño. Voy hacia él, lo tomo por el brazo y, con mil excusas y una sonrisa deslumbrante, lo aparto del grupo ante el que se está pavoneando.

—¡No tan deprisa! —me regaña.

Pero sí, tengo prisa, y mucha.

Entramos en su despacho y quince minutos después salgo taconeando como si no hubiera un mañana.

—¿Te vas y nos dejas aquí? —me grita Lucía desde el otro extremo.

—Os llamo esta noche —le arengo—, o mañana. Ahora tengo que hacer algo importante.

—¿Y mi drama? —me pregunta Mario, o la persona que hay detrás de esas gafotas, porque puede ser cualquiera.

Le guiño un ojo.

—A las doce y diez.

No hace falta que se lo explique. Veo cómo Mario gira la cabeza en esa dirección que le he dado, al frente y un poco a la derecha, y observo cómo se le forma una sonrisa en los labios cuando ve a un chico con una bonita sonrisa, pelo bien peinado y una camisa de lino de Anatolia.

Y cuando miro el reloj, me doy cuenta de que no llego, a menos que Manolo pise el acelerador y se salte todos los semáforos.

Capítulo 50

Cuando mi padre hizo redactar las normas de funcionamiento del Grupo Volterra intentó prever todas las posibilidades: ¿que el precio de la energía subía hasta costes insostenibles? Nosotros habíamos invertido en placas solares en media Castilla para que no nos faltara autoconsumo. ¿Que había un atentado terrorista? Nosotros teníamos un protocolo de actuación en caso de que alguna de las sedes fuera afectada. ¿Que los marcianos atacaban la Tierra? Nosotros teníamos una nave intergaláctica preparada para poner a salvo al consejo de administración y poder empezar con nuevas tiendas del grupo en otros planetas.

Esto último quizá sea un poco exagerado, pero quiero decir que papá era un hombre de recursos e intentó adelantarse a todos y cada uno de los problemas a los que una empresa como la nuestra pudiera enfrentarse en un futuro. A todos menos a mí.

Ni siquiera en las más pesimistas predicciones de mi padre hubiera supuesto que su hija, su lucero, fuera un desastre, se rodeara de escándalos sentimentales y tuviera un equilibrio emocional... digamos que inestable.

Tampoco había previsto que, en contra de sus deseos, su otro hijo hubiera dado un golpe en la mesa y estuviera a punto de dejarme fuera, al margen de las decisiones del Grupo Volterra, cuando mi destino era capitanear los designios de la empresa.

Disculpa el tono épico. Cuando hablo de trabajo me poseo por mi padre y uso su mismo lenguaje.

Cuando entro en la elegante sala de paredes tapizadas donde se está desarrollando la junta extraordinaria del consejo de administración, diez pares de ojos se me quedan mirando.

—Pensé que te lo querías ahorrar —dice Hugo.

Supongo que se refiere a la humillación de que me despojen de todos mis cargos, me echen a la calle y me den una pensión vitalicia de muchos ceros. El resto de consejeros no dice nada. Me siguen con la mirada mientras yo atravieso la sala alzada sobre mis tacones y me siento en mi silla, tamborileando con las uñas sobre la lisa superficie de la mesa.

—¿Por dónde íbamos? —pregunto como si acabara de llegar al cine y me hubiera perdido los créditos de la película.

Don Álvaro, el inseparable amigo de mi padre que sabe colocarse siempre al sol que mejor calienta, responde.

—Íbamos a votar.

—¿A votar qué? —¡Qué inocente yo!

Hugo, que se revuelve inquieto en su silla, da un golpe en la mesa, lo que hace que los añosos caballeros del consejo den un respingo.

—Clara —me espeta—, aunque no lo creas esto no es agradable para mí.

Eludo ni mirarlo ni darle la razón. Cuanto más tardemos, peor.

—Don Álvaro —le hablo con mucho tiento al que más sabe de esto —, ¿se puede introducir cualquier petición antes de la votación objeto de la reunión?

El caballero me mira, posa la mano sobre el reglamento de la empresa como si fuera una Biblia, y asiente.

—Sí, sí, eso dice el reglamento.

Se hace el silencio. Hugo ya sabe que tramo algo porque me conoce demasiado bien. Los demás sospechan, pero no se atreven a aventurarse. ¿Qué les habrá prometido mi hermano? ¿Un bonus millonario? ¿Algún cargo para sus hijos o sus nietos? Rebusco en mi bolso y saco un documento. Lo alzo para que todos lo vean. Está rubricado y sellado, como corresponde, tanto por Carlos como por Mele, la doctora Echegaray. Hugo entrecierra los ojos para ver de qué se trata. Yo lo deslizo por la mesa hasta que cae perfectamente

cuadrado ante don Álvaro, tal y como Mauricio consigue hacer sobre mi escritorio.

—Esta es mi evaluación psicológica —les digo a todos en voz alta —, la que certifica que soy apta no solo para mantener todos mis cargos sino para optar a liderar esta empresa.

Esta vez el golpe de Hugo sobre la madera es aún más fuerte. Hasta yo me sobresalto.

—¡Eso no se puede hacer así!

No me altero. Sonrío y me giro hacia el anciano encantador y un poco ardilla que se sienta a mi lado.

—¿Don Álvaro?

El aludido está nervioso. No está acostumbrado a que las responsabilidades pasen por él. Con decir que sí o que no una vez al mes y preparar informes tiene que le sobra. Al final carraspea antes de hablar.

—En una junta ordinaria esto estaría fuera de lugar —hace una pausa—. En una extraordinaria como esta, según dejó claramente por escrito su padre, todo vale.

Los ojos de Hugo se abren de par en par, noqueado. No se cree que le esté metiendo un gol por la escuadra y que conste que no tengo idea de fútbol, pero sospecho que eso es algo bueno. Me pongo de pie y los miro a todos con mi sonrisa más encantadora.

—Bien, pues una vez aclarado ese punto —junto las manos de manera beatífica—, propongo que siguiendo la voluntad de mi difunto padre votemos al nuevo CEO del Grupo Volterra y me postulo como candidata.

Mi hermano se pone de pie y su silla cae al suelo con estruendo.

—¡Eso no es posible!

Don Álvaro contesta por mí.

—Me temo que sí.

—Estamos aquí para votar su destitución y eso es lo que vamos a hacer.

Esta vez soy yo quien pide su intervención.

—¿Don Álvaro?

El anciano vacila. No está ni de mi parte ni de la de Hugo, de eso estoy segura. Él se guía por sus propios intereses. Vuelve a carraspear. Temo que vaya a escupir sobre la mesa, pero eso no sucede, menos mal.

—Co-como dice la señorita Volterra —atina al fin a decir—, el objeto de esta reunión pasará a ser el último punto del orden del día mientras haya propuestas sobre la mesa. Así que la votación...

—Esto es una locura —mi hermano se lleva las manos a la cabeza antes de señalarme—, como todo lo que te atañe.

Yo no le echo cuenta. Sé a lo que he venido y también sé cuándo juego con los ases de la baraja. Vuelvo a mirarlos a todos, aunque en esta ocasión mi sonrisa se diluye y mis ojos adquieren la dureza que heredé de mi familia.

—Mi padre era un visionario —hago una pausa. Me está quedando bien—. Estamos aquí gracias a sus ideas y a sus previsiones. Sabía lo que había que hacer en cada momento y cómo afrontar cada crisis —ahora es cuando los miro uno a uno, recordándoles la fidelidad debida—. Él le pidió a cada uno de ustedes que confiaran en mí. Sí, el mismo hombre que les confirmó en este consejo y a quien yo jamás llevaría la contraria en ese asunto —es un caramelito para que sepan que van a seguir *in eternis* en su cargo—. No quiero que se sientan intimidados. Voten con libertad y con conciencia —qué falsa yo—. Él nos estará viendo desde el cielo.

Hugo parece desesperado. Se veía ganador. Lo tenía todo de su parte, incluso a mí.

—Esto es intolerable —gime, volviendo a sentarse porque sabe que ya está derrotado.

Don Álvaro, que está más tranquilo al saber dónde debe depositar su lealtad, parece haber ganado en efectividad.

—Tenemos que proceder a la votación a mano alzada.

Los miembros del consejo no lo dudan. Como los viejos lobos que son, saben ver a un ganador y esa soy yo. Se cuentan los votos.

—Diez contra uno —dice el secretario—. Que conste en acta que la señorita Clara Volterra pasa a ser la nueva CEO del grupo, por lo que propongo que...

No lo dejo terminar.

—Quiero proponer tres cosas.

Don Álvaro se inclina sobre mí para hablarme al oído.

—Lo habitual es que se desconvoque la reunión y que lo celebremos con una comida de empresa.

Estos hombres no saben pensar en otra cosa que en comer y beber. No digo eso, claro, simplemente sonrío y alzo la voz.

—Más tarde. Ahora propongo desestimar la medida que estaba a punto de votarse sobre mis competencias.

De nuevo el ancianito encantador y caradura me contesta.

—Quedó desestimada *ipso facto* al convertirte en consejera delegada.

Hugo, desde su puesto en la mesa, me mira fijamente.

—Y la segunda de esas cosas, como las has llamado, ¿qué es?

Aprieto los labios antes de contestar.

—Quiero que se proceda a la eliminación de la medida a trámite sobre el despido del personal en el grupo.

Su boca hace una mueca de amargura.

—Nos arruinarás.

Le mantengo la mirada.

—Buscaremos otra manera de salir de esta, sabes que la hay, solo es necesario pensar.

Incluso don Álvaro parece poco convencido.

—¿Es... estás segura?

Le cojo la mano y se la aprieto. Creo que por un momento él teme que lo voy a torturar. A veces me paso haciéndome la dura.

—Confíen en mí —les digo a todos—. Sé lo que hago.

El anciano parece recobrar la fe. No sé si es porque resulto muy convincente o por su costumbre de darle la razón durante décadas a lo que diga el consejero delegado.

—Señores, votemos a mano alzada —invita a los demás.

La votación se reproduce con idéntico resultado.

—Queda aprobada la medida —dice el secretario—. Se desestiman todas las propuestas relacionadas con el despido de los setecientos cincuenta trabajadores que...

—Queda la tercera —esta vez es Hugo quien no lo deja terminar.

Me mira de una manera extraña. No es odio porque sé que no lo siente hacia mí, es cansancio, como si ya no tuviera fuerzas—. ¿Destruirás la sede para convertirla en un parque infantil?

Hay expectación. A estas alturas ya saben que pueden esperar cualquier cosa de mí, pero creo que lo que voy a anunciar les parecerá sorprendente.

—La tercera medida es... —me detengo y miro a mi hermano—, que quiero dimitir de todos mis cargos en el Grupo Volterra, incluyendo el de consejera delegada —se escucha un murmullo ahogado—. Propongo a mi hermano, Hugo Volterra, como nuevo consejero delegado del grupo —sus ojos no dan crédito. Yo miro uno a uno a todos los consejeros—. Es la persona indicada. Siempre lo ha sido. Si no fuera por él nada de esto funcionaría. Tiene mi voto —levanto la mano— y espero que el de ustedes, caballeros.

Por supuesto que la alzan, incluso creo que con cierto alivio.

Hugo está muy pálido y no es capaz de apartarme la mirada.

—Clara, yo...

Salgo del refugio que me aporta mi puesto en la mesa y voy hacia él. Hugo se pone de pie. Lo cojo de las manos y le hablo en voz baja.

—Papá estaba ciego, yo no.

Su manera de observarme es una mezcla entre la incredulidad y la sorpresa.

—¿Por qué entonces has hecho...?

Me encojo de hombros.

—Porque soy una Volterra y los Volterra somos impredecibles.

Tiene una tarea tiránica por delante, como es sanear la empresa sin que peligren los puestos de trabajo.

—¿Qué voy a hacer sin tenerte a mi lado? —me dice al cabo de unos segundos donde ninguno de los dos hablamos y los consejeros hacen como que no escuchan. Yo sonrío.

—¿Recuerdas que me ibas a echar hace diez minutos?

Él también lo hace.

—Pero ya entonces me preguntaba qué haría sin ti.

Le pongo una mano en la mejilla. Hemos estado demasiado distanciados y eso es algo que es necesario corregir.

—Podemos comer algún día —no sé muy bien cómo decirlo—. Quizá con Helena.

Él alza las cejas, como mamá.

—¿Crees que ella se quedaría sin verte aunque yo se lo hubiera prohibido? —pone su fuerte mano sobre la mía—. Es como tú. Estará ahí para siempre.

Ha usado unas palabras que me preocupan. Ser como yo.

—Eso es una desgracia, Hugo.

Mi hermano me da un abrazo.

—Eso es una bendición.

Capítulo 51

Imagínate un *Opel Corsa* de 1995. ¿Ya? Ahora ponle encima un piano de cola. ¿Listo? Sobre el piano coloca ese armario ropero del que tu madre está tan orgullosa porque le cabe de todo. ¿Lo tenemos? Ponle encima un elefante. No, un elefante que sostiene con la trompa a un mono que hace malabarismos con platos giratorios. ¿Lo tienes todo en tu cabeza como una fotografía? Cierra los ojos un momento si lo necesitas para visualizarlo. Eso es.

Pues bien, cuando salgo del Edificio Volterra me siento como si me quitara todo eso de encima.

Respiro hondo, sonrío, y me doy cuenta de que lo único que tengo ganas es de ver a Santi. ¿Es eso una señal? Amiga, tú que tienes experiencia en las cosas del corazón, dime: ¿Lo puedo considerar una señal?

Inmediatamente saco el teléfono del bolso y marco su número. La voz de una mujer me dice que está apagado o fuera de cobertura. Vuelvo a sonreír. Si no fuera así no sería Santi, pero hace una tarde preciosa, va a anochecer con el cielo despejado, cuajado de estrellas, y pasear hasta Lavapiés se convierte en una deliciosa...

¡Screeeech!

Esa es la onomatopeya de un frenazo donde los neumáticos del coche chirrían contra el suelo y se deslizan unos centímetros sobre el asfalto. Me llevo una mano al corazón y no me ha dado tiempo a reaccionar cuando la ventanilla se baja lentamente y el rostro colorado de mi Manolo me mira con una expresión desencajada.

—¡Señorita, suba, corra! —me urge.

Yo tardo en reaccionar.

—Pero...

—No da tiempo —me apremia—. Es cuestión de vida o muerte.

«Cuestión de vida o muerte». No lo dudo. Abro la puerta del copiloto y me siento a su lado, cosa a la que no está acostumbrado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto al borde de una crisis de ansiedad. Manolo me mira muy serio y con las cejas apretadas.

—No me corresponde a mí decírselo.

Me llevo una mano al pecho. Hiperventilo.

—Manolo, que me da un síncope.

Él busca algo en la lista de Spotify del coche.

—Le voy a poner música. Llegamos en un momento.

Lo que suena es algo parecido a *Heavy Metal*, pero con el guitarrista aquejado de dolor de estómago. Mientras el ruido trepana mis oídos, paso revista.

—¿Es mi madre?

Él mira al frente, impertérrito.

—Veinte minutos y lo sabrá.

—¿Mi sobrina? ¿Algún amigo? —me exaspero con razón—. ¿No puedes poner otra música que no me altere?

En vez de contestarme, trastea otra vez sobre la pantalla del coche y suenan otros acordes más amables.

—*Triana* —me comunica el nombre del grupo musical—. Céntrese en las letras y la música y verá cómo se relaja.

Yo lo miro perpleja. Lo cierto es que me gusta lo que suena... si en este momento yo pudiera centrarme en esas cosas.

—¿De verdad que no me lo vas a decir? —le pregunto, incrédula.

—No me corresponde.

Me cruzo de brazos.

—Pues acelera a donde quiera que vayamos.

Atravesamos Madrid como una exhalación mientras a mí parece que se me va a salir el corazón por la boca. No le vuelvo a preguntar a Manolo. Lo conozco y es terco como el mulo que coge una vereda. Mientras circulamos mi cabeza va descartando escenarios: no vamos

en dirección a casa de mamá, así que no es ella. Tampoco a la de Hugo, lo que me quita otro peso de encima. Lo que más me alivia es que dejamos muy atrás cualquier salida para el hospital Gregorio Marañón, también el de la Princesa, lo que me proporciona un ligero consuelo.

Cuando bajamos por la Cuesta de San Vicente, Manolo vuelve a frenar casi en la esquina, frente al Campo del Moro, de esa manera tan brusca que no le conozco de antes y el olor a goma quemada lo inunda todo.

—¡Corra! —me urge.

No me paro a pensarlo. Me quito el cinturón y salgo del coche despavorida. Cuando recorro media docena de pasos me vuelvo.

—Pero, ¿a dónde?

Él sigue igual de colorado. Debe tratarse de algo muy grave.

—Siga el sendero, mujer —nunca antes me ha llamado así—. Sígalo hasta que lo vea.

De nuevo salgo corriendo. Si Manolo está tan seguro, es que me daré cuenta de qué se trata en cuanto lo vea. Pienso en Mario. ¿Habrá hecho alguna tontería? En Inés. ¿Le habrá dado un perrenque y está tirada en mitad del Campo del Moro? En Lucía... no, Lucía no me pasa por la cabeza porque ella jamás saldría de sus casillas.

La gente me mira al pasar. Debo estar ridícula corriendo sobre diez centímetros de tacón y con el bolso, que es demasiado grande, golpeándome los costados.

He de reconocer que Manolo tenía razón porque en cuanto lo veo me doy cuenta de qué sucede.

Es Santi. ¡Santi!

Está en mitad de una de las explanadas de césped del jardín público y se encuentra tan atareado que no repara en mi presencia, lo que agradezco, porque tengo la cara congestionada por la carrera y la respiración entrecortada.

Lo observo mientras recupero la respiración. Está muy concentrado intentando colocar artísticamente un ramo improvisado de flores rojas sobre la mesa. ¿Te he dicho que hay una mesa? Sí, vestida con un mantel blanco donde ha colocado un servicio para dos, con bajo plato y todo. También un candelabro de tres brazos con las velas encendidas. Hay una cubitera, una botella de vino, dos copas y una nevera donde sospecho que debe estar la cena.

Al fin, más recuperada, carraspeo. Él se vuelve y su rostro se ilumina con una sonrisa.

—¿Te has asustado demasiado? —me dice, meloso, aunque con trazas de preocupación en la voz.

Yo me hago la fuerte. ¡Si me hubiera visto en el coche!

—Solo un poco —miento—. ¿Lo has acordado con Manolo?

—Me ha dicho que sabía cómo traerte sin que te enteraras de nada.

Tengo que darle la razón. No me he coscado.

—Me conoce bien —concuerdo—. Así que vamos a ocupar un jardín público.

Santi señala la mesa. A nuestro alrededor, quienes pasan, se nos quedan mirando.

—Eso es. ¿Una copa? —me ofrece.

Llego hasta él y me quedo a una distancia prudente, degustando el momento como si se tratara de un buen vino.

—¿Sabes que mañana abriremos los noticiarios si alguien me reconoce?

Él llena una de sus mejillas de aire.

—¿Y te importa?

Me encojo de hombros.

—Un bledo.

Al fin sonríe y yo lo hago con él. Sirve dos copas hasta un poco más de lo indicado y me tiende una de ellas.

—Qué te parece si brindamos.

Sí, la tomo, pero mi rostro se ensombrece y la dejo otra vez sobre la mesa.

—Antes tengo que confesarte algo.

Él también se pone serio.

—Adelante.

Guardo una pausa dramática lo suficientemente larga como para crear expectación. Cuando hablo intento parecer afligida.

—No tengo trabajo —le digo—, así que si necesitas una ayudante para *camperizar* furgonetas estoy disponible.

Al fin el aire contenido se escapa de sus pulmones y su preciosa sonrisa vuelve a florecer. ¿Te has quedado conmigo? Pues yo también. Tamborilea con los dedos sobre la mesa de camping.

—Me lo pensaré. ¿Brindamos ya?

—¿Por qué brindamos?

Alza la copa y yo junto a él.

—Porque tú y yo tengamos una aventura juntos.

Se me levanta una ceja, ya sabes como a quién.

—Creía que ya la teníamos.

—Una aventura de vida —especifica—, que es más complicada.

Tengo ganas de besarlo, muchas ganas de besarlo, pero me aguanto.

—¿Puedo brindar yo ahora? —le pregunto la mar de educada.

—Faltaría más.

Ahora soy yo la que alza la copa mientras él permanece expectante.

—Porque esas jodidas estrellas que acaban de salir nos iluminen a los dos, juntos, hasta el final de nuestras vidas.

Le sonríen los ojos. Incluso creo que le brillan, pero le quita importancia con un gesto de los hombros.

—Un poco cursi, pero me gusta.

Yo señalo alrededor.

—¿Y ahora?

Santi recorre la distancia que nos separa. ¿Un paso?, ¿medio paso? Se pega a mí.

—Ahora —dice— me temo que te voy a besar, vamos a cenar aquí como si no nos importara nada en el mundo y te llevaré a mi casa para hacerte el amor.

Tengo que reconocer que me gusta, que me gusta mucho.

—Es un buen plan —comento.

Al fin su mano se posa sobre mi cadera. ¡Qué ganas, amiga!

—Y tú estás tardando en besarme.

Epílogo

No, no creas que esto va a ser fácil, amiga. Por desgracia no es un cuento de hadas. Tu vida quizá tampoco y eso está bien, ¿no crees?

Lo que me gusta de las novelas románticas es que nos muestran la vida, la vida de sus protagonistas sacando de ellas aquello que no nos apetece leer, como cuando van al cuarto de baño a hacer sus necesidades, cuando les sale un grano que no funciona en la trama o simplemente cuando están lavando los platos mientras escuchan la radio.

La vida, nuestra vida, es otra cosa que tiene días buenos y días malos, detalles románticos y otros en los que le estamparías una tarta en la cara a tu pareja o lo mandarías de patitas a casa de su madre.

Pero esos son los retos y superarlos día a día es lo que construye el amor del bueno, el que nutre, el que conforma una pareja y un proyecto de vida.

¿Y si no funciona? Pues tampoco pasa nada. Créeme, ahí fuera hay decenas de tipos que quieren arrodillarse ante ti y tú solo tienes que elegir.

¿Que cómo nos va a Santi y a mí? De maravilla, y ya llevamos tres años. No somos una pareja convencional. Él vive en su casa y yo en la mía, pero dormimos siempre juntos en una o en la otra.

Esta alternancia va a durar poco porque en septiembre nacerá Marta. Sí, es el nombre que hemos acordado para nuestra primera hija, así que la cosa va bastante en serio.

Mario se ha mudado a París. Sus palabras textuales han sido «los gabachos la chupan mejor», pero lo que ha querido decir es que

está empezando con un francés que lo adora y a quien él trata con esa especie de desgana que tanto gusta.

Lucía sigue en su línea y su fiesta anual se ha convertido en una especie de *casting* de talentos al que los invitados se dan de hostias para ir. ¿El amor? No le ha llegado. Sigue siendo escrupulosa, y a veces hay que pringarse un poco para que aparezca.

Inés lleva tres años con aquel tipo, que se llama Diego y es encantador. ¿Planes? No tiene, solo vivir el presente, aunque se fueron a vivir juntos a los seis meses.

Entre Hugo y yo las cosas van como nunca. Aunque no he vuelto a la empresa me llama a diario para consultarme esto y aquello y quedamos una vez en semana para comer. Se ha convertido en mi mejor amigo y Santi lo adora.

¿Y sabes lo mejor de todo? Ahora sí estoy orgullosa de que Helena, mi Helena, se parezca a mí. Lo pasará mal en la vida, eso está claro, pero sabrá salir adelante y encontrará soluciones creativas para sus problemas.

Y ahora te toca a ti. Gracias por escucharme durante tantas páginas. No me he sentido sola mientras lo narraba. Es curioso cómo se llega a querer a un lector, alguien anónimo pero que deja una huella muy honda en el corazón, te lo aseguro.

Si me ves por ahí, ¿me saludarás? Me harías muy feliz si lo hicieras, quiero ponerte rostro y darte un abrazo.

Así que esto no es una despedida, sino un hasta pronto.

Te deseo lo mejor, mi querida amiga.

Clara Volterra

¡Y si te apetece seguirme en Instagram, amiga, escanea!

Índice

Capítulo 1 7
Capítulo 2 13
Capítulo 3 21
Capítulo 4 29
Capítulo 5 37
Capítulo 6 43
Capítulo 7 49
Capítulo 8 55
Capítulo 9 61
Capítulo 10 69
Capítulo 11 75
Capítulo 12 81
Capítulo 13 89
Capítulo 14 95
Capítulo 15 103
Capítulo 16 111
Capítulo 17 119
Capítulo 18 127
Capítulo 19 133
Capítulo 20 139
Capítulo 21 145
Capítulo 22 151
Capítulo 23 155
Capítulo 24 161

Capítulo 25 167
Capítulo 26 173
Capítulo 27 179
Capítulo 28 185
Capítulo 29 191
Capítulo 30 199
Capítulo 31 205
Capítulo 32 213
Capítulo 33 219
Capítulo 34 227
Capítulo 35 233
Capítulo 36 239
Capítulo 37 245
Capítulo 38 253
Capítulo 39 263
Capítulo 40 271
Capítulo 41 279
Capítulo 42 285
Capítulo 43 291
Capítulo 44 299
Capítulo 45 305
Capítulo 46 311
Capítulo 47 317
Capítulo 48 325
Capítulo 49 333
Capítulo 50 339
Capítulo 51 347
Epílogo 353